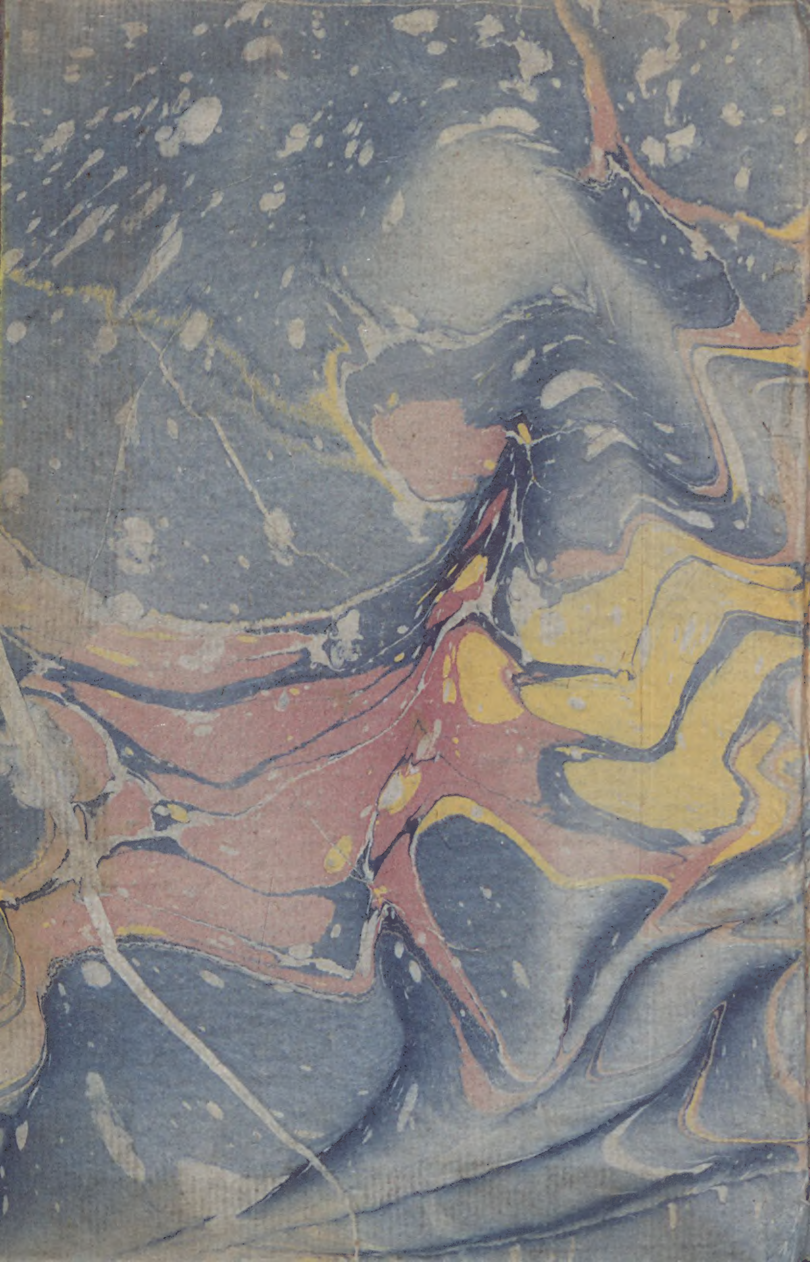






INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

ACERCA

DE LOS PRIMEROS OBJETOS

DE LOS CONOCIMIENTOS MORALES,

POR Mr. DE BONALD.

TRADUCIDO DEL FRANCES AL CASTELLANO

POR D. J. P. V.

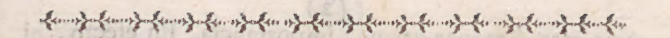
Una verdad conocida es una verdad nombrada.

FONTENELLE.

TOMO SEGUNDO.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL

AÑO DE 1824.



CONTINUACION DEL CAPITULO NONO.

Respuesta á algunas objeciones.

Antes de pasar á tratar de otros objetos, conviene volver á lo que se ha dicho, para responder á las objeciones, ó prevenir las dificultades que hayan podido excitar algunas opiniones propuestas en la Disertacion que precede.

Nunca se habia dudado de que la palabra articulada, y entendida de otros, fuese indispensablemente necesaria para la produccion de la idea, ó su manifestacion exterior. Mas parece que no estaba tan universalmente reconocido, que la palabra simplemente pensada ó interior, fuese igualmente necesaria para la concepcion y la contemplacion de la idea, ó su representacion puramente *mental*, y que era menester, como en otra parte hemos dicho, *pensar su palabra para hablar su pensamiento*. Sin embargo, esta última proposicion, tan verdadera como la otra, y tan evidente tambien para cualquiera que la medite, podria ser ocasion de que se creyese que el ingenio no es otro que la memoria de las voces, y que el juicio y el talento no son mas que un recuerdo pronto y extenso del vocabulario de una lengua. Todavía, es fácil convencerse de que interviene otra cosa mas que la memoria en la facultad de pensar, y para tener la facilidad de comprender las relaciones entre los diferentes objetos de nuestros pensamientes; que es lo que constituye el ingenio, y aun el talento, segun que los objetos ó son útiles al hombre, ó necesarios á la sociedad, y que estas relaciones son de

una mas ó menos general importancia. En efecto, el mas mediano escritor puede, como el mas elocuente, poseer el vocabulario de su lengua, y aun no estoy lejos de pensar, á la verdad mas fundado en ejemplos que en razones, que una memoria en extremo feliz no supone siempre, antes excluye muy comunmente, la exactitud, la solidez y la claridad en el juicio. Sin duda, vuelvo á decir, que es necesaria la palabra pensada ó interior para hacer presentes á nuestro propio espíritu las ideas con que queramos ocuparnos, ó tratar con otros; asi como lo son las imágenes interiores para hacer presentes á nuestra propia imaginacion las formas de los cuerpos que queremos figurar en nosotros mismos, ó trasladar por medio del dibujo al papel. Mas si la memoria suministra las expresiones, el espíritu las pide, y las busca, la razon las examina, y sobre lo que propone, el gusto las califica, las adopta ó las rehusa: hace mas el espíritu; pues cuando la memoria ninguna le presenta, ó las que le ofrece no son á propósito para declarar sus percepciones, las crea; mas esto lo hace, no formando voces absolutamente nuevas, que de nadie serian entendidas, sino que, ora las traslade de otra lengua á la suya, ora las forme de su lengua natural, las saca de algunas relaciones entre el objeto de que trata y otros objetos análogos; y como el espíritu consiste en descubrir nuevas relaciones, la lengua de que él se sirve, y la que él crea en caso necesario para su uso, consiste en expresarlas. Por lo cual, adonde un ingenio limitado se contenta con las expresiones comunes que declaran relaciones conocidas, otro de mas extension, y que penetra mas al fondo de las cosas, descubre, con ser uno mismo el objeto, nuevos aspectos en él, y los presenta bajo una nueva expresion. Son al modo de dos pintores, de los cuales el uno se limita á dibujar los contornos de una figura, y el otro pone en ella las sombras y los colores. ¿En

qué libro de moral no se halla este pensamiento: la esperanza nunca nos abandona, aun en nuestros últimos momentos? Todavía, Bossuet en este vano afan de correr tras de objetos que no alcanzaremos jamas, vió el suplicio de un desgraciado, condenado de por vida á los trabajos públicos en castigo de sus delitos; y dijo: »el hombre arrastra hasta el sepulcro la lar»ga cadena de sus esperanzas fallidas." Todos los moralistas, que presentaron la misma idea, conocian, como Bossuet, todas las voces de que se compone su frase; pero aun cuando las hubiesen actualmente tenido todas presentes en su memoria, su espíritu no habria puesto la atencion en usarlas, por no ver las relaciones entre aquella larga cadena que va siempre tras el infeliz forzado, y el encadenamiento de esas largas esperanzas que de continuo nos rodea: entre el suplicio del cuerpo en arrastrar siempre un peso de que no se puede aliviar, y el tormento del alma en desear siempre lo que no puede conseguir. Asi pues la memoria es el depósito general de las expresiones y de todas sus combinaciones: depósito, donde cada uno, segun su alcance, elige las expresiones y las combinaciones que pueden mejor declarar su pensamiento. Por manera, que la memoria, considerada bajo este aspecto, se puede reputar como un diccionario para el uso del espíritu. Y de aqui viene que en la misma nacion, y con el mismo idioma, cada escritor tenga su estilo, el cual es propiamente la lengua particular de su espíritu, y la expresion de su modo peculiar de considerar los objetos; y desgraciado del escritor que no tiene una lengua propia, y que hable la de todo el mundo. Asi Corneille habla mejor que todos la lengua de la elevacion del alma, de la dignidad del carácter, de los afectos fuertes y generosos, y tambien de los elevados pensamientos de la política y la ambicion: Racine, la lengua de los afectos tiernos, del amor y sus combates, de sus do-

lores, ó mas bien, habla todas las lenguas; Voltaire, en la tragedia, no tiene una lengua tan propia suya como sus dos ilustres predecesores. Moliere y Regnard, La Fontaine y Florian, La Bruyere y Duclos, Bossuet y Flechier, Montesquieu y J. J. Rousseau, Voltaire y Gresset, aun en géneros semejantes, tienen una manera diferente, tanto que se puede decir que no hablan una misma lengua.

Asi como cada escritor tiene su estilo, expresion particular de su manera de pensar y de sentir; estilo, que propiamente es su lengua, y por el cual es conocido aun cuando se oculte; estilo que, como dice Mr. de Buffon, es el *hombre* mismo, porque sus diferentes degradaciones son el resultado de la constitucion moral, de la organizacion física, y de todas las circunstancias de educacion y de situacion que las han modificado: asi tambien cada nacion tiene su literatura, que tambien es su estilo, y hasta se puede decir su lengua, en la cual se puede conocer la marca de su constitucion política, y señaladamente la religiosa, de su situacion física, y de la influencia de los diversos acaecimientos sociales que hayan pasado en ella. Este espíritu nacional no solamente se halla en los *idiotismos* particulares á cada pueblo, pero tambien, segun creo, en la constitucion general del lenguage, y en la manera diferente con que cada nacion combina las diversas *partes de la oracion* entre sí; las cuales son la substancia del lenguage universal, y casi las mismas en todas las lenguas.

Tambien porque las expresiones asi son necesarias para pensar como para hablar, es dificultoso hablar una lengua extrangera ó aprendida con tanta soltura, facilidad y gracia, como la lengua materna que adquirimos por la educacion, porque en general con menos facilidad se habla la lengua en que no se piensa; pues el discurso escrito ó hablado necesariamente se resiente de la traba de una traduccion. Por esto

mismo las traducciones siempre son mas ó menos imperfectas; puede volverse el pensamiento de un autor, mas su estilo, que es él mismo, su siglo ó su nacion, el estilo que modifica tan poderosamente el pensamiento, no se puede traducir. Asi tambien la pintura retrata con fidelidad la forma de las facciones del rostro mas bien que su expresion habitual ó su fisonomía. Bajo este respecto toda traduccion, y especialmente la de poetas, asemeja á una operacian de banco, en la cual las monedas de un pais se cambian por las de otro, que aunque tienen un valor equivalente, es en especies diferentes en peso, volúmen y quilates.

Tambien tenemos Homeros, Virgilios, Cicerones y Tácitos modernos, tan buenos, si se quiere, como los antiguos; pero no tenemos propiamente, ni podemos tener en nuestras lenguas, el Homero, el Virgilio y el Tácito de los griegos y latinos: por donde los sabios adoradores de aquellos bellos ingenios distinguen con trabajo el objeto de su culto bajo de un vestido extrangero; porque un oido delicado percibe una secreta disonancia entre el estilo de un tiempo, de un pueblo, de un escritor, y el de otro tiempo, otro pueblo y otro escritor, y entre el ingenio antiguo y el moderno. Esta disonancia es mas ó menos sensible á proporcion de lo que el estilo moderno se avecina ó se aleja mas de la sencillez antigua, ó el estilo del original antiguo de la brillantez de la manera moderna. Amyot tradujo en otro tiempo harto bien la gravedad sencilla y nativa de Plutarco, y hoy, que hay mejor gusto, se traduciria tal vez con mas fidelidad la brillante concision de Tácito; pero al cabo aquel secreto defecto de armonía siempre se dejaria percibir. Porque es defecto del tiempo, y no defecto de los hombres; y asi Racine traducido en el estilo de *Virgilio*, y por Virgilio mismo, si fuese posible, padeceria la misma notable alteracion inevitable, que sufrieron las *Geórgicas* de Virgilio

traducidas al frances, y eso por Mr. Delille.[1]

Asimismo, porque nuestros pensamientos, ni para nosotros mismos, ni para los otros, son otra cosa que la expresion que los hace perceptibles al espíritu, las diferentes ciencias no son mas que diferentes lenguas; y Condillac dijo con razon: »Una ciencia »es una lengua bien hecha": De donde viene que la química, la botánica, la medicina, la táctica han reformado, y reforman aun todos los dias, su lengua, y que la moral, deteriorándose, haya mudado tambien la suya. Tambien la política creo que tenga al cabo que reformar su lengua: y se puede observar, que en la edad media, cuando la teología, la filosofía y la jurisprudencia y la medicina se apoderaron de la latina, única entonces universalmente entendida, la amoldaron á sus pensamientos, y del latin literario hicieron el latin científico, introduciendo nuevas voces, que solo tenian del latin las terminaciones, y hasta dieron á la frase una construccion mas *análoga*[2]. En fin, como una lengua distinta supone pensamientos distintos, ó diversamente modificados, la religion cristiana, puesto que permite á las lenguas vivas la enseñanza de su moral, no ha confiado su liturgia sino á una lengua muerta largo tiempo ha, inmóvil hoy como el pueblo que la hablaba, y tanto mas propia para transmitir fielmente el depósito de

1 Se ha hablado de reformar la traduccion de *D. Quijote*. Bien podrá ser que en algunos pasages se vuelva con mas fidelidad el pensamiento de *Cervantes*: mas aunque no se trata en esto sino de traducir una lengua moderna, tal vez no hay harta sencillez y naturalidad en nuestros pensamientos y en nuestro estilo para volver el espíritu general de esta novela inimitable. Cuanto á esto la traduccion antigua tiene un mérito á que es dificil llegar, mérito que en toda traduccion de *D. Quijote* es el principal entre todos.

2 La voz *análoga* no es aqui relativa, sino absoluta, y opuesta á *transpositiva*: por estas dos expresiones el célebre gramático, el abad Girard designó las dos construcciones opuestas de las lenguas.

las verdades universales, cuanto está mas al abrigo del influjo de las opiniones locales.

Las religiones, que han adoptado las lenguas vulgares para su culto, se han expuesto á toda la inconstancia de los pensamientos humanos; y la *historia de las variaciones* de sus dogmas, si bien se mira, no es otro que la historia de las variaciones de su lengua.

Una dificultad de un género mas grave es la que se puede mover con ocasion de la parte que los fisiologistas, y tambien los moralistas dan al órgano cerebral en la operacion del pensamiento. „Que el cerebro sea la causa del pensamiento, ó medio suyo; „que sea el alma misma, ó su instrumento para la „operacion intelectual; al cabo siempre es cierto que „el estado nativo ó accidental de este órgano debe „influir en la cualidad de nuestros pensamientos: y „como el cerebro, ni cuanto á su organizacion nati„va, ni cuanto á sus modificaciones *adventicias*, de„penda de nuestra voluntad, es evidente que el esta„do actual de nuestro cerebro es quien determina „nuestros pensamientos de tal ó tal manera, y que „no somos libres para pensar sobre tal ó tal objeto „como se querria, y nosotros mismos querriamos. „Mas la voluntad es determinada por el pensamien„to, y la accion por la voluntad. Luego todo el hom„bre *pensante*, *volente* y *operante* es una máquina „movida por su órgano cerebral, al modo que un „relox por su muelle real; y aun cuando no se ex„tendiese esta necesidad rigurosa hasta las acciones „materialmente criminales, no se podria dejar de re„conocerla en las opiniones especulativas, como lo „son, por ejemplo, las creencias religiosas &c."

He aqui la objecion en toda su fuerza: pero antes de responder á ella, conviene observar, que lo que hemos dicho de las creencias religiosas, ó de los dogmas, se podria aplicar á las creencias civiles, ó

á las leyes; y los que rehusan someterse á las leyes del Estado, asi podrian alegar aquel pretendido defecto de penetracion y de capacidad, natural ó accidental, como los que no admiten los dogmas de la religion.

En efecto, si la religion ó el gobierno impusiesen á cada hombre como una condicion necesaria la ciencia de un Padre de la Iglesia, los talentos de un general de ejército, ó siquiera aquella disposicion de ingenio que forma los grandes poetas y los famosos artistas; podria la mayor parte excusarse con la debilidad de su inteligencia, y acusar de parcial á la Providencia en la distribucion de sus dones: mas la sociedad, al paso que permite, y aun exige de los de mayor espíritu, que empleen los talentos que han recibido en indagar y conocer las verdades mas sublimes, ó el ejercicio de las mas heróycas virtudes; pero no exige de todos sino que sepan lo que á todos enseña, y que arreglen á esto su conducta, á saber, creer y obedecer. La sociedad toda, religiosa y política, no es mas que *poderes* y *deberes*; y si prescribir y dirigir constituyen el poder, escuchar y practicar son todos los deberes. No se puede concebir sociedad sin esta doble necesidad de precepto y de obediencia; y cualquier reunion de hombres, adonde no hubiese autoridad que tuviese el derecho de exigir obediencia á sus decretos, seria propiamente una anarquía, esto es, ausencia y muerte de toda sociedad. Tal estado es absolutamente imposible, por ser directamente contrario á la naturaleza de las cosas. Pues el poder y la obediencia al momento se aparecen en medio de los hombres que mas exentos se creen de toda dependencia; y se aparecen bajo de otros nombres y de otras formas; y alguna vez acaece, que sea entre ellos menos moderado el poder, y menos racional la obediencia; y esos hombres tan preciados de lo que llaman ellos su razon y su

libertad, no han hecho al cabo mas que cambiar el poder por la tiranía, y por la esclavitud la obediencia. Esto es cierto en toda sociedad, y en religion como en estado.

En efecto, en las religiones que mas independientes se creen, y en los pueblos que se tienen por mas libres, el poder y la obediencia estan siempre como disfrazados, y por lo comun lo estan mal. Al cabo el poder es conocido, y reconocida la obediencia; pues el superior es conocido y nombrado, y casi siempre da su nombre á sus discípulos. En una sociedad religiosa es tal, ó tal gefe de secta de religion, ó de irreligion; y en política, tal ó tal demagogo, ó una junta ó asamblea. Se invoca la razon, y se cede á un sofisma ó á un sarcasmo; se toma gran interes por la libertad, y se recibe el yugo de un declamador vehemente, ó del temor de las populares venganzas. Asi que una religion exige de todos sus fieles den fe á los dogmas que les enseña, como un gobierno legítimo exige de todos sus súbditos la obediencia que les impone; y toda doctrina, que, dejando al hombre á su propio sentido, coloca en la razon de cada uno la autoridad de la sociedad sobre todos, no puede ser una sociedad religiosa, esto es, un lazo social que retiene en la uniformidad de creencia, tan necesaria para la felicidad de los hombres y la paz de las sociedades, los espíritus vigorosos, y los débiles, los que estan siempre dispuestos á dogmatizar, y los que siempre lo estan á obedecer. Una tal sociedad es como un gobierno donde cada uno hiciese lo que le placiese, y no obedeciese otras leyes que aquellas cuyos motivos comprendiese y aprobase sus disposiciones; el cual no seria una sociedad civil. La fe, la misma para todos los espíritus, sea el que fuere su caracter y penetracion, es cuanto á la religion, lo que es en política la igualdad de los hombres, grandes y pequeños, delante de la ley. En esta igualdad, religiosa y civil,

se halla la verdadera libertad; la cual no es otro, cuanto á cada uno de nosotros, que *la independencia de toda autoridad humana y particular, y por consiguiente de la autoridad de nuestro propio espíritu.*

Asi pues es necesario creer algunas verdades y obedecer algunas leyes so pena de excluirse uno á sí mismo de la sociedad; y porque nacemos y vivimos, independientemente de nuestra voluntad, miembros de la sociedad, realmente no hacemos, mientras vivimos, y antes de todo consentimiento nuestro, sino creer y obedecer. En efecto, nosotros recibimos, por respeto ó por confianza, todo lo que formará un dia nuestros deseos y reglará nuestras acciones, á saber, de la educacion; la cual es á un tiempo instruccion y ejemplo: todo, todo lo recibimos de ella, desde la lengua que hablamos, y que tiene una influencia tan poderosa y continua en nuestro espíritu, por ser la expresion y el depósito de todos nuestros pensamientos; de ella recibimos nuestros hábitos morales y físicos, nuestros gustos, nuestros conocimientos, hasta el de aquellos á quien debemos el ser. Este conocimiento de nuestros padres solamente le tenemos de la sociedad y del testimonio de los otros hombres; pues la naturaleza ninguna certidumbre personal nos da de ello. Por donde, do quiera que se ha dejado de considerar la sociedad para solo escuchar la *naturaleza*; unos negaron los deberes que tenemos para con nuestros padres, y otros, buscando la razon de estos deberes, recurrieron á sympatías *naturales* entre los padres y los hijos, á un instinto *natural*, á la voz de la sangre, y con esto formaron un cuento del hombre en lugar de la historia de la sociedad.

Cuando Bossuet dice, »que el cerebro está en »nuestro poder," supone la condicion necesaria de todo ejercicio de la facultad inteligente, esto es, aquella instruccion primera que hace que todo hom-

bre, al entrar en la sociedad, halle en cierto modo su vida moral y física arreglada de antemano sobre un plan general, que al momento le pone en comunicacion de pensamientos y de acciones con sus semejantes. Pocos hay, por de limitado ingenio que sean, á quien una educacion, acomodada á sus facultades, ó á su debilidad, no pueda dar conocimientos suficientes. Por ejemplo ¿quién duda que el escolar, que se consume, pálido y sin fruto, entre *rudimentos* y gramáticas, y pasa sus primeros años estudiando una lengua que nunca llegará á saber, no la habria hablado con tanta facilidad como la suya materna si desde su nacimiento no hubiese oido otra? Lo mismo se puede decir de todo lo que es necesario saber, y de aquello en que se halla el fundamento de nuestros deberes y la regla de nuestro proceder. Vuelvo á decir, que á la educacion es á quien debemos nuestro espíritu social, si asi se puede decir, y mas á aquella educacion que comienza con la vida, que no á la otra que comienza con la razon. Y las instituciones políticas y religiosas son las que forman la educacion, las que nos repiten sus lecciones, fortifican sus resultados, y nos hacen lo que somos en la sociedad. Porque la organizacion nativa solo nos hace, si asi se quiere, robustos ó débiles; pero la educacion social nos hace buenos ó malos. Tal vez aquel que fue un malhechor atrevido, mejor educado y puesto en otras circunstancias, habria sido un héroe; y este escritor, que corrompió su siglo, habria ilustrado á sus contemporáneos, si se hubiesen reprimido sus primeros extravíos. En efecto, la naturaleza nos da cerebros, mas la sociedad pensamientos, y en cierto modo forma el hombre físico para el hombre inteligente. Por donde, á pesar de todas las diferencias personales de organizacion, ciertos pueblos se distinguen de todos los demas por un carácter particular, comun á todos los individuos; el cual da un colorido uniforme á sus

gustos, á sus inclinaciones, á sus usos, á sus modales, y hasta á su espíritu y su fisonomía. En suma, la educacion religiosa forma las naciones, la educacion política forma las familias, la doméstica forma el hombre; y los gobiernos, gefes de las naciones, protectores natos de las familias y de los individuos, en último pueden todo, absolutamente todo, para la felicidad de los hombres, para sus virtudes, y hasta para su espíritu. A la verdad el espíritu es quien tiene la percepcion de las relaciones; y un gobierno que las establece justas y naturales entre las personas, no puede inspirar sino pensamientos verdaderos á los pueblos. Él les da razon y seso; el cual mas que la viveza de ingenio se avecina al caracter, á aquel, á saber, que la sociedad, en los grandes apuros no halla nunca sino en los pueblos que tienen juicio. Pues este seso, la razon, y aun el caracter mismo son quienes dicen á los hombres, que si la fuerza del caracter consiste en ejecutar, por grandes motivos, acciones contrarias á nuestras inclinaciones; el vigor del espíritu puede consistir en creer, sobre graves autoridades, dogmas que sobrepujan nuestra inteligencia.

Digásmolo pues: si las cualidades mas eminentes, las *fuerzas activas* del espíritu, aquellas que hacen á un muy corto número de hombres superiores en todo género, esto es, el corto número de aquellos que ejercen un *poder* sobre los demas, suponen, pues asi se quiere, una feliz disposicion de órganos, señaladamente de órgano cerebral; las obligaciones que hay que cumplir en la vida religiosa y civil, y obligan sin excepcion á todos los hombres, no exigen del espíritu sino funciones en cierto modo pasivas, de que son capaces todos los cerebros cuando no estan viciados. Asi que la naturaleza produce pocos hombres superiores, porque en la sociedad basta, para su felicidad y sosiego, un corto número de talentos que *puedan* instruir y gobernar el gran número de los que

deben oir y obedecer. Por manera que la docilidad suple en todos los hombres, aun en los menos instruidos, por los conocimientos, al modo que la disciplina suple por el valor en los soldados, aun en los menos animosos; y al fin la sociedad por medio de débiles y fuertes camina á su fin. Mas por desgracia los que ni uno ni otro son, gentes de *entre dos*; como dice Pascal, *hacen de entendidos*, y *alborotan el mundo*. Son los tales por lo comun ingenios agudos, que ni tienen las luces de los grandes talentos, ni la docilidad de los débiles; tenidos del vulgo por hábiles en las ciencias necesarias porque *hacen de los entendidos*, y tal vez lo son en los conocimientos superfluos. Pero no puedo dejar de notar aqui algunas contradicciones que cuanto á esto hay entre los fisiologistas, y los inventores de nuevos métodos de educacion. Pues mientras los primeros, atribuyendo las eminentes cualidades del espíritu á la perfeccion de los órganos, reducen el número de hábiles en todo género á una corta porcion de hombres perfectamente organizados; los segundos se jactan de poder elevar, por medio de sus métodos analíticos, todos los espíritus á un alto grado de penetracion y conocimientos; y asi suponen que su arte puede dar al mayor número lo que la naturaleza les negó.

CAPITULO X.

De la Causa primera.

Hemos dicho ya, que si se prueba que física y moralmente es imposible que el hombre, cual él es, haya podido de sí mismo, y por solas las fuerzas de su espíritu, inventar el arte de hablar; se habrá rigurosamente demostrado la existencia de una causa inteligente, superior al hombre y anterior al linage humano. A la verdad es extraño que las diferentes acade-

mias de Europa no hayan llamado la atencion de los sabios hácia esta cuestion, mas bien que acerca de tantos asuntos cuya ilustracion era inútil, ó peligrosa su discusion. Y no habrá sido sin duda el no haberlo hecho por el aprecio en que hayan tenido cuanto se escribió en favor de la opinion contraria, ó de la invencion del lenguage; porque nada mas romanesco, menos filosófico y mas debil en principios, en observaciones y discursos que todo lo que los idéologos modernos publicaron sobre la posibilidad de un lenguage inventado por el hombre, y medios de que debió valerse para conseguirlo. J. J. Rousseau ha despreciado altamente estos sueños de la imaginacion; y el sentir de este hombre célebre habria sido de mucha autoridad entre sus contemporáneos, si los mas avisados no hubiesen en gran manera temido las consecuencias que se seguirian en favor de las creencias que J. J. Rousseau sostuvo siempre, y de que nunca se le ha querido excusar. Parece que esta era la suerte de este desgraciado escritor, ser perseguido por la verdad, y hacer autoridad en sus errores. Es cierto que en esta cuestion de la invencion del lenguage, ó su revelacion, parece que solo propone dudas, y que nada concluye formalmente; todavía, si se pone atencion en las dificultades invencibles que propone contra la invencion del lenguage, y en lo que él al cabo de ellas confiesa, cualquiera se convencerá de que cuantas dudas este filósofo promovió en sus numerosos escritos, en pro, ó en contra de la verdad, ningunas tan decisivas, y que mas se asemejen á un verdadero dictámen.

Mas no se trata de dar aqui las diferentes pruebas que hay de la existencia de la causa primera, aun aquella que desciende de la necesidad de la primera revelacion de la palabra. Los límites de este escrito no permiten se trate tan vasto asunto, ni el objeto que principalmente me he propuesto lo exige. Fuera

de que no se dice ya formalmente que no hay Dios; un resto de miramiento por las creencias universalmente recibidas exige alguna circunspeccion en decirlo. Unicamente se sostiene que *la causa primera siempre estará oculta á nuestra investigacion* [1]: de suerte que sentando, con ultrage de la razon humana, que no conocemos la causa primera del universo, se afirma, sin respeto por el dogma *de la perfectibilidad indefinida* de nuestro espíritu, que ni siquiera la podemos conocer.

Nos ceñimos pues únicamente al exámen de esta última proposicion. Acerca de la cual oso proponer, como una verdad eminentemente filosófica, que si la causa primera, que llamamos Dios, existe, es conocida, y que si es conocida, existe; ó en otros términos, que Dios no puede existir sin ser conocido, ni ser conocido sin que exista.

A la verdad ¿cómo se puede suponer que existe un ser todo poderoso y soberanamente inteligente, criador del universo, primer motor del mundo físico, legislador supremo del mundo moral, y que las inteligencias subordinadas, á quien es util usar de todo en el mundo físico, y necesario conocer todo en el mundo moral, no tengan de él alguna idea? ¿Que esta primera y la mas fundamental de todas las verdades, el *alpha* y *omega* de todo, porque es el principio de todas las leyes morales, y debe ser el *fin* de tadas las indagaciones físicas; esté para siempre sustraida de la investigacion del hombre, hecho para la verdad y para todas las verdades, como usufructuario del mundo material, y primer agente en el mundo moral, ó la sociedad? Vanamente los sofistas, ora exageran la fuerza, la extension y los progresos indefinidos del espíritu humano en el conocimiento de

1 Discurso preliminar de las *Relaciones entre lo físico y lo moral del hombre.*

los *efectos*, ó de las cosas sensibles; ora le rebajan y le aniquilan cuando se quiere elevar á la idea de la causa primera de cuanto existe; pero el hombre, se puede decir con un poeta, »no merece ni tanto ex- »ceso de honor, ni esta indignidad:" su espíritu no es infinito, pero no podrán asignársele límites; conoce los seres, puesto que no pueda comprender todas sus relaciones. Mas de todos los seres el que mejor conoce, y aquel que, por el interes de la sociedad, sin duda le es mas necesario conocer; y si él no es criado únicamente, como los animales, para satisfacer apetitos y necesidades; si la sociedad le impone otros deberes, y si él mismo se siente llamado á mas sublimes destinos: Dios, no temo decirlo, le es conocido con tanta certidumbre como él mismo lo es, y la materia; y hasta se puede decir, que goza de la materia sin conocerla, como conoce á Dios sin gozarle, porque comunica con la materia por medio de los sentidos, y con Dios por medio de su razon, y que esta es quien conoce, y los sentidos los que gozan.

Si Dios existe, luego es conocido de los hombres, ni es posible que no lo sea, y que no lo haya sido siempre. Es asi que el es conocido de los hombres, pues es nombrado, y segun exactamente dice Fontenelle, »una verdad conocida es una verdad nombrada:" luego *nombrar* á Dios es probarlo, asi como amarle es conocerle. En efecto, se puede desafiar á todos los gramáticos juntos á que *nombren* un objeto que no existe, ni puede existir, de manera que ellos se entiendan y sean entendidos de los demas. En vano se imaginarán el monstruo mas extraordinariamente organizado, y le pondrán un nombre; este monstruo nunca será otra cosa que un compuesto de partes realmente existentes en muchos individuos, reunidas por la imaginacion por una relacion ideal que se llama *una ficcion*. Pero este ser ficticio existirá de una existencia posible, porque se tendrá imagen de él, y se

le podrá figurar en lo exterior por medio del dibujo. Asi pues, Dios, por solo ser nombrado, y que los hombres entienden este nombre, y se entienden entre sí hablando de él, *existe*, á lo menos de una existencia posible; y he aqui en lo que se reduce la prueba de Descartes. » Dios, dice, es posible; luego existe.[1] » En suma, Dios es nombrado; luego es conocido; *porque lo desconocido no puede ser nombrado.*

Dios es conocido; luego existe; porque lo que no existe, *no puede ser conocido.*

La cuestion está reducida á términos tan sencillos, que ni aun queda lugar para un sofisma, ni es posible dejar de ver en aquella proposicion un error ó una verdad.

Todavía, demos á la proposicion de que Dios es conocido del hombre toda la amplificacion de que es susceptible.

El hombre, como dejamos dicho[2], considerado como un ser pensante, es á un tiempo, é inseparablemente, entendimiento, imaginacion y sensibilidad; porque la alma es, sea lo que fuere en nosotros este

1 Si yo digo: una ciudad de diez millones de habitantes es posible, enuncio una proposicion verdadera, pues hay ciudades de muchos miles de almas; y aun cuando no existiese, se percibe claro que, para edificar una tamaña, no hay otro que hacer sino añadir casas y llamar gentes que las habiten: mas si yo añado, que *ella existe*, saco una conclusion falsa, pues para que una tal ciudad sea posible, no es necesario que *actualmente* exista; y la existencia actual y la posibilidad, respecto de una ciudad, son cosas del todo independientes la una de la otra. Pero si yo digo: Dios es *posible*, es necesario que al momento añada: *luego existe*, pues si actualmente no existiese, no seria posible que existiese jamas, porque ningun otro ser, ni otra causa, ni en él, ni fuera de él, le podria hacer pasar de la existencia posible á la existencia actual; asi pues si Dios actualmente no existe, es imposible que exista, ni se podria jamas pensar ni decir: *Dios es posible*: Es preciso pues sostener la imposibilidad de la existencia divina para negar la *actualidad* de esta existencia. Mas ¿cómo podrá sostenerse la imposibilidad de un objeto, cuya representacion, esto es, la idea manifestada por su expresion, es la mas general de todas, y juntamente la mas comun y familiar?

2 Véase capítulo III.

principio de nuestras determinaciones, y el alma sola quien conoce, quien imagina y quien siente. El hombre pues no puede conocer sino por sus ideas, sus imágenes y sus sentimientos: ni puede manifestar sus conocimientos sino por medio del discurso, que es la expresion necesaria de las ideas; por figuras, que son la expresion propia de las imágenes; y por acciones, que son la expresion infalible de los sentimientos. Y los hombres ¿han hablado de la Divinidad? ¿Se han fabricado imágenes ó figuras de la Divinidad? ¿Han hecho acciones que emanan necesariamente de un sentimiento de la Divinidad? Es necesario pues negar estos tres hechos, ó convenir en que los hombres han tenido conocimiento de la Divinidad, pues le han manifestado por todos los medios que fueron dados á la naturaleza humana para expresar su facultad de conocer, y aun por aquellos únicos que le fueron dados; y por consiguiente en que la causa primera del universo *no ha sido para siempre sustraida á nuestra investigacion.*

1.° Y comenzando por las imágenes, pues la imaginacion es la facultad del espíritu que parece ser la primera á desenvolverse en el hombre, y tambien en la sociedad; la idolatría ¿era otro que figuras y representaciones materiales de la Divinidad, y un culto todo para la imaginacion, todo de imágenes, y por lo comun las mas indignas de su objeto? El judaismo mismo ¿no era una religion toda de *figuras*, aunque de otro linage? porque la Divinidad que, por condescender con la flaqueza de un pueblo niño y carnal, le habia prescrito un culto figurativo, no habia querido que la pudiese figurar á ella misma, no fuese que el ejemplo de las naciones vecinas, y la inclinacion prodigiosa que este pueblo tenia á fabricar dioses visibles, *dioses que marchasen delante de él*, no le precipitasen á la idolatría. Habíale Dios prohibido las imágenes de la Divinidad, para fijar su atencion

en las ideas que de ella le quiso dar; y se puede decir que en el culto magnífico y symbólico que le prescribió permitió todo á su imaginacion, excepto Dios mismo.

Mas cuando, formada la razon del hombre por el cristianismo, no hubo ya que temer de las ilusiones de la imaginacion, ni de los errores de los sentidos, pues tos los cristianos en el libre ejercicio de todas las facultades del espíritu, pudieron figurar la Divinidad bajo de representaciones inocentes, que no solamente ocupen los sentidos sin peligro del espíritu y del corazon, pero tambien sirvan como un punto de apoyo al pensamiento y de medio para sentir. Asi pues los cristianos han figurado por todas partes al que se llamó á sí mismo *el antiguo de dias*, bajo la forma de un anciano; emblema vivo de la duracion, de la autoridad y de la sabiduría, atributos de la Divinidad. Y el mismo cristianismo, que adora á Dios en *espíritu y en verdad* ¿qué otra cosa es en sus mas augustos mysterios, sino la *realizacion*, ó la expresion exterior y sensible de la idea intelectual de la Divinidad y sus atributos? ¿No nos enseña que la sublime sabiduría, no solamente *se hizo oir*, pero tambien que se *hizo ver*, y que apareció bajo la figura del hombre, única criatura hecha á imagen de la Divinidad, para la salud de los hombres? ¿No renueva la religion cristiana todos los dias en medio de los pueblos mas ilustrados que jamas hubo la memoria de este grande hecho, presentándole á la fe de los que la siguen bajo de *figuras ó apariencias* sensibles; y no les permite figurar de él el último acto en sus casas, en sus templos, y hasta en las plazas públicas, bajo de esta representacion mysteriosa, en la cual todo es lecciones para el espíritu, y sentimientos para el corazon, porque los sentidos no ven alli sino obediencia, amor y sacrificio?

2.° ¿Han hablado los hombres de la Divinidad?

Las lenguas todas, hasta las de los pueblos bárbaros, ¿no nos presentan la expresion de la idea de Dios bajo algunos de sus atributos? ¿Las sociedades todas, aun las mas imperfectas, no han hecho de esta idea la materia de sus públicas oraciones? ¿No la han interpuesto en sus mas solemnes tratados, y en las acciones mas comunes de la vida? La poesía, llamada el lenguage de los dioses porque sus primeros cantos fueron consagrados á su culto, ¿no ha sido por do quiera la produccion mas antigua del genio literario; y nosotros mismos, y todos los pueblos civilizados, no hemos hecho de la idea de la Divinidad, de nuestras relaciones con ella, y de los deberes que nos imponen, el asunto de una parte importante de nuestra literatura poética y oratoria? Aun sin pensarlo interponemos el nombre augusto de la Divinidad en nuestras mas familiares conversaciones, y las mas veces llevados de la costumbre, y en nuestros mas frívolos discursos. ¡*Dios mio*! es el acento involuntario de la alegría, del dolor, de la sorpresa, del espanto; y este primer movimiento de todas nuestras afecciones atestigua que nosotros miramos á la Divinidad como dispensadora de todos los bienes, como á consuelo en las penas, y nuestra proteccion contra todos los peligros. Pero aun aquel mismo que niega su existencia, ó blasfema de su sabiduría, no podria pensar en esto, aun para desconocerla, si no tuviese su idea, asi como no podria, aun para impugnarla, hablar de ella, si no tuviese su expresion.

3.° En fin ¿han hecho los hombres acciones que prueban el sentimiento de la Divinidad? Es necesario repetir aqui, que la accion es la expresion propia del sentimiento. Porque si yo oygo á un hombre hablar de su amor para con un su semejante, ó de su odio contra un su enemigo, únicamente puedo concluir de sus palabras, que tiene en su ánimo pensamientos ó intenciones de amor ó de odio, mas no podré pasar

á mas: pero si veo al tal hombre entregarse á hacer beneficios al uno, ó á perseguir al otro, dar sus bienes y aun la vida por su amigo, y despojar á su enemigo y hasta quitarle la vida, deberé concluir de sus acciones, y con total certidumbre, que tiene en el corazon los sentimientos de amor ó de odio, cuya idea habian manifestado sus discursos. Tambien es esta la conclusion que sacan las leyes humanas; las cuales no juzgan las intenciones, y solo de las acciones conocen.

No hablo aqui de los monumentos de las artes, erigidos en honor de la Divinidad, y que tambien son acciones, desde el altar levantado con las piedras del desierto por un pueblo viajante, hasta los templos magníficos, erigidos por pueblos fijos y estables, asi en Jerusalen como en Delfos, en Roma idólatra como en Roma cristiana. ¿Y qué otro eran esas expiaciones tan célebres en la antigüedad pagana; y qué son aun esos tormentos inauditos á que se consagran algunas sectas en paises idólatras; qué han sido por do quiera esas consagraciones religiosas al servicio de los altares; qué son entre los cristianos esas instituciones piadosas, cuyos miembros dedican á la Divinidad, para el alivio de las miserias humanas, su vida y su muerte; qué son en fin las austeridades de los anacoretas, las fatigas de los misioneros, el valor de los mártyres; y qué las acciones penosas, y aun heróycas, inspiradas por un sentimiento de amor ó de temor á la Divinidad? Pero, dejando á parte las acciones personales que expresan el sentimiento de la Divinidad, consideremos este sentimiento en las acciones públicas ó sociales. Porque al fin un hombre puede á todo empeño, dominado de motivos de temor ó de esperanza puramente humanos, por capricho ó por vanidad, obrar contra lo que siente, ó hablar contra lo que piensa; pero la sociedad, que nada tiene que temer, ni esperar del hombre, no puede disfrazar sus sentimientos; por donde sus acciones

públicas son la expresion cierta de un sentimiento general, como el lenguage universal es la expresion infalible de las ideas comunes. Una fe, bien viva por cierto y bien sincera, tenia por ejemplo aquella sociedad cristiana que, por espacio de tres siglos, no se ocupó sino en pelear por la reconquista de los lugares que fueron la cuna de su religion.

Pues es asi que en todas las sociedades públicas hallamos la grande accion, la accion verdaderamente pública y eminentemente social, la *accion* por excelencia; por cuya razon en todas las liturgias, aun en las paganas, es llamada *actio*. Esta accion, que es la expresion menos equívoca de un sentimiento de amor ó de temor de la Divinidad, la hallamos en el *sacrificio* solemne del hombre ofrecido á ella, bajo de una forma ú otra, por todas las sociedades, y en las dos grandes divisiones, que casi se pueden decir los dos hemisferios del mundo moral, y que comprenden todas las religiones aun posibles, á saber, la religion de *un* Dios, y la de *muchos* dioses. Sin duda tambien tenian algun sentimiento de la Divinidad esas naciones embrutecidas que abrazaban sus altares salpicados de sangre humana, y quemaban sus hijos en los brazos de bronce de un horrible ídolo. Asimismo algun sentimiento tienen de la Divinidad esos pueblos idólatras, á quienes vemos ofrecer este horroroso sacrificio en el Japon, en la China, en la India, y hasta en *Otahiti* [1]. La sociedad judáica tambien sin duda tenia presente este sentimiento cuando ofrecia la sangre del animal para rescatar la del hombre [2]; y le tiene aun y muy principalmente la sociedad cristiana cuando, para ofrecer á la Divinidad una víctima pura

1 Los chinos que ahogan sus hijos, los ofrecen al *espíritu del rio*. Los letrados son deistas, ó atheos, y el pueblo es idólatra.

2 Los mahometanos ofrecen aun en ciertas épocas el sacrificio del animal. El mahometismo sustancialmente menos es una religion, que un grosero deismo.

y digna ante su acatamiento, renueva incesantemente la grande *accion* de la sociedad religiosa, la accion pública del sacrificio bajo de apariencias inocentes, y sacrifica al mismo tiempo sobre el altar las relaciones de los sentidos y las repugnancias del espíritu.

Todas las sociedades pues han tenido la idea de la Divinidad, se han hecho imágenes de la Divinidad; y han tenido sentimientos de amor ó de temor de la Divinidad; porque todas han manifestado la idea en el lenguage universal; la imagen en representaciones exteriores, y el sentimiento, en acciones públicas. *Nulla gens tam fera*, dice Ciceron, *cujus mentem non imbuerit Deorum opinio.* Y este conocimiento universal de la Divinidad, hecho público y exterior en todas los naciones por expresiones generales de sus ideas, de sus imágenes, de sus sentimientos ¿no es una autoridad preferente á la opinion contraria de algunos individuos? Para calificar lo cual conviene advertir, que las ideas, las imágenes y los sentimientos de un hombre no pasan por verdaderos, ni son aprobados por los otros hombres, sino en cuanto son conformes á las ideas, á las imágenes y á los sentimientos de todos ó del mayor número. Porque un hombre que tiene ideas y sentimientos diferentes de los del resto de los demas; ó que se hace imágenes de los objetos diversas de las que los otros tienen, con razon es tenido por un hombre de espíritu extravagante, de una imaginacion desreglada, de un carácter insociable, y las mas veces por un maniaco y un loco. Los mismos hombres de talento no tienen pensamientos diferentes de los del comun de menos ingenio: lo que hacen es poner á la vista de los otros los propios pensamientos de estos, que por falta de consideracion no habian percibido; y la dominacion que tienen sobre los espíritus de los demas, no es sino el consentimiento universal y la aprobacion general que dan estos á sus descubrimientos; aprobacion, que es el efecto y la

prueba de la conformidad de sus pensamientos con los de aquel que se los revela. Por donde el mejor elogio que se puede hacer, y comunmente se hace, de un pensamiento exacto y profundo, manifestado en estilo conveniente, es: »esto es cierto, y me parece que »siempre tuve la misma idea, ni yo podria expresar»lo de otra manera." Asi pues, cuando se halla escritores que niegan á Dios, el alma, la religion, la distincion de lo justo y de lo injusto, y en suma, cuanto los hombres, considerados en su generalidad mas absoluta, han creido y creen aun, con razon se les debe tener por espíritus superficiales, esto es, por cerebros débiles, sean los que fueren sus talentos para otros objetos, y sus conocimientos en otra cualquier materia, y sus aciertos en otros géneros; como es tenido por falto de juicio el que tiene la manía de creer que es Rey ó Papa, puesto que en todos los otros objetos de especulacion y práctica piense como el comun de los hombres. En efecto, era debilidad de espíritu, y mas de lo que se piensa, la licencia de opiniones de algunos escritores célebres por sus talentos oratorios ó poéticos; como tambien mucha debilidad de caracter la prodigiosa irritabilidad de su amor propio, y el orgullo áspero y extravagante de su conducta. Adelántome á mas, y no temo decir, que no hay en moral conocimientos mas ciertos, que los conocimientos generales. Porque ciertamente se puede afirmar, que no hay hombre alguno que no tenga defecto en su espíritu cuanto á algunas materias, pues todos tienen sus flaquezas y debilidades. Mas cuando se observa en todas las sociedades, y en casi todos los que las componen, una idea, no digo *igual*, sino *semejante*, sobre un objeto, una disposicion semejante en figurar este objeto, y acciones semejantes, que solo las puede inspirar un sentimiento semejante de este objeto; se puede, y aun se debe afirmar, que este objeto es verdadero y real; porque no pue-

de achacarse debilidad de espíritu á todo el género humano, ni al mayor número de los hombres, asi como ni extravío de corazon, ni desarreglo de imaginacion acerca de unas mismas materias, y mucho menos acerca de aquellas que tienen íntima connexion con la conservacion y la estabilidad de las sociedades. *Omni in re*, dice tambien Ciceron sobre este particular, *consensio omnium gentium lex naturae putanda est.* Y aunque las diversas sociedades esten mas ó menos adelantadas en las ciencias, las letras y las artes, y tambien en los conocimientos morales y religiosos; todas tienen necesariamente un fondo comun de ideas morales, de imaginaciones, de sentimientos uniformes; uniformidad en los fundamentos de la vida humana ó social, sin la cual no podrian los hombres comunicar y entenderse entre sí, y que es el único medio de su conservacion, y de los progresos que hacen hácia la civilizacion.

Este fondo comun de ideas y sentimientos uniformes acerca de algunas verdades generales es propiamente la *recta razon*; y *si la opinion es la reyna del mundo*, la recta razon es el rey de la sociedad, y, como dice Bossuet, el *dueño de los negocios*; y desgraciado el pueblo, que destrona la recta razon para que en su lugar reyne el ingenio. Y es de notar, que precisamente sobre esta opinion general de la rectitud de espíritu y de corazon del mayor número de los hombres estan fundados los hechos mas importantes de la sociedad, la funcion de hacer las leyes y de aplicarlas; pues la primera condicion de toda junta deliberante, y la única indispensablemente necesaria para poder realizar sus operaciones, es, que el sentir del mayor número haga ley y sentencia. Unicamente en las cosas útiles, cuando mas, pero nunca necesarias á la sociedad, y en las artes y ciencias físicas es adonde los mas extendidos conocimientos se hallan en el mas corto número, ó á lo

menos allí se presume que se hallan. Asi que, es cosa extraordinaria que los mismos filósofos, que atribuyen á cada pueblo la soberanía, y colocan la suprema razon política en sus voluntades, traten en moral á todo el género humano como á un niño, y califiquen de preocupaciones sus mas generales creencias. Todavía, conviene distinguir cuydadosamente las creencias universales, que son necesariamente verdades, y una ley de la naturaleza, *lex naturae*, de las opiniones locales y particulares de algun pueblo, las cuales pueden ser errores y pura invencion humana.

Asi pues se halla por do quiera la idea de la Divinidad, imágenes de la Divinidad, y el sentimiento de la Divinidad; y sobre esto solo creo en la realidad del objeto general de esta idea, de esta imágen y de este sentimiento. Y aunque al mismo tiempo observo en las diversas sociedades aplicaciones diferentes de esta idea general de la Divinidad; de esta disposicion general á *figurar* la Divinidad; de esta accion general que emana del sentimiento de la Divinidad; lejos de concluir de esta diversidad de opiniones locales que no hay Dios, porque no es *igualmente* adorado por todas partes, concluyo al contrario que existe, porque es *semejantemente* conocido en todas. No de otra suerte que de la innumerable variedad de estilos judiciales, usados en diversos paises, concluyo que en todos ellos hay ideas de justicia distributiva; y de la diversidad de métodos curativos, que hay por do quiera arte de curar. Por manera, que solamente tengo que examinar cuáles son las aplicaciones mas conformes de la idea de la Divinidad; cuáles de sus imágenes las mas naturales y racionales; cuál es, en fin, el culto exterior de la Divinidad mas puro y mas inocente. Y aun omitiendo este examen, que no todos se hallan en estado de poder hacer, hallo, en la creencia y prácticas de las naciones civilizadas, para las aplicaciones del dogma general de la existencia de

la Divinidad, esto es, para la religion, los motivos de credibilidad, que hallé para el dogma mismo en la creencia universal del género humano. Porque las sociedades no habrian podido civilizarse, esto es, llegar á la perfeccion de las leyes (cosa muy diferente de la de las artes, que es la que constituye la cultura) bajo la influencia de un error general en el principio fundamental de toda creencia religiosa.

Pasa en esto de cierta manera lo que acaece en la geometría: donde los primeros axiomas son unas verdades ciertas conocidas de todos, aun de los mas limitados ingenios; pero las aplicaciones de estos principios fundamentales, ó las proposiciones mas abstrusas de las matemáticas transcendentes, tambien son igualmente ciertas, puesto que no sean conocidas sino de un corto número de sabios; y lo serian, aunque ninguno las conociese.

Como quiera conviene advertir, que no porque el género humano crea en la existencia de la Divinidad Dios existe, sino que porque Dies existe, el género humano cree en su existencia. Ni tampoco porque las sociedades mas ilustradas y poderosas profesen la religion cristiana, esta es la única verdadera, esto es, la única racional y conforme á la naturaleza del hombre y á la de la sociedad; antes porque es la única verdadera y la única conforme á la naturaleza del hombre social, las sociedades que la profesan son mas poderosas é ilustradas, y ella tambien fue la única causa de sus progresos y estabilidad, y el verdadero origen de sus luces: mas Dios no dejaria de existir, ni la religion cristiana dejaria de ser la única digna de él, cuando Dios, si fuese posible, de nadie fuese conocido, ó la religion cristiana no hubiese uno que la profesase.

Volviendo ahora al asunto decimos, que en varios pueblos puede haber preocupaciones falsas ó prevenciones; pero el total linage humano solo puede

tener sino preocupaciones verdaderas. Una preocupacion general es la creencia de una verdad general, poco mas ó menos como un proverbio es la expresion de una máxima general de conducta. En las preocupaciones, lo mismo que en los proverbios, la verdad, de especulacion, ó de práctica, se hace familiar ó popular para el uso habitual; y sellada asi en cierto modo en el cuño del género humano, pasa en el comercio de los espíritus como pasa una moneda corriente, á quien se recibe por su valor sobre la fe de la autoridad pública, y cuyo peso y quilates no puede examinarse á cada instante sin retardar el curso de los negocios y cambios.

Repito, que el linage humano no puede tener sino preocupaciones verdaderas, pues si hubiese tenido algun tiempo en moral, esto es, en la ciencia de la sociedad, una idea absolutamente general que hubiese sido falsa, ó que no hubiese podido ser verdadera, nunca los hombres habrian podido entenderse, ni la sociedad formarse. Lo que aun hace mas decisiva en favor del dogma de la existencia de la Divinidad la diferencia de la creencia general á las opiniones individuales, es, que un hombre, sea el que fuere, no necesita creeer en la Divinidad para existir, ni aun para ser, á lo menos exteriormente, justo y bueno, porque independientemente de su voluntad, y por el solo hecho de su entrada en la sociedad, se halla en un orden de cosas establecido desde el nacimiento mismo del cuerpo social, sobre la creencia y el sentimiento de la Divinidad: creencia de la cual, las leyes que le protegen, las costumbres que le contienen, los usos que le llevan en pos de sí, han recibido su fuerza y direccion. Hasta pensar puede interiormente que Dios no existe; y con tal que no se le emplee en el gobierno de otros hombres, ó en su instruccion, sus sentimientos particulares no tendrán influjo sensible en el orden público. Un hombre tambien que nie-

gue el movimiento de la tierra, no por eso impide que ella ruede, y que á él mismo le arrebate en su movimiento; y con que no esté encargado de enseñar fisica, sus opiniones no son de ninguna consecuencia. Pero la creencia de la Divinidad, y el culto, que es secuela suya, son cosas necesarias, y rigurosamente necesarias, á la sociedad, pues sin la creencia de la Divinidad la sociedad, ni ha podido nacer, ni subsistir. Y si J. J. Rousseau ha dicho, „que nunca se fundó estado al cual la religion no „haya servido de base," se puede añadir, como una consecuencia necesaria, que un estado, del cual la religion no es la base, no podria subsistir.

No sin duda. Porque sin la idea general y primitiva del poder del Ser supremo sobre todos los hombres, y sin los sentimientos de dependencia que esta idea ha inspirado á todos, ni el pensamiento incomprensible de poder humano, ni el sentimiento, mas incomprensible aun, de obediencia, estas dos cosas que tanto se avienen en la sociedad, y tan poco en el corazon del hombre, nunca habrian venido al espíritu de los hombres para hacerles sobrellevar la sociedad. Esta creacion moral, que sacó al orden público del caos de todas las voluntades privadas y de todas las pasiones individuales, mas inconcebible seria, sin el pensamiento y el sentimiento de la Divinidad, que la creacion física. Pues si en esta los elementos, mezclados y confundidos, oponian á la potestad creadora una fuerza de inercia, en la creacion de la sociedad, pasiones activas y fogosas oponian á la potestad legisladora su fuerza de resistencia. Todavía, por un prodigio, mas admirable para una razon ilustrada que todos los fenómenos del mundo físico, en virtud de este sentimiento general de la necesidad del orden, del cual Dios, orden él mismo por esencia, es el autor y el moderador; un hombre, ministro del poder divino, y de sus miras de bondad so-

bre los pueblos, y de las de su justicia, manda, solo, á millares de hombres; exige de los unos el sacrificio de su vida; de otros, el de sus bienes; de todos, el de su independencia nativa ¡y es obedecido! Asi los monumentos históricos mas antiguos, de acuerdo con la razon, nos presentan por todas partes á los primeros legisladores de los pueblos, acreditando su mision cerca de ellos por la intervencion de la Divinidad, é invocando su autoridad para hacerles amar ó sobrellevar la suya. Estas grandes verdades sin duda son mas sensibles cuanto mas arriba se sube á los primeros dias de las sociedades, ó por mejor decir de la sociedad; porque, propiamente hablando, nunca hubo mas que una: y todos los pueblos, nacidos, como todos los hombres, los unos de los otros, y siempre en el seno de la sociedad, han retenido en sus transformaciones sucesivas la tradicion de las nociones primitivas que habian recibido, y de los primeros sentimientos en que fueron imbuidos. Pero hoy que la sociedad está tan lejos de su orígen, si una nacion, amoldada de largo tiempo al yugo de la religion y de las leyes, y envejecida en el hábito del orden, viniese de repente á olvidar cuanta enseñanza y ejemplos fueron necesarios para sujetarla á una regla severa, y lo que debia á su institucion religiosa en bondad moral, perfeccion literaria, y aun en dignidad política; cuanto mas admirable fuese su disciplina, tanto mas prodigioso seria su desorden; cuantos mas frenos hubiese roto, y desechado mas luces, á tantas mas pasiones daria suelta, y tantos mas errores é ignorancia acumularia; y serian necesarios milagros para volverla á la razon de que tan indignamente habia abusado, y á la felicidad, á cuya pérdida tan locamente se hubiese expuesto.[1]

Asi pues digo, y lo digo en el mas riguroso sen-

1 Estas últimas líneas mas ha de cinco años que se escribieron.

tido, que una tribu de Iroqueses, que nombra *el gran espíritu*, es para la razon una autoridad de mucho mas peso, que veinte academias de ingenios floridos que negasen la existencia. Una academia, agregacion casual de individuos, no tiene, ni para hablar, ni para escribir, ninguna necesidad de creer en la Divinidad. Los individuos de esta sociedad, confundidos luego que salen de sus sesiones con los demas ciudadanos, hallan establecidas en la sociedad antes de todas las academias todas las ideas, todos los sentimientos y todas las instituciones que protegen sus personas, sus propiedades y hasta su incredulidad: y aun cuando por el testimonio de su conciencia ellos mismos se hallasen buenos y justos sin alguna creencia religiosa, podria ser que, creyéndose moderados en sus deseos, únicamente lo fuesen en realidad en sus pasiones. Mas la sola existencia de un pueblo, aun salvage, en cuerpo de familia ó de nacion, el orden que alli reyna en medio de esta sociedad imperfecta, por imperfecto que él tambien sea; la autoridad alli reconocida de padre, de esposo y la del gefe de la tribu, y la obediencia pacífica á estos diversos grados de poder; las prohibiciones del robo, del adulterio y del homicidio que se hallan en estos pueblos niños, feroces, intemperantes, atestiguan la existencia del supremo Legislador, y la promulgacion de la ley primitiva; y esta prueba, sufocada en nuestras sociedades bajo la multitud de leyes menudas, de reglamentos de policía, aplicaciones locales de la ley general hechas por el hombre, y de las cuales todos conocemos la data y los autores, se muestra en todo su resplandor en estos pueblos sencillos, que han subsistido hasta hoy bajo de solas estas leyes primitivas y sin otra legislacion; y de tal manera existe alli esta prueba, como esos caracteres, si asi se puede decir, que distinguen las *razas puras*, en algunas especies de animales, y que con el tiempo, cruzándose con

otras, desaparecen. Asi pues cuando un poeta dijo:

Primus in orbe Deos fecit timor, ardua coelo
Fulmina cum caderent,

y atribuyó la invencion de la creencia de la Divinidad al terror que los fenómenos de la naturaleza inspiraban á los hombres: y los que tomaron á la letra esta metáfora poética, y la han repetido como una proposicion filosófica, han dicho una necedad. Es cierto que los pueblos, atemorizados de alguna convulsion de la naturaleza, ó de la sociedad, han procurado siempre aplacar la causa inteligente, á cuyo poder y voluntad atribuian con razon las calamidades que les afligian: y aun hoy dia, si la creencia de la Divinidad viniese á borrarse del espíritu de algun pueblo, bastaria tal vez un terremoto, ó una revolucion política para volvérsela.

A la verdad es cosa muy natural que el hombre, ser activo por su esencia, y que debe *obrar* antes que *sufrir*, cuando llega al término de su accion, busque en otra parte el remedio á sus penas; y la recta razon del pueblo, que es su única filosofía, le dice por do quiera, que alli donde acaba la accion del hombre, comienza la de la causa superior á él. Vé el pueblo mejor que los sabios, de cuán poco pende alguna vez su conservacion, en algunos años de epidemia, ó en algunos minutos de temblor de tierra, sin otros azotes que comprometen anualmente su subsistencia, ó á lo menos su felicidad; y, cuando ya toda intervencion de su parte es absolutamente inútil, mandarle que sufra en una inaccion total, y prohibirle que busque medios de salud superiores á los suyos, y que ya no halla en sí mismo, ni en poder alguno humano; es ponerle en una situacion enteramente contraria á su naturaleza, y repugnante por consiguiente á su razon. La religion, lejos de abandonar en tal caso á los pueblos á este peligroso vacío de ideas y de sentimientos, que llenarian ellos

bien pronto con las mas absurdas supersticiones, y tal vez las mas crueles; les recuerda entonces, y les debe recordar el *Autor de toda consolacion*. Permíteles que le expongan sus necesidades, y les convida á que le aplaquen con sus ruegos: y todos los discursos del ateismo no lográrian atajar este primer movimiento de la naturaleza humana, y esta súbita expresion de sus sentimientos. Pero decir que los grandes trastornos del mundo moral ó físico, ó el espanto que ellos inspiran, hayan hecho la Divinidad, á saber, en el sentido de que si no fuese por este terror que padecia el hombre, que recurrió el primero á la Divinidad, no habria tenido en su espíritu, ni idea, ni sentimiento alguno de una voluntad superior á la suya, y de una accion mas poderosa que su accion; seria lo mismo que decir, que el miedo de la terciana hizo la quina. Y ¿cómo los pueblos, aun en la mayor consternacion, habrian podido tener la idea, ó el sentimiento de la Divinidad, si, anteriormente á la causa de su terror, no hubiesen tenido la expresion de ella en su lengua, y por consiguiente el pensamiento en su espíritu? ¿Fue acaso el terror quien creó aquella idea ó su expresion? Si la idea nació antes que la expresion ¿cómo pudo conocerse no estando aun revestida de alguna voz que la pudiese expresar? Y si la expresion nació antes que la idea, ¿cómo pudo ser entendida una expresion, que aun no declaraba idea alguna? ¿O por ventura la idea de la Divinidad salió del cerebro de los hombres, atónitos, como Minerva armada de punta en blanco del cerebro de Júpiter? Un sentimiento, sea el que fuere, puede excitar una idea, mas él ninguna crea; y nuestro espíritu, limitado puramente á representar los objetos reales ó posibles, no tiene la facultad de crear lo que no puede existir. He aqui dónde está el error de los *Guebros* modernos, que dicen que el culto de la Divinidad nunca

fue otro que el del sol, y que este por consiguiente fue la única Divinidad del universo. Pero por solo esto de haber creido los hombres que el sol era una Divinidad, habrian tenido una idea de la Divinidad, y aun una idea verdadera, porque no puede en esto haber otra, y únicamente podrian engañarse cuanto á la aplicacion que de ella hiciesen: al modo que ¿podrá negarse que los persas, que tuvieron á Efestion por Alejandro, tenian alguna idea del Rey de Macedonia? Pero si el miedo hizo sus dioses, la admiracion, el amor y el reconocimiento hicieron tambien los suyos: que es decir, que todos los sentimientos han hecho dioses, porque la Divinidad estaba presente al pensamiento de todos los hombres, y era el primer objeto de los sentimientos de todos los pueblos. Por el contrario, si se supone con el mayor número de ateistas, que los legisladores han inventado la Divinidad como un medio para contener los pueblos, se cae en un laberinto de dificultades. Porque, aun dejando aparte el absurdo de la invencion de un ser sin realidad alguna, que no representaria ningun objeto, y el de una voz que no expresaria ninguna idea, es necesario suponer, que en todos los pueblos, aun en los mas bárbaros, se hallaron legisladores que tuvieron precisamente una misma idea, é inventaron la misma cosa. A la verdad, en medio de la infinita variedad de leyes y de costumbres, introducidas por un número tan grande de legisladores como hubo, un acuerdo unánime suyo acerca de esta invencion importante, seria lo que mas se podria admirar en la historia del universo, y él solo probaria un sentimiento natural, *lex naturae*, y no una imaginacion del hombre; y la historia, que nos ha transmitido el nombre de los legisladores que, como Numa, reglaron el culto de la Divinidad, cuyo conocimiento hallaban ya establecido en el espíritu de los pueblos, sin duda no nos habria de-

jado ignorar el nombre del legislador mas antiguo, y ciertamente el mas hábil, que hubiese inventado la Divinidad misma. Asi pues lo mas razonable es reconocer, que todos los pueblos vienen de una sola familia, y esta, de un solo hombre: con lo cual mas facilmente se explicará cómo la creencia de la Divinidad, una vez hallada por este primer hombre, pudo transmitirse á la familia que él formó, y á los pueblos que salieron de ella. Mas entonces tambien se viene á dar en la narracion de los escritores sagrados, y se hace fácil probar, que el primer hombre, no habiendo podido nacer de sí mismo, ni de la energía de la materia, como se dice hoy, fue producido por una causa inteligente, á la cual, saliendo de sus manos, debió necesariamente conocer. Y si, por evitar este escollo, insisten en diversos legisladores inventores de la Divinidad, explíquennos, si pueden, ¿cómo la idea terrible é imponente del sacrificio del hombre, fundamento de todos los cultos, pudo nacer, extenderse y conservarse en todas las sociedades religiosas y políticas, á pesar del clamor de la naturaleza y de las contradicciones del espíritu? ¿Cómo los legisladores pudieron comprometer su autoridad y la resultas de su invencion hasta el extremo de ordenar al hombre que sacrificase á su semejante, á los reyes que inmolasen á sus súbditos, y hasta á una madre á que dedicase un hijo suyo á la muerte? ¿Y por qué inconcebible sucesion de ideas y de sentimientos este sacrificio del hombre, puesto que inocente y mystico, se vuelve, al cabo de tantos siglos, á hallar en los pueblos mas humanos é ilustrados, formando su constitucion religiosa, y consagrando hasta su constitucion política: dogma en tanto grado fundamental de todo conocimiento y virtud, que se puede sentar como un axioma de la ciencia de la sociedad, que do quiera que la necesidad de este sacrificio no está reconocida, las ideas morales todas están pervertidas,

y Dios no es mas conocido que el hombre? Que nos expliquen tambien ¿cómo legisladores, que no pudieron enseñar á los pueblos salvages á vestirse, alojarse y cultivar la tierra, pudieron poner en sus ánimos la idea de un Ser supremo, invisible y en todas partes presente; y cómo, habiendo olvidado estos pueblos las artes mecánicas, hasta las mas indispensables y usuales, retuvieron la idea mas intelectual de todas?

Dios pues es el gran pensamiento de la sociedad: las imágenes, bajo de las cuales esta le representa, son en cierta manera el grande espectáculo de la sociedad; y el culto que le tributa, es la gran accion de ella; y desgraciados los gobiernos que distraen demasiado la atencion de los pueblos á otras ideas, á otras acciones y á otros espectáculos. La religion pues que abraza el *espíritu* y la *verdad*, la creencia y el culto, es la gran herencia de los pueblos y su inalienable patrimonio. En vano los hombres durante su corta mansion sobre la tierra la desconocen y ultrajan, que no por eso deja de ser el alma y la vida del cuerpo social; y segun el uso que de ella hace, la causa tambien de sus progresos, ó el principio de sus revoluciones. Por do quiera presente, aun alli donde no se le descubre, interviene en las leyes, en las costumbres, en los usos, en la lengua, en las artes, en todo. Ella anima este gran cuerpo, le agita cuando se cree tranquilo, le calma cuando está agitado; y la posteridad dirá si le puede volver á ordenar cuando esté disuelto.... y á la religion es, y á su omnipotente influjo, á quien cuadra este pensamiento de un poeta:.....

Mens agitat molem, et magno se corpore miscet.

Mas al cabo, ¿qué ideas, qué conocimientos y qué sentimientos son los que tienen los hombres de la Divinidad? Respondo sin embarazo, que la idea mas distinta, el conocimiento mas positivo, y el sentimiento mas enérgico que de cualquier objeto pueden

tener; porque ellos la han pensado, la han nombrado, la han adorado, amado ó temido como á poder creador del universo, como á poder motor del mundo físico, como á poder legislativo del mundo moral, como poder vengador del crímen y remunerador de la virtud, y por consiguiente como el ser todopoderoso, todo bueno, todo sabio &c. &c.

Si estas ideas, cuyas expresiones son universalmente entendidas, no son distintas; si estos conocimientos, cuyas aplicaciones al orden de la sociedad doméstica y pública han sido en todos los pueblos las mas familiares y juntamente las mas solemnes, no son positivos; si estos sentimientos, manifestados por acciones tan imponentes al espíritu, y penosos á los sentidos, no son los mas enérgicos; jamas hubo en el mundo, ni idea distinta, ni conocimiento positivo, ni sentimiento enérgico de nada de moral. Y ¿cómo no podrian ser distintas y positivas estas ideas y conocimientos, con los cuales todas las sociedades hicieron sus leyes, y las religiones todas sus dogmas; y sobre los cuales se han establecido todas las relaciones de los hombres, de las familias y de los estados, y gira, al cabo de tantos siglos, toda la máquina de la sociedad? ¿Podrian dejar de ser vivos y profundos estos sentimientos, expresados por la accion pública mas sorprendente, y por las acciones personales las mas heróycas? Muéstresenos sino entre la infinita variedad de pensamientos y afectos humanos un pensamiento, expresado por un lenguage mas sublime y juntamente mas usual; unos sentimientos, expresados por acciones mas comunes y al mismo tiempo mas extraordinarias; y unos conocimientos, realizados por medio de aplicaciones mas familiares y al mismo tiempo mas extendidas. Muéstrensenos pensamientos, que dominen con tan alta sublimidad á los demas pensamientos; sentimientos, que triunfen con mas imperio de los demas senti-

mientos; y conocimientos, que hayan determinado mayor número de relaciones. Y ¿cuál seria en otro caso la expresion cierta por cuyo medio podríamos reconocer cuáles fuesen las ideas distintas, los conocimientos ciertos, y los sentimientos profundos: ó por qué otro medio los hombres podrian tener de ellos la conviccion en sí mismos, y dar á los otros certidumbre de ellos? Sí, todos los pueblos han tenido la idea, el conocimiento y el sentimiento de la Divinidad; mas no todos los pueblos tuvieron una idea completa de ella, un conocimiento suficiente, y un sentimiento bien reglado; asi como no todos la han figurado con imágenes decorosas y convenientes. Los idólatras tuvieron la idea de su poder, pero no la de su bondad; y de ahy fue su religion de terror, y su culto de homicidios. El paganismo, que fue la idolatría de los pueblos cultos, tuvo la idea de su poder, y tambien la de su bondad; mas no la de su eternidad, la de su santidad, la de su inmaterialidad y la de su unidad; y de ahy la extravagancia del polyteismo, y las monstruosas imaginaciones de su mytología y su teogonía. Asi tambien entre los deistas, los que creen que la Divinidad recompensa las acciones buenas, y que no castiga las malas, tienen la idea de su bondad, mas no la de su justicia; y los que la creen indiferente al bien y al mal tienen alguna idea de su existencia, mas ninguna de su providencia, ni del orden, que es su atributo esencial. Solo el cristianismo da de la Divinidad y de sus atributos la idea mas completa que los hombres pueden recibir, é inspira todos los sentimientos de que debe ella ser objeto: única religion en el mundo, que no ha separado los atributos inseparables de la justicia y de la bondad, y que enseña á amar á Dios sin dejar de temerle, y á temerle sin dejar de amarle. Nosotros conocemos á Dios como un ser soberanamente perfecto, sabio, justo, bueno, ó mas bien como la

misma sabiduría, justicia y perfeccion. Y ¿se dirá que nosotros no tenemos idea alguna de estas cualidades, expresándolas con términos tan universalmente entendidos, y con tanta frecuencia pronunciados; ni de estas cualidades, que siempre nos parece tenemos, y casi nunca los demas? ¿De dónde viene si no que palabras de sublime sabiduría, actos de una justicia heróyca, obras de una perfeccion rara nos *extasían*, y, sirviéndome de una expresion familiar y muy digna de notarse en el asunto de que tratamos, nos *transportan fuera de nosotros mismos*? ¿Son estas palabras, estos actos y estas obras quien hace nacer en nosotros, de repente y sin un *germen preexistente*, nociones de sabiduría, de justicia y de perfeccion? ¿O mas bien esto consiste en que el typo de estas cualidades existe en nosotros, y que no aguarda, para excitar en nuestros ánimos y corazones esta viva impresion, sino un objeto que la reproduzca? En efecto, el retrato que se me presenta no es quien me hace reconocer el original que nunca ví; mas el original que conozco, y cuya imágen tengo en mí mismo, es quien me hace reconocer la copia. ¿Y qué otra cosa es este typo de sabiduría, de virtud, y de perfeccion moral que, á pesar de nuestros vicios é imperfecciones, deseamos hallar en todos los objetos, que de ella nos presentan alguna expresion, mas que una disposicion hereditaria en el género humano, que prueba nuestra descendencia del Ser soberanamente perfecto, el cual nos hizo á su imágen, y grabó en nuestras almas la idea de perfeccion, y el deseo de la felicidad, que es su premio? Por donde esta idea de perfeccion se halla en todos, aun en el niño y el salvage, y todos, mientras somos, buscamos una perfeccion relativa, aun cuando mas nos alejamos de la perfeccion absoluta; y nos sentimos invenciblemente determinados á querer lo mejor, aun cuando es lo peor lo que elegimos. Bien

podemos, cierto, contrariar nuestras mas naturales inclinaciones, negarnos á las mas indispensables necesidades; mas no podemos borrar de nuestro ánimo la idea de perfeccion, ni desterrar de nuestro corazon el deseo de ella. Esta idea y este deseo animan nuestras acciones, asi las mas reflejas, como las mas indiferentes (bien que con reflexion nada hacemos indiferentemente); y aun cuando con nuestras manos nos destruimos, ó voluntariamente hacemos por los mas nobles motivos sacrificio de nuestra vida, todavía buscamos una perfeccion de felicidad, ó nos proponemos en ello una perfeccion de virtud. Todos los desvelos del ingenio, los trabajos de la industria, y todas las instigaciones del caracter no tienen otro móvil; móvil esencialmente activo, y siempre mas eficaz en el pueblo mas civilizado, porque á medida que se tiene ideas mas exactas de la perfeccion, se va hácia ella con mas fuerza, y mas invenciblemente se siente el impulso para acercarse á ella. Esta tendencia á la perfeccion es para nuestros ánimos lo que la pesantez y la velocidad son en los cuerpos, tanto mas acelerados, cuanto se acercan mas al término de su caida. Asi la revolucion francesa, por eso fue tan rápida en sus progresos, y tan terrible en sus efectos, porque falsas ideas de perfeccion se habian apoderado del pueblo mas civilizado; y no se dude de que, si se le presentasen con la posible claridad los verdaderos medios de llegar á la perfeccion social, no los hubiese abrazado aun con mas ardor.

Pero todo esto, dirán la ignorancia y la ligereza, son voces, ni vuestra idea de la Divinidad es otra cosa. Mas una idea ¿qué otra cosa es sino una voz *pensada*? Y una voz ¿qué otra es sino una idea *hablada*? ¿Se conoce alguna voz, de significacion que se entienda, esto es, alguna expresion recibida en el lenguage usual, que no sea representacion de una idea? ¿Se concibe una idea que no sea representacion

de algun objeto? La voz que no representa alguna idea, no es mas que un sonido; asi como la idea que no representa un objeto, es un nada. ¡Ah! son voces.... Pero todas las ciencias ¿qué son sino una coleccion de voces, y, como Condillac dice, *lenguas bien ó mal hechas*? ¿Qué son la memoria de lo pasado, el conocimiento de lo presente, y la prevision de lo futuro sino voces, que nuestro espíritu entiende y hacemos entender á los de otros? Y la naturaleza misma material, esta naturaleza, de que tan exclusivamente nos ocupamos, ¿seria para nosotros otra cosa que lo que es para los animales, á saber, imágenes para los sentidos, y materiales para nuestras urgencias? ¿Seria el objeto de nuestras indagaciones, el asunto de nuestras experiencias y de nuestros sistemas, sin las voces que expresan las ideas de las relaciones que los cuerpos tienen entre sí y con nosotros? Y lejos de poder discurrir acerca del espacio, calcular la extension, y analizar el infinito en grandor ó en pequeñez, ¿podriamos sin voces contar siquiera hasta tres? Y cuando se manifestó en *plena academia* que las urracas podian contar hasta tres, y aun creo, que hasta nueve, ¿no se tuvo por necesario hacerles merced de reconocer en ellas la facultad de expresar sus pensamientos en una lengua peculiar suya?

Asi pues las percepciones mas distintas de nuestro espíritu, y los conocimientos mas ciertos de nuestra razon, manifestados por las locuciones mas exactas, y juntamente las mas usuales, nos dicen que no puede haber *efecto sin causa*, movimiento sin motor, ni leyes sin legislador: y como sea conforme á la razon y á la experiencia, y tambien las reglas mas autorizadas del lenguage recibido entre los hombres, que un efecto particular emane de una causa particular, un movimiento particular ó local de un motor particular, y una ley particular de un legislador

particular; concluimos rigurosamente, y segun las nociones mas consiguientes del espíritu, y en las mas precisas formas del lenguage, la existencia necesaria de una causa universal respecto de la universalidad de los efectos, ó del universo, la de un motor general respecto de la generalidad de los movimientos, ó el movimiento en general; y la de un legislador Supremo respecto de las leyes fundamentales, ó mas bien de la *legislacion primitiva* y general de la sociedad; y esta causa universal, este motor general y este legislador Supremo es, y no otro la Divinidad.

Adelanto mas, y atrévome á decir, que nosotros tenemos una idea mas distinta, y un conocimiento mas positivo de la existencia de la causa primera del mundo físico ó moral, que la que tenemos de la existencia de los cuerpos. » El conocimiento de Dios, dice » Descartes, es mucho mas claro que el que se tiene » de muchas cosas creadas." La razon de esto es palpable; porque nosotros no conocemos los seres *contingentes*, que pueden, ó no existir, sino por la relacion de nuestros sentidos y las percepciones de nuestra imaginacion; pero la existencia de los seres necesarios nos es conocida por la razon.

En efecto, mis sentidos me muestran que tal hombre existe; pero mi razon no me dice que debe existir: esto es decir, que yo tengo la sensacion de su existencia, pero que no concibo la razon de ella. Cuanto existe fuera de este hombre, considerado como simple individuo, pudo existir antes que él, podrá existir despues, y podrá tambien existir sin él; y en este mundo de relaciones no se descubre ser alguno al cual cuadre la necesidad de su existencia. Pero este axioma fundamental de la sociedad, y aun fundamental de la vida, á saber, que *no hay efecto sin causa;* y particularizando esta máxima general, *que no hay movimiento sin motor*, *leyes sin legisladores, y sociedad sin poder*; suministra al entendimiento,

en favor de la causa primitiva, una prueba de una certidumbre intrínseca, racional y metafísica, muy superior á la que deduce la imaginacion de la relacion de los sentidos, pues que la razon en nada se ocupa tanto como en rectificar las relaciones de los sentidos, y precaverse contra las ilusiones de la imaginacion. Algunos ejemplos declararán mejor mi pensamiento.

Las relaciones mas auténticas, y otros documentos fidedignos atestiguan, que hay en la China á lo menos cien millones de almas. Esta gran poblacion es un hecho del cual no se puede razonablemente dudar, y si yo no le doy mayor número, es por evitar una disputa de todo en todo indiferente. Pero aun cuando un hombre hubiese él mismo hecho una matrícula exacta de esta inmensa poblacion, y tuviese por este medio toda la certidumbre, que se puede adquirir por la relacion de los sentidos, seria todavía mas cierto, para su razon, que hay en la China alguna forma, sea la que fuere, de gobierno, puesto que nunca hubiese oido hablar de ella, ni visto traza alguna; porque la China puede subsistir con diez millones de almas, como con doscientos: pero que diez millones de hombres, y aun muchos menos, pudiesen subsistir en un mismo pais, unidos entre sí, ó, por mejor decir, divididos por todas las relaciones que resultan de la igualdad de necesidades, y por consiguiente de la oposicion de intereses, sin una forma de gobierno que regle las relaciones é impida el choque de intereses; absolutamente no se podria concebir, cómo se puede el que en la China, ó en otro cualquier pais, haya diez, veinte ó treinta ó cien millones de habitantes; número indiferente en sí mismo, y puro contingente.

Del mismo modo, cuando yo supiese por la relacion de mis sentidos, que hay en una familia un cierto número de hijos, á quien hubiese visto y cono-

cido, todavía, para mi razon, seria mas cierto que hubo en esta familia un padre y una madre, puesto que nunca los hubiese visto ni conocido, ó hubiesen fallecido antes que yo existiese; porque la existencia de tal ó cual número de hijos es puramente *contingente*, é indiferente á ser ó no ser; en lugar de que la existencia de un padre y de una madre para formar una familia, es cosa rigurosamente *necesaria.* Posible es absolutamente que mis sentidos, ó los de otro, me hayan engañado acerca del número de hijos, ó que tal hijo, que habia creido pertenecer á una familia, perteneciese á otra; mas es absolutamente imposible que mi razon se engañe cuanto á la *necesidad* de un padre y de una madre para formar una familia. Insisto en estos dos ejemplos, porque la necesidad de un poder en un Estado, y de un padre en una familia, es una verdad del mismo orden, que lo es la necesidad de una causa primera en el universo moral ó físico. Y esta proposicion de filosofía es al mismo tiempo un punto de creencia religiosa; pues el Apostol nos dice, que toda paternidad, esto es, todo poder, público y doméstico, trae su nombre y su autoridad de Dios: *ex quo omnis paternitas in coelis et in terra nominatur.*

Para dar, en fin, un tercer ejemplo, es mas cierto, para mi razon, que el círculo racional, cuyas propiedades me demuestra la geometría, es una figura terminada por una línea, cuyos puntos distan todos igualmente de un otro punto, llamado *centro*, los rayos del cual son iguales entre sí, como todos los diámetros; y el que una línea recta, exteriormente aplicada á su circunferencia, no puede tocarla mas que en un punto &c.; que no es para mis sentidos y mi imaginacion, que el círculo material, que veo y toco, es de madera ó de cobre; porque mis sentidos pueden absolutamente engañarme acerca de la materia, cosa en sí indiferente, de que está forma-

do el círculo; pero la razon no podria engañarse acerca de las propiedades necesarias del círculo *racional*: círculo en tal manera diferente del círculo *sensible*, que nunca mis sentidos pueden percibir, ni formar un círculo que tenga realmente las propiedades del que yo concibo, tal que sea perfectamente redondo, cuyos diámetros sean todos absolutamente iguales &c. Todavía conviene advertir, que no se trata aqui de la certidumbre física [1], considerada en sí misma y en general, la cual presenta á la razon motivos suficientes para creer á la relacion de los sentidos siempre que su relacion esté acompañada de todas las condiciones necesarias para su veracidad; sino de la certidumbre física de la existencia particular de tal ó tal cuerpo, comparada con la certidumbre metafísica ó racional de una existencia necesaria y general. No hay duda que la existencia del universo es tan cierta, como la existencia de Dios es necesaria, pues efecto universal y causa universal son correlativos, y supuesta la causa existe el efecto, y recíprocamente; pero la existencia de tal ó tal efecto particular y local no tiene la misma certidumbre, porque no solamente Diós, pero tambien el universo, pudo existir sin aquel tal cuerpo, el cual ni siempre existió en el universo, ni existirá siempre en él, y habria podido absolutamente dejar de existir. Asi que es cierto que una existencia necesaria es mas cierta en sí, y para la razon, que una existencia contingente, indiferente á ser, ó no ser, lo es para la imaginacion; y la cues-

1 Por ventura no se ha puesto atencion en la relacion que existe entre las diferentes especies de certidumbre, y de los diferentes tiempos de la duracion. El hombre vive por su pensamiento ó por sus hechos en lo *pasado*, lo *presente* y lo *futuro*, y necesita de la certidumbre para todos los tiempos de su vida moral y física. Asi pues la certidumbre moral se refiere á lo pasado; la física á lo presente, y la metafísica á lo futuro; pues lo que es cierto con una certidumbre metafísica, lo es igualmente en todos los tiempos. Esta proposicion, declarada en todas sus partes, puede guiar á deducir resultados importantes.

tion se reduce á saber, no si estas formas sensibles, que llamamos cuerpos, son *contingentes*, pues de esto no se puede dudar, sino si á estas formas ó cuerpos, supuesto que existan, es *necesario* que alguna causa les haya dado la existencia, el movimiento que la conserva, y las leyes en cuya virtud le reciben; ó si, contra todas las nociones de la razon universal, manifestadas por medio de locuciones las mas familiares, y juntamente las mas generales, se puede admitir tantos efectos sin causa, movimientos sin motor, y por último leyes sin legislador.

Es verdad que los materialistas rehusan admitir efectos sin causa, movimientos sin motor, y leyes sin legislador, sentado que la materia en general, ó la naturaleza, por su energía, produjo, unió y *ordenó* la materia y hasta la inteligencia. Mas en vano disfrazan su materia en general, y las cualidades ocultas que gratuitamente le atribuyen, bajo los nombres vagos, y extraviados de su verdadero sentido, de *materia* y de *energía;* porque *energía* solo significa una mas grande intension en el movimiento recibido; la materia no existe tampoco separada de la agregacion de los cuerpos particulares, pues materia es un nombre colectivo, que expresa esta agregacion, como *ciento* lo es, y expresa la adicion, de la una á la otra, de un cierto número de unidades; y su sofisma, despojado de estas grandes voces, y reducido á la mas sencilla expresion, termina en esta proposicion contradictoria, á saber, que la *causa* y el *efecto* son un mismo ser considerado bajo de dos relaciones diferentes, pues que en su sistema la materia produjo, movió y dispuso la materia. Pero lejos de que las voces *causa* y *efecto*, por do quiera usadas, y entendidas, presenten la idea de un mismo y solo ser, por el contrario expresan, aun por su misma oposicion, dos seres absolutamente distintos, y entre los cuales se halla la relacion de *activo* y de *pasivo*,

la cual constituye la distincion mas notable que puede haber entre dos seres, y es por cierto bien poco filosófico pensar, que en lengua alguna, y en ningun pueblo, pueda haber dos voces opuestas para expresar un mismo objeto.

Llégase á esto: que examinada fundamentalmente esta verdad, las voces *causa*, *motor*, *legislador*, imprimen por sí mismas en el ánimo la idea de un ser inteligente, libre y activo, que obra con conocimiento y voluntad; y este sentido en tal manera está recibido, que pasa por ley en la sociedad; por cuanto el hombre no es responsable en ella sino de los hechos de que es *causa*, mas no de aquellos de que solamente es ocasion. Por el contrario, *materia* presenta la idea de inercia, de pasion de accion recibida: asi que es contradictorio en el sentido y en los términos, suponer, que la materia puede ser *causa*, esto es, que lo que es inerte pueda ser activo, y que lo que recibe la accion la pueda hacer; y la voz *energía*, de que se usa por falta de osadía para servirse de la de inteligencia, no significa absolutamente otra cosa, que declarar que no se puede salvar esta contradiccion.

Quieren pues los materialistas, que la materia haya producido, movido y ordenado la materia, y tambien la inteligencia; pero nada pueden absolutamente alegar, tomado de las relaciones conocidas de los seres, de donde puedan inferir la posibilidad de esta produccion, y la accion directa de la materia sobre la inteligencia. Por el contrario, los espiritualistas sostienen, que solo un principio inteligente pudo producir la inteligencia, y tambien esas formas sensibles que llamamos materia; y tienen á su favor una razon de analogía, tomada de la accion de la voluntad sobre los órganos materiales, en los cuales produce movimientos, que son una verdadera creacion instantánea é interior, y aplicados á los cuerpos exteriores, producen todas las maravillas de la indus-

tria humana, las cuales son tambien creaciones, y asi se les da este nombre. De otra parte la razon no descubre contradiccion alguna en admitir que una inteligencia infinita haya podido, por sola su voluntad, producir las formas primeras de los cuerpos, pues una inteligencia limitada puede tambien, por sola su voluntad, producir y variar sus formas segundas, ora en su propio cuerpo, donde ella excita movimientos físicos por sola su operacion intelectual, ora, lo que es mas admirable, y aun incomprensible, en un gran número de cuerpos extraños, de los cuales, aun ausente, puede determinar la voluntad y mandar la accion; y hasta crea el hombre tambien, que dice á su semejante: »quiere", y el quiere; »haz", y el hace.

¿Qué significa pues esa asercion mil veces repetida, y repetida bajo de mil formas, que no conocemos la causa primera, y que ella *está para siempre fuera del alcance de nuestra investigacion*? En lo cual hay tambien un sofisma que declarar; porque, al modo que el infierno de la fábula, las puertas del ateismo solo estan guardadas por fantasmas.

Volvamos pues á la distincion fundamental de nuestro ser pensante, á saber, en facultad de *idear*, ó de concebir ideas, y en facultad de imaginar, ó de formarnos imágenes. Por medio de esta conocemos los objetos particulares y materiales; y por el de aquella, los generales é intelectuales.

Yo *imagino* un *arbol*, una *casa*; mas *ideo* ó concibo el orden, la razon, la justicia &c.: y al modo que por las imágenes conozco cuanto me es posible conocer de los objetos materiales y figurables, asi por las ideas conozco cuanto me es dado conocer de los objetos intelectuales. Pero estas dos facultades de *idear* ó concebir, y de *imaginar*, de tal manera se distinguen la una de la otra, que nos es imposible imaginar aquello que concebimos, ni concebir lo que imaginamos; ó en otros términos, no podemos formarnos

imágenes de nuestras ideas, ni ideas de nuestras imágenes. Esta verdad del analisis del espíritu humano es muy importante, y no ha sido hasta ahora, á mi parecer, advertida, ó por lo menos suficientemente declarada. Yo veo, toco, siembro un grano; este se desarrolla asimilándose los jugos que le convienen; veo que crece, que arroja ramas, y que se carga de flores y de frutos. Tengo la imágen distinta de un arbol, de sus diferentes partes, de su crecimiento progresivo, y tambien de los agentes exteriores, ó medios extrínsecos de su crecimiento: cosas todas materiales, y que hacen sensacion é imágen. Mas no puedo pasar de aqui, porque no tengo de estos objetos otras nociones que las imágenes que me los representan, y me expongo á decir absurdos, si trato de razonar acerca de la esencia del tal arbol, y pasar mas allá de lo que mis sentidos me refieren, ó me pueden referir de él.

Pero tengo la idea distinta de *orden*, de *razon*, de *justicia*, de *poder*, de *deber*, de *voluntad* &c., pues las voces que expresan estas ideas son de un uso habitual en el trato de los espíritus; mas yo ni las puedo ver, tocar ni sentir. Mis sentidos no me refieren de estas ideas sensacion alguna, ni mi imaginacion percibe de ellas alguna figura, y si las quiere figurar, se ve precisada á pedir prestadas imágenes á la naturaleza material, y á *personificar* estas ideas, esto es, hacerlas *hombres* y personas, y á pintar, por ejemplo, la Justicia bajo la figura de una muger con una espada y un peso, y á la Divinidad bajo la figura de un anciano &c. A este modo, mi voluntad manda á mi brazo moverse; tengo la idea de esta voluntad, y la imágen de este movimiento; pero ¿puedo yo formar la idea de este movimiento, ó la imágen de esta voluntad? No ciertamente, y tan imposible me es imaginar mi voluntad, como concebir cómo el movimiento de mi brazo es consecuencia de ella: y con todo el esfuerzo que haga mi espíritu, nunca pasará

mas allá de darme de mi voluntad otra idea sino la sencilla y distinta expresada por la voz *voluntad*, ni de representarme el movimiento de mi brazo de otra manera, que la que me representan mis sentidos.

Nosotros conocemos la Divinidad como *causa*, *orden*, *sabiduría*, *razon*, *poder* &c., como primer motor del mundo, de los movimientos ó de la materia, legislador supremo del mundo, de las relaciones ó de la sociedad. Estas ideas son distintas, y aun las mas distintas que nos sea dado concebir, pues que ellas son la base sobre que reposa el edificio de la sociedad y la conducta de la vida: las voces que las expresan, por do quiera usadas y entendidas, son en el comercio de los ánimos como una moneda corriente, destinada á facilitar el cambio mutuo de las ideas; y en fin, las nociones de moral, de que son fundamento estas ideas, estan aun entre los ignorantes, mas extendidas que los conocimientos de física. Y si todavía fuese menester ayudar, cuanto á esto, la flaqueza de nuestra inteligencia, bastaria que reflexionásemos acerca de lo que pasa á nuestra vista, y entrar en nosotros mismos, para conocer á los hombres, y nosotros mismos, como causas segundas de efectos particulares, motores de movimientos parciales, legisladores de leyes locales, y como siendo en alguna cosa orden, sabiduría, poder &c.; y podriamos concluir de ello, por una analogía irresistible, la necesidad de una causa universal para la universalidad de los efectos; de un motor universal para los movimientos en general; de un legislador supremo para las leyes primeras y fundamentales; de una razon general, de un poder, y de un orden esenciales, manantial de los poderes subordinados del orden local, y regla de la razon humana ó particular.

Pueden aun formarse sobre esto consideraciones mas sublimes. Dios está presente á todo, y todo, aun en nosotros, nos conduce á la idea de la Divinidad:

nuestras sensaciones, pues nuestro espíritu, infatigable en su curiosidad, procura siempre de un hecho en otro subir hasta el primero que ha sido la *causa* de las impresiones que recibió: nuestras afecciones, pues nuestro corazon, inagotable en sus deseos, quiere necesariamente el bien, y aun su mayor *bien*; nuestros juicios, en fin, pues nuestro entendimiento se eleva, por su tendencia natural, á las ideas generales, y en nada halla lo *bello* y lo *bueno*, sino en las ideas de orden, de justicia, de verdad &c.

Por donde, siempre que buscamos una causa, deseamos un bien, ó pensamos en el orden en cualquier cosa, se puede decir que pensamos la Divinidad, puesto que no pensemos actualmente en Dios; por cuanto entonces hacemos á un objeto determinado una aplicacion de la idea general de la Divinidad, la cual es causa primera, bien supremo, orden esencial, justicia, verdad &c.

Aun sin salir de las relaciones comunes de la sociedad se puede hallar ejemplos de este modo general de considerar un objeto, que actual y expresamente no esté presente al espíritu. En efecto, cuando yo obedezco á la autoridad, hasta la de los agentes subalternos del gobierno, cedo, sin pensarlo, al poder soberano de donde dimana, y tengo ciertamente una idea general del poder, puesto que no piense tal vez expresamente en la persona del Príncipe.

Cuanto á los objetos materiales la imaginacion se figura partes, las cuenta, las mide y las dispone; pero el entendimiento adelanta mas, y ve el *orden* en la disposicion, el *infinito* [1] en el número, y la *eternidad* en la duracion. Si él no ve en Dios la totalidad de los seres, como sostuvo un filósofo, ve á Dios en la generalidad del ser, ó por mejor decir le

1 No se puede dejar de notar, que, habiéndose desterrado algunos años há la expresion *infinito* de la enseñanza de la geometría, fue necesario volver á ella.

piensa, y le expresa tambien en la lengua de las generalidades por medio de las voces orden, sabiduría, justicia, verdad, perfeccion, causa &c.

Asi que, sepárese á Dios del universo, y quedarán borradas de nuestros ánimos las ideas de causa, de poder, de orden, de perfeccion &c., y del lenguage las voces que expresan estas ideas: voces que son otros tantos nombres de la Divinidad, y traducciones en la lengua filosófica y racional de la voz Dios, ó de sus equivalentes en las lenguas usuales y las históricas.

Por donde, no puedo dejar de repetir, que nosotros pensamos el ser de Dios en las ideas generales, aun cuando no pensamos en su existencia, y hasta la negamos por nuestras ideas particulares. La afirmamos en una lengua al mismo tiempo que la negamos en otra; pensamos por él, aun cuando no pensamos en él; es la luz que no vemos, y por la cual vemos todos los objetos; es la vida que no sentimos, y que hace que nosotros sintamos. En suma, es el Dios oculto, como se llama á sí mismo, *Deus absconditus*; oculto en el mundo intelectual bajo el nombre de *verdad*; oculto en el mundo físico bajo el nombre de *causa*; oculto en el mundo moral ó social bajo el nombre de *poder*; oculto tambien en el fondo de nuestros corazones en la inmensidad de nuestros deseos, y en lo interminable de nuestras esperanzas. En él vivimos, pues él es el Padre de la vida; en él nos movemos, pues él es el primer Autor del movimiento; y en él somos, pues él es el Manantial del ser: *in ipso vivimus, movemur et sumus* [1].

No son estas ideas abstractas, sino ideas simples y generales, que es cosa muy diferente. Dios está presente á toda la naturaleza por sus leyes, como lo está el Príncipe á todas las partes de su Estado por el ejercicio de la justicia, la direccion de la fuerza y

1 Epist. de S. Pablo.

el cuidado de la administracion. Hasta el poder humano y político está presente á todo, puesto que la *persona* del hombre-príncipe no esté *real* y sensible sino en el lugar que habita.

Conocemos pues la causa primera ó la Divinidad, y la conocemos por medio de nuestro entendimiento ó nuestra razon; única facultad en nosotros que pueda propiamente conocer. Mas no es esto lo que en el lenguage de hoy se llama conocer: no se cree ya á las propias ideas, se quiere imágenes, esto es, no satisface ya un conocimiento de razon y de entendimiento, dado solo al hombre sobre la tierra, sino que se exige un conocimiento sensible y de imaginacion, que nos es comun con los animales sin razon. Se quiere una causa primera que se pueda disecar con el escalpelo, descubrir con el microscopio, analizar en un crisol, colocar en un recipiente, destilar en un alambique, clasificar en una nomenclatura, ó siquiera someterla al cálculo: mas porque se desespera de poderla sujetar á alguna de estas operaciones, se piensa que no se la conoce, y se asegura que está para siempre fuera del alcance de nuestras investigaciones. Pero cuando los moralistas modernos, ó mas bien los idéologos exigen que se les haga conocer por medio de imágenes, ó de sensaciones, objetos que no caen bajo de los sentidos, y que solo por el entendimiento se pueden concebir, y se obstinan en buscar *impresiones* de imágenes adonde es necesario contentarse con expresiones de ideas ¿no son tan inconsecuentes como lo serian los físicos que, para conocer los objetos materiales, no se contentasen con sensaciones é imágenes, y exigiesen que se les mostrase la *idea* de ellos, y en lugar de sujetar sus propiedades al examen de las *experiencias*, se distrajesen á razonamientos sutiles acerca de su esencia, poniendo asi el entendimiento en lo que debia ponerse la imaginacion.

» Hay gentes, dice el célebre *Euler*, que no quie-

» ren creer ni admitir sino lo que ven con sus ojos,
» y palpan con sus manos. Este defecto se observa co-
» munmente en los químicos, los anatomistas y los
» físicos que solo se ocupan en experiencias. Cuanto
» los unos no pudiesen fundir en sus crisoles, y dise-
» car los otros con sus escalpelos, no hará impresion
» en sus ánimos."

Lo que engaña á algunos, y les persuade que la causa primera de todo existe en la materia, aun cuando no se pueda descubrir en ella, son los progresos diarios de los conocimientos humanos en las cosas físicas, y en las leyes particulares de la organizacion de los cuerpos. En los primeros tiempos del hombre y de la sociedad, cuando las leyes de la naturaleza eran poco conocidas, el pensamiento las pasaba en cierto modo por alto, y se elevaba á Dios mismo, autor de todas las leyes. Esta presencia general de la Divinidad, que es un dogma para una razon ilustrada, era para su razon naciente una presencia local: la voluntad general que, por medio de leyes generales como ella, determina todos los sucesos de este vasto universo, era tenida como la serie de voluntades particulares que obraban sobre todos los seres; y la Providencia universal, de quien emanan, en virtud de las leyes generales del mundo físico, el curso de los cuerpos celestes, el orden de las estaciones, los accidentes de los climas, y la vegetacion de las plantas, era una dispensacion inmediata de los beneficios, ó de los rigores de la Divinidad. La tierra era la tarima del Altísimo, los cielos su pabellon, y el rayo y los relámpagos sus mensageros y farautes. Dios conmovia los cielos, hacia temblar la tierra y levantaba los mares. ¡Felices tiempos, en los cuales una tempestad, que hoy solo seria ocasion de algunas observaciones metereológicas, excitaba sentimientos cristianos, y á un Rey de Inglaterra, acampado en medio de Francia á la cabeza de un ejército victorioso, le arrancaba

del pecho el voto sublime de dar la paz á su enemigo [1].

Estas mismas creencias se hallan por do quiera que un pueblo está en la primera edad de su sociedad. Los filósofos, ó los que creen serlo, las llaman supersticiones, y declaman amargamente contra prácticas, que casi siempre son inocentes, aun cuando fuesen ridículas; mas estas creencias, de las cuales no tardará el dejar de lamentarse, producian sentimientos de amor y de temor; al mismo tiempo que las imágenes, que las acompañaban, animaban el lenguage y fecundaban las artes, y con esto se presentaba á la imaginacion mayor número de ellas, y juntamente mas motivos de particular afecto. Ni tampoco estas creencias son falsas; porque el que hizo las leyes es ciertamente verdadero autor de todos los efectos que ellas causan. » Dios, dice Descartes, en tal » manera es la causa universal de todo, que tambien » es en la propia forma la causa total." Asi en política se atribuye comunmente á la voluntad del Príncipe lo que se hace por el ministerio de sus agentes, y en virtud de las leyes generales del gobierno. » Todos los fenómenos del universo, dice el autor mismo

1 ,,Un dia que el Rey de Inglaterra (Eduardo III) estaba ,,acampado en el pais de Chartres, se levantó una tempestad espantosa, de tantos relámpagos y truenos, y de una descarga de ,,granizo tan espeso y tan gordo, que hirió gran número de sus ,,soldados, y le mató mas de mil caballos. El Rey tuvo este prodigio por un aviso de Dios; y volviéndose hácia la iglesia de ,,nuestra Señora de Chartres, que se descubria á cinco ó seis leguas de distancia, prometió á Dios ajustar la paz lo mas pronto:" esto es lo que dice Mezerai, puramente historiador. Pero Hume, que ademas se tenia por filósofo, dice: *que verosimilmente Eduardo, para justificar la resolucion, que tenia tomada de antemano, de hacer la paz, imaginó atribuirlo á un voto, que dijo habia hecho á vista de una tempestad horrorosa que descargara sobre su ejército durante su marcha.* Que es decir, que este Príncipe aparentó hallarse obligado á hacer la paz, y quiso achacar á su expedicion el odio de un crímen que provocaba las iras del cielo: lo cual seria razonar muy mal; pero Hume juzga de las opiniones del siglo XIV con el espíritu del XVIII; defecto capital harto comun en sus obras. Mas con tal modo de escribir la historia, nada hay de los siglos pasados que no se pueda oscurecer y desfigurar.

» de las *Relaciones*, siempre han sido, y serán siempre consecuencia de las propiedades de la materia y » de leyes que gobiernan todos los seres: y *por medio de estas propiedades y de estas leyes es por » donde la causa primera se manifiesta á nosotros.* » Por lo cual *Vanhelmont* las llamaba en su lenguage » *poético, la orden de Dios.*" Mas esto es decir, que la causa primera, désele el nombre que se quiera, se manifiesta á los sabios, en las leyes generales que estableció para la conservacion del mundo físico y moral, y á todos los hombres, en los efectos que resultan de estas leyes, y que, como las leyes mismas, son la *orden de Dios*; y el estilo de Vanhelmont, á quien el autor de las *Relaciones* llama, por irrision, *estilo poético*, es en este punto perfectamente exacto, mucho mas que la prosa seca y triste de los escritores materialistas.

Eran pues ciertas las creencias populares acerca de la accion constantemente inmediata y local de la Divinidad, mas no eran completas; veíase al legislador, mas no se conocian las leyes. Pero hoy que las leyes son mas conocidas, asi en filosofía como en política, se desconoce al legislador hablando sin cesar de *la ley*; y si en un tiempo habia demasiadas imágenes, hay en otro sobradas abstracciones. Dios, por decirlo asi, se retira del pensamiento del hombre, que constantemente interpone entre él y el Criador las leyes pretendidas generales que conoce, ó pretende conocer; y á fuerza de disecar, de analizar, de clasificar y de observar los conductos por donde las plantas respiran, la formacion gradual de las piedras y de los metales en el seno de la tierra, las leyes de la vegetacion, de la fructificacion, de la generacion, la razon de algunos fenómenos, la composicion de algunas sustancias por el amalgamiento de algunos agentes; viene á colocar la *causa* de todo esto en esta multiplicidad de *medios*, y á creer, que si existe otra,

está para siempre fuera del alcanee de nuestra investigacion: como si todos los conocimientos físicos, por adelantados que se supongan, pudiesen prevaleeer contra esta máxima de eterna verdad, ó, por mejor decir, contra este axioma de toda ciencia y de toda filosofía, á saber, *que no hay efecto sin causa*, y que la universalidad de los efectos, ó el universo, debe referirse á una causa universal, puesta fuera de todos los efectos, como los efectos particulares, ó los fenómenos respecto de una causa segunda ó particular, absolutamente distinta del efecto que produjo. Con esta ocasion citaré una reflexion muy filosófica del P. Mallebranche. »Si se me pregunta, por ejem-»plo, de qué proviene que un lienzo humedecido se »enjugue cuando se pone al fuego, no seria yo fi-»lósofo si respondiese que Dios lo quiere, puesto »que todos saben que cuanto se hace se hace porque »Dios lo quiere. Mas no se pregunta por la causa ge-»neral, sino por la particular de un efecto que tam-»bien lo es. Asi pues debo decir, que, luchando las »partículas del fuego, ó de la leña agitada contra el »lienzo, comunican su movimiento á las partículas »de agua que en él hay; y con esto se dará la cau-»sa particular de un efecto particular.[1] Pero si se me »preguntase de qué proviene que las partes de leña »agiten las del agua, ó que los cuerpos comuniquen »sus movimientos á los otros cuerpos con quien cho-»can, *no seria yo filósofo si buscase una causa par-»ticular á un efecto general.* Debo pues recurrir á »la voluntad de Dios para dar razon de un efecto »tan general como la comunicacion del movimiento, »y no á facultades particulares ó cualidades de la »materia." Todavía, esto es lo que hacen sin cesar

1 Que Mallebranche asigne, ó no, la verdadera causa de enjugarse el lienzo puesto á la lumbre, ó, por mejor decir, de la evaporacion del agua, no hace para que deje de ser concluyente su razonamiento.

los materialistas buscando la causa de todo en ciertas cualidades ó propiedades que suponen en la materia, con ser que esta no existe en general, ni es otro que un agregado de cuerpos particulares, asignando de esta manera una causa particular á efectos generales; expresion contradictoria, y por consiguiente idea imposible. Asi pues, el pueblo, que ve á Dios en todo, y su accion inmediata y local hasta en las mas pequeñas cosas, asigna una causa general, sin intermedio alguno, á efectos particulares; y los materialistas, que ven en todo la materia, hasta en la creacion del mundo físico, asignan una causa particular á efectos generales. El pueblo, por no tener conocimientos físicos, no tiene exactitud en sus opiniones, pero razon sí, porque todas las causas particulares y segundas estan necesariamente encerradas en la causa primera y general: solo que cae en la misma falta en que caeria aquel que dijese, que el príncipe recoge los tributos, en lugar de decir que en su nombre los recogen los exactores. Mas los ateistas pecan en su discurso contra la exactitud, y juntamente contra la razon, porque la causa general no puede hallarse en una particular, por no ser otro esta misma que un efecto. La filosofía pues, esto es, la doctrina que enseña la verdad, y toda la verdad, exacta en física y verdadera al mismo tiempo en moral, conforme con las reglas del lenguage en sus expresiones, porque es consiguiente en sus ideas, asigna causas particulares á efectos particulares, y una causa universal á un efecto universal ó al universo.

El autor de las *Relaciones* conoció la fuerza de estas verdades; mas por no verse envuelto en sus consecuencias, se esfuerza á romper su enlace. »Por lo »demas, dice, ya se ve que estas varias cuestiones »penden directamente de la de las causas primeras, »las cuales solo por esto de ser primeras no pueden »ser conocidas." Y en otra parte dice: »Los hechos

» generales son porque son, no se explican, ni se les
» podria asignar causa."

De modo que segun este autor la causa primera no puede ser conocida, ni explicarse los hechos generales; pero las causas segundas, ó los medios, tampoco ordinariamente son mejor conocidas, ni los hechos particulares mucho mejor explicados. Las propiedades del fuego, del ayre, del agua, de la luz &c. estan observadas, son conocidas y materia de muchos experimentos: son tambien estas propiedades hechos particulares. Y la física ¿da siempre de ellas explicaciones bastantes? ¿Conoce los hechos particulares ó de las causas particulares? ¿No están disgustados, y con razon, hasta los sabios de sistemas por los cuales se pretende explicar muchos hechos particulares, y asignarles causa? ¿Y no es cierto que se contentan con teorías, que son el orden, la serie y el encadenamiento de los hechos observados? porque el sistema precede á la experiencia, y la teoría la sigue.

«Las causas primeras no pueden, dice, ser co-
» nocidas por esto solo de que son primeras." Pero, ademas de que este modo de hablar es poco filosófico, pues se debe decir *la causa primera* y *las causas segundas*, porque no puede haber mas que una causa primera, y las segundas son infinitas; la voz *conocer* es equívoca, y la proposicion es verdadera ó falsa, segun que se entienda de un conocimiento intelectual ó de entendimiento, ó de un conocimiento sensible ó de imaginacion. Nadie puede conocer con un conocimiento de imaginacion y por los sentidos la causa primera, porque está fuera del alcance de todos ellos; y si fuese *sensible* como tal causa primera, seria finita, limitada, y susceptible de aumento ó de diminucion, y no podria por consiguiente ser causa primera; pero todos los hombres, y hasta el mismo autor á quien impugno, la conocen cuanto puede ser conocida con un conocimiento de entendi-

miento; la conoce este autor pues la *nombra*, y la voz que la expresa, entendida es de él lo mismo que de todos los demas. El conoce *causa*, como conoce *orden*, *poder*, *voluntad*, *libertad*, y generalmente todas las cosas morales que son conocidas por medio de *expresiones*, no por impresiones. Por donde bien se dice *la causa primera es*, *porque es causa*, porque si no fuese causa primera, seria *efecto*, ó causa segunda, y seria buscar la causa primera mas arriba. Pero por esto solo de que ès causa, y causa primera, no le es dado al espíritu concebir nada mas allá, ni al lenguage nombrarlo. Asi pues cuando la causa primera quiso hacerse conocer de los hombres, se nombró á sí misma: *Yo soy el que soy*. En cuya locucion extraordinaria, superior á las expresiones humanas, se *eleva* ella misma por esta *multiplicacion* de su ser á la mas *alta potencia* de ser; en lo cual la metafísica puede recibir prestada de la geometría una locucion, que traduce, con tanta verdad como precision, todo su pensamiento.

Pero si se puede decir *la causa es porque ella es* (á saber) *causa*, no se puede decir en el mismo sentido *los hechos son porque son*, sin que tácitamente se entienda tambien la voz *hechos*. Los *hechos son porque ellos son ó han sido hechos*: locucion que por sí sola expresa el acto de la creacion de los *efectos* ó *hechos*; pues que la voz *hechos*, *facta*, no es otro que el pretérito del verbo *hacer*.

Mr. de Rivarol dice, que la lengua francesa tiene una probidad inseparable de su genio; pero es aun mas exacto y filosófico decir, que todas las lenguas tienen una verdad inseparable de sus expresiones; y cuantas nombran la *causa* y los *efectos* ó hechos, con esto solo atestiguan la existencia necesaria é independiente de Dios, y la existencia accidental y subordinada de todo lo que no es Dios. Los hechos generales y particulares constituyen el orden físico:

la metafísica es la region de las verdades; en ella se buscan, y en la física hechos: y la causa primera es una verdad, y no un hecho.

Asi pues, vuelvo á decir, los efectos, como que son siempre hechos particulares, hasta el curso de los astros, el cual no es sino el mas general de los hechos particulares, pues que al fin solo es una aplicacion á los cuerpos particulares y finitos de la ley general del movimiento, estan sujetos á las leyes que se llaman generales cuando se comparan con otras que lo son menos, mas que no dejan de ser causas segundas ellas mismas relativamente á la causa primera. Pero el hecho general de la creacion y conservacion del universo no se puede atribuir en buena filosofía sino á la causa general ó universal. Y aun cuando fuese cierto que moléculas de materia, agitándose, buscándose y enlazándose mutuamente hubiesen formado el universo, con esto se entretendria solo la dificultad, y siempre habria que subir hasta la causa que hubiese producido estas moléculas, y dádoles el primer impulso. El conocimiento de este primer principio de todas las cosas es en lo que consiste la perfeccion de nuestros ánimos, porque la de un espíritu finito consiste en conocer el último término de sus pensamientos acerca de un objeto, y aquel mas allá del cual no pasan ni la razon ni el discurso.

Esta máxima filosófica de que la *perfeccion de un espíritu finito consiste en conocer el último término de sus pensamientos*, puede aplicarse como una verdad rigurosa á la conducta de la vida. A la verdad, los hombres en sociedad serian felices, si en cuanto emprenden conociesen con tal precision hasta dónde alcanzaban sus facultades físicas y morales, que ni dejasen de llegar á este punto, ni pasasen de él. Todas sus faltas y sus desgracias les vienen de esta ignorancia: lo cual les hace emprender lo que no pueden ejecutar, ó desesperar de lo que pueden hacer, fluc-

tuando asi entre el desaliento y la presuncion.

Asi pues el espíritu del hombre es finito en ciencia moral, porque llegando á Dios, no puede ir mas allá; y será siempre imperfecto en ciencia física, porque á par de lo que adelanta, va retirándose el término de sus indagaciones.

Asimismo, por generalidad que presenten los principios de atraccion y gravitacion para dar razon de los movimientos de los cuerpos celestes y sublunares, la misma atraccion y gravitacion no son otro que causas segundas y hechos particulares, ó mas bien hechos que producen otros hechos, y leyes particulares que reglan movimientos particulares; por donde aun al mismo Newton no le pudieron excusar de recurrir á un primer motor, causa primera del movimiento en general.

En buen hora, dicen algunos sabios modernos, sea todo eso; pero pues la física, aun la mas general, no es al cabo sino una ciencia de hechos particulares, detengámonos en el conocimiento de los hechos, y guardemos el mas profundo y respetuoso silencio acerca de la causa general, ya que no puede servir para explicar ningun hecho particular. Mas este discurso ni siquiera es especioso. Porque aun cuando la física, como ciencia de hechos no tuviese absolutamente necesidad de hacer mencion de la causa general; la moral, la política, la filosfía, que comprende á ambas, estas ciencias, que lo son de generalidades, esto es, de verdades y no de hechos, estas ciencias del *poder* y de los *deberes*, no podrian prescindir de ella. La metafísica ó la filosofía general que trata de los principios y de las razones de todas las cosas, queda sin razon y sin principio, si no puede atribuir la universalidad de los efectos á una causa universal, colocada fuera de todos los efectos; como la física no tendria ya un objeto, si no pudiese indagar la causa particular de los hechos particulares, que son

la materia de sus experiencias. Tampoco la moral tendria una base, si se ha de separar la idea de los *deberes* de la del *poder*; el cual determina su naturaleza, fija su extension, recompensa la observancia y castiga la infraccion. La sociedad política carece tambien de fundamento, si la autoridad no es otra cosa que la dominacion del hombre, y las leyes que reglan su ejercicio no son mas que convenciones temporales, aceptadas por el interes del momento, ó voluntades arbitrarias impuestas por la fuerza. El lenguage mismo no tiene sentido, si los términos mas opuestos entre sí, como *causa*, *hechos*, no expresan en la sustancia sino modos de un mismo ser, y no seres diferentes; y el silencio, que las ciencias físicas afectasen guardar sobre esta verdad primera, seria un escándalo para la moral, y un lazo para la política. Mas en vano intentaria la física no hablar de la existencia del Ser supremo, causa primera de todos los efectos y ocupacion universal de todo el género humano. Porque, llegado que ella hubiese á sus límites, seria llevada desde alli mas allá por el progreso irresistible del espíritu y la fuerza oculta de las cosas; y ¿cómo esta ciencia, siempre ocupada en observar hechos, podria dejar de elevarse alguna vez hasta las causas, y considerar las obras sin pensar en el artífice? En efecto, despues de haber apurado los hechos particulares, y analizado, para descubrirlos, la materia hasta en sus mas imperceptibles partes, encuentra las verdades generales; pero en lugar de reconocer que entonces entra en un pais extrangero, donde todo, ideas y lenguage, es nuevo para ella, se obstina esta ciencia de particularidades en pensar con sus imágenes, en hablar su lengua; y, precisada á ocuparse de la causa general, la busca en hechos particulares, únicos que ha estudiado, y le es dado conocer. Ella descompone la materia, la recompone, y de sus formas tan alterables, de sus partes inertes,

disolubles é insensibles, hace un todo eterno, inalterable, activo é inteligente: y repugnando admitir una causa que se oculta á nuestros sentidos, imagina otra que repugna la razon; y á pesar de esta misma, pasando á la moral, de la organizacion de los seres materiales, hace la inteligencia; el poder, de su número; de sus intereses, las leyes; y los deberes, de sus necesidades. ¡Tristes y trabajosos errores, que sabios, que los presentan á la imaginacion de los hombres, ponen en lugar de verdades sencillas y fáciles que han ilustrado la razon de los pueblos!

Mas, si asi conviene decirlo, por ventura se le dejaria á Dios Señor del universo físico, y como el rey de los vientos, de que habla el poeta, reynar en un mundo sin habitantes, *vacua se jactet in aula*, si en el Criador del mundo material una alta filosofía no viese el Legislador del mundo moral. Los materialistas, que alguna vez llaman Dios á su materia, y que le atribuyen tambien el poder que crea, y la inteligencia que dispone, llevarian sin dificultad que nosotros diésemos un sentido diferente á la misma expresion, ni tratarian de venir á explicaciones con nosotros sobre ella; y con tal que nuestro Dios fuese como el suyo, á saber, un ser puramente ideal y el objeto de una estéril contemplacion, un Dios que, encerrado en sí mismo, nada hubiese prescrito ni prohibido nada, ni exigiese del hombre sacrificio alguno, ni algun culto del linage humano, le acordarian, si asi se puede hablar, la creacion, y mas que la imaginacion la colocase en la época que quisiese. Porque propiamente hablando no es el dogma de la existencia de Dios lo que se impugna; y á la verdad, cuando se afirma que la causa primera está para siempre fuera del alcance de nuestra investigacion, es indiferente que sea materia ó inteligencia; pues una materia que crea sus mismas formas, que por sí misma se mueve y asienta, y por su propia energía, no

es mas fácil de concebir que una suprema Inteligencia, que todo lo ha hecho por su voluntad, y reglado todo con su sabiduría.

Pero lo que las pasiones rehusan creer, y se obstinan en negar, es la necesidad de la *realizacion* exterior de la Divinidad para fundar una sociedad de seres reales y exteriores; es la verdad de sus revelaciones á los hombres para enseñarles lo que deben á sus semejantes, y á su Autor; es en fin su presencia en el mundo por medio de sus leyes morales, que habiendo sido *escritas* desde los primeros tiempos, son, como dice Cárlos Bonnet, *la expresion aun física de su voluntad.* Seria reconocido Dios por todos, si no hubiese reglado otra cosa que organizaciones y movimientos, y no habria sido desconocido ó desfigurado por la física, si no tuviese con la moral ninguna relacion.

Asi pues la causa primera nos es conocida cuanto lo puede ser por el espíritu humano: es conocida en sí misma y para nuestro entendimiento pues que es *nombrada*, y que nuestro espíritu la aplica por medio de las ideas distintas de orden, de sabiduría, de bondad y de poder, de las cuales hallamos algunas semillas en nosotros mismos y en nuestras propias acciones, y fuera de nosotros en el estado exterior de la sociedad, y que, reproducidas de mil maneras en el lenguage, y realizadas bajo de mil formas, son la base de todas las leyes, la razon de todo poder, la regla de todos los deberes y el fundamento de toda sociedad.

Es tambien conocida la causa primera de la imaginacion por los efectos que ha producido, y hacen su operacion sensible á nuestros sentidos; y asi el entendimiento concibe la idea de la causa, y la imaginacion recibe las imágenes de los efectos.

Por donde, cuando el escritor sagrado quiere pintar los efectos de la creacion, ó los fenómenos de la

naturaleza material, su estilo abunda en figuras, y brilla en imágenes, terribles ó graciosas, siempre vivas, y las mas veces sublimes; personifica todos los agentes naturales, y á todo da cuerpo y lenguage. Su narracion es una serie de representaciones vivas, y vemos todo lo que describe. Mas cuando narra la creacion misma del universo, este hecho general, ó mas bien esta manifestacion real y sensible de la causa primera; este acto, que no puede ser representado por ninguna imágen, pues es quien sacó á luz todos los cuerpos, y precedió á todas las imágenes; este acto, que solo el entendimiento le puede concebir, y que la imaginacion no se le puede figurar; este acto, pues, todo en sus expresiones es idea, nada imágen, y el estilo es sin modelo porque el asunto es sin ejemplo, sencillo como la voluntad, y fuerte como el poder; un estilo, que es él mismo una creacion, y nos presenta en cierta manera la traduccion literal de la creacion material. En el *principio crió*[1] *Dios el cielo y la tierra; Dios dijo, sea la luz, y la luz fue*. Pero si la imaginacion no puede formarse representacion ni alguna figura de la creacion, el entendimiento concibe, y con claridad, que lo que de sí mismo no tiene existencia, debió necesariamente *recibirla*, y no la pudo recibir, sino de una causa existente por sí misma; y ademas de esta razon general, tomada de las mas sublimes y distintas percepciones de la inteligencia, el entendimiento halla en el hombre y en su lenguage, en la sociedad y sus leyes, en los pueblos y sus tradiciones, los motivos de credibilidad mas poderosos de cuantos pueden subyugar la razon humana.

El escollo, en el cual se pierde la mayor parte de

1. El verbo *creare* tiene por raiz la voz *res* (cosa) de donde vino *reare* (hacer las cosas) voz que, pronunciada con la aspiracion gutural de los orientales, ha hecho *kreare* ó *creare*. La voz *realizar* tiene tambien *res* por raiz; y á la verdad la creacion no es otro que la *realizacion*, en tiempo, de las ideas eternas del gran Arquitecto.

los que niegan la Inteligencia suprema como causa primera, ó, lo que es lo mismo, que *está para siempre fuera del alcance de nuestra investigacion*, es el desorden que creen descubrir en el mundo físico, y tambien en el mundo moral, y no aciertan á componer con el poder y la sabiduría del Criador. Mas, lo primero, no hay desorden en las leyes generales en que está afianzada la duracion del mundo físico, pues el universo material no habria podido sino milagrosamente llegar hasta nosotros, si se hubiese turbado, un solo instante que fuese, el orden que le conserva. Las irregularidades particulares, reales ó aparentes, condiciones necesarias del orden general, y que nos parecen desórdenes solo porque desde el punto en que estamos situados no podemos considerar á un tiempo el complejo de leyes generales de la conservacion del mundo, no podrán trastornar el plan general de la creacion, pues se ve, por ejemplo, madurar todos los años los frutos de la tierra mas tarde ó mas temprano con las estaciones mas opuestas; purificar las tempestades el ayre; y la misma disolucion de los cuerpos servir para la recomposicion de nuevos seres, y de esta manera entrar en el plan general de la conservacion de las especies. Aun son pocos los desórdenes locales que el hombre no pueda, por medio de su industria, prevenir ó reparar; y el trabajo, esta deuda general, esta *prestacion* de toda la vida, bajo de la cual el Criador *infeudó* al género humano el suelo que cultiva y le alimenta, no tendria objeto [1], si el hombre no debiese incesantemente corregir la infertilidad local de la tierra, y dirigir hácia un fin útil su fertilidad espontánea; arrancando de ella *con el sudor de su rostro las zarzas y las espinas*, y [illegible]

1 Un pueblo, á quien la naturaleza suministrase espontáneamente cuanto es necesario para subsistir, y no tuviese necesidad de trabajar para vivir, jamas llegaria á un alto grado de civilizacion y de urbanidad.

remediar los males del trastorno de las estaciones, de la insalubridad del clima, y estragos de las aguas, y hasta la pérdida de los frágiles productos de su industria. Pero este poder, que recibió el hombre para corregir una naturaleza maléfica ó rebelde, le emplea las mas veces en contrariar una que de suyo es benéfica. Y los gobiernos, los cuales despues de Dios, disponen de la mas grande fuerza, de la fuerza de la sociedad, mas la emplean en multiplicar riquezas artificiales, que en conservar los bienes naturales; y es muy comun no advertir, que el Estado tiene mas necesidades de bosques que de manufacturas, y que si el fisco gana en el establecimiento de un nuevo ramo de comercio, ó de industria, la sociedad sufre la pérdida de algunas fanegas de su territorio arrebatadas para siempre por las aguas. Y si algunos territorios hay expuestos á ciertos males, cuyos efectos todos los esfuerzos del hombre, y aun todos los medios del gobierno no pueden prevenir ni reparar, esto indica tal vez que en un estado de sociedad, mas sencillo y mas cercano á la naturaleza original, deberia el hombre dejar para morada de las bestias tales tierras que *devoran sus habitantes*, y que por ventura el Criador no destinara para habitacion de criaturas humanas. Al modo que en un vasto edificio no todas las piezas que le componen estan destinadas para habitacion del dueño: y por ventura es un desorden general en la administracion de los Estados, y del cual las pasiones humanas son la primera causa, que gobiernos que pueden conquistar reynos, no puedan trasladar y establecer en otro lugar los habitantes de una aldea, amenazada de la caida de una montaña, ó de la erupcion de un volcán. Pero al cabo, todos los males físicos, aun los mas insoportables, se acaban á la muerte; la cual apresuramos con nuestras pasiones; á la muerte, cosa espantosa sin duda para la imaginacion, pero en quien la razon, aun destituida de las

luces de la religion, mas ve una necesidad que un mal, y que ella es la primera condicion de toda existencia material. El desorden moral, el error y el crímen son propiamente el único desorden del universo; mas hasta este desorden es una secuela necesaria de la ley general y natural del libre albedrío, atributo esencial de la humanidad, y aun el primer título de la dignidad del hombre. Porque ¿cómo podria aspirar al mérito de la virtud, si no tuviese la triste facultad de poder preferir el vicio, ó si fuese bueno como el agua es fluida y la piedra pesada? Para justificar pues la sabiduría y la bondad del Criador, basta que haya puesto en el corazon del hombre el deseo general del bien, en su espíritu luces suficientes para conocerle, y en la sociedad eficaces auxilios para obrarle.

Un Príncipe, que para el paso de los viajeros á la capital hiciese abrir caminos al través de bosques, construir calzadas sobre pantanos y puentes sobre rios ¿seria responsable de la pérdida de los imprudentes, que, despreciando los auxilios que se les daban, prefiriesen extraviarse por senderos impracticables, pasar á nado los rios, ó hundirse en los pantanos? Esta comparacion puede tambien servir para darnos alguna luz acerca de la accion del libre albedrío del hombre con la voluntad de Dios: porque el Príncipe, en la suposicion dicha, *quiso* salvar todos los súbditos, y hasta con una voluntad *eficaz*, queriendo ellos cooperar á ello por su parte, pues que esta voluntad le determinó á hacer grandes sacrificios para asegurarles la vida, y á este fin empleó medios absolutamente infalibles; pero él no debió, para estrecharles á ir por la ruta que les habia franqueado, oprimir la libertad, que cualquiera tiene de ir y venir por donde le acomoda, libertad que constituye la naturaleza del hombre y el estado de ciudadano; únicamente debió presentar á su inteligencia una razon mas que *suficiente* para determinarse á elegir, y

á sú amor natural para consigo mismo, los motivos de esperanza ó de temor mas poderosos: de manera que, aun cuando se suponga que hubiese previsto que algunos viageros no se aprovecharian de su beneficencia, no podria emplear para obligarles á ello medios coactivos sin trastornar el orden público, y poner á todos los súbditos en un estado de esclavitud, incompatible con la constitucion natural del hombre, y la del hombre en sociedad. Puede observarse tambien en este ejemplo la necesidad de la cooperacion de la voluntad del viagero con la voluntad del Príncipe, y cómo este dirige la eleccion de aquel sin *forzarle*, y *previene* su voluntad sin hacerle violencia.

Creo que esta comparacion tambien sea conforme al espíritu, y aun á la letra de los libros santos; en los cuales se llama *camino* la vida del hombre, y no se da otro nombre á los designios de Dios y á la conducta del hombre. Concluyamos con una reflexion.

En la física frecuentemente se recurre á agentes invisibles para explicar los fenómenos, ó hechos aparentes de la naturaleza. Asi, cuando se quiere, por ejemplo, dar razon de la tendencia que mueve á ciertos cuerpos á acercarse, ó á evitarse, se admite un fluido invisible, ó dos; se supone en la materia, no digamos *cualidades ocultas*, porque se toma en mala parte, sino *fuerzas latentes*, atracciones y repulsiones: se atribuye á moléculas, absolutamente imperceptibles, é inaccesibles á todos nuestros sentidos, figuras determinadas y disposiciones constantes: se somete al cálculo sus movimientos y direcciones, y se levanta todo un sistema de conocimientos físicos *sobre un punto, en el cual se halla una nube que á la vista aguda del ingenio no le fue dado penetrar.* Tales son las propias expresiones de Mr. Haüy hablando del sistema de Newton; y á la verdad, si alguna hypótesi hay de física que merezca ponerse en paralelo con todo el sistema de las verdades morales,

sin duda lo es aquella que abraza y explica el mundo de los movimientos, como la moral comprende y regla el mundo de las acciones: la cual debemos al valiente ingenio que determinó las leyes, y analizó los efectos de la luz, esta imágen sensible de la verdad.

Y á pesar de la *nube que se halla* sobre el mismo fundamento de la hypótesis de Newton, *sobre este punto que su ingenio* no pudo penetrar, no hay duda en que este filósofo, y cuantos han adoptado sus opiniones, han admitido con razon esta fuerza secreta por cuyo medio han explicado toda la *mecánica celeste*, y cuya existencia creyeron suficientemente justificada por el cálculo de los movimientos reales ó aparentes de esos cuerpos inmensos, cuya masa, distancia y velocidad hasta á la imaginacion la espantan, y abrumarian con su *infinito* al pensamiento, si el hombre, precisado á acomodarse á los métodos de investigacion que él mismo inventó, no apelase á la razon de la geometría para que socorriese su propia razon.

A este modo pues la existencia de una causa primera, omnipotente, soberanamente inteligente, que todo lo ha hecho y ordenado en el mundo moral y en el material, que ha dado leyes á la sociedad de los hombres, como las estableció para la generacion de los animales y la vegetacion de las plantas; es tambien el punto fundamental de la ciencia moral. La imaginacion, que todo lo querria figurar, hasta lo que sola la razon debe concebir, *halla tambien sobre este punto una imágen*, que todos sus esfuerzos no *podrian penetrar*; pero este punto, una vez supuesto, da tambien la razon de todos los fenómenos del mundo moral; explica el hombre y su inteligencia, la sociedad y sus leyes, los pueblos y sus tradiciones; declara el inexplicable acuerdo de todas las sociedades, aun de las menos cultas, acerca de las leyes fundamentales del orden social, á pesar de la di-

versidad de tiempos, de lugares, de climas, de la variedad de sucesos y oposicion de intereses y de costumbres. Explica esta *idea* universal de la Divinidad, expresada en todas las lenguas; esta disposicion general á *figurar* la Divinidad que se halla en todos los pueblos; este sentimiento unánime de la Divinidad, manifestado por medio de una accion pública en todos los cultos: explica el pensamiento uniforme de todos los legisladores, á lo menos hasta los de nuestros dias, que han hecho intervenir la Divinidad en las leyes que daban á los hombres [1]: explica en fin la creencia inmemorial de todas las sociedades, que han invocado la Divinidad en los tratados mas solemnes de las naciones, asi como en los actos mas familiares de la vida, y que la han mirado como el árbitro supremo de los sucesos, como el juez de las acciones humanas, y el poder vengador del crímen y remunerador de la virtud.

Esta uniformidad de pensamientos, de sentimientos, de creencias, de actos exteriores en medio de todas las revoluciones, y á pesar de la ligereza de nuestros espíritus, de la movilidad de nuestros juicios y de la violencia de nuestras pasiones, es tambien un *fenómeno*, un hecho visible, tan cierto y tan constante como el curso de los astros y la sucesion de las estaciones.

La razon, conducida por la imaginacion, admite la existencia de una gravitacion invisible; con la cual explica los hechos aparentes, ó los fenómenos del mundo material.

¿Por qué pues la razon no quiere creer sin el auxilio de la imaginacion la existencia de una causa in-

1 Cuando Numa, por ejemplo, queriendo dar leyes al pueblo romano, suponia conferencias secretas con una Divinidad, engañaba la imaginacion de los hombres, mas no extraviaba su razon; porque el pensamiento de buenas leyes es una conferencia con la Divinidad de quien ellas emanan.

teligente, inaccesible en sí misma á nuestros sentidos, puesto que sola ella explique los hechos ciertos ó los fenómenos del mundo moral? Y conviene cuanto á esto observar, que el problema de física general, resuelto por Descartes y Newton, lo fue en diversa manera por estos dos sabios; que no está tan rigurosamente demostrado, que no se pueda proponer otra hypótesi, y que la que ha prevalecido, tan probable, ó, por mejor decir, tan cierta como es, no es mas hasta ahora que la hypótesi de un hombre y de un siglo; en lugar de que el problema de la causa primera, semejante en algun modo á los *problemas* resueltos por la analisi, únicamente puede admitir dos soluciones, la una *positiva*, por medio de la existencia de una Inteligencia suprema, y á cuyo favor está la antoridad de todos los pueblos y de todos los siglos; la otra, *negativa*, por medio del movimiento fortuito y espontáneo de la materia eterna: opinion echada ya en lo antiguo á la aventura por algunos hombres sin ingenio y sin moral, y repugnante, asi á la razon de los hombres mas ilustrados, como al huen juicio de todos los demas, y á todas las inducciones que se pueden sacar de la experiencia y la analogía.

No hay que buscar en otra parte sino en nosotros mismos la razon de la inconsecuencia de nuestros juicios. Nosotros juzgamos de la física con nuestra razon, y de la moral con nuestras pasiones. Admitimos sin dificultad opiniones que solo exigen esfuerzo para ser creidas, de la facultad de pensar; los turbillones de Descartes lo mismo que la atraccion de su rival; el sistema de Ptolomeo lo propio que el de Copérnico. Y con igual obstinacion resistimos á creencias que exigen algunos sacrificios de la facultad de gozar, y estamos dispuestos á combatir las verdades fisicas mas acreditadas, si contrarían nuestras inclinaciones; como abrazamos las opiniones

de moral mas sospechosas, si solo á nuestra razon repugnan.

Y es que en el estudio de las verdades físicas el espíritu busca motivos para creer, y en el de las verdades morales el corazon, sin advertirlo nosotros, los busca para no creer, y con tal disposicion siempre se hallan motivos para admitir las unas y rehusar las otras. He aqui lo que hace tantos entusiastas por los sistemas de física mas nuevos, y comunmente los mas extraños, y tantos incrédulos cuanto á las verdades morales mas antiguas y autorizadas.

Esta comparacion, que hemos hecho de los sistemas de física, y de las verdades morales, nos conduce naturalmente á una observacion.

Newton reconoció la necesidad de un Ser inteligente, primer móvil del movimiento universal, como una consecuencia de su hypótesi. » Elevábase él, di» ce Mr. Haüy, hasta la idea de un Creador y un » primer motor de la materia, preguntándose á sí » mismo: ¿de dónde viene que este sol y los cuerpos » planetarios graviten los unos hácia los otros sin al» guna materia densa intermedia?" Y sin duda esta accion á tan *prodigiosa* distancia le pareció que participaba de la naturaleza de los espíritus tanto como de la de los cuerpos. Efectivamente, el sistema de Newton, puesto en poesía, se prestaria, á mi parecer, mejor que otro á aquella opinion antigua, que asignaba un espíritu celeste por motor y guia á cada uno de los planetas.

Por el contrario, Descartes habia hecho en cierta manera al movimimiento de los cuerpos celestes una aplicacion del sistema particular de Epicuro, pues los *átomos*, moviéndose en todas direcciones en el espacio, apenas se distinguen de la *materia sutil* voltegeando hácia todas partes. Pero ¿cómo es que por una parte los principios de Newton, tan universalmente adoptados, y tan sabiamente explicados, no hayan lleva-

do á todos los físicos á la consecuencia moral, que este grande hombre dedujo de ellos; y que por otra el sistema de Descartes, tan unánimemente desterrado de la astronomía, continúe en cierto modo en reynar en la geologia, y que se quiera dar razon de la formacion y de la organizacion general del universo por medio de reencuentros, y de vueltas en redondo de moléculas organicas, ó de partes sutiles de la materia, tenidas por insuficientes para explicar sus fenómenos particulares, y que, llevando este sistema hasta el mundo moral, se persista en atribuir nuestra inteligencia y sus facultades á combinaciones corpusculares, á las cuales, á juicio de todos los sabios, no se pueden tampoco atribuir los movimientos generales del mundo físico?

CAPITULO XI.

De las causas finales. [1]

Se da el nombre de *causas finales* á la relacion que existe en el universo en general entre los medios y los fines, y en cada ser en particular, entre sus facultades y sus funciones. Así la luz y el calor, que dan movimiento y vida á toda la naturaleza, nos parecen que son el fin, la causa final y la razon de la existencia del sol; la fecundidad, la causa final de la tierra que produce todo lo necesario para la subsistencia de los seres animados; y el servicio que el hombre saca de los animales, la causa final de su existencia. Asi tambien la vision es la causa final del órgano de la vista; el movimiento, la causa final de la existencia de los órganos de la loco-mocion: el hombre mismo puede llamarse la causa final del universo material,

1 La expresion *causas finales* está consagrada por el uso; pero seria mas exacta la de *intenciones finales*.

pues como señor reyna en él, y hace que sirvan á sus necesidades todos los seres que le componen. Dios, en fin, causa primera de todo, es tambien la causa última de todo, ó *la razon de los seres*, como dijo Leibnitz, pues todo concurre á hacer conocer á los hombres su poder y su bondad.

Las causas finales son infinitas; y los progresos de las ciencias físicas en esto consisten, en descubrir otras nuevas, ó nuevas relaciones entre los seres. Han sido estas causas reconocidas y admiradas, asi por los grandes ingenios, como por los hombres, agenos de toda ciencia, y sin la ilustracion de otras luces que las de la razon. Mas hoy se desprecian todas las consideraciones tomadas de las causas segundas, porque no se halla que prueben cosa en física, y tal vez porque prueban demasiado en moral. A la verdad no es posible admitir relaciones entre las facultades y las funciones, los medios y los fines, sin creer en una inteligencia, que, obrando con intencion, creó las facultades y las ordenó para ciertas funciones, y dispuso los medios para conducir á ciertos fines. Pero esta doctrina es incompatible con la opinion que atribuye al acaso, ó á la energía de una materia ciega é insensible, la organizacion de seres animados; y las relaciones, que creemos se advierten en el universo entre los medios y los fines, lejos de haberse prevenido y ordenado con intencion y sabiduría, no pueden ser, en el sistema de los materialistas, sino encuentros fortuitos, y una de las infinitas combinaciones posibles que resultan, tarde ó temprano, de la disposicion de las moléculas orgánicas.

Asi pues, en lugar de pensar con el género humano, que el ojo fue hecho para ver, y la oreja para oir, y de admirar en la organizacion de los animales á aquel que dispuso sus órganos para tan maravillosos fines, los materialistas dicen con Lucrecio:

Neve putes oculorum clara creata

Ut videant, sed quod natum est, id procreat usum.
»No se piense qne nuestros ojos fueron hechos para »ver, sino que su existencia, tal cual es, produjo el »uso que hacemos de ellos." Por manera, que nosotros no hemos recibido los ojos para ver, ni las orejas para oir, sino que vemos y oimos porque nos hallamos casualmente con ojos y con orejas: sutileza miserable, y del todo en el gusto de esa filosofía epicúrea, que con empeño se trata de renovar entre nosotros.

Es cierto que las causas finales son, como todas las relaciones entre los seres, percepciones ó juicios de nuestro espíritu; pero el objeto de estos juicios tiene toda la realidad que pueden tener los objetos mas distintos de nuestras percepciones; pues que las relaciones entre los seres, que nos parecen la causa final, ó una de las causas finales de su existencia, son el fundamento de la vida, y tambien el de la sociedad; ni nosotros podemos abrir los ojos para ver, las orejas para oir, y la boca para hablar, ni emplear para nuestra utilidad los seres que nos rodean, y estan á disposicion de nuestra industria, sin conocer, por una experiencia de cada momento, que nuestros órganos son á propósito para las funciones que les exigimos, y los seres materiales, para los servicios que sacamos de ellos. Por donde tenemos conocimiento racional, y juntamente certidumbre física, de un gran número de causas finales; las cuales son para nosotros un hecho, y tambien para nuestros adversarios, que gozan de ellas como nosotros, pero que se obstinan en atribuir al acaso lo que nosotros miramos como efecto de una Inteligencia superior. Mas solo porque estas relaciones estan ordenadas y dispuestas por ella, y con intencion, es por lo que nosotros con intencion las buscamos, y con nuestra inteligencia las descubrimos; pues si solo fuesen efectos del acaso, ni las podriamos sino por acaso conocer,

ni recordarlas sino por él, porque no habria en tal hypótesi relaciones entre nuestra inteligencia, y aquellas relaciones entre los seres que llamamos causas finales, mas ordenadas y constantes, que las que habria entre los seres mismos. Por do quiera se hallaria el acaso, y todo seria acaso; y nuestra vida, que únicamente se conserva por el conocimiento y el uso de las relaciones entre los seres y nosotros, y entre los otros seres distintos de nosotros, á cada momento estaria comprometida.

Por lo demas la opinion de que el ojo no fue hecho para ver, ni la oreja para oir, que la luz no fue criada para alumbrar al hombre, ni la tierra para proveer á sus necesidades, no es otro que una manera indirecta y torcida de negar la Divinidad; y si el ateismo no fuese la sustancia de ella, se puede asegurar que seria tenida por ridícula. Pero el gran defecto que los sabios modernos ponen á las causas finales, es que de nada sirven para el estudio de las cosas físicas, y citan á este propósito, y como autoridad, el dicho de Bacon. » Las causas finales, dice, » son como las vírgenes consagradas al servicio del al» tar, que no paren": comparacion exótica, y cuya inexactitud no seria dificultoso mostrar. Mas ya que es cuestion de autoridad, podemos oponer en esta materia á la de Bacon la de dos filósofos, Leibnitz y Newton, de los cuales el primero es á lo menos igual á Bacon, y el segundo, superior mucho en las ciencias físicas.

» Los principios que ha sentado el abate Faydit, » escribe Leibnitz, encierran consecuencias extrañas; » en las cuales no se pone cuanta atencion conviene. » Despues de haber separado á los filósofos de la in» dagacion de las causas finales, ó, *lo que es lo mis» mo*, de la consideracion de la sabiduría divina en » el orden de las cosas, *lo cual, en mi sentir, debe » ser el gran fin de la filosofía*, deja entrever la ra-

» zon de esto en cierto lugar de sus principios: en el » cual, queriendo excusarse de que parecia que él » habia atribuido á la materia ciertas figuras y mo- » vimientos, dice, que tiene razon para hacerlo, por- » que la materia toma sucesivamente todas las formas » posibles, y que de este modo habia llegado hasta » la que él habia supuesto. Mas si lo que él dice es » cierto, y todo lo que es posible debe acaecer, y si » no hay ficcion, por absurda é indigna que sea, que » no acaezca en algun tiempo, ó en algun lugar del » universo; se sigue, que no hay libertad, ni Provi- » dencia; que lo que no acaece es imposible, y que » lo que acaece es necesario: puntualmente como » Hobbes y Spinosa lo dicen en términos mas claros. » Pero si Dios es autor de las cosas, y es soberana- » mente sabio, no se podria bien razonar acerca de » la estructura del universo, sin que en el discurso tu- » viesen lugar los fines de su sabiduría; al modo que » no se podria bien razonar acerca de un edificio, sin » entrar en los del que le fabricó. En otro lugar ci- » té un excelente pasage del *Phédon* de Platon: en » el cual el filósofo Anaximandro, que habia estable- » cido dos principios, á saber, un espíritu inteligen- » te y la materia, es reprendido por no haber dado » parte en los progresos de su obra á esta Inteligen- » cia, y contentádose con las figuras y movimien- » tos de la materia: y este es exactamente *el caso de » nuestros filósofos modernos, demasiado materia- » listas.*

» Mas, se dice, en fisica no se pregunta para qué » son las cosas, sino cómo son: *yo respondo, que lo » uno y lo otro se pregunta; las mas veces por el » fin se puede mejor juzgar de los medios.* Fuera de » que, para explicar una máquina, nada mejor se po- » dria hacer que proponer su fin, y mostrar en qué » manera todas las piezas sirven para él: lo cual pue- » de tambien ser útil para hallar el origen de la in-

» vencion. *Yo querria que se emplease este método
» hasta en la medicina.* El cuerpo del animal es una
» máquina á un mismo tiempo hydráulica, pneumá-
» tica y pyrobólica, cuyo fin es conservar un cierto
» movimiento; y con mostrar lo que sirve para este
» fin, y lo que perjudica, se daria á conocer tanto la
» fisiologia como la terapéutica. Asi *se ve que las
» causas finales sirven en física*, no solamente para
» admirar la sabiduría de Dios, *que es lo principal,
» pero tambien para conocer las cosas y tratarlas...*
» Mr. Molineux se ha agradado mucho de mi obser-
» vacion con motivo de la dióptrica de Mr. Descar-
» tes, á saber, del bello uso de las causas finales que
» nos levanta á la consideracion de la soberana Sabi-
» duría, haciéndonos conocer al mismo tiempo las
» leyes de la naturaleza, que son consecuencia su-
» ya. Como uno de los mejores usos de la filosofía,
» y *particularmente de la física*, es el alimen-
» tar la piedad, y elevarnos á Dios, quedo obliga-
» do á los que me han dado esta ocasion de expli-
» carme de un modo que pueda dar buenas impresio-
» nes á algunos. Tom. II, Cartas, pág. 245, 251,
» 252."

Asi pensaba Leibnitz acerca *de las causas finales*: oygamos ahora á Newton.

» Tal era, dice Mr. Haüy en su introduccion del
» *Tratado elemental de física*, la disposicion en que
» se hallaba el gran Newton cuando, despues de ha-
» ber considerado las relaciones que unen siempre los
» efectos á sus causas, y hacen que hasta lo mas me-
» nudo concurra á la economía del todo, se elevaba
» hasta la idea de un Criador y de un primer motor
» de la materia, preguntándose á sí mismo: ¿por qué
» la naturaleza no hace nada en vano? ¿De dónde vie-
» ne que el sol y los cuerpos planetarios graviten los
» unos hácia los otros sin una materia densa interme-
» dia? ¿Cómo podria ser que el ojo se hubiese fabri-

»cado sin la ciencia de la óptica, y el órgano del »oido sin la inteligencia de los sonidos?" Y observa Mr. Haüy en otra parte, que en todas las obras de la naturaleza se halla á modo de *divisa suya familiar.* »Economía y sencillez en los medios; riqueza »y variedad inagotable en los efectos." Tambien podriamos citar á Voltaire, partidario decidido de las causas *finales*, si Voltaire hiciese autoridad en filosofía, aun en la opinion de sus admiradores.

»Los observadores de la naturaleza, responde á »esto el autor de las *Relaciones* &c., que no siem»pre han sido razonadores muy exactos, y cuya ima»ginacion por otra parte es natural que recibiese »fuerte impresion de la grandeza del espectáculo que »tenian á sus ojos, no tuvieron trabajo en observar »esta correspondencia *perfecta*, que hay entre las »facultades y las funciones, ó, segun su lenguage, »entre los medios y el fin, coordinados con intencion »y un sabio designio; y hánse ocupado en mostrar»la en descripciones, á las cuales la elocuencia y la »poesía *naturalmente* se acomodaron á prestarles su »adorno."

Luego es *muy natural* admirar en el universo la correspondencia de los medios y de los fines, de las facultades y las funciones, y muy natural tambien celebrarla con toda la magnificencia de la oratoria y la poesía: son pues muy filosóficas las consideraciones tomadas de las causas finales. Porque ¿qué mas filosófico que lo que es *tan sencillo* y *natural*? ¿y qué filosofía es la que nos quiere apartar de caminos tan sencillos y rectos de la naturaleza, para echarnos por los senderos difíciles y torcidos de las opiniones humanas?

»Mas una sola reflexion basta para disminuir de »mucho la impresion de la causa final en este punto."

Ruego ahora al letor que recoja en uno todas las fuerzas de su espíritu para comprender esta reflexion.

» Porque las facultades y las funciones dependen » igualmente de la organizacion, y descienden de un » mismo origen, por eso es absolutamente necesario » que esten unidas con estrechas relaciones." Si el autor de este razonamiento hubiese tenido á bien hacérnosle entender por medio de un ejemplo, ó un simil, habria ahorrado á sus lectores el trabajo de buscarle un sentido. Tentemos no obstante analyzarle. El ojo puede ver, el oido puede oir, y los órganos vocales pueden articular: he aqui las facultades. El ojo mira y ve; el oido escucha y oye; y los órganos vocales articulan y hablan, esto es, expresan pensamientos: he aqui las funciones. Pero para que estas facultades lleguen á ser funciones, ó ejecuten sus funciones, se necesita mas que mis órganos y mi organizacion. El ojo mira sin la luz; mas ni ve ni puede ver sin el *medio* de la luz. El oido escucha aun cuando el ayre no le transmite ningun sonido; pero no oye sino por medio del ayre que le trae sonidos. Los órganos vocales pueden articular sonidos; pero es necesario algo mas para pronunciar *palabras*; y sonidos, y aun sonidos articulados, pueden no ser expresion de ideas. Con observar esto hallo la existencia y la necesidad de nuevos medios ó agentes distintos de mi organizacion, y que no son parte de ella, mas sin los cuales todavía mis facultades estan sin ejercicio, y son imposibles sus funciones. Estos medios extraños, el ayre, la luz ¿dependen tambien de mi organizacion, y descienden del mismo orígen que mis órganos y facultades? ¿Son por ventura una de las facultades de mi organizacion, ó una funcion de ellas? Seguramente no lo son: todavía las relaciones estrechas que los unen, y los *asimilan* á mis órganos, y sin los cuales mi organizacion toda ella quedaria sin actividad, y mis facultades sin funciones ¿no son prueba de una *intencion* que ha *coordinado* el conjunto, y en una correspondencia tan maravi-

llosa, los *medios* interiores, ó los órganos, y los exteriores, y el fin á que conspiran los unos y los otros? Porque el ojo no ve la luz, y ve por el medio ó intermedio de ella; el oido no oye el ayre, y oye por medio de él.

Mas si el ojo y el oido tienen necesidad de la luz y del ayre para recibir imágenes ó sonidos, los órganos vocales tienen necesidad de la sociedad de los otros hombres para recibir de ella el sentido de las voces que ellos articulan; sentido, sin el cual los órganos no producirian mas que sonidos. Fue pues necesario establecer entre todos los hombres relaciones de otro género, relaciones de pensamientos, para que hubiese entre ellos conformidad de lenguage; y si la sociedad no fuese necesaria al hombre; si la sociabilidad no fuese su atributo esencial y característico; si el hombre en fin hallase todo, independientemente de la sociedad, en sola su organizacion, asi la facultad que piensa, como la facultad que habla, cualquier hombre, á causa de la correspondencia mútua de estas dos facultades, hallaria en sí solo el pensamiento y su expresion; tendria en sí mismo, y de sí mismo, las voces de todos sus pensamientos, y los pensamientos de todas sus voces. Lejos de que la sociedad fuese en tal caso necesaria, seria imposible, y cada uno naturalmente habria creado su propia lengua desde el momento en que sus órganos pudiesen articular; como crea cada uno su movimiento al punto que pueda andar y obrar, sin esperar el impulso de otro. ¿Cómo, se puede exclamar á ejemplo de Newton, la maravillosa disposicion de los órganos de la voz se pudo hacer sin el conocimiento de las relaciones que forman el lenguage? ¿Y cómo fue el hombre criado con la facultad de expresar sus pensamientos y comunicarlos, sin la ciencia y la prevision de la sociedad?

Asi que no es únicamente en sola mi organizacion adonde debo admirar la perfecta correspondencia en-

tre las facultades y las funciones, los medios y el fin, sino tambien en el conjunto de la organizacion general del universo físico y moral; cuyos mas poderosos agentes el ayre, la luz, y en fin, el hombre y la sociedad estan ligados con relaciones tan estrechas y necesarias á las facultades y á las funciones de mi organizacion particular: lo cual, lejos de estrechar, como pretende el autor del sistema que aqui se impugna, el imperio de las causas finales, le extiende, á mi parecer, y le dilata.

Pero » los finalistas, dice él, se verán al cabo obli» gados á subir mas alto, y asirse de las maravillas » de la organizacion misma: mas cuanto á esto últi» mo, una lógica severa no puede pasar por sus su» posiciones. Las maravillas de la naturaleza en gene» ral, y en particular las que son relativas á la es» tructura y funciones de los animales, merecen sin » duda la atencion de todo espíritu reflexivo; *mas al » cabo todas ellas son hechos*. Se les puede reconocer » en este orden, y celebrar tambien con toda la mag» nificencia del lenguage, sin ser por eso necesario ad» mitir en las causas nada extraño á las condiciones » propias de cada existencia: á lo menos hay funda» mento, en vista de la analogía de los hechos que se » explican ahora, para pensar, que todos aquellos, » cuyas causas esten bien probadas, se puedan de hoy » mas explicar de la propia suerte; y que el imperio » *de las causas finales*, harto limitado por los des» cubrimientos precedentes, se limitará de cada dia » mas, á medida de que las propiedades y el encade» namiento de los fenómenos serán mejor conocidos." Seria á la verdad dificultoso componer un discurso tan poco concluyente.

Porque ¿qué quiere decir el autor cuando pretende, que se puede admirar las maravillas de la naturaleza en general, y en particular las de la organizacion de los cuerpos animados, pero que es necesa-

rio advertir, *que estas maravillas estan todas en el orden de los hechos, que alli se les puede reconocer, y aun celebrar, sin necesidad de admitir, en la causa, nada extraño á las condiciones propias de cada existencia*? ¡Con que yo admiraré la existencia con todas sus condiciones, con la organizacion que le es propia, y con las facultades y funciones que derivan de esta organizacion!

»Pero son hechos;" y puntualmente porque lo son, yo los admiro. Porqué ¿qué podemos admirar sino los hechos que tenemos á la vista? Cuando yo admiro una pintura, un edificio, una obra literaria ¿quién habrá que reprenda mi admiracion porque son hechos? Y el autor que quiere que las maravillas de esta organizacion, de estas facultades y de estas funciones, unidas entre sí por una correspondencia tan perfecta sean obra del acaso, y del encuentro de moléculas que se mueven en toda direccion, extrañamente se engaña cuando nos dice, que ellas *merecen la admiracion* de los espíritus reflexivos: la *sorpresa* quiso decir porque ¿qué cosa que mas sorprenda para un espíritu reflexivo, que un acaso tan sabio, tan regular y bien ordenado; una disposicion tan maravillosa, sin intencion y sin inteligencia, y que en sus ininteligibles abstracciones el autor cree explicar llamándole un *hecho*, y *una condicion necesaria de existencia*?

En efecto, si á un joven que admira el *hecho* de un relox que señala las divisiones del tiempo, le dijese: no te admires, abre la caja, y veras los resortes que producen ese efecto que tan maravilloso te parece. Mas este compuesto, replicaria, de resortes y de ruedas, que se enlazan las unas en las otras, y que andan con desigual velocidad y con tanta precision, es por cierto muy ingenioso, y supone una rara industria. Nada de eso, le digo yo, lo que tan maravilloso te parece no es mas que un *hecho*, y la *condicion necesaria* de *la existencia* del relox; y sin

estas ruedas y resortes no indicaria las horas, ni tampoco seria relox. ¡Qué discurso!

» Las maravillas de la naturaleza en general, pro» sigue, y en particular las relativas á la estructura y » organizacion de los animales, todas estan en la cla» se de hechos." ¿Y qué no pueden por esto conducir á la idea de una causa inteligente? Pero ¿dónde se quiere que se hallen las maravillas de la naturaleza, que ella misma es un hecho, sino en hechos? El feliz resultado de una negociacion, el ganar una batalla, la belleza de un edificio, son hechos; y ¿no se podrá concluir de ellos la destreza del negociador, la habilidad del general y el talento del arquitecto? » La » organizacion es la condicion necesaria de cada exis» tencia;" enhorabuena, mas tambien es el medio: y ¿no puede por esto admitirse nada distinto en la causa de esta organizacion y esta existencia? ¿Qué es lo que esto quiere decir? Si la organizacion es la condicion necesaria de la existencia de los seres animados ¿no es su existencia una consecuencia necesaria de su organizacion? Si no pueden existir sin estar organizados ¿pueden estar organizados sin existir? Y la maravilla, ó de la organizacion, condicion necesaria de su existencia, ó de su existencia, consecuencia necesaria de la organizacion ¿es menos digna de nuestra admiracion, y tendremos por menos perfecta esta organizacion porque es una condicion necesaria de la existencia, ó á esta por menos admirable porque resulta de la organizacion? ¿Qué filosofía es esta, que á fuerza de sutilezas quiere apagar las luces de la recta razon, que enseña á todos los hombres que, do quiera que descubran una correspondencia perfecta entre los medios y los fines, crean en la inteligencia y la sabiduría de la causa, que estableció sobre esta basa fundamental el sistema del lenguage, el sistema de la sociedad y hasta el sistema de la vida? Si el autor, que impugno, para dar á entender su pensamiento,

se viese obligado á hacer alguna aplicacion, y á buscar exteriormente en las cosas existentes algun ejemplo que pudiese facilitar su inteligencia, ¿seríale posible hallarle en el hombre, en la sociedad, ni aun en el mundo entero cosa alguna semejante á principios y razonamientos, que contrarían todas las ideas, todas las expresiones y todas las relaciones que conocemos? ¡Prodigioso efecto de la prevencion! El orden maravilloso, que reyna en el universo, hace impresion en los espíritus menos reflexivos, es la ocupacion de los mas ilustrados y tambien el objeto de todas las ciencias físicas: mas este orden, porque consiste en hechos, y en hechos positivos, nada se quiere que pruebe cuanto á la existencia de una causa inteligente; mientras que los desórdenes, que se cree descubrir en el universo, se quiere que prueben todo contra esta misma causa, puesto que ellos sean un asunto de disputa, y que á nosotros nos parezcan desórdenes porque, desde el punto en que estamos situados, no podemos abrazar el conjunto del vasto plan de la creacion. ¡Y esto se llama filosofía!

Tambien cae el autor en contradiccion consigo mismo. Porque conviene en que » la elocuencia y la » poesía *naturalmente* se acomodan á prestar sus gra» cias á la descripcion de esta correspondencia per» fecta entre los medios y el fin." Y no advierte, que si bien se puede frasear y versificar acerca de los mas tristes errores; pero la elocuencia y la poesía no pueden *naturalmente prestar sus gracias* sino á la verdad, ó por mejor decir, las toman ellas de la verdad: y el mismo Lucrecio, tan oscuro y tan frio cuando versifica acerca de su triste sitema, ni es elocuente, ni verdaderamente poeta, sino cuando pinta las relaciones de los seres animados, y los efectos de esa correspondencia perfecta entre las facultades y las funciones. » Cuando la lectura de una obra, decia la » Bruyere hablando de Corneille, eleva el espíritu,

„é inspira sentimientos nobles y animosos, no hay „que buscar otra regla para calificarla: sin duda es „buena y hecha de mano de maestro." Bien que este pensamiento puede recibir otro sentido, y decir, que la belleza y sublimidad del asunto, ó, lo que es lo mismo, su verdad, elevan el espíritu, y le inspiran naturalmente esos sentimientos nobles, que son el alma de la poesía y de la elocuencia. Pero es muy curioso ver al autor de las *Relaciones* prestar él mismo un nuevo apoyo á la doctrina de las *causas finales*, y tener el lenguage de sus contrarios. Para mostrarlo, no hay mas que sustituir en el pasage que vamos á citar, á la voz *naturaleza* el nombre de su autor, ó darle su verdadero sentido; y el *finalista* mas decidido no se explicaria de otra manera que él. „*El orden establecido* en este punto es en extremo „favorable á la conservacion y el bien estar de los ani„males. La naturaleza se ha reservado exclusivamente „las operaciones mas delicadas, las mas complicadas „y las mas necesarias &c.... En el sistema del uni„verso todas las partes corresponden las unas á las „otras, todos los movimientos estan coordinados, to„dos los fenómenos se encadenan, se equilibran ó „mutuamente se necesitan. Este mecanismo tan regu„lar, este encadenamiento, y esta correspondencia „han hecho desde luego impresion en los espíritus „suficientemente ilustrados para comprenderlas y re„conocerlas. Nada mas capaz que ellas para fijar la „atencion de los observadores, y sorprender las ima„ginaciones vivas y fuertes, y excitar el entusiasmo „de las almas sensibles, y nada á la verdad mas digno „de admiracion ¿Quién no ha pagado mil veces este „justo tributo á la naturaleza? ¿Quién podrá perma„necer insensible y frio á la vista de tantas bellezas „como ella presenta sin cesar á nuestros ojos, y der„rama en derredor nuestro con una tan sabia profu„sion?" Leido este pasage, se viene sin querer á la

memoria aquel decir de Montesquieu, á saber: »Los »que han dicho que una fatalidad ciega produjo to- »dos los efectos que *vemos en este mundo*, dijeron »un gran absurdo; porque ¿qué otro mayor que una »fatalidad ciega que produce seres inteligentes?" Es verdad que el autor de las *Relaciones* nos ha dicho mas arriba, que estos observadores de la naturaleza no siempre fueron muy exactos razonadores, cuando *subyugados por la grandeza del espectáculo que tenian á la vista, sorprendidos de este mecanismo tan regular, de este orden, de este encadenamiento de movimientos y de fenómenos* mas *capaces* que otra cosa en el mundo *de fijar su atencion*, y de excitar *su entusiasmo, celebraron con toda la magnificencia de la elocuencia y de la poesía, que naturalmente se acomodaban á prestar sus gracias á tantas maravillas*, la causa inteligente de tantos fenómenos *tan bien ordenados*, la causa poderosa de tantos prodigios y la causa buena y sabia de tantos beneficios. Mas si los que asi razonaron no siempre fueron *observadores* muy *exactos*, la falta *está en la naturaleza misma*; pues dando al hombre un espíritu, y un corazon, invenciblemente determinados á indagar las causas de todos los efectos, los principios de todas las consecuencias, y motivos á todas sus afecciones, les tendia un lazo; en el cual tambien cayó aquel autor. »Yo con- »sidero, dice, la filosofía de las causas finales como »estéril; pero he confesado en otro lugar, que era »muy dificil, aun al hombre mas *cauto*, pasarse sin »nunca recurrir á ellas en sus explicaciones." ¡Tan difícil es al hombre defenderse de la verdad que le acosa, y tanta *reserva* y atencion necesita tener sobre sí mismo, para no abrir los ojos á la luz que le rodea!

Añade aquel mismo autor, »que el imperio de »las causas finales, harto limitado ya por los prece- »dentes descubrimientos, de cada dia se ceñirá mas; »á medida de que las propiedades de la naturaleza,

» é inspira sentimientos nobles y animosos, no hay » que buscar otra regla para calificarla: sin duda es » buena y hecha de mano de maestro." Bien que este pensamiento puede recibir otro sentido, y decir, que la belleza y sublimidad del asunto, ó, lo que es lo mismo, su verdad, elevan el espíritu, y le inspiran naturalmente esos sentimientos nobles, que son el alma de la poesía y de la elocuencia. Pero es muy curioso ver al autor de las *Relaciones* prestar él mismo un nuevo apoyo á la doctrina de las *causas finales*, y tener el lenguage de sus contrarios. Para mostrarlo, no hay mas que sustituir en el pasage que vamos á citar, á la voz *naturaleza* el nombre de su autor, ó darle su verdadero sentido; y el *finalista* mas decidido no se explicaria de otra manera que él. » *El orden establecido* en este punto es en extremo » favorable á la conservacion y el bien estar de los ani» males. La naturaleza se ha reservado exclusivamente » las operaciones mas delicadas, las mas complicadas » y las mas necesarias &c.... En el sistema del uni» verso todas las partes corresponden las unas á las » otras, todos los movimientos estan coordinados, to» dos los fenómenos se encadenan, se equilibran ó » mutuamente se necesitan. Este mecanismo tan regu» lar, este encadenamiento, y esta correspondencia » han hecho desde luego impresion en los espíritus » suficientemente ilustrados para comprenderlas y re» conocerlas. Nada mas capaz que ellas para fijar la » atencion de los observadores, y sorprender las ima» ginaciones vivas y fuertes, y excitar el entusiasmo » de las almas sensibles, y nada á la verdad mas digno » de admiracion ¿Quién no ha pagado mil veces este » justo tributo á la naturaleza? ¿Quién podrá perma» necer insensible y frio á la vista de tantas bellezas » como ella presenta sin cesar á nuestros ojos, y der» rama en derredor nuestro con una tan sabia profu» sion?" Leido este pasage, se viene sin querer á la

memoria aquel decir de Montesquieu, á saber: »Los »que han dicho que una fatalidad ciega produjo to- »dos los efectos que *vemos en este mundo*, dijeron »un gran absurdo; porque ¿qué otro mayor que una »fatalidad ciega que produce seres inteligentes?" Es verdad que el autor de las *Relaciones* nos ha dicho mas arriba, que estos observadores de la naturaleza no siempre fueron muy exactos razonadores, cuando *subyugados por la grandeza del espectáculo que tenian á la vista, sorprendidos de este mecanismo tan regular, de este orden, de este encadenamiento de movimientos y de fenómenos* mas *capaces* que otra cosa en el mundo *de fijar su atencion*, y de excitar *su entusiasmo, celebraron con toda la magnificencia de la elocuencia y de la poesía, que naturalmente se acomodaban á prestar sus gracias á tantas maravillas*, la causa inteligente de tantos fenómenos *tan bien ordenados*, la causa poderosa de tantos prodigios y la causa buena y sabia de tantos beneficios. Mas si los que asi razonaron no siempre fueron *observadores* muy *exactos*, la falta *está en la naturaleza misma*; pues dando al hombre un espíritu, y un corazon, invenciblemente determinados á indagar las causas de todos los efectos, los principios de todas las consecuencias, y motivos á todas sus afecciones, les tendia un lazo; en el cual tambien cayó aquel autor. »Yo con- »sidero, dice, la filosofía de las causas finales como »estéril; pero he confesado en otro lugar, que era »muy dificil, aun al hombre mas *cauto*, pasarse sin »nunca recurrir á ellas en sus explicaciones." ¡Tan difícil es al hombre defenderse de la verdad que le acosa, y tanta *reserva* y atencion necesita tener sobre sí mismo, para no abrir los ojos á la luz que le rodea!

Añade aquel mismo autor, »qne el imperio de »las causas finales, harto limitado ya por los prece- »dentes descubrimientos, de cada dia se ceñirá mas; »á medida de que las propiedades de la naturaleza,

» y el encadenamiento de los fenómenos se vayan me-
» jor conociendo." Mas nosotros haremos la observacion de que seguramente es extraño, que los sublimes descubrimientos de un Pascal y de un Newton acerca de los primeros y mas poderosos agentes de la conservacion del mundo físico, el ayre, el movimiento y la luz, les hayan conducido á reconocer la causa inteligente del universo, y que el equívoco descubrimiento de algunos agentes secundarios, de alguna sal, ó de algun gas pueda llevar á sus discípulos á una conclusion del todo opuesta. Parecia, al contrario, que nuevos descubrimientos suministrarian nuevos motivos para creeer en esta causa suprema, haciéndonos conocer nuevas relaciones entre los seres que creó; y, ó ya se descubran nuevos agentes, ó ya se generalicen los hechos observados, y se les refiera á leyes mas sencillas, y, si se pudiese, á una sola, siempre se tendrian nuevos motivos para admirar en sus obras la [1] *economía y la sencillez de los medios, y la riqueza y variedad* inagotable de los efectos.

La causa primera se hallará siempre mas allá de todos los hechos, al legislador mas allá de todas las leyes, y al ser activo é inteligente antes del material y pasivo. ¿Y habrá quien ose decir, sin querer chocar contra las primeras reglas de la recta razon, que cuanta mas perfeccion se reconozca en la administracion de un estado, menos sabiduría é inteligencia se ha de suponer en el Consejo del Soberano; que cuanta mas orden se descubra, menos se ha de creer en un ordenador; y en fin, que cuanto mas sabia es la disposicion, la formacion primera ha sido mas ciega y mas casual?

A la verdad, será muy poco filosófico negar que el hombre fue hecho con intencion y por una inteligencia, cuando él con intencion y por su inteligencia hace todas sus obras. En efecto, el hombre in-

1 Mr. Haüy, *Tratado elemental de física.*

teligente nada puede hacer que no sea á su imagen, como él mismo fue hecho á la imagen de un ser inteligente; y en sí mismo halla las ideas que realiza y saca afuera, y muestra en las producciones de su industria. Y porque el hombre no es sino *causas finales* en su organizacion, y relaciones de medios á fines; y porque él mismo, en otro sentido, tambien es la causa final del universo material y el centro de todas las relaciones; por eso su espíritu no piensa, ni él ejecuta por la accion de sus órganos sino causas finales, y pasa toda su vida en buscar y establecer nuevas relaciones con todo lo que le rodea, y en crearse nuevos medios, y en cierto modo nuevos órganos para nuevos fines. Se pretende que el hombre tiene ojos solo por acaso, al paso que su inteligencia le ha dado telescopios para suplir la debilidad de su vista: que sus manos no fueron hechas para asir y manejar los objetos, y él imagina todos los dias instrumentos, mas ingeniosos los unos que los otros, para multiplicar la accion de sus manos. El curso de los astros ninguna relacion tiene con la vida y los trabajos del hombre; todavía él inventó máquinas portátiles, que á cada momento indican las mas pequeñas fracciones del tiempo, y le sirven para reglar sus ocupaciones sobre el que le fue dado por medida. Ciertamente habria una extraña contradiccion en los objetos de nuestros pensamientos y en nuestros pensamientos mismos, si el universo moral y físico, donde todo es correspondencias y relaciones, y todo él no es mas que una combinacion de facultades y de funciones, de medios y de fines, coordinados los unos para los otros, y *causas*, *medios* y efectos; á pesar de esto no hubiese sido en su formacion primitiva y en su desarrollo sucesivo sino acaso ciego, y encuentro fortuito de partes materiales, formadas sin intencion, dispuestas sin orden y conducidas sin inteligencia. Hay pues orden en el universo, esto es,

cosas evidentemente dispuestas para fines de conservacion de las especies. Orden en los estados, ó cosas dispuestas para la conservacion de las familias; orden en estas, ó cosas dispuestas para fines de produccion y conservacion de los individuos. Hay orden en el hombre, en su conducta y en sus ocupaciones, segun el fin que se propone y los medios de que se vale. Por do quiera hay orden, pues que el hombre tiene el pensamiento del orden en su espíritu, y la expresion de orden en su lenguage, y él juzga lo que de él se desvia, y lo que se conforma. Y ¿qué es orden, si no lo es las relaciones de los medios á los fines, y de las facultades á las funciones para fines de conservacion? Pues estas relaciones son precisamente causas finales: las cuales no existen porque nosotros las observamos, sino que las observamos porque ellas existen. Nosotros las descubrimos, pero no las creamos, y tomamos fuera de nosotros los objetos de nuestros pensamientos, como los materiales de nuestras necesidades. Puede sin duda un hombre aplicar equivocada ó aventuradamente un principio verdadero en sí mismo, y creerse sin suficiente motivo fin de una relacion cualquiera entre los seres; como si un ciego que asistiese á un concierto se creyese único espectador, é imaginase que solo para el se daba. Mas el género humano todo él no ha podido engañarse acerca del principio. Y asi debió creer, que una inteligencia habia dispuesto todo en el universo para fines determinados y previstos; por cuanto la inteligencia del hombre no es otro que el conocimiento de estos fines; y su propia industria, el arte de poner en práctica este conocimiento: y si no hubiese mas que acaso en la disposicion del universo, la inteligencia del hombre y su industria nada serian, ó no serian. En efecto, el sabio que trabaja en resolver un problema de geometría, y el artista que busca un nuevo proceder en su arte, no tratan

ambos sino en cómo adivinar un secreto, que el gran Fabricador del mundo tuvo hasta entonces oculto del conocimiento de los hombres. Sus esfuerzos los conducen alguna vez á una imposibilidad demostrada: entonces se paran, y retroceden á la vista de los límites que la Inteligencia Suprema se impuso á sí misma; y con esto tantean otro camino. Pero esta misma solucion *negativa* prueba igualmente el orden universal y la eterna inteligencia; pues si no hubiese sino casualidad en las relaciones de los seres, no habria ni posibilidad prevista, ni imposibilidad demostrada.

Fácil es conocer que los que excluyen de la contemplacion del universo todas las consideraciones tomadas de las causas finales, ó de la correspondencia de las facultades y de las funciones, de los medios y de los fines, estan mucho mas distantes aun de admitir que el hombre sea la causa final ó una de las causas finales del universo: esto es, de creer que el universo haya sido creado para morada del hombre, y servirle, no de diversion, porque el hombre no vino para divertirse á la tierra, sino para sus necesidades y utilidad.

Esta opinion de que el universo fue hecho para el hombre, nada tiene de extraño para una elevada filosofía; segun la cual el universo material con todo cuanto encierra es el menor de los dones que el Criador hizo al hombre. Todavía, á la filosofía de los sentidos le parece el colmo de la demencia y del orgullo; porque no viendo en el universo sino *masas* organizadas é inorganizadas, y no comparando sino pesos y volúmenes, se indigna de que unos átomos que viven solo un dia, y unos animales que, computados uno con otro, no pesan ciento cincuenta libras, osen creer hechos para ellos un globo que tiene nueve mil leguas de circunferencia, y unos cielos que tienen mil millones de diámetros, y en fin, un

universo, cuya duracion y extension no tienen otros límites que los del tiempo y el espacio.

Y es que esta filosofía no sabe que si la humildad le ha sido recomendada al individuo, pero la mas alta estima de sí mismo ¿qué es estima? el orgullo de su dominacion sobre cuanto en este mundo no es el hombre, le fue permitido, y aun prescrito, á toda la especie. Esta, pues, el linage humano con sus generaciones pasadas, presentes y futuras, es la causa final del universo material, y no el individuo; y si á este se le puede llamar un átomo, ciertamente seria abusar extrañamente de esta expresion, aplicarla al linage humano; cuyo aumento y duracion son indefinidos, ó á lo menos no se les puede señalar otros límites que los de la extension de la tierra y los de la duracion del mundo.

No es pues por su valor físico, por el cual los hombres hayan debido considerarse como la causa final del universo material; pues para convencerse de su inferioridad bajo este respecto, no necesitan comparar su masa con la del globo terrestre, les basta hacerlo con los árboles y animales mas corpulentos.

Asi que, únicamente por su inteligencia es por donde el hombre es el señor del universo físico, y superior á todos los objetos materiales. » Toda nuestra dignidad, dice Pascal, consiste en el pensamiento; *de esto es de lo que nos debemos gloriar*, no » del espacio, ni de la duracion."

Por donde, no porque el hombre mora en la tierra, y se alimenta de sus producciones, ella le pertenece, pues que los animales viven tambien de la tierra y de sus frutos, sino porque él la cultiva con su inteligencia, esto es, porque él multiplica en ella cuanto le es util y agradable, porque destruye ó corrige todo lo que le es dañoso, ó solamente incómodo, y pues que él por su poderosa voluntad obliga á cuanto hay sobre la tierra, minerales, vegetales, y

hasta á los animales, á cultivarla para él y bajo su direccion.

Asimismo, no porque el hombre siente la influencia de los cielos, ó porque le alumbra su luz, es por lo que él puede creer que fueron hechos para él, pues los animales gozan tambien de aquella luz, y experimentan su influencia; sino porque los conoce, y que le sirven para cultivar, medir y recorrer su patrimonio, para reglar sus trabajos, hallar las pasadas épocas, y hasta para conocer anticipadamente las revoluciones de los tiempos. En cuyo sentido tambien se puede decir, *que los cielos instruyen á la tierra.*

Seria vano decir, que los cuerpos celestes distan infinito del hombre. ¿Qué importa que ellos esten lejanos de su vista, si él se los aproxima por medio de instrumentos que su inteligencia inventó para suplir la debilidad de sus órganos, y que son como unos nuevos órganos que él se dió, y en cierto modo mas perfectos que sus órganos naturales? Vanamente querria yo destruir ese muro de veinte pies de espesor, del cual me separa un profundo foso, ó una altura inaccesible, ni aun tocar en él puedo, y aun cuando pudiese, desharia mis manos si con solas ellas lo intentase derribar. Pero llame yo en mi auxilio las artes, que son otras fuerzas de mi inteligencia, ó mas bien otros órganos suyos, la química, la metalurgia y la mecánica; meto en un tubo de bronce algunas libras de hierro sobre algunas onzas de pólvora, y con esto arrasaré hasta los cimientos aquella fabrica en mucho menos tiempo del que fue necesario para levantarla. ¿Qué son para la inteligencia cien mil, un millon, ni mil millones de leguas que nos separan de los cuerpos celestes, cuando el pensamiento puede enunciar todas estas distancias con algunas letras, calcularlas con algunos números, y andarlas en un instante? Si hubiese en la tierra otras criaturas inteligentes que el hombre, seria para ellas

la tierra como lo es para nosotros. Y si los planetas, como gratuitamente se supone, estuviesen habitados por una raza inteligente, dividiria con nosotros el imperio del universo. Serviríase como nosotros de lo que ella conociese del mundo material, ó podria servirse, y tendria su universo como nosotros tenemos el nuestro. Mas esta opinion acerca de los planetas habitados solo es un sueño, que puede ser verdadero ó falso; y ni aun el nombre de hypótesis merece, porque es cierto que no puede llegar á ser para nosotros ni una verdad, ni un error.

Asi que, el universo fue hecho para el hombre, pues que él, como ser inteligente se sirve de la tierra, y los cielos tambien le *sirven*; y si la verdadera grandeza del hombre consiste en la ilustracion de su inteligencia, y si la ciencia de la astronomía es una de las mas bellas y mas vastas ilustraciones de esta inteligencia, los cuerpos celestes, cuyo conocimiento y movimientos son el objeto de la astronomía, sirven igualmente á la grandeza del hombre, como la tierra á sus necesidades.

Es pues el hombre superior al universo material, como lo es el pensamiento al cuerpo; y el espíritu del hombre es mas grande que el universo, porque puede pensar, nombrar y calcular un universo *infinitamente* mas grande que el que habitamos. Estas ideas de la superioridad del hombre, como ser inteligente, las hallamos en Pascal, autor no sospechoso cuanto á exagerar la grandeza del hombre. »El hombre, dice, »no es mas que una caña, pero una caña que piensa: »no necesita ponerse en armas el universo para destruirle, un vapor, una gota de agua basta para matarle. Mas cuando el universo le destruyese, el »hombre seria aun mas noble que él, porque sabe »que muere, y el universo no conoce esta ventaja »suya sobre el hombre.... Todos los cuerpos, el firmamento, las estrellas y todos los reynos no equi-

»valen al menor espíritu, porque este conoce todo »esto y á sí mismo; y el cuerpo nada."

Parece que se teme que las consideraciones sacadas de las *causas finales* no perjudiquen á los progresos de las ciencias físicas: mas ya hemos visto que Leibnitz juzgaba de esto muy diferentemente, y que pensaba que el estudio de las causas finales servia en física *aun para conocer las cosas, y manejarlas.*

Pero si estas consideraciones no han estorbado á Pascal y á Newton que hiciesen fecundos descubrimientos de física que han inmortalizado su nombre, ¿por qué impedirán á nuestros sabios rebuscar despues de ellos en el campo de la ciencia? ¿Tendrán menos disposicion los hombres para estudiar el mecanismo del universo si creyeren que el universo material pertenece á su especie, ó serán menos curiosos de conocer este anchuroso patrimonio porque tengan la posesion de él? ¿Qué hay en substancia en la opinion de las *causas finales* que impida observar propiedades, calcular movimientos, evaluar fuerzas y resistencias, descubrir afinidades, producir fermentaciones, estudiar instintos, y clasificar géneros y especies? Y ¿cómo se hallará en la opinion contraria, la que hace del hombre un vil átomo, á quien el acaso arrojó á un rinçon del universo para vegetar y morir en él, motivos mas urgentes para estudiar las propiedades de la naturaleza, ó mayores facilidades para descubrirlas?

Concluyamos. Todo en el universo anuncia mucho designio, intencion é inteligencia. Nosotros por medio de nuestros sucesivos descubrimientos en las artes no hacemos otro, que descorrer todos los dias mas el velo que cubre este vasto cuadro; y siempre que nos servimos para nuestras necesidades de algun objeto nuevo, ó bajo de una nueva relacion de algun objeto ya conocido, no hacemos mas que descubrir una nueva causa final, y confirmar con nuevas prue-

bas la opinion general, de que el universo material, y cuanto él encierra, pertenece á la especie humana y fue hecho para su uso.

No hay pues en el universo acaso, como tampoco hay hado. » No cae un cabello siquiera de la cabeza, » dice el supremo legislador, sin el permiso de Dios:" porque cuanto acaece, hasta la caida de un cabello, tiene su razon en las leyes generales que rigen el universo. » El acaso, dice Leibnitz, no es otro que la » ignorancia de las causas físicas;" y se puede decir tambien, que lo que se llama hado no es sino la ignorancia de las morales.

El autor de las *Relaciones entre lo físico y lo moral* tiene la modestia de no quérer, dice él, » resolver problemas insolubles;" y se contenta con proponerlos. Mas en cabo piensa » que ya es tiempo de » conocer el vacío que deja una doctrina que de nada » da razon, precisamente porque con una sola voz » (Dios sin duda) imagina darla de todo." Con la voz *Dios* es cierto que en física no se da razon de nada en particular, y nunca, que yo sepa, ningun físico se valió de ella para explicar los fenómenos ó hechos particulares: sin la voz Dios no se da razon de nada en general; y este filósofo, que sustituye á esta voz las de naturaleza, materia, energía, acaso, moléculas orgánicas é inorgánicas, y que se imagina dar con ellas razon de todo ¿creeria seriamente dar una razon satisfactoria de los hechos generales, ni aun particulares, al juicio de aquellos que no se pagan de palabras?

CAPÍTULO XII.

Del hombre, ó de la causa segunda.

Asi como no hay sino una causa primera del universo, la cual es Dios, asi tampoco hay sobre la tierra, propiamente hablando, mas que una causa segun-

da, que es el hombre; porque *causa*, segun la fuerza de esta voz, designa un ser que obra por sí mismo con voluntad de producir, y conocimiento de los medios que para esto emplea, y de los efectos que produce: y esto únicamente se puede entender de un ser inteligente, en solo el cual se hallan voluntad y conocimiento. Y de ahy viene que el hombre no sea culpable sino del mal de que es *causa*, y que no se le castigue por aquel de que solo es *ocasion*, y que cometió sin conocimiento ni voluntad.

Todos pues los agentes materiales, hasta los mas poderosos, el ayre, el fuego, la luz, la tierra, á los cuales muy comunmente se da nombre de causas segundas, no son realmente sino medios ó instrumentos, esto es, sustancias, desprovistas de conocimiento y voluntad; que sirven, en virtud de las leyes generales del Criador, para la conservacion del universo, y que la industria del hombre emplea tambien para reproducir y conservar seres particulares: medios, de sí mismos indiferentes al efecto que producen, y que, dejados á su propia actividad, ó malamente dirigidos, podrian destruir en lugar de conservar.

En efecto, el hombre dispone como criatura inteligente, y como primer ministro de la causa primera, de todos los agentes que esta crió para la conservacion de su obra, y aplica á las circunstancias particulares las leyes generales. Asi se sirve de las influencias del ayre para sus necesidades; domina la accion del fuego; dirige la fecundidad de la tierra; produce la luz; reproduce las plantas; multiplica los animales; y la mar, los vientos, el sol, los astros, todos esos grandes cuerpos y medios poderosos, que parecen exentos de su dominio, y son independientes de su voluntad, tambien le sirven, como los demas agentes físicos, para medir el tiempo, correr el globo, calentar su cuerpo, avivar la fecundidad de la

tierra, y hacer mover las máquinas que inventó para sus necesidades, y emplea en diferentes usos. Calcula su accion, modera ó aumenta su actividad, dispone de su poder; de suerte que él es, lo vuelvo á decir, causa segunda en el universo, como el Ser Supremo es la primera; y en cierta manera es el Criador del mundo secundario é industrial, como Dios es el Criador del mundo primitivo y natural.

He aqui porque la causa segunda del universo ha ocupado no menos que la primera la imaginacion fecunda de los filósofos: los cuales, despues de haber hecho salir la causa primera de la energía de la materia eterna, hicieron nacer la segunda del movimiento espontáneo de sus partes. Y si no hubiesen visto nacer y morir al hombre, habrian hecho eterna la especie humana: bien que atribuyendo eternidad á la materia considerada en general, no han podido dársela á ninguna de sus modificaciones.

De dos maneras principales ha soñado el materialismo acerca del origen de la especie humana. Ya propuso, que no era imposible que el hombre hubiese comenzado bajo la forma humana por medio del movimiento espontáneo de las moléculas orgánicas. Ya insinuó, que esta forma, que distingue á su especie entre todas las demas, era la última de las muchas metamórfosis, que habia padecido pasando por todos los grados de la existencia animal, desde la de animalillo microscópico hasta el estado humano, complemento y perfeccion de la animalidad.

Voy desde luego á citar los que esto han dicho, de miedo de que no se me acuse como forjador de quimeras para impugnarlas; y asegurado con esta precaucion, entraré con menos repugnancia en una discusion, cuya ridiculez deberá recaer solamente sobre los que han dado lugar á ella. Quiera Dios que el letor, al leerla, no experimente el inexplicable digusto, que sufre un escritor racional cuando

se ve precisado á llamar la filosofía y la recta razon acerca de ideas tan bajas y opiniones tan monstruosas, como las que nos vemos obligados á presentarle.

Diderot habia imaginado un animal prototypo de todos los animales, y otros de su tiempo habian propuesto, que el hombre habia salido de un huevo, puesto por la tierra, ó venido de un pez, ó acaso de una planta. Estos mismos sistemas, vestidos á la moderna, y revestidos de un barniz científico, los hallamos en escritores recientes; de suerte que á imágenes se han sustituido abstracciones, tomando á estas por ideas generales; con lo cual se ha hallado el secreto de hacer menos ridículas estas opiniones, ya que no mas racionales.

»Todos los animales, todas las plantas, se lee en »algunas obras recientes, no son sino modificaciones »de un animal, y de un vegetal originario. El reyno »animal no es, *en algun modo*, sino un animal único, pero variado, y compuesto de una multitud de »individuos, *dependientes* todos de un mismo origen.... Los seres mas imperfectos aspiran á una naturaleza mas perfecta; y por esto, las especies van »ascendiendo sin cesar á la clase de cuerpos organizados, por medio de *una manera* de gravitacion vital.... Los animales tienden todos hácia el hombre; »los vegetales aspiran todos á la animalidad; los minerales procuran aproximarse al vegetal.... Si se considera que, inundada la tierra, estuvo muchos siglos »expuesta á los rayos del sol, las sustancias mas tostadas por sus rayos, y favorecidas de la humedad de »la tierra, se fueron *poco á poco* figurando con el auxilio de esta vida interna de la materia, y dieron »nacimiento á un *linage* de espuma, ó de lodo gelatinoso, que fue recibiendo una mas grande actividad gradualmente del calor del sol. Sin duda aparecieron entonces bosquejos informes, que la mano »de la naturaleza lentamente perfeccionó, impreg-

„ nándolos de una mayor cantidad de vida: la tierra, „ entonces en su juventud, debia tambien tener mas „ fuerza y vigor vegetativo que ahora de presente, „ que la vemos cansada de producciones..... Nuestro „ mundo es una especie de un gran *polypal*, y los „ seres vivientes son los animalillos de él. Nosotros „ somos *especies* de parasitos ó aradores; y estamos „ formados de la espuma y grasa de la tierra, al modo „ que vemos multitud de piojillos, de lichens, de „ mohos y otras castas que viven á costa de los ár- „ boles."

Antes de pasar adelante, conviene hacer notar algunas contradicciones entre el pasage que se ha leido, y otras ideas de la misma obra y de algunas otras, y algunas contradicciones tambien entre los discursos y los hechos que tenemos á la vista.

Si el calor del sol ha desarrollado los gérmenes terrestres, hasta hacer de ellos hombres y animales, esta misma causa, siempre subsistente, y que obra, puesto que con desigualdad, en las diversas partes del globo, debe desarrollar en él desigualmente los seres animados, é *impregnarlos* de una cantidad de fuerza vital, mas ó menos grande, segun que ella se ejercita con mas ó menos intensidad. La obra que cité reconoce la existencia siempre subsistente de esta influencia en mas ó menos; por cuanto dice, que los extremos del frio y del calor no favorecen el crecimiento de los seres animados; puesto que él mismo afirma, que los animales, y tambien los hombres, son mas fuertes y sueltos alli donde esta influencia de los rayos solares es ciertamente mas débil.

Los hombres del Norte, dice tambien, son siempre mas altos y gruesos que los del Mediodia; los mas grandes animales marinos, los pájaros mas fuertes, las ballenas, las águilas, los buytres &c. se hallan en los mares de Groenlandia, ó en las cimas de las montañas mas elevadas, y donde el ayre es el mas

frio; pero tambien es cierto que se halla un pueblo de enanos, los Lapones, á la extremidad mas setentrional de Europa, y una tribu de gigantes, ó á lo menos de hombres de la mas alta estatura y mas fuerte corpulencia, los Patagones, á la extremidad mas meridional de América. Y por ventura ¿estos dos extremos del nuevo y del antiguo continente son igualmente cálidos, ó igualmente frios? Pues ¿por qué los hombres alli se desarrollan de una manera tan desigual? Si los extremos del frio y del calor son igualmente contrarios al crecimiento de los seres animados, deberian hallarse enanos bajo la zona tórrida, como los hay cerca del polo; y si los animales mas corpulentos se hallan en los climas mas frios, se verian gigantes en la Laponia, por la misma razon que hay ballenas en los mares de Groenlandia, y ha habido mammuts sobre las costas desiertas del mar glacial. Porque en este sistema todos los animales, incluso el hombre, son individuos de una misma especie originaria, y modificaciones de un mismo animal primitivo; y todavía los negros de Africa no se diferencian, ni en fuerza ni en estatura, de los europeos, y en Europa mismo los napolitanos son de mas alta talla que los suecos y que los rusos. Mas continuemos en nuestras citas.

El autor de las *Relaciones entre lo físico y lo moral del hombre* da á estas mismas opiniones un colorido mas filosófico; mas el largo rodeo que hace dar á sus lectores termina en los mismos resultados. Porque en las aserciones de un Lametrie, por ejemplo, se ve el atolondramiento de un hombre que no tiene que perder, y que, por decirlo asi, arroja sus extravagancias á la cara de los lectores, sin dársele nada de lo que ellos piensen. Pero en las *Relaciones de lo físico* &c. se descubren los miedos de un hombre de ingenio, que encamina á opiniones monstruosas de física por medio de un sistema erróneo de moral; las

atraviesa con precaucion y como un peligroso desfiladero; confiesa su ignorancia para que se confie en sus luces; duda para mejor afirmar; hace un gran aparato de ciencia para deslumbrar al letor y burlar su atencion; poco mas ó menos al modo de un hábil general, que, para engañar al enemigo, hace fuegos en su campo y se salva en la oscuridad.

Comienza por reconocer, §. II *de la vida animal*, »que las circunstancias, que determinan la or» ganizacion de la materia, estan para nosotros cu» biertas de densas tinieblas, que verosimilmente no » nos es dado penetrar." Mas cuantos esfuerzos se pudiesen hacer para disipar las tinieblas, que cubren la organizacion primitiva de la materia, aun cuando se hiciesen con felicidad, ningun resultado útil y positivo podrian dejar; porque el autor confiesa, como despues veremos, *que los seres organizados no se forman ya ahora á nuestra vista sino por medios, que ninguna relacion tienen con esta organizacion directa* (esto es, espontánea) *de la materia*. Por donde no parece razonable investigar lo que *verosimilmente* no se hallará, y lo que seria inútil tambien saber, aun cuando se llegase á descubrir. Pero en todo este hablar físico, no se va, cierto, en pos de verdades físicas; la idea moral de la causa primera es tras la que se va; y las investigaciones, llamadas sabias, acerca de *las circunstancias que han determinado la organizacion de la materia*, no son mas que un velo, que cubre la opinion de la eternidad de la materia misma, y de la espontaneidad de sus movimientos. Asi, á pesar *de las espesas tinieblas que las cubren*, y aunque verosimilmente nos sea *prohibido penetrarlas*, el autor afirma, » que hoy dia hay » harto fundamento para tener por quimérica la dis» tincion, que Buffon se empeñó en establecer, de ma» teria muerta y materia viva, ó de corpúsculos in» orgánicos, y corpúsculos organizados..... Porque,

» dice mas adelante, la experiencia nos enseña, que
» no hay substancia alguna vegetal, que *puesta en*
» *circunstancias favorables*, no dé nacimiento á ani-
» malillos particulares, bastando la sola humedad para
» transformarla, y casi siempre en un momento. En
» lo cual vemos con evidencia la naturaleza, que se
» llama muerta, ligada por una cadena, no interrum-
» pida, con la naturaleza viviente: vemos los ele-
» mentos orgánicos combinarse para producir diferen-
» tes cuerpos organizados, y que de los productos de
» la vegetacion salen la vida y el sentir con sus prin-
» cipales atributos. Asi que, á no suponerse que la
» vida está diseminada por todas partes, y solamente
» disfrazada con las circunstancias exteriores de los
» cuerpos ó de sus elementos, lo cual seria igualmente
» contrario á la hypótesi, es necesario confesar, que,
» mediante ciertas condiciones, la materia inanimada
» es capaz de organizar, de vivir, de sentir.... porque
» los físicos *parece que ya estan en víspera* de de-
» terminar, una parte á lo menos, de las mudanzas
» que padece la naturaleza pasando del estado orgá-
» nico al de organizacion vegetal, y de la vida in-
» completa de un árbol ó de una planta, á la de los
» animales mas perfectos.... Se preguntará ¿si el hom-
» bre, y los grandes animales, que no vemos hoy re-
» producirse sino por via de generacion, han podido,
» en el origen, haberse formado de la misma manera
» que las plantas organizadas, y los bosquejos grose-
» ros de animalillos? Lo ignoramos absolutamente, y
» siempre lo ignoraremos.... Es cierto que los indi-
» viduos de la especie humana, y los otros animales
» mas perfectos, y tambien las plantas de un orden
» superior, no se forman ahora á nuestra vista *sino*
» *por medios, que no tienen relacion alguna con es-*
» *ta organizacion directa de la materia inerte;*
» mas de aqui no se sigue, que no pudiesen ser de
» ella producidos por otros medios, y que no hayan

» podido serlo originariamente de una manera, aná- » loga á la que hasta hoy conservan todas las espe- » cies que hay de animalillos ignorados." En fin, el autor, despues de haber dado á adivinar su pensamiento en cierta manera, ocultándole en muchas páginas de conjeturas científicas sobre la *mudanza sucesiva* de las especies primitivas; sobre las numerosas modificaciones, *tal vez tambien acerca de las transformaciones importantes* por donde el hombre ha podido pasar; sobre *las alteraciones esenciales* que sobrevinieron á la organizacion primitiva del hombre, *aun despues de un corto intervalo*; en conjeturas sobre la *antigüedad* del hombre y la *novedad* de la última gran revolucion del globo; sobre los trastornos que ha padecido, circunstancias, de las cuales, dice, que verosimilmente dieron nacimiento á nuevas razas, mejor acomodadas al nuevo orden de cosas.... Al cabo pues de todas estas conjeturas, y de todas estas *verosimilitudes*, el autor, despues de haber tenido harto largo tiempo suspenso el espíritu del lector, forzado en fin á soltar su secreto, concluye perplejo, » que si se parte de estos datos, unos » ciertos, y otros infinitamente probables, *no parece* » *ya tan rigurosamente imposible* acercar la primera » produccion de los grandes animales á la de los ani- » malillos microscópicos..." A la verdad el autor, que hablaba en *el año IV de la República*, bien habia podido expresar alta y claramente todo su pensamiento; y solo se puede atribuir á un sentimiento de pudor, y de desconfianza en sus sistemas, el modo negativo y tímido que dió á la extraña asercion con que termina el largo pasage que se acaba de leer.

Antes de entrar en una discusion mas profunda, permítasenos comparar estos tristes sistemas acerca del origen del hombre, con las creencias inmemoriales de los pueblos mas cercanos á los sucesos, y juntamente los mas ilustrados en filosofía moral que

jamas hubo, á saber, los judíos y los cristianos: creencias, apoyadas en los monumentos escritos mas respetables, y cuyos vestigios se hallan á cada paso en las tradiciones mas antiguas, hasta de las naciones idólatras. Estas creencias nos enseñan, que la Inteligencia suprema quiso que el hombre fuese, y el hombre fue, y fue formado á imágen y semejanza de su Criador, y capaz de conocerle y amarle. En el principio, nos dicen, Dios crió al hombre, y le crió varon y hembra; le bendijo, y le mandó *crecer y multiplicarse*. Y en efecto, vemos al hombre tan antiguo como la tierra que cultiva; vémosle reproducido constantemente por la union de los sexos; vemos los efectos de esta gran bendicion dada al linage humano, en el crecimiento de cada individuo, que pasa del estado de niño á la edad de hombre, y en la *multiplicacion* de la especie, que de la sociedad doméstica pasa á la sociedad pública, sin que hasta ahora hecho alguno, venido á conocimiento de los hombres, haya dado lugar, siquiera para sospechar, la posibilidad de otro modo diferente de existencia y reproduccion. De otra parte, ninguna operacion hay de la naturaleza, que con mas evidencia nos muestre la relacion de los medios á los fines, y la intencion benéfica de una causa conservatriz. La organizacion física del hombre nos ilustra tambien acerca de su destino social; y en la cuna del niño, que acaba de nacer, vemos la cuna de la sociedad.

Asi, acercándose los dos sexos por medio del pensamiento y la palabra, antes de hacerlo por sus afecciones, se unen: nació el hombre, mas la naturaleza no le puso sobre la tierra como á un animal microscópico, á quien su pequeñez expone á todas las causas de destruccion, sino que antes que existiese, le preparó un abrigo á su debilidad. Túvole largo tiempo encerrado en el seno que le concibió, á fin de dar tiempo á los órganos de aguardarse unos á

otros, y de formarse cada uno por su orden para desarrollarse al fin todos juntos. Disposicion admirable, que mide el tiempo del embarazo sobre la fuerza y el volúmen de los órganos, asi como la duracion de la vida está medida sobre el tiempo del crecimiento. El feto, en este primer estado, incapaz aun de vivir por sí mismo, pues aun no existen todos los medios de la vida, ó no estan del todo formados, vive de la vida de otro, ó mas bien de otra vida, á saber, de la de quien le debe dar el ser: respira el ayre que su madre, se nutre de sus alimentos, la sangre de su madre circula en sus venas, participa de sus movimientos, y hartas veces de los efectos de sus pasiones; vive en ella como ella en él. Union mysteriosa, que para el animal es solo el principio de la vida, y para el hombre el principio de toda sociedad, y el gérmen de todos los afectos y relaciones.

Porque cuando este ser, aun para todos invisible, llegó ya al término fijado para su nacimiento, y cuando todos los órganos estan formados (pues se observa que los que nacen antes de tiempo tienen casi todos algun órgano imperfecto) la madre y el hijo se separan el uno del otro; el lazo, que hasta físicamente les unia, se rompe, y un lazo moral le sustituye; de donde viene que, por do quiera que este lazo moral no tiene vigor, cesan las afecciones naturales; y el infanticidio, permitido tal vez por las leyes, ó tolerado por las costumbres, aguarda al niño al mismo umbral de la vida. Mas cuando la naturaleza abandona el niño á sí mismo despues de haberle producido, su otra naturaleza, y la única desde entonces, la sociedad, le acoge para conservarle la vida, y principalmente para formar su razon. La que le parió no es ya solo la hembra de su especie, es la madre de un hombre. El hombre hasta entonces solo marido, ya es padre. Comienza un nuevo orden de cosas, el orden moral, para este *recien nacido* de la

especie humana, y para él solo, comienza con la habla y con la habla: toda la sociedad, *poder* y proteccion del padre, concurso y *ministerio* de la madre, dependencia y *sujecion* del niño, al cual se refieren como á su centro todos los ejemplos como todos los trabajos del uno, todas las lecciones como todos los cuydados del otro. *Todo se hace para el mas débil, y nada por él.* La sociedad toda entera se encierra en este corto recinto; en el cual no se ve sino á un niño que padece, á una muger que le nutre, y á un hombre que le protege, tal vez algunos animales alli, symbolos de la vida agrícola, elemento de toda sociedad, que le *abrigan con su aliento. Mas no fuese sino un establo,* todo está alli; y en el mas anchuroso imperio del mundo, y en el mundo entero, no se ven, cierto, ni otras *personas*, ni otras relaciones, ni otra sociedad.

Llégase á esto, que todos los hechos, relativos á la reproduccion del hombre, son tan constantes, tan universales y tan inalterables, que aun desde la mas remota antigüedad, y en las épocas de la historia que mas se avecinan al origen del linage humano, nunca la naturaleza pudo separarse de las leyes ordinarias de la generacion de los hombres, sin causar un espanto general; y un parto monstruoso, ó solamente fuera de orden, aun en los animales, fue siempre tenido por una señal cierta de la cólera del cielo: prueba, mas filosófica de lo que se piensa, de una opinion inmemorial, que tiene su fundamento en un orden de cosas, subsistente sin alteracion desde el principio de los seres. Asimismo, todos los hechos de la produccion física del hombre, y de su destino social se enlazan con el hecho primitivo de la creacion del hombre por una causa inteligente; á la cual sola pertenecia coordinar, en un tan vasto conjunto, y en un orden tan perfecto, la naturaleza y la sociedad, lo físico y lo moral, de tomar desde tan alto cosas

en sí mismas tan sublimes, y comenzar los mas generales deberes por medio de las mas íntimas afecciones.

Asi, cuando nuestros libros sagrados nos dicen, que *Dios crió al hombre á su imagen y semejanza*, encierran en la sencillez de esta expresion cuanto nos es permitido saber del gran acto de la creacion. Alli estan los límites de nuestro conocimiento; y cuando la razon tiene vigor para contenerse sin traspasarlos, entonces se dice á sí misma, que la especie humana no puede tener mas ideas de su origen, que las que el hombre puede tener de su concepcion en el seno de su madre. Pero la imaginacion, para quien la idea intelectual de *causa* es incomprensible, ó que no la comprende sino por los *medios* y los *efectos*, pregunta ¿cómo, y por qué medios crió Dios al hombre? y no hallando donde asirse en las palabras de los libros santos, cree que no las concibe, y niega el obrero porque solo ve la obra, y no ha visto los instrumentos de que él se valió, y el *modo* de su operacion.

Al contrario, en el nacimiento espontáneo del hombre por energía de la materia; sea bajo de su propia forma, sea bajo la de todo otro animal (pues en los pasages citados no se ve claramente cuál es en este punto la opinion de los autores, ni aun si tienen una opinion) la imaginacion halla el pábulo que desea. Pues se *figura* un lodo, que hierbe á los rayos de un sol ardiente; corpúsculos que se agitan, se acercan, se amontonan, y desenvuelven, y toman la forma de un embrion, que comienza á poner sobre este vaso caliente como gusanos sobre materias corrompidas. Los que piensan que el hombre ha sido primitivamente un animal de otra especie, se *figuran* sin duda una crysalida, que crece, se extiende y llega á hacerse un reptil ó un insecto. Ven anillos que se desenrollan, antenas que se prolongan y poco á poco se transforman en brazos y piernas. La

imaginacion se *figura* fácilmente todo esto, y aun puede asegurarse que nuestros adversarios no ven en ello otra cosa, y que no hacen sino vestir muy pequeñas *imágenes* con grandes voces. Mas la razon severa viene á su tiempo; y cuando ella trata de aplicar nociones distintas á estas representaciones fantásticas, no halla en ellas otro que sueños incoherentes de un cerebro enfermo. La espuma de la tierra, ardiente con los rayos del sol, produjo al hombre; sea asi: ¿pero este primor de la materia salió de sus hornos al primer golpe? No, nos dice el nuevo Diccionario de historia natural. » Es cierto que se ve aparecer bosquejos informes, seres imperfectos, que la » mano de la naturaleza lentamente perfecciona im» pregnándolos de una mayor cantidad de vida....." » Aqui, dice *Lametrie*, faltaba el esófago; alli el es» tómago, el vientre ó los intestinos. Porque no se » crea que los primeros hombres vinieron al mundo » grandes como padre y madre, y muy en estado de » procrear sus semejantes." Segun lo cual la naturaleza, ó la materia ensayó largo tiempo, tentó y bosquejó antes de producir el hombre. Mas la razon resiste tales suposiciones, puesto que la imaginacion las reciba con complacencia. La naturaleza pudo bosquejar los Alpes, mas no puede comenzar un cuerpo organizado sin concluirle; porque los Alpes, como todo cuerpo inorgánico, no se han engrandecido sino por *juxta posicion* de nuevas partes, agregadas á las primeras por efecto de una causa externa, como por las corrientes de la mar, ó aluviones de un rio, y estas partes agregadas, pero no reunidas, no tienen entre sí alguna relacion necesaria, pues aquellos montes no dejarian de ser los Alpes aun cuando tuviesen algunos miles de varas menos de altura y circunferencia. Pero un cuerpo organizado y animado, cuya vida en él es el resultado del fuego simultáneo y de la correspondencia mútua de los órganos, los cuales,

una vez formados, crecen por *intus-suscepcion*, esto es, por una accion interior que desenvuelve los órganos, y extiende el volúmen sin aumentar el número; un tal ser, todo él perece, ó, por mejor decir, no podrá vivir si únicamente está en bosquejo. Ni el bosquejo nacido hoy podria llegar á mañana para esperar el complemento necesario de sus órganos, y asi siempre estaria comenzándose la obra.

Por donde, á no suponer que el hombre, sea bajo de su propia forma, ó bajo la de un animal, haya crecido en una sola noche como un hongo, la razon no puede admitir que un bosquejo de hombre ó de animal, un estómago sin esófago, pulmones sin intestinos, nervios sin músculos, un cerebro sin vientre ó sin venas, hayan podido, aguardando su complemento necesario, resistir al doble principio de descomposicion que resultaba, de la humedad de una tierra empapada en agua, y del calor de un sol ardiente. Porque conviene observar, aun en los ejemplares que la naturaleza nos presenta de esta incubacion solar de peces ó de reptiles, que el émbryon, encerrado en un envoltorio sólido ó gelatinoso, que hace el oficio de seno maternal, nada como el feto humano en un fluido, que intercepta la humedad de la tierra, ó amortigua los rayos del sol.

En vano los partidarios de estos extraños sistemas recurren á la hypótesis *de una mayor cantidad de vida*, de la cual la energía de la materia *impregna* sucesivamente los bosquejos, para conducirlos todos al estado perfecto de vitalidad. Porque la razon no admite vida como cosa distinta del ser que vive, ni la imaginacion misma se la podrá representar como un licor que tiene reservado la naturaleza para infundirle, en mayor ó menor dósis, segun las necesidades y la capacidad del animal que las recibe.

La vida, vuelvo á decir, no es cosa separada del ser que vive, porque ella no es otro que la duracion

del ser por medio del juego de sus órganos: la vida es el tiempo del ser animado; y el tiempo no es mas que la sucesion de los seres, y no habria tiempo si estos dejasen de existir. Ni el animal tiene órganos mejor formados porque recibió de la naturaleza mayor cantidad de vida; su vida si que tiene mas duracion, y la ejercita con mas facilidad segun que mejor organizado está. La vida es absoluta, su vigor y duracion son relativas. Ningun ser vive mas que otro, pero vive mejor y mas largo tiempo el que está mas perfectamente organizado, porque el vigor es el ejercicio de la vida, asi como la duracion es su medida. Asi pues un ser vive, ó no vive, no hay medio, la vida se prolonga como un espacio, mas no se pesa como un sólido, ni se *numera* como una cantidad. La col, que á un golpe de cuchillo se corta, no tiene menos vida que una encina, que solo á repetidos golpes de una hacha se derroca: yo soy quien tiene menos fuerza; pues un agente que, relativamente á la encina, tuviese la que yo tengo respecto á la col, como un huracan, ó un rayo, desarraygaria el árbol en tan poco tiempo, cuanto yo pongo en arrancar la planta. Un bastonazo mata una serpiente, y no bastará para matar un toro; mas este no vivirá con la corta cantidad de ayre que basta para un reptil.

Pero al cabo este hombre bosquejado, á quien la naturaleza tal vez no perfeccionará en muchos siglos, nació ya, es necesario que viva, y que reciba de afuera un alimento que él mismo no se puede grangear. » Porque, dice muy bien Lametrie, no se » crea que los primeros hombres vinieron grandes al » mundo como padre y madre..... mucho menos se » crea que el primer nacido halló un arroyo de leche » preparado para su alimento. Los otros animales, » movidos de compasion al verle en el *apuro* en que » se hallaba, se dignaron cuydar de darle leche. En- » tre tanto fue necesario que la tierra sirviese de *ute-*

„*rus* al hombre, y que ella hubiese abierto su seno „á los gérmenes humanos, ya preparados para que „este soberbio animal pudiese salir á luz." Todo esto es evidente para una imaginacion viva: la cual se *figura* sin trabajo ¿qué es figurarse? *ve* un crocodilo movido de compasion salir del rio para dar calor á este recien nacido, y defenderle de la voracidad de los otros animales, y á una tigre sensible que acude presurosa á sus gemidos para presentarle sus tetas. La imaginacion se recuerda, si es menester, de la loba de Remo y de Rómulo, y hará sobre este tierno asunto un cuadro, ó un romance. Pero la razon, para quien la historia, aun la historia romana, no es siempre una autoridad, considera cuan aventurada seria la suerte del linage humano, si el cuydado de criar la infancia del hombre estuviese confiado á la tierna solicitud de los animales. Mas ¿cómo habia ya animales grandes cuando aun en la tierra no habia hombres? ¿Por qué la naturaleza, tan sabia obrera, comenzó por los seres menos perfectos? Se quiere que no hubiese aun hombres, y yo niego que hubiese animales: y entonces ¿qué medio hay para impugnar mi opinion, ó para probar la otra? Lo cierto al cabo es, que desde que hay hombres sobre la tierra, no puede alegarse un hecho, siquiera uno, de donde se pueda deducir este nacimiento espontáneo del hombre, ni tradicion que atestigue su memoria. ¿No hay ya ahora humedad en la tierra? ¿Ha perdido el sol todo su calor? ¿Y este calor, tan excesivo en algunos climas que muda el color de la especie humana, no alcanza para hacerla salir á luz? ¿Esos gérmenes humanos, de que era la tierra originariamente el *uterus*, se han disipado de todo en todo, mientras que los de todas las plantas, que sirven para la subsistencia del hombre, se han conservado en ella? Mas al fin no tenga bastante humedad la tierra, ni harto calor el sol para perfeccionar el hombre: ¿no tienen siquiera la suficien-

te para bosquejarle? Y pues el calor del sol empolla y saca los huevos del avestruz y del crocodilo ¿no puede en las riberas del Nilo, y bajo la zona tórrida producir algun embrion, y como un bosquejo informe del hombre? Responden á esto los autores del nuevo *Diccionario*, „que la tierra debia tener cuan„do joven mas fuerza y vigor vegetativo que hoy, „que la vemos agotada de producciones." Os enga„ñais, les dice el autor de las *Relaciones*: „La ju„ventud de la tierra es eterna, y su fecundidad in„agotable;" mas Lametrie pronuciará entre ellos: „La „tierra, dice con mucha gravedad, no pone hom„bres, porque una gallina vieja no pone huevos, y „una muger de dias no pare hijos." La observacion á la verdad es perentoria: solo es lástima, para que este razonamiento fuese mas sólido, que Lametrie no haya observado, que si las gallinas viejas no ponen huevos, y no paren las mugeres ancianas, la naturaleza hace hoy como en otro tiempo que nazcan mugeres jóvenes y pollas. Cierto que estos sistemas, á fuerza de ser filosóficos serian unas bufonadas, si fuese menos serio el asunto y menos lastimosos los resultados.

Mas no se ofendan los físicos de que yo ponga sus opiniones á par de las de un escritor universalmente desacreditado, pues en la sustancia son las mismas; y únicamente se distinguen en que Lametrie, queriendo particularizar su sistema, ó el suyo, esto es, hacer de él una aplicacion real y positiva á seres existentes, y alegar ejemplos para hacerle comprender mejor, no ha podido menos de decir cosas ridículas; mas los sabios han procurado no salir de las generalidades, en las cuales se esconden como en una nube, ciñéndose á lo vago de la teoría, y manteniéndose lejos de toda aplicacion; medio infalible de imponer á los sencillos, y de dar una apariencia de profundidad á lo que ni siquiera es super-

ficial Asi pues Lametrie dice sin vergüenza, que la tierra *no pone ya huevos*, ó lo que autores mas modernos dicen, que el *vigor vegetativo de la tierra*, y su *fuerza de animalidad* estan apuradas. Lametrie nos advierte, que no creamos que los hombres al principio fueron grandes *como padre y madre*, ó lo que el autor de las *Relaciones*, despues de largos circunloquios insinúa, á saber, »que no parece ya tan ri» gurosamente imposible poner á par de la primera » produccion de los grandes animales la de los ani» malillos microscópicos." Lametrie nos dice, »que » es preciso que la tierra haya servido de *uterus* al » hombre," ó lo que el autor de las *Relaciones*, en un » lenguage mas científico y mas culto, afirma, »que, » *mediante ciertas condiciones*, la materia inanimada » es capaz de organizarse, de vivir y de sentir, y que » no hay sustancia ninguna vegetal que, *colocada en* » *circunstancias favorables*, no dé nacimiento á ani» malillos, á quien la sola humedad basta para trans» formarlos al instante;" ó, en fin lo que la obra mas reciente de la *filosofía zoológica* sienta por principio, »que todos los cuerpos organizados de nuestro » globo son verdaderas producciones de la naturaleza, » que con el trascurso de mucho tiempo fue ejecutan» do." Absolutamente los pensamientos de una parte y otra son los mismos, solo bajo de una expresion diferente, particularizada en Lametrie, y generalizada en los otros; esto es, decir que en el lenguage aritmético 6 y 4 hacen 10, y que traducido en expresiones algebráicas, y sustituyendo valores generales á signos particulares, dice en el lenguage de la analysis $a+b=x$.

Es cierto que los hacedores de sistemas, para justificar la posibilidad de estas generaciones espontáneas en los tiempos antiguos, y dar razon de que por qué hoy no se ven cosas semejantes, acuden á una antigüedad indefinida, donde no corren riesgo de en-

contrarse ni con la historia, ni con la tradicion: piden un *tiempo suficiente y circunstancias favorables*; suponen *mudanzas sucesivas*, *numerosas modificaciones*, *tal vez transformaciones importantes* por donde han pasado los seres, *trastornos* del globo, de donde *verosimilmente han salido razas del todo nuevas*, *mejor acomodadas al nuevo orden de cosas*, y hacen otras conjeturas del mismo jaez á que ellos llaman *datos*, y dicen que *los unos son ciertos*, *y los otros infinitamente probables*. Nada mejor, si la razon en estas pretendidas verosimilitudes no hallase una contradicion manifiesta. En efecto, si el hombre nació primitivamente de la espuma ó de la grasa de la tierra, empapada en agua, y fecundada por el calor del sol; ó si al principio planta, insecto, ó pez, llegó despues á la forma humana por una larga serie de transformaciones; habia seguramente primitiva y anteriormente á toda produccion del hombre, una tierra, agua, fuego, luz, ayre, animales y plantas; habia pues todos los elementos, aun todas las sustancias, excepto el hombre, que hoy existen á nuestra vista, y las mismas cualidades que hoy descubrimos en ellas, pues que *la juventud de la* tierra es eterna, y *su fecundidad inagotable*.

Pero si la naturaleza de entonces era la de hoy, si ella ofrece los mismos agentes de produccion y de conservacion, y en estos agentes las mismas cualidades de sequedad y humedad, las mismas propiedades de disolucion, de absorcion, de evaporacion, de combinacion, de fermentacion, porque todo esto es menester en el sistema de que se trata: si aun anteriormente al hombre habia animales y plantas ¿sobre qué fundamento probable se puede pensar, que la especie humana, que es la única que habita el universo, pues las otras especies solamente, le pueblan, faltase de su dominio? Los que piensan, con razon, que el universo físico, y cuanto él contiene fue hecho para

el hombre, lejos de admitir que los agentes puramente físicos hayan podido, al cabo de miles de siglos, bosquejar el hombre, y en fin, producirle por medio de combinaciones y de fermentaciones de sus principios; hallarán al contrario en la existencia de la naturaleza material una *razon suficiente*, cuando no sea una prueba demostrativa, de la existencia simultánea del hombre. Verán al propietario al mismo tiempo que su habitacion, y al Señor al mismo tiempo que el dominio. No querrán creer que pudiesen existir tantas maravillas, cuando aun no habia alguna inteligencia que las pudiese admirar; tantos beneficios cuando ninguna afeccion los podia gozar, y tantas propiedades cuando ninguna industria habia que las pudiese aprovechar. Es cierto que esta prueba moral, y que no por eso es menos filosófica, no será admitida de los partidarios del sistema opuesto: los cuales atacan la modestia hasta el punto de poner la especie humana á nivel, ó, poco falta mas abajo de las demas especies; y consiguientes en esto á su principio, conforme al cual todas las cualidades morales, y hasta la inteligencia, derivan de la fuerza, del volumen y de la posicion de los órganos, y se confunde en el orígen lo físico y lo moral; miden á palmos y varas todos los seres; y se espantan, ó acaso se ofenden, de que, siendo tan grande la naturaleza, y el hombre tan pequeño, queramos subordinar á un *punto* la extension inmensa de tierra y cielos. ¡Mezquinos filósofos! ¡se envanecen de su ingenio, y niegan la existencia propia y noble naturaleza de la inteligencia! ¡predican la abyeccion á la especie, y reservan el orgullo para el individuo! Y no saben que » todos los » cuerpos, como dice Pascal, el firmamento, las es- » trellas y todos los reinos no valen tanto como el » menor de los espíritus, porque el espíritu todo esto » conoce, y el cuerpo nada."

Repito: la imaginacion, que se hace á sí misma

un mundo fantástico, al cual puebla y anima segun su antojo, puede representarse producciones fortuitas por el movimiento espontáneo de la materia orgánica ó inorgánica. Pero la razon, que ni conoce ni puede concebir sino realidades, no podrá admitir que el menor átomo se mueva sin impulso, lo mismo que la peña que veo desde mis ventanas, límite inmemorial del territorio, que asi permaneceria eternamente, si la mano del hombre, ó un terremoto no viniesen á trastornar sus cimientos.

Hay, ademas, otra reflexion que oponer á todos estos sistemas. Sus autores se arrojan á una antigüedad indefinida, hacen el tiempo para tener lugar de hacer sus seres, y suponen, anteriormente á todos los seres materiales, un tiempo, con no ser este otra cosa que la medida de su duracion. Pero Mr. Haüy, en su *Tratado de mineralogia*, dice á los tales, »que es »un hecho, en cuya existencia estan hoy conformes »los mas célebres geólogos, que nuestros continentes »son de una data poco antigua; y que sin fundamento se recurre, para explicar su formacion, á »causas que hayan estado obrando durante una serie »de siglos que espanta la imaginacion [1]".

A la verdad, es una extraña presuncion, ó un inconcebible furor de destruir, razonar sobre el fundamento de una hypótesis contradicha por las creencias morales de los pueblos mas ilustrados, y combatida por el sentimiento de los físicos mas hábiles; y cierto que parece que seria menester, á lo menos, el acuerdo perfectamente unánime de todos los físicos sabios, para atacar con alguna apariencia de razon las opiniones universales de moral.

1 El mas célebre de nuestros naturalistas, Mr. Cuvier, ha puesto esta thesis fuera de disputa. Véase en el *Discurso preliminar* de su gran obra sobre los animales fósiles las pruebas que da este sabio de cuan nuevos son nuestros continentes, y de la reciente revolucion del globo.

Para hacer probable los defensores de este sistema el nacimiento espontáneo del hombre por medio de la energía de la materia, suponen como demostrada la produccion de los animalillos que se descubren con el microscopio; y entonces, dice el autor de las *Relaciones*, » ya no parece tan rigurosamente imposi» ble poner la primera produccion de los animales » grandes á par de la de los animalillos microscópicos. » Por otra parte, segun el mismo autor, es cierto que » los individuos de la raza humana, los otros animales » mas perfectos, y tambien las plantas de un orden » superior, no se forman ya á nuestra vista, sino por » medios que ninguna relacion tienen con esta orga» nizacion directa de la naturaleza inerte." Pero se le podria decir, » vos suponeis que los animalillos na» cen espontáneamente de la materia, esto es, que por » *medio de circunstancias favorables*, como dies» tramente decís, la harina se hace gusano; la vina» gre anguilas, y hasta el cuerpo humano insectos » en algunas enfermedades; y concluis, que los gran» des animales, y tambien las plantas de orden supe» rior, han podido, en el estado primitivo de las co» sas, nacer de la misma manera: mas en esto sentais » por principio un hecho, por no decir mas, y sa» cais de él una consecuencia aventurada. Pero yo no » supongo, sino que afirmo, que el hombre, los gran» des animales, y las plantas de un orden superior, » nacen unos de otros por via de generacion y germi» nacion; y de aqui concluyo, que los animalillos » nacen del mismo modo, á saber, los unos de los » otros, sea el que fuere el modo de su reproduccion, » porque tengo por principio un hecho incontestable, » y saco una consecuencia de una analogía irresisti» ble. Vos no hallareis rigurosamente imposible pa» rear la primera produccion del hombre y de los » grandes animales con la de los animalillos microscó» picos; y yo hallo eminentemente razonable com-

» parar la primera produccion de los animalillos mi-
» croscópicos con la actual produccion del hombre y
» de los grandes animales. ¿Qué importa que vuestro
» microscopio no haya podido descubrir la diferencia
» de los sexos, ni su union, y la produccion misma
» de los embryones? ¿Los límites de vuestro instru-
» mento son los límites de la naturaleza? ¿No habria
» fundamento, antes de la invencion de los microsco-
» pios para tener por fabulosa la existencia de anima-
» les mil veces mas pequeños que un arador? ¿y po-
» dremos nosotros afirmar, que ojos mas penetrantes
» que los nuestros, ó auxiliados de instrumentos mas
» perfectos, no descubrirán multitud de animales to-
» davía mas pequeños? Si el germen de un gran árbol
» no es mas que un infinitamente pequeño comparado
» con el mismo árbol; el germen, ó el huevo de un
» animalillo será un infinitamente mas pequeño que se
» esconderá de todas las observaciones; y la divisibi-
» lidad de la materia hasta el infinito, ¿no recibe en
» esto su mas exacta y mas rigurosa aplicacion? Si
» yo no descubro por ningun medio el huevo de don-
» de sale el insecto mas pequeño que se pueda ima-
» ginar, todavía mi razon concibe que, teniendo es-
» te huevo dos extremos y cuatro lados, puede haber
» en él aun otros huevos mucho mas pequeños. Y
» por ventura esta idea de la divisibilidad indefinida
» de la materia, en que nuestros sentidos hallan al
» momento tantos límites, y que ni la razon nuestra
» los podrá asignar, no tiene otro objeto que hacer-
» nos comprender la posibilidad de la reproduccion
» de los seres mas pequeños, por los mismos medios
» que los que á nuestra vista aseguran la reproduc-
» cion de las mas grandes especies."

En una palabra, todos los animales, aun los de las mas pequeñas especies, los vemos nacer los unos de los otros, aunque de diferentes maneras. En ciertas especies los sexos estan separados; en otras, es-

tan reunidos en un mismo individuo; alguna vez no estan descubiertos, y el animal se multiplica, ó lo parece, por renuevos como algunas plantas. Mas al cabo todos estos animales, ovíparos, ó vivíparos, nacen los unos de los otros; y la analogía, esta razon universal de juzgar, »que muestra al entendimiento »lo que no puede sentir el cuerpo," como dicen los autores mismos del *nuevo Diccionario*, razon aun mas poderosa cuando se trata de la naturaleza, cuya divisa, segun Mr. Haüy, es »economía y sencillez en »los medios, riqueza y variedad en los efectos:" la analogía, pues, mas segura, ya que no que la observacion, á lo menos que el observador, autoriza á la razon para que descarte del plan de la naturaleza todos estos nacimientos espontáneos por solas las fuerzas de la materia. Tambien merece observarse, que el célebre fisico, que se acaba de citar, ha aplicado felizmente al reyno mineral su principio de la *economía* y la *sencillez* de los medios que usa la naturaleza, por cuanto ha demostrado que en la cristalizacion de las sustancias, presentaba constantemente en cada especie en los mas pequeños cristales, que tambien se pueden llamar microscópicos, la misma forma que en los mas grandes, y que todos los componia, en cada género, de elementos *sólidos* semejantes, que son como su gérmen, y constituyen cuanto á estos cuerpos una forma semejante de generacion. En el reyno vegetal las especies mas pequeñas son *similares* con las mas grandes. Un arbusto, una flor tiene sus rayces, su tronco, sus hojas, sus frutos ó grana, lo mismo que la encina y el nogal: nace, crece y se conserva por los mismos medios. ¿Por qué pues la materia se habria en el solo reyno animal desviado de su economía y de su sencillez ordinarias? Y al mismo tiempo que ella hace que todos los animales, que podemos conocer, nazcan los unos de los otros, y venir de un gérmen, depositado en el cuer-

po de un animal, y fecundado de un cualquier agente, ¿por qué se habria sin necesidad reservado la formacion directa de un orden de animales que se esconden de nuestra vista, y complicado asi su marcha sin aumentar sus resultados?

En vano el autor de las *Relaciones* nos promete *una serie de bellas experiencias* acerca de la *generacion espontánea* de los animales, desaprobada hasta nuestros dias por una sana física. Estas experiencias, que siempre es útil anunciar (á saber, para nunca dar cuenta del resultado si no es satisfactorio) siempre y necesariamente son incompletas; porque la industria humana no alcanza á preservar tanto la materia en infusion ó disolucion de la influencia del ayre, vehículo de muchos gérmenes, que haya seguridad de que no contenga alguno, con anterioridad á la experiencia, el cual la accion del ayre, ó de otro agente puede desarrollar despues de hecha. Por ejemplo, es probable que los gusanos de harina existen en huevos en el grano de trigo, donde su extrema pequeñez los conserva enteros bajo la presion de la muela, y por la misma razon conservarse tal vez en la harina á pesar de la fermentacion de la pasta, y hasta de la cochura del pan. Pues hay una prueba tambien, ó una presuncion de la indestructibilidad de los gérmenes en lo que pasa en los granos cereales y leguminosos; los cuales, aun roidos de insectos hasta no quedarles mas que la piel, no por eso dejan de fructificar una vez que se siembren. Por donde se puede creer, que los gérmenes, ó los huevos, aun mas pequeños, de los animales microscópicos pueden preservarse de causas de destruccion mas poderosas aun.

Acerca de lo cual conviene observar, que á pesar del gran papel que se hace jugar á los animalillos *infusorios* para deducir de ellos la semejanza, cuanto á la produccion, de los grandes animales en el princi-

pio, han perdido su crédito en la fisiologia moderna, asi como los animalillos, que se habia creido descubrir alli donde naturalmente se deberian hallar para producir el hombre. A la verdad, por mucha importancia que nuestros sabios pongan en este mundo microscópico, es dificultoso pensar, que la naturaleza, á quien hacen tan buena y sabia, haya reservado para el microscopio sus mas sublimes verdades, y solo presente ilusiones á nuestros ojos.

Mas sea de esto lo que fuere, si los hombres y los grandes animales, nacidos primitivamente como los animalillos microscópicos de la materia en fermentacion, no se producen hoy sino por via de generacion, ¿cómo se ejecutó esta prodigiosa mudanza? Si la generacion no entró en el plan primitivo de la naturaleza, ¿cómo vino á ser en el plan secundario el medio único y constante de perpetuar las especies? Estos gérmenes animales, de quien la tierra era entonces el *uterus*, y el calor del sol fecundaba, ¿cómo se hallan hoy en el cuerpo de los animales, y se fecundan por medios que ninguna relacion tienen con los primitivos? Pues la materia tenia al principio medios *directos* para producir el hombre y los grandes animales, ¿por qué ha complicado esta operacion tan sencilla con los trabajosos mysterios de la diferencia de los sexos, de su union, de la fecundacion, de la generacion, del parto, de la incubacion? ¿Son los sexos tambien en las plantas como en los animales un *segundo* pensamiento de la *naturaleza*, y como una *variante* de su gran obra? Pero á grandes profundidades de la tierra se hallan despojos de animales monstruosos, terrestres y marinos, cuya especie ha desaparecido. ¿Pues cómo sus gérmenes no se hallan ya en el *uterus* de la tierra, *cuya juventud es eterna*, y *la fecundidad inagotable*? ¿No será mas bien esto porque estando confiada la especie á los mismos individuos, acabó porque estos perecieron por algu-

na causa que nos es desconocida? A no ser que se suponga con el nuevo *Diccionario de historia natural*, que estos grandes animales, habiendo llegado á la perfeccion de la tendencia que les empuja á todos hácia el último grado y el mas perfecto de la animalidad *por una especie de gravitacion vital*, no hayan llegado á hacerse individuos de la especie humana de los territorios donde habitaban.

Pero si la generacion no entraba en el primer plan de la naturaleza, tampoco entrarian en él la paternidad y la filiacion. Por consigniente, ni la sociedad, que es un desarrollo de la una y de la otra; segun lo cual la sociedad, aun la doméstica, es cosa puramente facticia y adventicia; y J. J. Rousseau tuvo razon para decir, que la sociedad no está en la naturaleza... Hubo pues un tiempo en que un hombre era tan extraño para otro hombre, como en un bosque un arbol para otro que se levanta cerca de él. No habia entre ellos ni afectos ni relaciones, y, al modo que los hombres de *Deucalion* y de *Pyrra*, nacidos de la tierra, tan insensibles eran como ella: y la filosofía, vuelta á las extravagancias de la fábula, pudo decir con ella: *Inde homines nati, durum genus.*

Lo que hay de mas extraño en estos sistemas es la expresion abstracta, y la gerga metafísica con que los adornan para encubrir con el fausto de las voces lo ridículo de las ideas. Sobre lo cual podria remitir al lector á un pasage, ya citado al principio de este capítulo; mas prefiero el repetirlo.

» Todos los animales, y todas las plantas no son » otro que modificaciones de un animal y de un ve» getal originario. El reyno animal no es en cierta » manera sino un animal único, puesto que variado, » y compuesto de una multitud de individuos, todos » dependientes de un mismo origen.—— Los seres mas » imperfectos aspiran á una naturaleza mas perfecta. » —— Por lo cual las especies van subiendo sin cesar

»en la cadena de los seres por una especie de gravi-»tacion vital. —— Los animales, todos tienden al »hombre, y los vegetales aspiran todos á la anima-»lidad. Los minerales procuran acercarse al vegetal. »Nuestro mundo es una especie de un gran *polypal*, »del cual los seres vivientes son los animalillos, y »nosotros somos especies de parasitos, de aradores, »al modo que vemos multitud de piojillos, de lichens, »de mohos y otras castas que viven á costa de los »árboles."

Lo que parece pudo conducir á estos naturalistas á una idea tan extraordinaria como la de un gran animal prototypo de todos los animales, y de un gran vegetal prototypo de todos los vegetales, es haber observado órganos, ó mas bien facultades semejantes para la *asimilacion* de las substancias, la digestion, la secrecion, la circulacion, y aun para la reproduccion, en los grandes animales y en los mas pequeños, y tambien en los vegetales. Pero basta una sola reflexion del todo natural para explicar este fenómeno, y hacer que desaparezcan las consecuencias que de él se han querido sacar. A saber; que todos los animales, grandes y pequeños, y aun todos los vegetales, formados de unos mismos elementos, vivientes en un mismo suelo, nadando en unos mismos *fluidos*, respirando un mismo ayre, animados por un mismo calórico, iluminados con una misma luz, sujetos á las mismas influencias de parte de unos mismos agentes, alojados, por decirlo asi, en una misma habitacion, y sentados á una misma mesa; necesariamente han debido estar provistos de órganos semejantes para ejecutar funciones semejantes sobre un sugeto semejante, para respirar, ver, comer, digerir, moverse &c. De estas semejanzas pues generales cuanto á la animalidad y la vitalidad, no se puede concluir la confusion originaria de las especies, al modo que en cada especie no se puede concluir de los caracteres generales,

que son comunes á todos los individuos, la confusion absoluta de estos. Cuando mas podrá ser considerada cada especie de animales como un individuo de la animalidad general, al modo que cada animal es un individuo de una especie particular. Esta distincion originaria é indestructible de especies, razas é individuos, parece que es la voluntad mas constante de la naturaleza; porque si permite que algunas especies, diferentes entre sí, pero parecidas en caracteres esenciales, como la caballar y asnal, se unan pasageramente, y produzcan un individuo, les prohibe formar una nueva especie. Esta distincion de las especies y su estabilidad es, por decirlo asi, un monumento de la naturaleza, y el hecho mas auténtico de su historia: las especies descritas por los mas antiguos naturalistas, se hallan á nuestra vista con sus mismos caracteres. » Mucho tiempo ha que se » desea saber, se lee en la Relacion de las coleccio» nes de historia natural traidas de Egypto, si las es» pecies mudaban de forma con el transcurso del » tiempo.... Nunca hubo mejor proporcion para de» cidirlo cuanto á un gran número de especies nota» bles, y millares de otras. Parece que la supersti» cion de los antiguos egypcios fue inspirada por la » naturaleza, con el fin de dejar un monumento de » su historia.... No se puede la admiracion contener » cuando aun se ve conservado con sus mas pequeños » huesos y pelos, y perfectamente reconocible un ani» mal, que tenia, dos ó tres mil años ha, en Tebas » ó en Memphis, altares y sacerdotes." La distincion de las especies es el fundamento del estudio de las cosas naturales, y el único hilo que pueda guiarnos en este laberinto; y los sabios en esto ponen su estudio, en observar los caracteres que separan las especies ó las asemejan, y sirven para distinguir las razas y para clasificar los individuos. Asi se distingue á los animales en *bípedos* y *cuadrúpedos*, en *fisípe-*

dos y solípedos, en herbívoros, granívoros y carnívoros, segun que la atencion se fija en el número, ó en la forma de sus pies, ó en la calidad de las substancias de que se nutren.

No solamente se supone un animal originario, prototypo de todos los animales, y un vegetal prototypo de todos los vegetales; sino que, bien considerado, de todos los seres, animales, vegetales y minerales no se hace mas que un ser, un *gran todo*, por cuanto todas las especies, estando determinadas las unas hácia las otras por una especie de *gravitacion vital*, los minerales *procuran acercarse* al vegetal; los vegetales *aspiran* todos á la animalidad; y los animales *tienden* todos al hombre, último grado, y el mas perfecto de la animalidad. Asi que, todo debe acabar por ser hombre; si no, este *esfuerzo*, este *deseo* y esta *tendencia* de la naturaleza quedaria sin efecto, y su energía sin poder; lo cual no puede suponerse, y aun es incompatible con la idea de la actividad infinita de la naturaleza, *eternamente jóven, é inagotablemente fecunda*. Esta conclusion es rigurosamente necesaria; porque esta tendencia debe ser finita en su duracion, pues se ejercita sobre un sugeto finito en su extension, esto es, sobre nuestro globo, cuyas dimensiones son conocidas, y cuya solidez está calculada. Debe pues llegar un tiempo en que el hombre será solo, y no habrá otro ningun animal, ni aun vegetal ni mineral, en la tierra, ni aun esta tampoco habrá, porque la tierra tiende tambien á convertirse en mineral, lo mismo que el mineral en vegetal, este en animal, y todo animal á ser hombre.

Mas al cabo, esta fuerza de animalizacion, que impele de grado en grado todas las especies vegetales hácia la animalidad, y á todos los animales hácia el hombre, finita en su accion sobre nuestro globo, es infinita en su intension, porque en este mismo siste-

ma la naturaleza es eterna. Pero ¿cómo esta fuerza infinita, que incesantemente obra en derredor de nosotros, no se descubrió sino en nuestros dias, y esto por algunos sabios? ¿Cómo algun hecho constante y palpable no la reveló? ¿Por qué desgracia estamos reducidos aun á conjeturas acerca de unos hechos tan antiguos como el mundo, y tan multiplicados como los individuos de todas las especies minerales, vegetales y animales? ¿Y cómo vemos reproducirse desde Aristóteles y Salomon las mismas especies de animales y de plantas constantemente con los mismos caracteres que las distinguen? Mas: esta tendencia no obra en cada especie para hacerla pasar á un grado superior, sino obrando en todos los individuos de ella; porque la especie solo es una abstraccion que designa una coleccion de individuos, que se distinguen todos por ciertos caracteres, de otra coleccion de individuos que forman otra especie. Pero ¿se ha sorprendido nunca á un solo individuo de una especie vegetal en su pasage definitivo á la especie animal, ó á algun bruto en su transformacion en individuo de la especie humana? ¿Se ha oido nunca hablar de algun vegetal, ó de algun animal que al cabo del tiempo, fijado á su duracion, no haya acabado con los mismos caracteres que habia recibido al nacer? ¿O de algun animal, en quien un desarrollo de sus miembros, si era mas pequeño que el hombre, ó una contraccion, si era mas grande, anunciase una disposicion próxima á tomar ya la forma humana? Pues si despues de seis mil años, que son algo en la duracion de un globo de algunas mil leguas de circunferencia, no se ha descubierto la menor transmutacion de este género: si no se halla algun vestigio de un hecho tan maravilloso en las antiguas tradiciones de los pueblos; si tampoco en sus libros de moral mas antiguos ninguna alusion se observa á una opinion, que debia tener tan gran influencia en la moral, ¿cuándo es que esta

tendencia natural tiene su efecto, y este espectáculo comienza?

Mas si hay en la materia una fuerza de animalizacion, que impele todos los vegetales á pasar á la especie animal, y á confundir al fin todos los animales en una sola especie, hay tambien seguramente una fuerza de vegetacion y de generacion, que tiende á conservar en cada especie vegetal y animal sus caracteres propios. En buen hora que la tendencia á la animalidad sea aparente en el microscopio; pero la fuerza de vegetacion y de generacion la vemos con nuestros ojos. Y ¿cómo, y para qué en la materia dos fuerzas, no digamos desiguales, sino opuestas, y que la una se aleja de la otra á una distancia infinita?

Todos los principios, que hemos impugnado, acerca de las generaciones espontáneas por la energía de la naturaleza; acerca de los bosquejos de hombres y animales, desenvueltos en la sucesion de tiempo hasta su organizacion actual; acerca de la confusion originaria de las especies y su distincion subsiguiente y adventicia; acerca de la inteligencia, producto final de la organizacion física; acerca de las mudanzas sin fin, que en una larga serie de siglos el mundo, y cuantos seres encierra, debieron padecer, y que sucesivamente han ocasionado alteraciones en las formas primitivas, y la composicion de formas nuevas: todos estos principios se recuerdan y presentan como axiomas, en una obra reciente, intitulada: *Filosofía zoológica* (dos voces caprichosamente reunidas, y atónitas de verse juntas).

1.° »Todos los cuerpos organizados de nuestro »globo son verdaderas producciones de la naturale»za, que sucesivamente las ha ejecutado *en la serie »de mucho tiempo.*

2.° »La naturaleza en su proceder ha comenza»do, y vuelve á comenzar todos los dias, para for»mar los cuerpos organizados mas sencillos; y solo

»estos forma *directamente*, esto es, los primeros »*bosquejos* de la organizacion, designados con la ex- »presion de *generaciones espontáneas.*

3.° »Los primeros bosquejos del animal y del ve- »getal, *siendo formados en lugares y circunstan- »cias convenientes*, las facultades de una vida na- »ciente y de un movimiento orgánico establecido, »necesariamente desenvolvieron poco á poco los ór- »ganos; y *con el tiempo* los han diversificado, asi »como las partes.

4.° »La facultad de crecer en cada porcion del »cuerpo organizado, siendo inherente á los prime- »ros efectos de la vida, dió lugar á los diferentes »modos de multiplicacion y de regeneracion de los »individuos; y con esto tambien se conservaron los »progresos adquiridos en la composicion de la orga- »nizacion, en la forma y en la diversidad de las »partes.

5.° »*Con el auxilio de un tiempo suficiente, el »de circunstancias que necesariamente fueron fa- »vorables*, y el de las mudanzas, que sucesivamen- »te padecieron todos los puntos de la superficie del »globo en su estado, ó, lo que á esto equivale, del »poder que tienen las nuevas situaciones y los nue- »vos hábitos para modificar los órganos de los cuer- »pos dotados de vida; todos cuantos hoy existen »fueron insensiblemente formados tales como ahora »los vemos."

6.° »Segun un orden semejante de cosas, habien- »do los cuerpos vivientes experimentado cada uno »mudanzas, mas ó menos grandes, en el estado de »su organizacion y de sus partes, lo que entre ellos »se llama *especie* fue insensible y sucesivamente asi »formado; y no tiene sino una *consistencia relativa, »ni puede ser tan antiguo como la naturaleza.*"

No hay una entre estas voluntarias proposiciones, cuya refutacion no suministraria materia para

un volúmen, puesto que, á decir verdad, dificultoso seria razonar, é imposible concluir cosa con un escritor que, suponiendo continuamente para la ejecucion de sus hypótesis *mucho tiempo*, *un tiempo suficiente*, *lugares favorables*, *circunstancias convenientes.*, é imaginando, en un apuro, en cuanto existe *mudanzas*, y *trastornos*, acabaria, viéndose estrechado, con pedir la eternidad toda entera, y un universo distinto del que conocemos, y le haria de propósito para sus sistemas.

Mas la razon felizmente puede salir á menos costa del laberinto en que el error la querria empeñar; tiene motivos mas sólidos y mas expeditos para sus juicios; y, como lo he notado en otra parte, puede reducir una hypótesis, por complicada que parezca, á un punto preciso, y á un principio único, cuya verdad.ó error es fácil advertir.

Porque la cuestion entre los materialistas y sus adversarios acerca del orígen de los seres animados, reducida á los términos mas sencillos, consiste en saber si se pueden admitir en la materia movimientos *espontáneos*, ó solamente movimientos comunicados.

Esta cuestion de física es del todo semejante á la cuestion moral del lenguage, ó inventado por el hombre, y por consiguiente espontáneo en la especie humana, ó comunicado por un ser superior al hombre: en una y otra cuestion está la filosofía dividida en dos sistemas; pues unos dicen, que todo, asi en lo físico como en lo moral, se hizo á sí mismo por su propia energía, sin razon y sin causa; y otros creen, que todo haya sido hecho, y que la causa de los seres es juntamente la razon de ellos.

La cuestion del movimiento espontáneo, ó del movimiento comunicado, pertenece á un tiempo á la física y á la filosofía, y se puede examinar, asi por la observacion de los hechos, como por medio del discurso. No cito autoridades, por no comprometer

los nombres de Bacon, de Descartes, de Leibnitz, de Newton, de Euler, de Pascal, de Mallebranche, de Arnauld, de Nicole, poniéndoles á par de los de Epicuro y de Lucrecio.

¿Pero tenemos nosotros alguna experiencia de un movimiento *espontáneo*? La naturaleza toda ella ¿nos suministra algunas observaciones, de las cuales podamos concluir la espontaneidad del movimiento, y sin que haya causa que se le pueda asignar? Y cuando vemos en los cuerpos algunos movimientos, cuya causa no nos es conocida, ¿no recurrimos, para explicarlo, á causas hypotéticas, como en los terremotos y erupciones de los volcanes, y en los efectos de la electricidad ó del magnetismo, que atribuimos á la rarefaccion de los vapores, á la combinacion de los gases, á la inflamacion de las pyritas, ó á la presencia de un fluido? ¿Se dirá que el movimiento no es espontáneo sino en las moléculas de la materia, y no en los cuerpos? Pero una molécula de materia es una porcion de materia como cualquier otro cuerpo; es *menos* cuerpo que otro, pero no es un nada de cuerpo; y en su cualidad de cuerpo recibe el movimiento, y le transmite en razon de su velocidad y de su densidad.

Una piedra de muchos quintales, que lanza un volcan, es un infinitamente pequeño relativamente á la masa del volcan, puesto que ella sea un cuerpo relativamente á nosotros. Todavía, si viésemos á esta piedra moverse por sí misma, sin que pudiésemos asignar un motor á su movimiento, lo tendriamos por un prodigio, y por una derogacion de las leyes constantes de la naturaleza. El mayor cuerpo no es, asi como el mas pequeño, sino un compuesto de moléculas: y ¿cómo se puede suponer el cuerpo entero en reposo, cuando todas sus partes integrantes se estan moviendo? Y cuando se supusiese que las moléculas, que estan en el centro del cuerpo,

perdieron su movimiento por la presion que sufren, ¿á qué causa atribuir el reposo de las moléculas que estan en la superficie? Y ¿cómo cambiaron estas su movimiento propio y espontáneo, por la fuerza de adherencia que las retiene en la superficie del cuerpo? Si el movimiento de las moléculas que componen los cuerpos es *espontáneo*, no hay razon alguna, ni para el estado de reposo en que los vemos, ni tampoco para su consistencia; porque la fuerza de adhesion es incompatible con el movimiento *espontáneo* en toda direccion; ninguna razon para el mas ó menos movimiento, y ninguna para su cesacion. Pues el movimiento nacido espontáneamente acabaria, si pudiese acabar, espontáneamente tambien; mas el movimiento una vez dado, solo acaba por la resistencia que encuentra: prueba de que no puede nacer sino de una impulsion. Por donde la razon no alcanza á concebir la posibilidad del movimiento *espontáneo* en parte alguna, sea la que fuere de la materia, asi como los sentidos no perciben su existencia: la razon ve el movimiento como una cantidad, constante, ó no, en la naturaleza, pero que se divide entre todos los cuerpos; los cuales la reciben en proporcion de sus masas y de su densidad, la transmiten en razon de su velocidad, la comunican y la reciben en la direccion que se les dió, y obligados á obedecer á dos direcciones, toman una media compuesta de las dos; y en fin, pierden su movimiento comunicándole á otros cuerpos que encuentren. Por manera, que en la naturaleza ningun otro efecto muestra, con mas evidencia que este, el estado de *pasibilidad* ó de inercia en el cuerpo, y su indiferencia al movimiento ó al reposo, y á la cantidad de movimiento y á su direccion.

La razon, pues, apoyada en estos datos constantes, sensibles y evidentes, elevándose á consideraciones mas generales, y superiores á la física misma,

hasta aquel punto donde se encuentran y confunden las verdades primeras del mundo físico y del mundo racional, fundamento de toda percepcion distinta, y aun de toda observacion racional: la razon, repito, no ve en un movimiento espontáneo sino un *efecto* sin *causa*, esto es, una idea contradictoria en su expresion, y por consiguiente una idea imposible.

Asi, todas nuestras ideas en el orden racional, todas nuestras sensaciones en el orden material, y hasta todas nuestras operaciones en el orden industrial, nos presentan nociones claras y distintas de movimientos comunicados, y ningunas de movimientos espontáneos; y la teoría y toda la práctica de la mecánica no son mas que la teoría y la práctica de la comunicacion de los movimientos.

Si alguna cosa hay que nos pueda dar una idea de movimiento *espontáneo*, tal vez nuestro pensamiento lo podria ser; el cual parece que nace de sí mismo en nuestro ánimo, independientemente de nuestra voluntad. Todavía, nuestro mismo pensamiento no es mas espontáneo que nuestras acciones; pues asi como nuestros movimientos, aun los menos deliberados, siempre tienen alguna causa en nosotros, ó fuera de nosotros, que da impulso á nuestros músculos, asi nuestro pensamiento, aun el mas involuntario, es determinado siempre por alguna expresion, oida ó recordada, por alguna sensacion, actual ó precedente. Nada hay absolutamente espontáneo ni en lo físico ni en lo moral, y todo á nuestra vista, asi como delante de la razon, en el mundo de los movimientos, como en el de las acciones y relaciones, todo es sucesion que tiene un origen, progresion que tiene un término, y generacion que tiene un autor.

En una palabra, la experiencia no admite movimiento particular y local sin motor particular; y la razon, que toda es experiencia y analogía, nunca

podrá admitir movimiento general sin motor general, y ni la física debe hacer hypótesis contra la razon, ni la razon razonamientos contra la experiencia. La energía de la materia, que se nos quiere dar como causa primera del movimiento, es una voz que nada significa si se emplea para significar otra cosa que una mayor intension de fuerza y de movimiento recibidos. Entendida en sentido de una fuerza propia, innata y espontánea, *energía es una cualidad* oculta, que la razon no podrá comprender, ni la observacion tampoco verificar; ó, por mejor decir, es un absurdo, porque dar por causa del movimiento de la materia la energía de ella, es decir que la materia es el motor de ella misma; es dar al efecto por causa el mismo efecto, y chocar contra la observacion diaria, y juntamente contra la razon de todos los siglos. Si las moléculas son cuerpos tienen todas las propiedades de ellos; son pues *movibles*, porque tienen extension, y no son *motores*: mas si no son cuerpos ¿qué son? ¿y con qué título tienen lugar en la materia? Si se permitiese razonar contra la observacion, y juntamente contra la razon, sin hacer caso de los hechos mas constantes, y de las mas acreditadas doctrinas, sería menester cerrar los libros, y dejar al hombre en su primera ignorancia; la cual para gobernarle es preferible á una razon corrompida.

Es digno de observarse en este lugar, que en el tiempo en que mas amargamente se declama contra la metafísica, la cual tiene por objeto las cosas que no caen bajo de los sentidos, se toma con todo empeño el aplicarla á la física; buscar principios adonde no hay mas que hechos; y generalidades en una cosa toda de pormenores. Mas cuando yo nombro orden, razon, justicia, verdad, poder, deberes, hallo á todos con estas ideas generales, me entiendo á mí mismo, y me entienden los demas. Todos los hombres se entienden entre sí acerca de los principios, puesto

que difieran los unos de los otros acerca de algunas aplicaciones; y la sociedad toda ella no es otra cosa que el consentimiento universal en estas ideas generales: he aqui la metafísica. Los hombres han observado la tierra, el cielo, los minerales, los vegetales, los animales &c.: han conocido las leyes del movimiento, las propiedades de las diversas substancias, el uso que de ellas se puede hacer &c.: he aqui la física y sus diferentes ramos. Pero cuando yo hablo de la fuerza de *animalizacion*, de la *tendencia á la animalidad*, de la *gravitacion vital*, de animal prototypo y *vegetal originario*, y de otras hypótesis como estas; no presento hechos que se puedan observar; no enuncio ideas generales en que se pueda convenir, sino abstracciones, sobre las cuales se pueda sin término disputar; nada presento palpable á la experiencia; nada verdadero á la razon, ni hablo física ni metafísica, solo digo voces, pero voces peligrosas, porque no expresan ninguna idea; voces que desacreditan la ciencia que las usa, y engañan el espíritu que las recibe; en suma, no hago otro, que extraviar la física de su verdadero objeto, y sembrar dudas sobre la moral.

Es ya necesario decirlo. Estos pretendidos amigos de la naturaleza mas estudian sus debilidades, que gozan de sus beneficios, mas la espionan, que la observan; no tratan de *hallar la naturaleza*, segun su expresion ordinaria, *sobre el hecho*, sino para hallarla en *flagrante delito*, y sorprenderla, si fuese posible, en algun muy monstruoso extravío, y en algun gran escándalo, de donde pudiesen concluir el acaso en sus operaciones, y el desorden en sus planes. Y al modo que los hijos de Noé, lejos de cubrir con respeto la desnudez de su padre, si le sorprenden entregado al sueño, descubririan á la vista de todos su vergüenza, y se envanecerian de haberle deshonrado: disposicion triste, que inutiliza el talento, y

quita toda dignidad á la ciencia, infama el estudio mas agradable y los placeres mas puros.

Mas felizmente, y con otro espíritu y otros conocimientos, los verdaderos amadores de la naturaleza y maestros de la ciencia, los Newton, los Leibnitz, los Haller, los Stahl, los Cárlos Bonnet, estudiaron sus leyes y observaron los hechos que nos presenta. Llegados á los límites que separan el mundo físico del mundo racional, ponian con igual firmeza su vista en el uno y en el otro. Si con el vigor de su inteligencia descubrian las leyes generales de la naturaleza, creian por las luces de su razon al legislador supremo, autor y conservador de la naturaleza, como á una ley mas general aun, del orden universal. Estos axiomas de eterna verdad, *no hay efecto sin causa, ni causa sin inteligencia, ningun cuerpo se puede mover por sí mismo*, eran á su vista mas ciertos, que las mismas leyes del movimiento, que los cálculos de la geometría y los hechos de la fisiologia; y nunca pensaron que para establecer un sistema de física, fuese necesario minar los fundamentos de la moral, y para explicar el hombre, trastornar toda la sociedad.

He aqui los viles sistemas, que se procura tiempo ha poner en el lugar de esas creencias generosas á que se han rendido los mejores ingenios, y formaron la razon de los pueblos mas ilustrados. La especie humana, hija única sobre la tierra de la inteligencia suprema, veia orgullosa este augusto abuelo á la cabeza de su genealogía. El hombre, puesto que á una distancia infinita llevaba un retrato de su inteligencia en su razon, de su poder en sus obras, de su bondad en sus afectos, de su inmensidad misma en sus deseos, y hasta en sus ojos y sobre su frente se descubria como una marca de su celestial orígen. Sometido á grandes deberes, porque era llamado á grandes cosas, habia recibido, asi las leyes que le enseñaban sus

obligaciones, como un deseo infinito de felicidad y perfeccion, que le advertia de su alto llamamiento; y escritos divinos, *testamento* de su padre comun, contenian las pruebas de su descendencia, y juntamente los títulos de su dignidad y las reglas de su conducta. Usufructuario del universo, heredero fideicomisario de generacion en generacion de este noble patrimonio, reynaba en él como primogénito de la creacion, y todo reconocia en él el imperio de su industria, y rendia homenage á la superioridad de su espíritu. En estas creencias ¿qué habia que fuese indigno de la razon humana, ó funesto á la sociedad? ¿Qué motivos mas poderosos podia desear el hombre á sus virtudes? ¿Qué freno mas eficaz para sus pasiones? ¿Qué fundamento mas sólido á sus leyes? ¿Qué regla mas segura y mas recta para sus costumbres? ¿Quién habria podido nunca creer, que el hombre aspiraria á descender de tan sublime rango; que emplearia sus luces en negar su propia grandeza, y que, cansado de ser llamado hijo del *Altísimo*, diria realmente y sin figura, al polvo »tú me has [1] engendrado," y á los gusanos, »vosotros sois mis hermanos?" Un vil lodo se calentó, de él se desprendió un animalillo por medio de la fermentacion, llegó á ser planta, pez, pájaro, cuadrúpedo, y al fin hombre. ¡He aqui el hombre, hecho insecto á fuerza de arrastrar, que por largo tiempo há desconocido su orígen, y querido hacer olvidar su bajeza! Si le preguntais ¿cómo la inteligencia pudo animar sus órganos.... sus patas se han hecho manos; su frente se ha elevado; su nariz separado de su boca; el ángulo facial se ha hecho mas obtuso; ha pensado, é inventado á Dios, las leyes, las artes, la sociedad; os dice que es porque ha estudiado la naturaleza, y se ha estudiado á sí mismo, y á fuerza de estudiarse ha llegado á ignorarse. Ex-

1 Job, cap. 17.

traviado en vanas hypótesis, no ha comprendido su propia grandeza, y comparándose con las bestias mas estúpidas, se hizo en todo semejante á ellas. *Homo,* dice el Psalmista, *cum in honore esset, non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.*

En efecto, si se despojase á estos tristes sistemas de todo lo que emplea el arte en hermosearlos y disfrazarlos; de la elegancia del estilo; del facil mérito de alguna erudicion; de esas huecas palabras, que algunos toman por pensamientos sublimes; y de esos razonamientos, que á otros parecen razones: si esas extrañas opiniones, reducidas á sus mas sencillos términos, se presentasen sin este vano adorno, y obligase á que se mostrasen en su desnudez, » todos se » pasmarian, dice el sabio P. Berthier, de la confian- » za presuntuosa con que se proponen, y de la vil » condescendencia con que se reciben."

Digamos, pues, que el hombre comenzó, pues que acaba: que comenzó bajo la forma física que le distingue de los animales, y con la inteligencia que le separa de ellos: comenzó varon y hembra, para perpetuarse por medio de la union de los sexos, porque ningun movimiento espontáneo de la materia, obrando como se supone, y sin otro moderador que él mismo, podria contener las especies en esta medida precisa y constante de organizacion particular, que distingue á las unas de las otras, y eminentemente entre todas la especie humana, y que liga constantemente la reproduccion de la especie y su perpetuidad al orden maravilloso de la distincion de los sexos, de la generacion, de la fecundacion &c. El hombre pues produjo á su semejante para formar con él una sociedad; y una primera familia pudo poblar el universo, pues que una sola aun le podia poblar. Todo anuncia, en su ser moral, en su ser físico, y en las facultades, las funciones y las relaciones de ambos,

sabiduría en el plan, y poder en la ejecucion. Efecto inteligente, él mismo es, no *igual*, sino *semeajnte* á la causa inteligente que le crió, é hizo á su imágen: y esta creencia inmemorial es, para el linage humano, la tradicion mas universal de las tradiciones, ó por mejor decir, la mas constante de las memorias. Los libros santos no dicen mas; y cuando añaden que Dios formó el cuerpo del hombre del barro de la tierra, y le animó inspirándole la vida, nada nos enseñan acerca de su naturaleza, que no reconozcamos hasta por la experiencia, porque vemos que el hombre vive, siente y piensa; y su cuerpo sujeto á descomposicion se resuelve en elementos terrestres que vuelven á la tierra de donde salieron. Asi pues, cuando el autor de las *Relaciones* dice, para apoyar su hypótesi, »que los autores de los *Génesis*, que »nos transmitió la antigua Asia, tuvieron tal vez pre»sentes ideas mas exactas de lo que pensamos acerca »del nacimiento espontáneo del hombre del seno de »la tierra, cuando daban á esta por madre comun de »todas las naturalezas animadas que se mueven y vi»ven en su seno;" abusa á sabiendas de la narracion del Génesis hebreo, que dice que Dios formó el cuerpo del hombre de la tierra, mas no que esta le formase. Fuera de que es cierto en algun sentido, sin tener que recurrir para explicarlo, á las ideas de aquel autor, que la tierra es la madre comun de cuanto tiene vida; porque toda vida, vegetal ó animal, se mantiene por medio de la accion del ayre, del fuego, del agua, derramados sobre la tierra y en la atmósfera terrestre, y con los jugos nutricios sacados de la tierra; á los cuales los diversos seres organizados *se asimilan* bajo de esta ú otra forma. Mas yo torno á decir, concluyendo este capítulo, que, aun en física, no se puede admitir el nacimiento espontáneo del hombre, sea bajo su forma propia, ó sobre otra, sin admitir en metafísica movimientos sin motor, efectos sin cau-

sa, y un orden sin legislador. Porque la razon repugna esta suposicion, y tambien el lenguage, su mas fiel intérprete, la resiste, por cuanto distingue al *movimiento* del *motor*, al *efecto* de la *causa*, nombrando á cada uno con su nombre propio, el cual por sí solo indica al espíritu la relacion de uno á otro.

Si, como dice la lógica de Port-Royal, se debe *tener por fundamento de toda evidencia* el siguiente axioma: »Todo lo que se ve claramente estar contenido en una idea clara y distinta se puede afirmar »de ella con verdad," tambien se puede, y aun debe añadir, que no siéndonos conocida idea alguna sino por su expresion, » todo lo que se ve claramente estar contenido bajo de expresiones claras, distintas »y universalmente entendidas, se puede afirmar con »verdad de la idea que ellas expresan." Pues las expresiones de *causa*, y de *efecto*, de *movimiento* y de *motor*, son tan claras, tan distintas y tan universalmente entendidas, como las de *todo* y *parte*; y no tenemos otra razon para afirmar que el *todo* no es la *parte*, y que él es mayor que la *parte*, que aquella que tenemos para afirmar que la *causa* no es el *efecto*, y que ella es mas poderosa que este. Y aunque es cierto que nosotros vemos por medio de experiencias particulares sobre algunos cuerpos, y por la relacion de nuestros sentidos, que el *todo* no es la *parte*; pero sin la razon, y las expresiones que revisten las ideas de relaciones entre los objetos, aun los materiales, no podriamos compararlos entre sí, expresar esta comparacion, discurrir acerca de su relacion, y deducir de ella una máxima general.

La física, ciencia de los sentidos y de la imaginacion, no cree sino en las existencias sensibles, y quiere que se le haga ver y tocar la causa. La metafísica, ciencia del entendimiento, y que toma sus nociones distintas en un orden mas sublime de verdades, y en los mismos principios de todas las cosas, tiene

de la causa una certidumbre superior á la de su simple existencia; por cuanto tiene la certidumbre de su necesidad: y de ahy viene que la física de un siglo no es siempre la del siguiente; y que las verdades generales, que se enseñaron ha seis mil años en un pueblo, son las mismas que las que se nos enseñan hoy.

CAPITULO XIII.

De los animales.

No falta tal vez motivo para admirarse de la importancia que se ha dado á la cuestion acerca del alma de los animales. Bastaria sin duda á la dignidad de la especie humana, y tambien á sus necesidades, estudiar los hábitos de los animales y conocer sus instintos, para hacerlos que sirviesen á su utilidad; y harta ocupacion seria para este Rey del universo cultivar su razon, sin emplear su ingenio y el tiempo en indagar la naturaleza del principio interior, que conduce á estos seres: los cuales *vegetan*, y no *viven*, ni puede descubrir en ellos poder sobre sí mismos, ni deberes para con los otros.

» La anatomía de los animales, y la anatomía » comparada, dice Mr. Barthez, es muy importante » para apoyar las observaciones ya hechas cuanto á » los usos del cuerpo humano, y para empeñar á ha- » cer otras nuevas.

» Tal parte, cuya utilidad no advertimos en el » cuerpo humano, por estar apenas bosquejada en él, » y puesta como casualmente, se presenta en los ani- » males con variedades de forma y de grandor, que » manifiestamente son relativas á las variedades de ne- » cesidades y movimientos de cada animal, y el *de-* » *signio fundamental* se descubre por medio de esta » diversidad de ejecucion.

» Baglivio dijo muy bien que, para hacer mas có-

» modo el juego de los órganos del cuerpo humano, » parece que el Criador solamente dibujó con ciertas » pinceladas la serie de movimientos que en ellos se » hacen. En efecto, en la mecánica del cuerpo hu- » mano las precisiones estan descuydadas, *porque los » órganos estan destinados á ser movidos por un » agente, mas libre y variable que los agentes físi- » cos conocidos, y porque fueron formados por un » artista, bien seguro del efecto, y fecundo en re- » cursos.*"

Asi que, puede ser útil para el conocimiento del hombre físico el estudio de la anatomía y de la fisiologia de los animales; pero del de la *psycologia*, si asi se puede llamar, de las bestias ¿cual puede ser la utilidad? ¿y qué luces acerca del principio interior, que preside á nuestras acciones, nos puede suministrar la correspondencia aparente del instinto de las bestias con sus movimientos, que no hallemos en nosotros mismos, y con mas claridad y certidumbre, en el conocimiento distinto, ó mas bien en el sentimiento íntimo de la influencia evidente de nuestra voluntad sobre nuestras acciones?

Todavía, la cuestion acerca del *alma de las bestias*, despues de haber sido en las áulas un objeto de pura curiosidad, á propósito para ejercicio del ingenio, y dar un pábulo inagotable á las disputas de la escuelas, ha venido á ser una arma peligrosa entre las manos de los sofistas: los cuales afectan comparar el hombre á los brutos, solo para alejar de su espíritu toda idea de relacion y semejanza con la suprema Inteligencia. Y desde que osaron decir, que nuestra facultad de pensar residia toda ella en nuestra organizacion, consiguientes á sí mismos supusieron una inteligencia, si no igual, por lo menos semejante á la nuestra, do quiera que descubrieron una organizacion en algo semejante á la del hombre; y desde entonces clasificaron todos los seres animados en una se-

rie de términos semejantes, cuyos extremos son el hombre y el gusano.

La filosofía pagana habia hecho particular estudio de los animales. Pero este estudio quedó abandonado cuando el cristianismo, poniendo término á la larga infancia del hombre, vino á ocuparle de pensamientos mas sublimes, y exclusivamente del conocimiento de sí mismo y de su autor. Volvió á excitarse el gusto de los estudios físicos al fin del siglo XVII, ó, por decirlo con mas exactitud, víspera del que acaba de pasar; y embellecido por el estilo de Mr. de Buffon desde el principio, feliz escritor que gozó, aun en vida, de toda su gloria, se dió á la historia de los animales, comenzando por el hombre físico, lugar en nuestras bibliotecas á par de la historia del hombre moral y de las sociedades. Los talentos de aquel historiador; la consideracion personal de que gozaba; la fortuna, la mas brillante que creo se haya hecho por un literato, que vino en pos de su fama (y ya de esto dí la razon); sobre todo la tendencia secreta de los ingenios hácia el *animalismo*, contribuyeron á dar á estos conocimientos, no penosos, y sin influjo en la conducta de la vida y el orden público, el crédito que han conservado, y que se ha aun aumentado, como lo observa el autor de las *Relaciones de lo físico y moral del hombre*: »despues de la direccion »que ya mas ha de treinta años tomó el espíritu hu»mano, dice este escritor, parece que las ciencias fí»sicas y naturales han obtenido generalmente el pri»mer rango."

Todavía, viviendo aun Mr. de Buffon, sus mismos co-académicos notaron algo de demasía en la pompa de su estilo, y aun algo de afectacion, y por lo comun un tono poco proporcionado al asunto [1]: hoy, que de nada se habla mas que de la magestad

1 *Memorias de Marmontel.*

de la naturaleza, no creo que parezca demasiado sublime el estilo de este escritor; mas se le disputa la ciencia. En efecto, sabios, mas ricos de observaciones que él, y que han clasificado los hechos en nuevos sistemas, no conceden á Mr. de Buffon todos los conocimientos que sus contemporáneos le atribuyeron. Tratóse tambien de reformar su obra: y en la primera nacion del universo, cuanto á producciones literarias en el género moral, pero que tal vez aun carece á pesar de esto de una buena historia de sí misma, se ha propuesto una nueva historia de los animales como la empresa mas importante para ilustrar una época, famosa en los mas grandes sucesos.

A la verdad, nunca se han reunido mas medios y materiales para hacer esta grande obra. Se han descubierto familias enteras de animales existentes en las partes mas retiradas del globo, y por algunos indicios se ha adivinado otras que ya no existen. Se han hallado relaciones entre los animales y los vegetales, y hasta la observacion ha mostrado especies singulares, en quien el animal y el vegetal parece que se confunden. Espíritus sistemáticos han pasado aun mas allá de la observacion, y se han engolfado en el espacio inmenso de las abstracciones y las hypótesis. Pues cansados de estar siempre sobre hechos de física, que no siempre se avienen con sus sistemas de moral, han hallado que era menos penoso generalizar, mas no ideas, sino imágenes, haciendo metafísica sobre la materia, como habian hecho física sobre la inteligencia. Con esto luego dejó de verse vegetales y animales particulares, y se vió un vegetal único, un animal general, *prototypo* de todos los animales. Ni se paró en esta opinion, por mas generalizada que parezca, sino que se enseñó *una fuerza de vegetacion y de animalizacion* universalmente derramada, que tiende á hacer que pase sucesivamente el mineral á estado de vegetal, el vegetal á estado de animal, y

el animal menos perfecto á estado perfecto de animalidad, ó á la *humanidad*, término extremo de la cadena de los seres, círculo inmenso que comienza y acaba en la nada. Unicamente quedaba la palabra al hombre, expresion sensible de su inteligencia, medio de su sociabilidad, primer instrumento de su industria, carácter incomunicable de su preeminencia; pero he aqui que tambien se atribuye á los animales, y que se niega que pertenezca exclusivamente al hombre. Y seguramente es digno de observacion, que al mismo tiempo que en el seno de nuestras academias literarias un sabio apreciable, puesto que tal vez con demasía preocupado por sus ocupaciones de beneficencia, afirmaba sobre la palabra de no sé qué viagero, que allá en una tribu, existente en un punto del globo muy retirado, no se conocia el lenguage articulado, otro sabio explicaba á sus co-académicos la lengua de los ruiseñores y de los cuervos.

» Asi, dice Bossuet, el hombre toma por diver- » sion abogar contra sí mismo en favor de la causa de » las bestias.... Y cuando se oye á Montaigne decir, » que de tal hombre á tal otro no hay mas diferen- » cia, que de tal hombre á tal bestia, da compasion » tan bello ingenio, ora porque diga seriamente una » cosa tan ridícula, ora porque emplee la burla en » una cosa que por sí misma es tan seria."

Mas al fin ¿qué se quiere sacar de esta aproximacion, y adónde se quiere llegar? Cuando se considera, de una parte al hombre, y de otra á los animales, poseyendo y gozando simultáneamente la misma tierra ¿es buena filosofía pararse en algunas relaciones generales de organizacion, las cuales en el plan sencillo y vasto de la creacion debieron resultar de la identidad de elementos de que estan formados los cuerpos, de las sustancias que sirven para su alimento y de los agentes que conservan su vida? ¿Puede una razon sana y severa dar grande importancia á

una semejanza de hábitos, que derivan de alguna similitud en la organizacion, y de necesidades comunes; y no debe mas bien considerar únicamente los principales rasgos, y los caracteres grandes é imborrables, que diferencian y distinguen las especies á pesar de todas las relaciones de hábitos, de necesidades y de organizacion? ¿Qué doctrina es esta, que, parándose en solos los caracteres físicos, comunes á todos los seres animados, excluye toda consideracion moral en el juzgar del hombre, ser esencialmente moral, y en quien el ser físico, que es el todo en los animales, no es otro que el instrumento y lo accesorio del ser inteligente?

Probemos presentar algunas consideraciones de este género, y veamos si es cierto que no existen entre el hombre y el bruto diferencias características, que no permiten que se les confunda, ni siquiera que se les compare.

El primer rasgo, que distingue eminentemente al hombre de las bestias, es la dominacion incontestable que ejerce sobre todas ellas: dominacion, que el hombre en el estado salvage ejerce con un imperio despótico, sin otra ley que su apetito, ni otro fin que su destruccion. Mas, parecido á ellas en aquel estado por la sencillez de sus necesidades, y la poca cultura de su inteligencia, y reducido á los débiles medios que le sugiere para domeñarlas, parece que combate á brazo partido con ellas, y su poder sobre estos súbditos indóciles no se extiende mas que lo que alcanza su fuerza física. Pero el salvage no es el hombre, ni siquiera el hombre niño, es el hombre degenerado. Por donde, á medida que se perfecciona la sociedad, el imperio que el hombre obtiene sobre los animales es mas monárquico; los medios de que se vale para someterlos y gobernarlos son mas industriosos; y el fin que se propone es mas racional. Ni la fuerza ni la agilidad de los animales, casi siempre

superiores á las del hombre, les bastan para sustraerse de su dominacion, porque su inteligencia les alcanza donde no les pueden coger sus manos, ni apenas distinguirlos sus ojos. Ejerce el hombre esta dominacion universal sobre los individuos, para hacerles que sirvan á sus necesidades; sobre las especies, para conservarlas; y jamas hubo autoridad mas general y menos contradicha: mas nunca hubo tampoco otra mas necesaria. Porque si el hombre no dominase los animales; si no reglase sobre sus propias necesidades, y las de la sociedad la conservacion, y la destruccion de sus especies, bien pronto los animales arrojarian al hombre de su dominio, y la sola multiplicacion de las especies mas inocentes y débiles afamaria al Señor del universo en medio de sus propiedades. Pero bien pronto tambien estos mismos animales sucumbirian á sus propias necesidades, ó serian presa de animales mas fuertes y violentos; los cuales serian luego destruidos por otros, ó se destruirian entre sí; y, al modo que en la sociedad, asi en el mundo físico, la igualdad absoluta de derechos solo produciria la destruccion de los seres; la tierra quedaria sin habitantes, y el suelo sin cultivo. Asi pues si los animales conservan la especie humana, y ayudan á su reproduccion, suministrándole instrumentos para sus trabajos, y materiales para sus urgencias; el hombre tambien conserva los animales, fomentando la conservacion de las especies, y la multiplicacion de los individuos. Cuantos mas progresos hace la agricultura, tanto mas necesario es el trabajo, ó la presencia sola de los animales; y el hombre mantiene, y aun mejora las razas, puesto que consuma los individuos. Es como un Príncipe prudente, que conserva las familias, y fomenta su multiplicacion, al mismo tiempo que sacrifica algunos individuos á la defensa del Estado, y á la conservacion de la sociedad. Todavía conviene advertir, que si el imperio, que el

hombre ejerce sobre los animales dañinos, es un imperio de fuerza puramente física, al modo del que emplea el Príncipe contra los malos; mas su autoridad sobre los animales útiles y domésticos, es mucho mas moral, esto es, es reglada por la razon, y ejecutada por los medios que su inteligencia le suministra; y por esto casi es por la palabra sola como él la ejerce. Los animales no se dominan los unos á los otros sino por la fuerza: toda la astucia del gato y del mono no alcanza á darles alguna superioridad sobre los animales que les pueden dañar, y solo les sirve para huirlos. Pero el hombre no reune, ni gobierna los animales domésticos con su fuerza; de nada serviria para esto nuestra organizacion tan perfecta como es: con nuestras manos, y los instrumentos de que nos valemos, podriamos sujetar y matar al toro y al caballo; pero no podriamos domarlos, ponerlos al tiro, y mandarles andar ó pararse, y acostumbrarles á dejarse gobernar hasta por un muchacho; de manera que los medios de rigor y de fuerza, si fuesen los únicos que empleásemos en la enseñanza de los animales, no solo serian insuficientes, sino que los enagenarian para siempre de nosotros.

Asi que, vuelvo á decir, que mas les domeñamos con nuestra industria, que con nuestra fuerza corporal; aun esta nos sirve menos contra los animales que contra nuestros semejantes, porque entre seres iguales en inteligencia, sola la fuerza física puede prevalecer.

Otro caracter, que constituye una total diferencia entre el hombre y los animales, y muestra una distancia entre la inteligencia del uno y el instinto del otro, es, que el hombre nace *perfectible*, y el animal nace *perfecto*, ó por mejor decir, acabado: el uno capaz de aprender de sus semejantes cuanto debe saber; y el otro, instruido y formado desde que nace para todo lo que debe practicar, de suerte que

nada tiene que aprender de su especie. Las dudas, que se han querido mover acerca de esta instruccion *nativa* ó innata del animal, no han podido prevalecer contra la observacion. Del huevo, empollado por una madre extraña, saldrá un pájaro; el cual, aun sin haber nunca visto la especie á que pertenece, tendrá todo el instinto, gustos y hábitos de ella. Y aunque es cierto que el hombre puede dirigir el instinto del animal, darle algunos hábitos, enseñarle á imitar algunos de sus movimientos, y hasta á que articule algunas voces de su lengua; todavía, cuanto en este género le enseñamos, es para nuestras necesidades, ó nuestros placeres, nunca para los suyos; y menos prueba su inteligencia que la nuestra, pues en el mas adiestrado animal estas acciones siempre van con una regularidad automática, y muchas veces fuera de tiempo. Y el animal, que mas aprende del hombre, mas pierde del instinto nativo de su especie; y cierto el instinto de los animales salvages es mas seguro é industrioso, que el de los animales domésticos. Tambien conviene observar, que el animal solo aprende del hombre lo que este se toma el trabajo de enseñarle á fuerza de una frecuente repeticion de unos mismos actos; y que los animales, que mas familiarmente viven con el hombre, testigos de sus acciones, compañeros de sus trabajos, instrumentos de sus placeres, nada aprenden por sí mismos; y, dejados á su solo instinto, permanecerian siempre con solos los impulsos que la naturaleza les dió: hasta el mono, máquina montada para remedar, no para imitar; el cual de cuanto copia de nosotros, nunca sacó hábito alguno util para sí, y de provecho para su especie.

Ni las habilidades, que enseñamos á aquellos animales, en quienes podemos obrar con mas facilidad á causa de los puntos de contacto, que una organizacion mas parecida á la nuestra nos da con ellos, son tan dignas de admiracion, como las que algunas es-

pecies, que nada tienen comun con la nuestra, ejecutan por solo su natural instinto. Porque en las danzas del mono y del oso, y hasta en la docilidad del elefante á cuanto le ordena su conductor, solo se ve el juego de una máquina, que tiene natural disposicion para ciertos movimientos. Mas en la industria de la abeja, y de la hormiga-leon, se ve la accion de un instinto maravilloso, que aun á nuestra inteligencia le admira. „A proporcion de lo que se „desciende hasta llegar á los animales mas débiles y „estúpidos, como se lee en las notas á los poemas de „los *Tres reynos de la naturaleza*, se les ve ejecu„tar, para la conservacion de sus especies, ciertas „acciones mas sabias y mas penosas, que algunas de „aquellas de que los animales superiores á ellos son „capaces. La abeja trabaja con la mas sublime geo„metría su celda: no hay artificio, ni plan ingenio„so de levantar y construir un edificio, que algun „insecto no siga; y ninguna de estas operaciones les „fue enseñada. El individuo las ejecuta desde que na„ce, sin haberlas visto en sus semejantes, y tan bien „como ellos. Y por lo comun las ejecuta sin interes „propio; pues el insecto no trabaja para sí, sino pa„ra una posteridad que no verá jamas."

Asi que, el animal nace perfecto y acabado, con inclinaciones dadas, con gustos determinados, y con hábitos de antemano formados; nace ya viejo, por decirlo asi, é instruido, desde el primer tanteo que hace de sus fuerzas, en cuanto hará cuando ellas se desenvuelvan. Si la maña y la inteligencia del hombre dan extension á su instinto, perfeccionan sus hábitos nativos, ó le dan algunos nuevos, todo esto adquirido de nada sirve á las especies; en las cuales no se ha observado desde Aristóteles ningun adelantamiento ni variacion. Nútrense hoy de unos mismos alimentos, viven en unos mismos climas, y comunmente en un mismo elemento; gritan de un mismo

modo, hacen de una misma manera sus nidos, tienen unos mismos modos de ataque y de defensa, y su instinto, su forma y su color no han variado. Y obsérvese, que cuanto á las primeras necesidades, necesidades que se pueden llamar animales, porque son comunes al hombre y al bruto, el instinto de este de tal manera es determinado y limitado á un solo modo y objeto, que, aun por su propia conservacion, no le es dado hacer variacion alguna: y cuando el hombre, si no tuviese otra cosa de que vivir, se alimentaria de hojas y de yerbas, y hasta de alimentos no usados, el buey, la oveja y el caballo, y la mayor parte de los pájaros se dejarian morir de hambre al lado de un trozo de carne, y los animales feroces y carnívoros en medio de un monton de heno; porque aun en sus necesidades el hombre se gobierna por la razon, la cual le hace buscar todos los medios para sostener su existencia, y hasta los mas opuestos á sus hábitos; pero el animal obedece al impulso de un instinto ciego, que ni siquiera le deja la facultad de escoger.

Al contrario, el hombre nace perfectible, y por consiguiente imperfecto. Es capaz de aprender y de inventar todo, puesto que nunca sabrá sino lo que haya aprendido de la razon de los otros, y descubierto con la suya propia: porque, para formar el hombre, es tan necesaria la influencia de la sociedad, que, arrojado entre los animales, tal vez se aproximaria á la animalidad (como se cuenta de un niño hallado entre osos en la Lithuania, el cual imitaba el gruñir de estos animales); mas el animal, aun viviendo cerca del hombre, no contraerá alguno de los hábitos de la especie humana. Por manera, que si el hombre no aprendiese de su semejante á hablar, y por consiguiente á pensar, ni pensaria, ni hablaria [1],

[1] El sordo-mudo aprende de los otros la habla del gesto, y piensa por imágenes.

ni conoceria lo que le conviene, ni lo que le es perjudicial. Y en este estado de aislamiento absoluto, y de ignorancia invencible, si fuese posible suponerle, ni seria hombre, ni animal tampoco; porque este nace con su instinto, y él ni tendria instinto, ni inteligencia, y estaria fuera de toda naturaleza, porque no estaria en la suya, pues la sociedad es la naturaleza del hombre moral, como la tierra y el ayre son la naturaleza del hombre físico. El hombre en tal estado, en el cual agradó á algunos sofistas considerarle, si come, digerirá, si mucho tiempo está en vela, dormirá, y si tropieza en una piedra, caerá: leyes necesarias de los cuerpos animados, é independientes de la voluntad y del instinto; pero será incapaz de toda accion, y hasta de todo sentimiento que suponga inteligencia, atractivo y eleccion: nada tendrá de la sociedad, porque estará fuera de toda sociedad. Yo no sé tampoco, á pesar de lo que han dicho acerca de las *necesidades naturales*, y de las *inclinaciones irresistibles* romanceros y filósofos, si el hombre, en el estado pretendido natural y anterior á toda sociedad, en que algunos escritores le consideraron, se uniria nunca á su semejante de diferente sexo, que la casualidad le pusiese delante. A lo menos es cierto, que el animal es mas ardiente en sus amores, á medida que es mas salvage, ó está mas en su estado natural; y al contrario, el hombre es mas templado en los suyos, á medida que está menos civilizado. En efecto, la desnudez absoluta, en que aun viven algunas tribus salvages, prueba, mejor que cuanto se podria decir, el silencio de la naturaleza en el hombre no civilizado. Y los sexos, que tanta desigualdad ponen entre seres semejantes, son obra de la naturaleza física; pero el sentimiento que los acerca y los une, y que en el hombre no es, como en el animal, excitado por un instinto ciego, ni limitado á una época determinada; este sentimiento, que resta-

blece la igualdad entre los seres, y que demasiado comunmente da el imperio al mas debil; es una creacion de la sociedad, naturaleza moral del hombre, esto es, su naturaleza perfeccionada y completa. »Muchas veces se ha atribuido, dice J. J. Rousseau, á »lo físico lo que se debe imputar á lo moral: este es »uno de los abusos mas frecuentes de la filosofía de »nuestro siglo..... La pubertad y la potencia del sexo »siempre se adelanta mas en los pueblos instruidos y »civilizados, que en los pueblos ignorantes y bárba»ros..... Son necesarios tiempo y conocimientos para »hacernos capaces de amor......" Asi, en lugar de las consideraciones, condescendencia y respeto que las costumbres y las leyes de la sociedad civil inspiran hácia la debilidad física y moral de la muger, esta es esclava do quiera que el hombre está en el estado salvage, es instrumento mas que ministro del hombre, y aun en nuestras sociedades la esposa en las clases inferiores, mas criada que compañera, está al lado del marido sin dignidad, aun cuando no carezca de influjo. Las mugeres en las tierras australes son reputadas como bestias de carga, y no parece que estos pueblos tengan en sus idiomas voz alguna, correspondiente á las que expresan en los nuestros los mas dulces testimonios de mutuo afecto. »En vano, dice »Mr. Peron, sucesivamente me dirigí á muchos de »entre ellos para hacerles concebir lo que yo deseaba »conocer (si tenian en su lengua las voces de abra»zar y acariciar); su inteligencia no llegaba á esto. Y »cuando, para no dejar duda acerca del objeto de mi »pregunta, queria acercar mi persona á la suya para »abrazarles, veia en todos aquel ayre de sorpresa, »que una accion desconocida excita en nosotros, y »que ya habia observado en los naturales del canal »de *Entrecasteaux*; y cuando, abrazándolos efecti»vamente, les decia *ga na na ra na* (¿cómo se llama

» esto?) *Ni dego*[1] (yo no lo sé) era lo que única-
» mente me respondian. La idea de acariciar parece
» que les era extraña. En vano les hacia los gestos pro-
» pios para caracterizar esta accion; su sorpresa anun-
» ciaba su ignorancia, y su *ni dego* servia tambien
» para confirmar que no la conocian. Asi pues estas
» dos acciones, tan llenas de atractivos, y que nos
» parecen tan naturales, los besos y las caricias afec-
» tuosas, parece que son desconocidas en estos pue-
» blos feroces y groseros. Todavía me guardaria bien
» de establecer como un hecho positivo la sospecha
» que anuncio aqui; pero debo añadir con esta oca-
» sion, que ni en la *tierra de Diemen*, ni en la *nue-
» va Holanda*, jamas vi á ningun salvage abrazar á
» otro de su sexo, ni aun de sexo diferente."

Pero porque el hombre es perfectible, y se perfecciona, » sus progresos, como dice Bossuet [2], no » tienen límites, y puede descubrir hasta lo infinito." Todo puede aprender, porque nace sin saber nada, y hasta el hombre mas rudo aprende siempre alguna cosa. Mas el perro salvage es mas fuerte y astuto que el doméstico; pero del salvage al hombre civilizado ¡qué inmenso intervalo; y, como Mr. Peron lo ha observado, hasta en la fuerza física, á pesar de una organizacion absolutamente semejante!

El hombre, ademas, ejerce sobre sí mismo el mas dilatado imperio, porque obra con voluntad. Acostumbra su cuerpo á todos los climas, á todos los trabajos, y á todas las privaciones como á todos los goces. Acomoda su ingenio á todos los estudios, le forma á todos los conocimientos, y se de-

1 Es notable que aun en las tierras australes la partícula negativa *ni* se parezca enteramente al *non*, *nein*, *ni*, *not*, *ne*, que expresan la negacion en todas las lenguas de Europa.

2 Véase su admirable *Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo*, compuesto para la instruccion del Delfin.

termina absolutamente á todo, porque de sí mismo, y por su estado nativo, no está á nada determinado. Cuanto mas progresa su inteligencia, mas varía sus gustos, sus hábitos y sus obras; y la misma inconstancia, que es un defecto de caracter, casi siempre es un indicio de ingenio. Como cada uno obra con su voluntad propia, nunca dos hombres hacen una misma cosa absolutamente el uno como el otro; y aun un mismo hombre rara vez hace una misma cosa dos veces seguidas de una manera misma, y sin hacer alguna mudanza en ella. En tanto, nada de cuanto el individuo inventa, ó perfecciona se pierde para la especie. Porque la sociedad lo tiene en reserva y como en depósito para las generaciones futuras. De aqui los progresos diarios en las artes, y en el conocimiento de las leyes: progresos de la inteligencia, á que seguiria una mejora general de conducta, si las inclinaciones del hombre no fuesen mas fuertes que su razon, y si doctrinas orgullosas, que solo ven al hombre, y nunca á la sociedad, no hubiesen buscado, ya largo tiempo, en el hombre mismo, y en su razon, el freno de sus pasiones, que el autor del orden colocó fuera del hombre, y en la razon y la fuerza de la sociedad.

Por donde el hombre, venido al mundo sin saber nada, solo aprende de la sociedad, y solo perfecciona para el provecho de ella. Al contrario, el animal nace del todo instruido, nada tiene que aprender de su semejante, y las cualidades, naturales ó adquiridas del individuo, nada añaden á la perfeccion de la especie. Y, resumiendo en pocas palabras cuanto se acaba de decir, »hay en la instruccion, dice Bossuet, alguna »cosa que solo depende de la conformacion de los ór»ganos, y por esto los animales son capaces de ella »como nosotros; y hay lo que depende de la refle»xion y del arte, y de esto no vemos en ellos señal »alguna."

Mas al fin las bestias ¿son simples *máquinas*, montadas de un principio para todos los movimientos que deben ejecutar, movimientos que, por una especie de *armonía preestablecida*, coinciden con sus necesidades, y con la presencia de los objetos destinados á satisfacerlas; ó tienen en sí mismas una inteligencia que anima sus órganos, recibe impresiones, forma voluntades y trasmite órdenes?

Estas dos opiniones han tenido sus partidarios; pero dejando á parte las inconsecuencias, parece que en estos últimos tiempos la cuestion del alma de las bestias se decidió en cada escuela sobre la opinion que dominaba acerca de la espiritualidad ó la materialidad de la alma humana: de tal manera, que á medida que habia menos disposicion para reconocer un principio inteligente en las acciones del hombre, habia mas inclinacion para atribuir á un tal principio los movimientos del animal.

Condillac llegó hasta atribuir gratuitamente á los animales la mas sublime funcion de la inteligencia, esto es, la facultad de formarse ideas generales; facultad que él niega aun á Dios por una razon inconcebible, á saber, que las ideas generales no prueban sino la limitacion de espíritu.

El sabio cardenal Gerdil piensa, que la opinion que hace á las bestias puras máquinas, es algo demasiado filosófica, y que la que les atribuye una inteligencia, lo es poco. Mas puede ser que, como en otras muchas, tambien en esta cuestion se dispute por no entenderse. Porque no se trata precisamente de saber si las bestias son máquinas, pues todo ser animado, y el hombre mismo, es una *máquina*, esto es, una porcion de materia organizada para un cierto fin; y esta definicion tambien conviene á las máquinas artificiales, que son pura obra del hombre. La cuestion pues consiste en saber si esta mecánica de los brutos tiene dentro, ó fuera de sí, el princi-

pio de su movimiento, y de qué naturaleza es este principio. Los que consideran la inteligencia humana como el producto de sola la organizacion, no hallan en esto dificultad; y do quiera que descubren una organizacion, creen en una inteligencia, mas ó menos extensa, segun que la organizacion es mas ó menos perfecta; y explican, bajo tal hypótesi, la superioridad del hombre sobre los animales mas felizmente que la de algunos de estos respecto de otros. Porque los animales todos estan igualmente bien organizados para el fin que la naturaleza se propuso al formarlos. Si los unos son á propósito para el tiro, ó el porte de pesadas cargas; los otros fabrican la miel, ó hilan la seda; estos se defienden con su fuerza, aquellos, escapando, con su agilidad, ó con su astucia; y únicamente por la relacion á nosotros y al servicio que sacamos de ellos, es por donde juzgamos que el caballo está mas perfectamente organizado que la serpiente, y el perro que la hormiga. Porque hemos observado ya, que las mas pequeñas especies de animales emplean, para su conservacion, medios mas industriosos que los grandes: á pesar de lo cual, por una formal inconsecuencia con sus propios principios acerca de la organizacion, como causa y asiento de la inteligencia, los que atribuyen esta á los animales tienen á los mas grandes por mas perfectos.

Los defensores rígidos de la espiritualidad exclusiva del alma del hombre prefieren hacer de los animales puras máquinas en toda la extension del significado de esta voz; máquinas montadas de una vez para todos los movimientos necesarios para la conservacion de los individuos y la propagacion de las especies, y que despues nosotros, en cierto modo, sirviéndonos de su instinto, las disponemos tambien para nuestros placeres y nuestras necesidades, haciéndoles tomar ciertos movimientos y ciertos hábitos. » Al modo que templando un instrumento probamos

» muchas veces la cuerda, dice Bossuet, hasta que es-
» té en el punto que deseamos, asi ensayamos un
» perro, que destinamos para la caza, hasta que eje-
» cute lo que queremos." Una vez admitida la omnipotencia del Criador, tan conforme á razon les parece á estos filósofos suponer unas máquinas naturales, organizadas para una serie de movimientos encaminados á un fin determinado, como explicar (supuesto el poder del hombre) el mecanismo de las máquinas artificiales, organizadas por el hombre para una serie de movimientos, encaminados á un resultado cualquiera. Si es cierto, como ya queda observado, que en un relox, ó una máquina hydráulica, la inteligencia del inventor ó del artífice está siempre, y realmente presente en la mecánica, por cuanto esta, bien considerado, no es otro que la realizacion ó la expresion exterior de su pensamiento, y la accion continua de su voluntad; y que si esta máquina viene á descomponerse, incapaz de restablecerse por sí misma, no puede recibir de nuevo el movimiento sino de la misma inteligencia que la primera vez se le dió [1] ¿qué dificultad habrá en juzgar por analogía, medio el mas seguro de juzgar, que la inteligencia suprema del gran Artífice, aplicada á las máquinas animadas, ó á los animales, haya reglado de antemano todos sus movimientos, y que, dándoles un cuerpo, se reservó, para decirlo asi, hacer mover sus resortes por medio de una ley general, emanada de su Providencia conservadora? » Cuando los ani-
» males, dice tambien Bossuet, muestran en sus ac-
» ciones su industria, Santo Tomas tiene razon en
» compararlos á los relojes, y á otras máquinas in-
» geniosas, en las cuales *sin embargo la industria*
» *reside, no en la obra, sino en el obrero.*" Podria

1 Si, como dicen los filósofos, la conservacion del universo es una accion continuada, se puede decir, que una máquina es un pensamiento y una invencion continuada.

ser que esta accion continua de Dios en los animales, á quienes no dejó, como al hombre, *en manos de su consejo*, parezca á una imaginacion débil como una cosa incompatible con la grandeza y la independencia absolutas del Ser supremo, y que se le figure como un artesano laboriosamente aplicado á hacer andar una máquina, la cual se para al momento que el artífice suspende su accion. Pero para formar una idea mas exacta y relevante de la operacion de la Omnipotencia sobre estas máquinas animadas, basta recurrir tambien á la operacion del hombre sobre las máquinas artificiales.

Todas las máquinas se mueven por un motor general y material, quien da el primer impulso á todos los movimientos secundarios: este es el ayre, el fuego, un resorte que se desenvuelve, un peso que baja, la oscilacion de una péndula, y alguna vez la fuerza de los animales, ó de los hombres, aplicada, como simples *potencias mecánicas*, al movimiento de la máquina. Este motor es el alma de la máquina, y aun en algunas les da el nombre. Esta es una alma, que el hombre ha hecho en cierto modo tambien á su imágen, la cual da el impulso á los movimientos del cuerpo donde está colocada, la que los regla, y, á manera que la nuestra, sin comprender su propia accion sobre el cuerpo que le está sujeto.

Asi tambien sin duda en las máquinas animadas, ó en los brutos, hay un motor general, y un principio universal de accion, al cual se deben referir todos los movimientos particulares, y cuya naturaleza tal vez no es imposible determinar si observamos lo que el animal tiene de comun con el hombre, y en que el uno y el otro se diferencian, y si suponemos al animal formado en alguna cosa sobre el plan del hombre, en lugar de creer con los materialistas hecho el hombre á la imágen del animal.

Hemos dicho que el hombre, considerado cuanto

á su substancia inteligente, es entendimiento, imaginacion y sensibilidad. La imaginacion percibe las imágenes; la sensibilidad las sensaciones; mas el entendimiento, ademas de su destino esencial para concebir las ideas generales que forman la moral del hombre, las ideas de orden, de justicia, de voluntad, de libertad, de poder, de deberes, nos sirve tambien para descubrir las relaciones que tienen entre sí, y con nuestra conservacion, los cuerpos que nos son conocidos por medio de imágenes, y los que lo son por la sensaciones. Declaremos esto. Hay bien pocas sustancias, que puedan servir al hombre, aun al salvage, en el estado en que la naturaleza se las presenta. Con un poco de madera el salvage hace lumbre, hace un arco, ó una cachiporra; agujas con las espinas de los peces; é hilo con los nervios de los animales: hasta el animal no le devora vivo, sino que le hace pasar por alguna preparacion antes de comerle. Pero principalmente en el estado de sociedad civilizada es adonde el hombre perfecciona, transforma y combina entre sí las diversas sustancias. Cuanto progresa mas en la vida social, mas arte y reflexion pone en lo que ejecuta; y de ahy viene, que esto mismo que ejecuta, y sus métodos y los resultados de ellos tomaron exclusivamente el nombre de *artes*. Observa y maneja la seda, la lana, las pieles de los animales, la madera, las piedras, las tierras metálicas &c. Mas ¿por cuántas operaciones ingeniosas, y aun sabias, estas y otras mil materias no deben pasar para convertirlas en telas, en paños, en cueros, en metales, en muebles, en edificios, y hasta en alimentos saludables y exquisitos? Pues que el hombre, solamente estudiando las propiedades de las diversas sustancias, y observando las relaciones que todos estos objetos, materias primeras de todas las artes, tienen los unos con los otros, y todos con el ayre, el agua y el fuego, agentes principales de todas las

operaciones mecánicas; y en fin, descubriendo las relaciones de toda la naturaleza física con el mismo, último término al cual todo se refiere; es como el hombre llegó á perfeccionar las artes que sirven para que se aloje, vista y alimente, primeras necesidades, que son la causa de las artes necesarias, y aun el pretexto y la ocasion de todos los gustos superfluos. No solamente el hombre descubre nuevas propiedades y nuevas relaciones en los diferentes cuerpos que la naturaleza le presenta, aislados los unos y los otros; sino que generaliza las imágenes, y las relaciones que recibe de ellas, hasta hacer ideas abstractas de las mismas, que no pueden aplicarse á ningun objeto particular, y las expresa con voces colectivas. Y asi de todas las imágenes de todos los cuerpos que sirven para alojarle, vestirle y alimentarle, y de todas las sensaciones que prueba de ellos, forma el hombre las ideas abstractas, que expresa con las voces colectivas de *habitacion*, *vestido* y *alimentos*; y hace mas, pues reuniendo por medio de una operacion de su espíritu todas estas ideas abstractas, forma de todas ellas una idea, aun mas abstracta y mas colectiva, á saber, la de *subsistencia*: la cual comprende en una sola voz cuanto es menester para las necesidades corporales; mas no pudiendo convenir á ningun objeto particular, no presenta á la imaginacion cosa que pueda asir, y no sirve sino para dar á su razon una maravillosa facilidad para pensar en todo lo que puede satisfacer sus necesidades, y para hablar en ello.[1]

La sensibilidad del hombre le hace experimentar

1 Un ejemplo hará que se comprenda mejor este pensamiento. Si no tuviésemos en la lengua, ni por consiguiente en el espíritu, las ideas colectivas que expresan las voces *subsistencia*, *alimentos*, *vestido*, solo se pensaria en individualidades, y toda administracion general de hombres y de cosas seria imposible. ¡Y Condillac dice, que las ideas abstractas, las cuales confunde con las ideas generales, prueban la limitacion del espíritu!

sensaciones de dolor y placer; mas por medio de su entendimiento y su razon ve, ó mas bien juzga, que su salud está en el dolor, y entonces se resigna á sufrir; en el placer, juzga y ve su ruina, y renuncia gozar; tal vez, dominando su sensibilidad y sensaciones, desafia voluntariamente al dolor mas agudo, se abstiene del mas legítimo placer, acomete el mas evidente peligro; „y, como dice Bossuet, observa „en sí mismo tambien una fuerza superior al cuerpo, „con la cual puede exponerse á una ruina cierta, á „pesar del dolor y la violencia que, á ella exponién„dose, padece."

El animal tambien vé, toca, huele, siente, y en una palabra recibe imágenes y sensaciones, las cuales le determinan invenciblemente á buscar los objetos ó á esquivarlos. Pero como está privado de la facultad de combinar las relaciones de diferentes objetos entre sí y con él, se los *asimila* directamente cual la naturaleza se los ofrece, y sin hacerles pasar por ninguna transformacion; puesto que tambien se sirva, y hasta con ansia, de los objetos que hemos transformado nosotros para su uso ó para el nuestro. Si alguna necesidad de la naturaleza exige de él algun arte en el modo de servirse de las materias, como en los pájaros la necesidad de preparar un nido para sus polluelos, y en el castor la de prevenir sitio para retirarse; la uniformidad constante de estas operaciones, aun cuando motivos de seguridad exigirian alguna variacion en ellas, ó circunstancias particulares las hacen inútiles, prueba harto el impulso ciego y mecánico de una imaginacion, desnuda de toda inteligencia. Y asi al acercarse la estacion del amor, la hembra de pájaro, encerrada en una jaula, trabajará, con estar sola, en hacer su nido, si hay cuydado de ponerle alli materiales. Ni el animal ha menester inteligencia, porque viene al mundo alojado, vestido, y se puede decir nutrido, si se considera con cuánta

profusion, y al mismo tiempo con cuánta sencillez, ha provisto la naturaleza á sus necesidades. Y tambien se debe observar, que el ayre, el agua, la tierra, y cuanto ellos producen sirven para el uso del animal como para el uso del hombre; puesto que este solo entre todos los seres animados recibió el poder de producir el fuego (á pesar de que á casi todos los animales les es grata su sensacion), ese agente poderoso y terrible de creacion ó de destruccion; del cual el supremo Ordenador no quiso confiar el manejo, sino á la inteligencia que pudiese arreglar su uso; secreto de estado, que el Monarca de los mundos solo á su primer Ministro le encomendó.

Tambien recibe el animal sensaciones; mas obedece á ellas ciega é involuntariamente para huir, ó buscar el objeto que las ocasiona, y sin conocer los motivos que podria haber para que buscase lo de que huye, ó huyese de lo que busca; á no ser que una sensacion mas fuerte, ora presente por el objeto que la causa, ora recordada por la memoria (porque el animal tiene tambien la reminiscencia de las imágenes), no prevalezca sobre una sensacion mas débil. Asi la imágen, presente, ó recordada del palo que le castigó, impide al perro que ceda al apetito que en él excita la presencia del manjar que codicia. Acerca de lo cual enteramente convengo con el pensamiento de Mr. de Buffon, quien dice: »Los animales tienen »sensaciones, mas no tienen ideas;" y con el de Bossuet, á saber: »Parece que lo mas que se puede »conceder á los animales, es acordarles las sensa»ciones."

Asi que, la máquina humana es movida por un entendimiento ó una razon; la cual, ademas de su funcion especial de concebir las ideas generales y sociales de orden, de justicia, de verdad, de virtud, de poder, de deberes, y las ideas *generalizadas* ó colectivas, como las de blancura, acidez, subsisten-

cia, descubre tambien las propiedades y relaciones de los objetos físicos, cuyas imágenes percibe su imaginacion, y juzga del peligro ó de la utilidad de las sensaciones que su sensibilidad le trasmite. Mas la máquina de los brutos es movida por un instinto, esto es, por una imaginacion y una sensibilidad puramente pasivas, que le presentan los objetos de sus necesidades ó de sus afecciones, sin que ninguna otra luz les ilustre acerca de los medios de satisfacer las unas, y de los motivos para moderar las otras.

Sobre lo cual se puede notar, que en aquellos estados en que el hombre, ó no tiene aun su razon, ó ha perdido su uso, á saber, en la infancia, ó en la demencia, todavía tiene y conserva la imaginacion y la sensibilidad. En efecto, el niño y el hombre demente perciben las mismas imágenes de los objetos que percibe el hombre ya hecho y el cuerdo, y con ocasion de ellas hacen tambien movimientos involuntarios é indeliberados, y acciones puramente maquinales; y sin que esto sea comparar el bruto al hombre, aun en aquel estado de debilidad de cuerpo ó de espíritu, en que este se pueda hallar, prueba este ejemplo, que la facultad interior de imaginar y de sentir puede existir en el animal sin la facultad intelectual de discurrir, pues que ella existe en el hombre antes y despues de la razon » Porque la imagina- » cion, dice muy bien Bossuet, no es otro que la » sensacion continuada."

El entendimiento pues, lo vuelvo á decir, ó la razon es el *gran resorte* de la humana máquina. Y asi el niño que no tiene aun el uso de su propia razon, ó toda ella, se mueve y dirige por la de los otros. En vano la facultad de sentir le haria al hombre experimentar sensaciones: en vano estas producirian imágenes en su espíritu; pues con las solas facultades nativas de imaginar y de sentir, y con los solos órganos que recibió al nacer, no podria el hom-

bre conservarse, ni formar sociedad: es necesario que el entendimiento, desenvolviéndose, venga á ilustrarle acerca de las relaciones, que estas sensaciones y sus imágenes tienen con sus necesidades y las de los demas, y que le enseñe á suplir la debilidad y la insuficiencia de sus órganos naturales por medios artificiales y mecánicos, que son propiamente los órganos de su entendimiento. Realmente él es quien los inventa y los perfecciona para apropiar los diferentes objetos á los diversos usos de la vida y de la sociedad. Estos medios sencillos, ó complicados, son los instrumentos de todas las artes, y se hallan do quiera que se hallen criaturas humanas; pero las bestias absolutamente carecen de ellos.

Y no se atribuya esto á que los brutos no tienen el órgano maravilloso de la mano, con el cual el hombre ejecuta cuanto su razon inventa; porque todos los hombres tienen manos, y no por eso son igualmente industriosos. Tambien el mono tiene manos; y sin embargo, asi se sirve de ellas como el gato de sus garras, como no le enseñemos á imitar algunas operaciones de nuestra industria. Y ¿no se podria decir, que este feísimo animal, puntualmente porque tiene alguna semejanza con nosotros, inútil para todo, como en general lo son todos los seres colocados en los confines de dos especies, estúpido como los brutos, y que no copia del hombre sino su malignidad y sus gestos; no se podria pues decir, que solo existe para servir de prueba de que el hombre no es industrioso porque tiene manos, sino porque es inteligente, y emplea sus manos en ejecutar todas las invenciones de su inteligencia?

Asi pues la facultad de recibir de parte de los objetos exteriores sensaciones é imágenes es, sirviéndome de la comparacion anterior, el *gran resorte* y el motor universal de la máquina de los brutos; los cuales todos estan provistos de órganos naturales, muy

superiores á los mismos órganos del hombre. Y como estos órganos bastan para su conservacion, no necesitan de medios artificiales, ni por consiguiente de la facultad intelectual tampoco que los inventa.

A estas imágenes, pues, y á estas sensaciones unió sin duda el Criador las determinaciones necesarias de su instinto, como hacemos nosotros que dependa todo el movimiento de un relox de la oscilacion de una péndola, y de la detencion graduada de un resorte montado para muchos dias, y sin que sea necesario que conservemos el movimiento con una accion inmediata. Es una accion *in distans* de la Omnipotencia, de la cual pueden nuestras máquinas darnos alguna idea; y el Autor del mundo natural ha dispuesto que, en los animales, tal movimiento se seguiria de tal imágen, ó de tal sensacion, presente ó recordada: al modo que el hombre, este criador del mundo industrial, quiso que un rayo de sol, pasando al medio dia por un agugero hecho en una plancha de hierro, cayese sobre el cebo de un cañon, inflamase la pólvora, é indicase la hora con su explosion. »Por donde, dice tambien Bossuet, la ra» zon nos persuade que lo que los animales hacen de » mas industrioso, es como lo que pasa en las flores, » los árboles, y en los animales mismos, á saber, que » de parte de Dios todo se hace con arte, y sin él lo » que toca á ellos."

Sin embargo, se quiere hallar alguna cosa mas en los animales: se les suponen facultades intelectuales, y se les atribuyen juicios y discursos. Mas esta conclusion es por lo menos precipitada. Porque los animales ejecutan ciegamente los movimientos necesarios para su conservacion, como un niño anda sin conocer las leyes del equilibrio: los movimientos en los brutos se ejecutan, y tambien en el hombre, en virtud de las leyes generales de los cuerpos animados, y conforme á estas leyes; pues si se ejecutasen de un

modo contrario á estas leyes, no servirian para el fin suyo, ni producirian resultado alguno. Pero como nosotros entendemos nuestras acciones, nos inclinamos á creer que los animales entienden sus movimientos, y sin cesar nos olvidamos de que á par de estos movimientos, que nos parecen dirigidos por una facultad inteligente, hay otros en los cuales se descubre claramente toda la estupidez del animal. „Es cierto, „dice Mr. Bossuet, que los animales lo hacen todo „propiamente; mas otra cosa es conocer la propie„dad: lo uno conviene, no solamente á los animales, „pero tambien á cuanto hay en el universo; y lo „otro es el verdadero efecto de la inteligencia y del „discurso." Del ciervo se cuenta, que mezcla y confunde su huella para engañar á los perros que le persiguen, y tambien que hace que se levante otro ciervo para engañarlos. Pero en todos estos sus movimientos únicamente veo el apuro de un animal tímido, que vuelve atrás porque no sabe donde salvarse, y el miedo que, huyendo, comunica á otro animal de su especie. Porque si él discurriese, se alejaria, siquiera por su propia conservacion, de los lugares que el hombre habita, y no bramaria cuando anda en zelo por no advertirle del lugar adonde está. Tambien se dice de una liebre que se refugiaba en una mata de juncos en medio de un estanque: para lo cual bastaba sin duda que una vez casualmente lo hubiese hecho para volver á aquel sitio. Mas si las liebres discurriesen, no volverian á la cama donde el hombre las espera, ni apurarian sus fuerzas en dar vueltas en un espacio de poca extension. ¿Hay en la historia de los animales cosa comparable á la industria de la hormiga-leon para hacer que su presa cayga en el lazo? Ella abre en una arena movediza, con un arte perfecto y segun las reglas mas exactas de la geometría, un cono inverso, que presenta por todas partes un precipicio á los viageros imprudentes. Oculta allí en el

fondo de su cueva lanza con mucha fuerza granos de arena sobre los insectos, que, caidos en el hoyo, hacen esfuerzo para salir de él; y cuando los ha cogido y devorado, arroja los despojos lejos de su morada, de miedo, segun dicen, de que su vista no arredre otras nuevas presas. Mas ¿cómo tantos pensamientos en tan poco cuerpo? ¿Cómo tanta inteligencia con una organizacion tan imperfecta, pues hasta de órgano cerebral carece este insecto? Lo cierto es que él abriria su cono aun en los polvos de una salvadera, y que por do quiera le abriria, aun adonde no le pudiese ser de alguna utilidad, porque trabaja por un impulso irreflexivo, é involuntario, y prepara su trampa aun adonde nada hay que coger, como un péndulo da la hora puesto que ninguno la pueda escuchar. En suma, en lo que nosotros enseñamos á los animales mejor enseñados se ve nuestra inteligencia; y en lo que han recibido de su naturaleza, solo se ve un instinto ciego y predeterminado. Y sino ¿se ha podido ó querido enseñar á un perro á que conozca á su amo, cuando entra de noche en su casa, y que el amo está á gran distancia, de manera que el perro no le pueda ver, ni oler, y que está solo en ella? Y cuando al amo le reconociese al ruido de sus pasos ¿podrá distinguir el andar de su caballo? Sin embargo aquella guarda fiel ó no ladrará, ó ladrará de diferente manera, y explicará el placer, y no el temor y el enojo. A la verdad, si en esto hay inteligencia, aventaja á la del hombre; y este, conducido por su razon, prueba menos la inteligencia suprema, que el animal guiado por su instinto. Pero á estas opiniones acerca de la facultad de discurrir y de juzgar, que se atribuye á los animales, se puede oponer una respuesta general y perentoria, á saber, que no se puede dar á conocer el pensamiento, sino por medio de una expresion hablada, ó figurada, esto es, por la palabra, ó por el gesto. Y los animales ¿tienen algunas de estas

expresiones exteriores de donde podamos concluir que tienen tambien la interior, ó el pensamiento? Los antiguos llamaban á los animales privados de razon *muta animalia*, animales mudos; y cuando la credulidad popular buscaba presagios á las grandes calamidades, ponia entre las mas siniestras el haber hablado algunas bestias, *pecudesque loquutae*, *infandum*! Y nosotros mismos, á pesar de nuestros sistemas ¿no nos llenariamos de espanto y casi de terror, si nos hallásemos con un animal, que, no digamos que hablase, solo que hiciese un gesto, que fuese expresion refleja de un pensamiento, y no el signo involuntario de una sensacion, ó de una necesidad.

Es cierto que los animales tienen la expresion de las pasiones, á saber, los gritos y los movimientos involuntarios: unos para manifestar el amor, otros para el deseo, otros para la cólera, otros para la hambre; y por medio de estos *signos* diversos de sus afecciones se entienden entre sí, porque todos tienen las mismas necesidades y pasiones, y estas mismas pasiones y necesidades hacen parte de su instinto de conservacion, ya como centinelas para evitar los peligros, ya como estimulantes para las necesidades que deben satisfacer. Pero no tienen ninguna expresion de pensamiento ni de discurso; y aun de la palabra, que el hombre les dirige, solo el sonido entienden.

Mas el hombre tiene todas las expresiones, porque tiene todas las facultades y el lenguage articulado, expresion propia del entendimiento, y el lenguage del gesto y del dibujo, expresion propia de una imaginacion ilustrada por el espíritu, y tambien el lenguage de las acciones libres, expresion de sensaciones irreflejas y de los movimientos involuntarios, que ellos mismos son expresiones, ó mas bien impulsos de una facultad de percibir imágenes sin juicio y sin razon.

Asi pues el hombre tiene una alma: *entendimien-*

to, cuando concibe las ideas intelectuales; *ingenio*, cuando se aplica á las cosas de imaginacion; *razon*, cuando delibera; *juicio*, cuando pronuncia; *voluntad*, cuando manda; pero el animal tiene solo un *instinto*, esto es, una facultad de recibir imágenes sin entendimiento que pueda sacar relaciones de ellas, y una facultad de sentir sin juicio, sin voluntad y sin libertad que pueda reglar sus actos.

De esta diferencia entre el alma del hombre y el instinto del bruto se puede por ventura sacar algunas inducciones lejanas acerca de la inmortalidad de la una y de la mortalidad del otro. Las ideas de orden, de razon, de justicia &c son eternas como Dios, que es su typo; y si hay alguna analogía entre el objeto percibido y el sugeto que le percibe, se puede considerar el alma como un espejo que reflejase eternamente un objeto que tuviese delante eternamente. El alma pues es inmortal, porque ella es la facultad de contemplar un objeto eterno; y en esta sociedad intelectual, *poder*, *ministro*, *súbdito*, todo es, ó debe ser, eterno é inmortal. Mas la facultad que tienen los brutos de recibir imágenes y sensaciones, teniendo por objeto este mundo material y perecedero, se puede creer que esta facultad cese cuando ya no hay motivo para que exista, y el objeto ha desaparecido por la descomposicion de los sentidos destinados á percibirle. Hasta en el hombre la inmortalidad del alma no supone precisamente que su imaginacion sea inmortal: y es verosimil que esta facultad cese en él cuando los objetos exteriores de sus percepciones dejen de existir para él. »Si la imaginacion, como la »define Bossuet, no es otro que la sensacion continua»da," debe ella acabar con los sentidos. Lo cierto es que se debilita tambien con ellos, á medida que el hombre va envegeciendo: al contrario, la razon se fortifica; y de estas dos potencias, entre quienes está dividido el patrimonio intelectual, la una se aumenta

con lo que quitan la edad y la reflexion á la otra.

El hombre, pues, y solo el hombre, posee la ciencia de los *medios* y de las relaciones, que es la primera, ó mas bien la única ciencia, y la que abraza todas las demas, porque todos sus conocimientos, teóricos y prácticos, no son mas que *medios*, la religion, el gobierno, las ciencias, las letras y las artes. Por esta ciencia de los medios hace el hombre que sirva á la perfeccion de su ser físico y moral, individual y social, toda la naturaleza material é intelectual, los animales, y hasta el mismo Dios, si asi se puede decir; y en descubrir nuevos medios y nuevas relaciones, ó mas bien en extender y desenvolver medios y relaciones conocidas, es en lo que consisten los progresos de su espíritu y la perfeccion de su existencia.

Asi que, este es el caracter incomunicable que distingue al hombre del bruto, y la faccion, por decirlo asi, mas señalada que hay entre ellos, y que no permite comparar el *animal* mas artero con el hombre mas limitado. El hombre nace en la ignorancia de cuanto debe saber, pero con capacidad para aprender de sus semejantes todo lo que él ignora, para conocerlo todo, y conocerse á sí mismo. Al contrario, el bruto nace instruido en todo lo que debe hacer, pero incapaz de adelantar. La razon del hombre es incierta, y las pasiones le extravían, porque solo por grados, y apartando sus pasiones, llega al conocimiento de la verdad. Pero el instinto del bruto es certero, y hasta infalible, y sus pasiones aumentan su sagacidad; porque, no teniendo que aprender, debió recibir todo lo necesario para el fin propio suyo: al modo que un relox, ó un barómetro indican la hora y las variaciones de la atmósfera con mas exactitud que el astrónomo mas ejercitado. Vuelvo á decir, que el animal nace perfecto, ó por mejor decir, acabado; y el hombre nace perfectible é infinito, si asi se puede expli-

car: porque, como dice Bossuet, »puede hallar hasta »el infinito." El bruto nada tiene que aprender de su especie; coleccion de seres animados, á quienes unas mismas necesidades acercan, que nada conocen, ni siquiera la perfeccion de su instinto; mas el hombre todo lo tiene que recibir de su especie; sociedad de seres inteligentes, reunidos en ideas generales, que conocen todo, y hasta la imperfeccion de su inteligencia:

Conoce él su flaqueza, y he aqui su poder [1].

Por manera, que cuanto al bruto la perfeccion relativa está en el individuo, y la imperfectibilidad en la especie: y al contrario en el hombre, la imperfeccion está en el individuo, y la perfectibilidad en la especie y en la sociedad. La especie animal siempre está comenzando, y rueda sin cesar dentro de un círculo de donde no puede salir; pero la especie humana nunca para, porque camina por una línea recta, á cuyo término no puede llegar. Asi el bruto, quien halla en sí mismo todo lo que le es necesario saber, siempre está solo, aun viviendo cerca de sus semejantes, porque nada puede recibir de su comunicacion con ellos; pero el hombre, una vez que haya conocido á Dios y al hombre, jamas está aislado, porque ha conocido la sociedad, y vive en medio de ella por medio de sus pensamientos, aun cuando esté distante su cuerpo.

Algunos, partidarios de un principio inteligente en los animales, no han acertado á conciliar con la justicia y la bondad de Dios el estado de dolor á que el bruto, asi como el hombre, está expuesto, fundados en esta razon, á saber, que bajo de un Dios justo ningun ser debe padecer sin haberlo merecido.

Es cierto que el animal padece, pero no es desgraciado, asi como, gozando, tampoco es feliz; por-

1 Mr. Delille, *Poema de la imaginacion.*

que el dolor y el placer son sensaciones que todo ser organizado y animado puede experimentar; y la felicidad y la desgracia son sentimientos de que solo el Ser inteligente y moral es susceptible. En vano la poesía, que todo lo personifica, hasta los seres insensibles, porque vive, por decirlo asi, de afectos, presta al animal nuestros sentimientos como los pensamientos tambien y nuestro lenguage; y en vano una sensibilidad facticia, que se *desespera* en los mas pequeños dolores, llora en las penas del animal. Porque la razon dice, que aquel solo ser es feliz que tiene ideas del Soberano bien, y una inclinacion natural hácia la suprema felicidad; la cual aplica á todos los objetos que lo presentan algun rasgo del bien y de lo bello que él conoce, y algun preludio de la felicidad que él espera; y que solo aquel es infeliz, que puede comparar su penoso estado presente con el sentimiento de su dignidad y la grandeza de sus esperanzas: que solo aquel es feliz que en el placer ve, ó cree ver en cierta manera la plenitud de su existencia y el cumplimiento de su sublime destino; que aquel solo es desgraciado, que mira el dolor como un castigo, y como una degradacion de su ser, y una caida de la dominacion que tiene derecho de ejercer sobre los seres sensibles y sobre sí mismo; y que el animal, porque no tiene estas ideas, ni estos deseos, ni esta inclinacion, ni estas esperanzas, ni puede hacer comparacion alguna de su estado presente con algun otro estado, ora padezca, ora goce, no es en sustancia mas feliz, ni mas desgraciado, que la planta que se riega, y que la leña que se echa al fuego; y si nosotros no debemos por capricho atormentarle, ni sin necesidad destruirle, la razon nos permite que usemos de ellos, como de todos los objetos sensibles, con moderacion y segun nuestras necesidades lo exijan.

Por otra parte, hablando exactamente, el dolor, que es un mal, es menos que la destruccion, cuyo

anuncio y principio es el dolor, asi como el placer, que es un bien, es menos que la vida, cuyo pleno ejercicio es el placer. Mas la vida misma y la muerte no son un bien ni un mal sino para el ser que las conoce, las juzga, y que alguna vez á pesar de la naturaleza, y mas fuerte que ella, huye de la vida como de un mal, y busca la muerte como un bien. Pero para el bruto, asi como para el vegetal, la vida y la muerte nada son, nada mas que movimiento y reposo; en suma, un estado que la una comienza, y la otra acaba, y en el cual la muerte solo es la condicion necesaria de la vida.

Lo que nos induce á error acerca de la inteligencia que suponemos en los animales, y acerca de los afectos semejantes á los nuestros que les atribuimos, son las relaciones de organizacion y hábitos que tienen con nosotros. Todavía conviene observar, que estas relaciones de organizacion y hábitos, la ligereza, el amor á lo maravilloso y el espíritu de partido las han exagerado sobremanera. Aun hablando del animal, en quien aparecen mas estas relaciones, y á quien se llama por esto *el hombre de los bosques*, Mr. Cuvier, el primero de nuestros naturalistas, reduce á su justo valor esta pretendida semejanza. » Se » ha ridículamente exagerado, dice en sus notas sobre » el poema *de los tres reynos*, la semejanza del *orang-* » *outang* con nosotros; y aunque un escritor moderno » haya llegado á decir, que el hombre es un *orang-* » *outang degenerado*, lo cierto es que el célebre » *orang-outang* de Borneo, mono que se acerca mas » al hombre, solo tiene tres ó cuatro pies de alto, no » puede andar derecho sin el auxilio de un palo, mas » bien se arrastra á cuatro pies, que marcha por la » tierra, y no muestra alguna agilidad sino cuando » brinca á los árboles. Su fisonomía se parece algo á la » de un negro cuando se le ve de frente; pero visto » de perfil la prominencia del hueso maxilar muestra

» bien que es un bruto: la desmedida longitud de sus » brazos le da un ayre feo de araña; y sus movimientos, puesto que tengan alguna menos aspereza que » las de los otros monos, y que su natural sea mas » dulce, mas amable y mas docil, no parece que aventaje al perro en inteligencia. Todavía, su conformacion siempre dará á sus acciones y á sus gestos » una semejanza con los nuestros, que baste para que » choque al vulgo."

Vuelvo á las relaciones de organizacion que tienen con nosotros los animales. Y si, como dice el mismo autor de las *Relaciones entre lo físico y lo moral*, » es dificultoso, aun al hombre mas cauto, no » recurrir nunca á las *causas finales* para explicar los » fenómenos físicos;" me atrevo á decir, que es indispensable el recurrir á estas causas para explicar el fenómeno de las relaciones físicas de los animales con los hombres.

En efecto, si el animal hubiese sido hecho para no ser entre las manos del hombre sino un instrumento ó un medio puramente pasivo, como la madera, la piedra y los metales, no habria tenido otras relaciones con el hombre que las materiales, que estas sustancias inanimadas tienen con el cuerpo humano, relaciones de distancia, de extension, de pesantez, de adherencia ó de divisibilidad de partes; relaciones que todos los cuerpos tienen entre sí, y que hacen que los que sirven á nuestras necesidades, sean á propósito para que los emplee la industria humana. Pero los animales deben ser para el hombre instrumentos animados, medios activos, y no puramente materiales. Deben serle auxiliares en sus trabajos, compañeros de sus placeres, ó enemigos en quien ejercite su valor; necesitaban pues relaciones de otra especie. Era necesario que el animal nos viese para que nos reconociese, que nos conociese para buscarnos, nos escuchase para obedecernos, y que se adhiriese á

nosotros para permanecer cerca de nosotros; y estas mismas facultades, que acostumbran al hombre los animales útiles, les eran necesarias para guardarle de los animales dañinos; los cuales se multiplican por do quiera que no está el hombre, y se presentan adonde deja de estar, cediéndole el imperio de la tierra, y alejándose de su morada, siempre que se presente este dominador del universo. Y es verosimil que los animales salvages hayan sido la primera ocasion de la civilizacion política de la especie humana, y el primer objeto del ejercicio de su inteligencia. Los tigres encadenados por Baco, los monstruos domados por Hércules, y los leones domesticados por Orfeo atestiguan esta verdad, á saber, que el hombre en la edad primera de la sociedad empleó en combatir á los animales y en someterlos, una industria, que, aplicada luego á otros objetos, ha sido el principio de sus adelantamientos, y las mas veces el ministro de sus pasiones. Era pues necesaria á los animales una organizacion, si asi puede decirse, humana para servir al hombre, ó que le pudiese servir; una facultad de imaginar, para que pudiésemos transmitirles imágenes; una facultad de sentir, para que pudiésemos darles ciertos hábitos; y, destinados á reproducirse para existir en la tierra tanto como el hombre, les eran necesarias las afecciones domésticas, ó cosa parecida á ellas, para buscarse y unirse entre sí, y tomar de su prole el cuidado que de ella no podemos tomar nosotros; en una palabra, á los brutos les era necesario lo que son, y nada mas: porque la inteligencia, el conocimiento, y por consiguiente la razon que se les atribuye gratuitamente, serian tan incómodas para el hombre, como inútiles para el animal, incómodas á nuestra superioridad, y superfluas para su dependencia. Porque con ellas serian menos sumisos; y tal vez, si mucho se asemejasen al hombre, razonarian cuando seria menester que obedeciesen.

Mas aunque el animal por su organizacion, sus sensaciones, su memoria, sus hábitos, sus afecciones, sus necesidades se asemeje en alguna cosa al hombre ¿se puede razonablemente suponer que obre por el mismo principio? Se ve á un pastor recoger su ganado y reunirlo estando disperso por el campo vecino; lo mismo, y aun mejor que el pastor, hace su perro: ¿y habrá quien ose decir, que en una accion semejante determina un motivo mismo al perro y al pastor? Los religiosos del monte de S. Bernardo salen en busca de los desgraciados que entre la nieve se extravian; sus perros salen tambien, y los descubren con mas sagacidad. Y ¿se concederá á estos animales una intencion semejante á la del hombre? Tal vez se dirá que estas son acciones morales; mas que los que suponen en los animales facultades intelectuales, no les atribuyen moralidad alguna. Pero una inteligencia sin moralidad seria una inteligencia sin conocimiento de los motivos, que la determinan á tomar un partido mas bien que otro: por consiguiente, una inteligencia sin razon, y una tal inteligencia no es mas que un instinto. Asi que toda esta disputa vendria á parar en una cuestion de voces, que se acabaria con una definicion exacta de lo que se entiende por instinto y por inteligencia. Pero se quiere que las bestias piensen, imaginen, razonen, juzguen, sino tanto como el hombre, asi como el hombre; y que asi sean ellas, lo mismo que él, capaces de perfeccionar su inteligencia, ensanchar el círculo de sus conocimientos, y la esfera de sus discursos. »La naturaleza de los ani»males podrá, dice Bossuet, elevarse á todo, cuando »puedan salir de la línea en que estan." De manera que si las urracas podian, como se ha dicho, contar hasta tres, y aun hasta nueve, no habria razon para que no pudiesen con el tiempo comprender todo el sistema del mundo físico. Sin embargo, si mil generaciones de animales, que han pasado desde Aristó-

teles acá, no han añadido nada á la perfeccion de las especies ¿en qué época llegará su perfectibilidad? Es verdad, que para pronunciar sobre esta grande cuestion, aun se espera á que se reuna un número mas grande de hechos de la historia de los animales: como si desde que el mundo existe, no hubiese habido tantos hechos que observar, como animales, y tantos observadores como hombres, y tantos lugares á propósito para estas experiencias, como cabañas en el mundo.

Y si hubiese de acordarse á los brutos, como quiere Condillac, la facultad de concebir ideas generales, esta funcion, la mas sublime de la inteligencia, como tienen la de percibir imágenes; ó, como quieren otros filósofos, concederles sentimientos, porque experimentan sensaciones; y si se les supusiese una inteligencia que se puede manifestar y manifiesta por medio de una lengua que les es propia, y que puede abrazar relaciones, aun de número, entre los objetos; no se halla qué es lo que impediria atribuirles todas las facultades que resultan de la inteligencia y de la memoria, combinadas con la imaginacion, la sensibilidad y las necesidades; esto es, la reflexion, el conocimiento, el juicio, y sobre todo algun conocimiento de su estado, y alguna facultad de compararle con el nuestro. Porque si las bestias algo conocen con conocimiento, á saber, de inteligencia y reflexion, sin duda, son los seres que mas cerca estan de ellas, y los que les interesan mas á ellas y á nosotros. Tendrán pues el sentimiento interior de lo que les hacemos sufrir, y el deseo de libertarse de ello. El imperio, que sobre ellas ejercemos, no les parecerá sino una odiosa tyranía; y, lejos de que los animales volviesen de sí mismos al establo que los encierra, y á acariciar la mano qne los oprime, se valdrian de su fuerza, de su agilidad, y hasta de su número las especies mas débiles, para huir nuestra

dominacion, y volverse á los bosques á gozar las dulzuras de la vida independiente; ó si no podian sacudir nuestro yugo, el exceso de su desgracia las llevaria á privarse ellas de su infeliz existencia. Sin embargo de este acto de desesperacion, tan frecuente en el hombre, no hay entre los animales ejemplo, y que alguno se haya muerto ó destruido á sí mismo: nueva prueba de que nada hay en ellos que conozca aun su estado, y que pueda mandar al cuerpo que se substrayga de él. En una palabra, los animales no pueden tener la facultad de discurrir, sino ó para nuestra utilidad, ó para la suya propia: si la tienen para servirnos, son nuestros esclavos, y la preeminencia del hombre es incontestable; si les fue dada para ilustrarlos ¿qué uso hacen de esta luz interior? ¿De qué les sirve para su felicidad y mejora de condicion? ¿Y á qué es profanar estos hermosos nombres de razon y de inteligencia, aplicándolos á un orden de percepciones puramente materiales, para las cuales el instinto de las necesidades y de los apetitos puede bastar? Y porque no podemos explicar el *instinto* ¿es absolutamente necesario recurrir á la razon, cuyo mas noble ejercicio es dominar las necesidades, y moderar los apetitos?

Mas entre los caracteres que distinguen al hombre del bruto, hay uno á la verdad bien lastimoso, que tal vez no se ha observado, y que deberia hallarse en el animal si, como nosotros, tuviese la inteligencia, el conocimiento y la facultad de discurrir, como tiene, asi como nosotros, pasiones y necesidades. No creo que se haya observado en los animales la *demencia*, en el sentido que damos á esta expresion. Porque el pájaro del nuevo mundo, que se llama el *loco*, diestro para coger su presa, no se distingue de los otros sino por una mayor seguridad y menos temor del hombre. El *vértigo* de los caballos, la rabia de los perros, la epilepsia del ganado de la-

na, cuyo asiento parece que está en el cerebro, son enfermedades que traen siempre en pos de sí la muerte del animal, y en las cuales las funciones animales, y las determinaciones instintivas se turban y aniquilan. Pero este estado del hombre, en el cual, sin enfermedad visible, sin lesion, á lo menos sensible de los órganos, y aun nunca del órgano cerebral, sin desorden en las funciones animales, con la misma fuerza vital, y comunmente con una mayor energía de fuerzas musculares; el hombre parece que está fuera de sí mismo, pierde todo imperio sobre sus determinaciones, todo sentimiento de sus afectos, aun los mas naturales, toda memoria de sus hábitos, aun los mas constantes, todo cuydado de su propia vida, y alguna vez todo respeto por la de los otros, no reconoce ni el tiempo, ni los lugares, ni las personas; solo tiene ideas incoherentes, y se hace ideas fantásticas: todavía, en este estado vive con salud y llega tal vez á una avanzada edad. Pero este estado, ó uno semejante jamas se ve en el animal, con tener nuestras enfermedades, nuestras necesidades, nuestras pasiones, si se quiere; mas por no tener razon, no puede tener el triste privilegio de perderla.

Concluiré con una observacion importante. Una hypótesis de física debe acordarse con la experiencia y el cálculo; pero un sistema de moral ha de ser aprobado por la razon, y estar en armonía con la parte moral de nuestro ser, de nuestros pensamientos, nuestras afecciones y nuestros sentimientos. Debe ser *humano*, si asi en este sentido se puede decir, para que pueda convenir al hombre; y si la ciencia pudiese desconocer esta verdad, y oponer hechos equívocos, y discursos atrevidos á esta luz interior, á este íntimo conocimiento general de lo verdadero y de lo bueno, que es mas poderoso que el discurso, y comunmente nos guia con mas seguridad que la razon; el gusto de las ciencias solo seria la codicia del

espíritu: y el sabio, pobre de razon y de sentimientos y principios en medio de sus tesoros de erudicion de hechos y observaciones, se asemejaria al mezquino, que muere de hambre sobre montones de oro.

Esta verdad incontestable se aplica, en toda su extension, al sistema acerca de la inteligencia de los brutos; pues el hombre experimenta, oyéndole, un sentimiento involuntario de disgusto, ó mas bien de horror, que hasta le advierte, antes de toda reflexion, que este sistema, inventado por su imaginacion, no le puede ser de uso á su razon.

La utilidad que sacamos del servicio de los animales; el placer que nos procura su instinto; la familiaridad en que viven cerca de nosotros, participando de nuestra morada y de nuestro pan; las memorias poéticas de nuestra infancia y de las primeras lecciones que recibimos de ejemplos de los animales, propuestos en ingeniosos apólogos para instruccion de los hombres; la inclinacion natural en el hombre á animar todo de su propia vida, á personificar cuanto le es personal, inclinacion que es el manantial de los movimientos mas animados de la elocuencia y la poesía; y ¿qué sé yo? el orgullo que se complace en realizar todo lo que le está sujeto; en una palabra, todos estos sentimientos, naturales ó facticios, disponen nuestra imaginacion, mucho mas que semejanzas de organizacion de hábitos, á que ella misma se iluda acerca del principio que anima á los brutos; y sin creerlos inteligentes y susceptibles de nuestros afectos, y aun sin ocuparnos de esto, los gobernamos con nuestra inteligencia, los tratamos con bondad, les hablamos como si fuesemos entendidos de ellos, y los amamos como si fuesemos de ellos correspondidos. Y esta ficcion, en que nada aventura nuestra dignidad, no deja de servir para nuestro interes; pues que acercándonos asi á los animales, nos los hacemos mas familiares y mas dóciles. Pero si una falsa cien-

cia y romanesca intenta hacer un sistema positivo y razonado de lo que en nosotros es solo una sorpresa de los sentidos, ó una bondad irrefleja del caracter: si quiere reducir á demostracion rigurosa los *Metamorfoseos* de Ovidio, y las *Fábulas* de la Fontaine; entonces me obliga á reflexionar sobre estos instrumentos, que yo me contentaba con emplear tales como son; á preguntar á mi razon y á la de la sociedad acerca de lo que ellos pueden ser, y el lugar que deben ocupar en el sistema general; y entonces, lo confieso, no sé qué repugnancia natural advierte mi razon, aun antes de otra consideracion, para desechar una opinion que, en lugar del orden que reyna en el universo, solo presenta una horrible confusion. En efecto, todas *esas facultades intelectuales* que ocupan mis establos, pueblan mis gallineros, corren por mis graneros, que yo unzo á un carro, y á quien pongo la albarda sobre el lomo y el freno en la boca; solo me parecen una farsa insolente y ridícula del hombre, y una culpable mofa de sus mas nobles prerogativas. El servicio de los animales pierde para mí toda su gracia, y con ella pierdo yo mi seguridad. Antes veia en ellos un instinto maravilloso, que bastaba á sus necesidades y las mias, y no veo ya sino una inteligencia degradada, que solo les puede dar luz de su miseria, sin darles los medios de salir de ella. Eran ellos instrumentos útiles para el hombre; y no son ya sino peligrosos huéspedes. Ese perro, que descansa á mi lado mientras duermo; ese caballo dócil, que me lleva con pie firme á traves de los torrentes y precipicios; si ellos piensan, si reflexionan, si discurren ¿no harán nunca uso de su razon sino para obedecer? y si los pensamientos de un hombre desconocido, y de mi semejante, con quien me encuentro solo en un lugar apartado, me inspiran algunas veces justo temor ¿dejaré de tener alguna vez un sentimiento de miedo, hallándome de-

bil y desarmado en medio de este rebaño de esclavos, que tienen, como yo, sus pensamientos, y medios de ataque tan superiores á los mios de defensa?

Resumamos. La facultad interior, que conduce á los brutos, y da impulso á sus movimientos, es limitada en cada especie por su organizacion particular: luego esta facultad es un instinto, y no una inteligencia, y una razon; pues lo propio de la razon y de la inteligencia es ser servida, no limitada, por los órganos, y no reconocer límite á sus indagaciones y progresos.

Pero la facultad interior, que anima al hombre, manda y dirige sus acciones, no está limitada por la organizacion; pues el hombre todos los dias inventa nuevos medios de extender la fuerza de sus órganos, y de suplir á su debilidad, y en una palabra hacer con órganos artificiales lo á que sus órganos naturales no alcanzan. Asi anda sobre las aguas, se eleva en el ayre, recorre la tierra, mide los cielos; como conoce lo pasado, juzga lo presente, prevé lo por venir, y sujeta cuanto existe, y tambien lo que aun no existe, á la accion de su pensamiento ó de su industria: luego esta facultad es una inteligencia. Si es necesario que los animales, para su conservacion, y destino que han recibido, saquen algunas inducciones de las imágenes que les chocan, y contraen algunos hábitos por la repeticion frecuente de unos mismos actos; estas inducciones, ó mas bien estas *consecuciones*, que no pasan los límites de su instinto, y hacen parte de él, no son una razon, pues hábitos no son discursos. Y si se quiere llamar este instinto con sus inducciones y hábitos una razon, esto es solo mudar la acepcion de las voces; y una razon, limitada á los solos objetos materiales, y circunscrita á un círculo de inducciones simples, y de hábitos involuntarios, no es lo que los hombres han entendido en todos tiempos por la voz *razon*; entonces la

disputa toda es de voces; y si se quiere ser de buena fe, se convendrá en que el instinto de los brutos no es de ningun modo la inteligencia del hombre, ni tiene el mismo uso y destino. Osemos ya decirlo. No se da mas valor á la inteligencia del hombre que á la del bruto, y se quiere hacer que dude el hombre de su propia razon, y de todo lo que ella le prescribe y le inspira; se quiere, prodigando inteligencia de esta manera, quitar todo el valor á una facultad que es comun á todos los seres, y que, incierto el hombre entre tantas inteligencias, en ninguna crea, y solo un instinto reconozca en sí. Especialmente se quiere, atribuyendo inteligencia á las bestias, lanzar á los que sostienen la inmortalidad del alma en la incertidumbre de saber si el alma del hombre es mortal como la de las bestias, ó si la de estas es inmortal como la del hombre.

Hay pues infinita distancia entre el hombre y el bruto, por respecto á la inteligencia. Los animales tienen una facultad de recibir imágenes, no inteligencia de las ideas; sensaciones, no sentimientos; hábitos, reflexiones no: hacen, obligados por un instinto ó un impulso, movimientos, no acciones mandadas por una voluntad. No hay pues ni felicidad ni desgracia para estas especies sin poder, sin deberes, sin dignidad, sin propiedad, sin libertad; *masas organizadas* para reproducirse, vivir y morir en el servicio del hombre, y de las cuales puede usar como de todas las cosas sujetas á su imperio, y permitidas á sus necesidades. Es cierto que su interes, y aun mas el de la sociedad, le prescriben usar de ellas con moderacion, y su razon tambien le prohibe entregarse para con los animales á movimientos de violencia, de ferocidad y de capricho, de que podria usar en sus relaciones con los hombres: pero los sentimientos de respeto y de afeccion únicamente los debe al ser semejante á él; y no puede, sin puerilidad, y aun sin

profanacion, extenderlos á seres desprovistos de razon y de sentimiento, y que ni podrian apreciarlos, ni corresponder á ellos.

Me atrevo pues á decir, que estas consideraciones morales son mucho mas decisivas para probar la inteligencia de la especie humana, y la espiritualidad de su principio pensante, exclusivamente á todas las otras especies de seres animados ó inanimados, que esas observaciones, llamadas fisiológicas, que colocan el pensamiento en los órganos, deducen la identidad del principio de algunas semejanzas imperfectas en los instrumentos, no ensalzan al animal sino para degradar al hombre, no nos dan rivales sino para darnos señores, y, con una execrable blasfemia, hacer rey de toda la naturaleza á un *orang-outang degenerado.*

CONSIDERACIONES GENERALES.

No se reflexiona cuanto conviene acerca de la representacion desventajosa que hacen algunos escritores defendiendo ciertas opiniones.

Los escritores que sostienen la existencia de la causa primera, la espiritualidad del alma humana, estas creencias generales, de las cuales todas las religiones han hecho sus dogmas, y sobre las cuales todos los gobiernos han fundado sus leyes, no combaten en defensa de opiniones que les son personales, sino por la doctrina de todos los tiempos, y de todos los pueblos, y en favor del sentimiento unánime de las naciones, instruidas por esta razon universal, que una vez habló para todos los pueblos. En efecto, quien se ve apoyado en semejante autoridad, puede marchar con confianza; pues, aun cuando quedase inferior á una causa tan grande, y aun cuando mezclase en la defensa de estas sublimes verdades algunos particulares errores suyos, seria digna de aprecio su

intencion, cuando no fuese recomendable por su talento; soldado imprudente, que solo habria escuchado á su valor, y se hubiese arrojado sin armas en lo fuerte de la pelea.

Pero el que viene á hacer secta en esta unanimidad general de creencia, y á oponer opiniones particulares contra el sentir del universo: aquel que, anunciándose por el libertador prometido á las naciones, osa acusar á todo el linage humano de una imbecil credulidad, y viene, al cabo de tantos siglos de posesion, de indagaciones y progresos, á revelar al hombre, á la sociedad y al mundo, que en todo se han engañado, asi cuanto á la causa primera del universo, como acerca del poder de la sociedad, y de los deberes del hombre, ¿cómo puede justificar á su propia vista y á la de los otros esta inconcebible presuncion, y dejar de temblar á la vista de la espantosa responsabilidad á que se sujeta? ¿Puede él, sea el que fuere, hallar en las mas excesivas alabanzas de sus amigos, ó en el amor mas exaltado de sí mismo, un motivo suficiente para creerse él solo mas ilustrado que todas las sociedades juntas, y aunque todos los hombres célebres que de siglo en siglo han combatido las opiniones que él defiende, ó defendido las que él ataca, y llevando, cuan lejos puede ir, el delirio del orgullo, creerse llamado para reformar el mundo, y pensar que el género humano estuviese aguardando su venida para fijarse en lo que debe creer y lo que debe obrar, y en fin, para establecer sobre una base invariable las leyes y las costumbres? Y no se piense que yo exagero las pretensiones de nuestros nuevos reformadores. » El corazon humano, dice el autor de las *Re-*
» *laciones* &c., es un campo vasto, de inagotable fe-
» cundidad, pero que *malos métodos de cultivo pa-*
» » *rece haberle esterilizado*, ó mas bien *este campo*
» *todo es nuevo. Aun* se ignora qué abundancia de
» ricos frutos se le veria bien pronto llevar, si bue-

» namente se escuchase la razon, esto es, la natura-
» leza. Consultando con reflexion y docilidad este orá-
» culo, el único verídico, y reformando, *segun sus*
» *lecciones fieles, las instituciones políticas y mora-*
» *les, bien pronto se veria desarrollarse un univer-*
» *so nuevo.*"

» Espantado estoy, decia Fontenelle cosa ha de » ochenta años, de la horrible certidumbre que por » do quiera se ve ahora." ¿Y qué diria hoy este filósofo con sus opiniones tímidas, y tambien los filósofos, sus contemporáneos, con opiniones mas decididas, si fuesen testigos de los progresos que hemos hecho en esta presuntuosa certidumbre; si viesen todo lo que en su tiempo aun parecia dudoso haberse hecho evidente; lo que se desechaba entonces como absurdo, haberse hecho probable, y todo lo que solamente se decia al oido, proclamado hoy sobre los techos?

Es verdad que nuestros sabios, avergonzados de ser solos, llaman en su socorro la autoridad de algunos antiguos acerca de la formacion del universo por medio de la energía de la materia, y el choque de los corpúsculos. Pero de estos antiguos filósofos el mas conocido de todos, cuya física es un absurdo, y la moral, cuando menos, un problema, tal vez se halla mas desacreditado en la antigüedad pagana, que entre nosotros. En efecto, cuando no se halla sino *sueños* en Platon, á quien Ciceron nunca llama sino el *divino* Platon; cuando ni siquiera se nombra á este Príncipe de los filósofos y oradores romanos; se ve sobrada parcialidad y empeño á favor de Epicuro, de Demócrito, de Lucrecio y de Pitágoras: y un hombre de buen juicio preferiria á compañía como esta el ir solo; y me atrevo á decir que, sometiendo al cálculo de las probabilidades las que resultan por una y otra opinion del número y del valor de las autoridades antiguas y modernas, alegadas en la obra de

las *Relaciones entre lo físico y lo moral* del hombre, no se aventuraria el mas mínimo interes personal á este juego; al cual no se teme por otra parte exponer la moral pública, y la suerte de las verdades mas universalmente respetadas. Todavía, si en la defensa de estas opiniones sospechosas, por no decir de ellas mas, solo se hubiesen tomado congeturas por hechos, inducciones por pruebas, y los deseos secretos del corazon por la conviccion del ánimo, y los malos designios de una sociedad por la opinion general: si únicamente no se hubiese tenido la debida desconfianza de la debilidad, tan probada como está, de los juicios de los hombres, y de las seducciones de la propia imaginacion; y, osemos decirlo, si se hubiese solo caido en error, y engañado á los demas, y empleado, para extraviar á los hombres, el tiempo y los talentos, que solo nos fueron dados para ilustrarlos, y servirlos ¿cómo se podrian evitar las reprensiones de los hombres, y acallar los propios remordimientos? Y fuesen los que se quieran los talentos, y aun las virtudes personales de aquel que hubiese dado á la sociedad tan gran escándalo ¿no podria decirse de él con la eterna verdad, *que le valdria mas al tal hombre no haber nacido*?

No hablo pues aqui sino de los que solo ven en el materialismo una teoría filosófica. Mas ¿qué diremos de aquellos desgraciados, que hacen de él un recurso, y abrazan el ateismo para sufocar remordimientos, al modo de aquellos que toman bebidas calmantes para suavizar un dolor?

Hoy que por do quiera no se considera sino la materia, y que el conocimiento de sus propiedades se ha hecho la gran ciencia, y aun la única del hombre; los que creen hacer nuevos descubrimientos en la moral, no dejan de alegar en favor de sus opiniones los nuevos descubrimientos en la física, y citan con mucho placer los errores, acreditados en esta con una

larga creencia, y hasta por la opinion de pueblos enteros, que al fin la sola autoridad de un hombre llegó á desarraigar.

Yo admito por un momento la comparacion; pero es de observar, que el ateismo y el materialismo no son errores de moral, sino la ausencia y la negacion de la moral, y que únicamente se pueden comparar á aquel espiritualismo insensato, de que presentó la Inglaterra un ejemplo, el cual niega hasta la existencia de los cuerpos, y por consiguiente toda la física. Los hombres, considerados en cuerpo de nacion y de sociedad, nunca negaron la existencia de Dios y la espiritualidad del alma, que son el fundamento de toda la moral, ó mas bien el mundo moral mismo, ni tampoco la existencia de los cuerpos, ó el mundo físico; puesto que muchas veces han hecho, segun los tiempos y lugares, asi en moral como en física, falsas aplicaciones de estas verdades fundamentales y de estos hechos generales. De suerte, que los principios de la moral y de la física son verdades reconocidas y universales; y los errores, locales y particulares. Es cierto que un hombre mas meditativo que los otros, y dotado de un talento mas vasto y penetrante, ha podido descubrir algunos errores de moral ó de física, esto es, hacer, ayudado de la reflexion y la experiencia, aplicaciones mas exactas de los principios generales; mas ningun hombre ha podido descubrir los principios de ninguna de estas ciencias, ó los hechos mismos generales sobre que estan fundadas, asi como tampoco ha podido destruir ni suprimir, si puede decirse asi, una mitad del universo, negando el mundo moral, ó el mundo físico: este, fuera del cual el género humano no pudo existir; aquel, sin el cual no se podria conservar.

Mas conviene observar, que los hombres tienen natural disposicion para recibir los descubrimientos físicos, y para renunciar á aquellos usos, que errores,

ó solamente opiniones contrarias á los nuevos descubrimientos, habian introducido; porque un conocimiento mas exacto de las propiedades de la materia, y de los nuevos usos en que se la pueda emplear, aumenta los placeres y las comodidades de la vida. Pero las verdades morales, que exigen la renuncia de los hábitos que mas agradan, y alguna vez el sacrificio de los mas legítimos placeres, hallan cerrado el corazon, y todas las pasiones en arma; y es necesaria, para hacerlas adoptar á los pueblos, otra autoridad que la del talento, y aun la de la fuerza. En efecto, seria posible que la academia de las ciencias lograse un dia hacer de las verdades astronómicas, que solo entre los sabios pasan aun por ciertas, una creencia usual y popular, y que persuadiese á los pueblos que el sol está inmovil, y que la tierra gira al rededor de él; pero ni Platon, ni Ciceron, ni todo el poder de los Emperadores romanos podria nunca por sí solo hacer que prevaleciese la severidad de la moral cristiana sobre la licencia del paganismo.

Asi pues, cuando para justificar el ateismo y el materialismo como descubrimientos de algun filósofo, se pretende que el hombre ha podido descubrir errores en la moral antigua de los pueblos, como los ha descubierto en la física; este razonamiento podria, cuando mas, servir á quien niegue algun dogma particular de esta ó la otra religion, respetando todavía las bases de todas las religiones, esto es, á quien negase la exactitud de alguna aplicacion particular de las verdades generales: mas no podria servir á quien niegue estas mismas verdades, la religion y la moral, por cuanto este tal no quiere reconocer la existencia de ningun hecho moral distinto de los hechos físicos, y porque de la naturaleza material hace la inteligencia divina, y la inteligencia humana de la organizacion corporal.

Como el atheo pues abiertamente se subleva con-

tra el género humano, y mina los fundamentos de la sociedad queriendo destruir las creencias, que ella en todas partes ha considerado necesarias para su felicidad, y tambien para su existencia; por eso J. J. Rousseau pone al atheismo *fuera de la ley* de la tolerancia general, que él concede á todas las opiniones, y castiga su profesion pública con el destierro, y hasta con la muerte.

Vuelvo ahora á la comparacion que he hecho entre las verdades fundamentales del orden moral, y las primeras verdades, ó los hechos generales del orden físico, para responder á una objecion, que no dejará de hacerse, á saber: que el insensato, que negase los fenómenos, ó hechos generales de la física, al momento una experiencia personal le mostraria su error, pues solo andar le bastaria para creer en el movimiento, ó tropezar en una piedra, para asegurarse de la existencia de los cuerpos y de su solidez. Nada mas cierto. Pero si el hombre, ser particular y local, que solo vive un dia, halla en su corta duracion, por una personal experiencia, desengaño de los errores en que puede caer acerca de las causas y de los medios de su conservacion física; la sociedad, ser general y moral, *que no vive solamente de pan*, sino de moral y de leyes, destinada á una larga existencia, tambien, tarde ó temprano, se desengaña, por una experiencia general, de los errores de moral, que se han diseminado y progresado entre los que gobiernan: al cabo las revoluciones la advierten, y tambien su destruccion.

He aqui lo que engaña á los hacedores de nueva moral: porque no viviendo lo suficiente para poder ser testigos de los funestos efectos de sus doctrinas, y viendo toda la sociedad solo en su propia existencia, livianamente se persuaden que, mientras no haya algun trastorno en sus personales placeres, ninguno hay en la sociedad.

¡Cuánto no habrian sentido algunos filósofos del

último siglo sus pretendidos descubrimientos en la moral, si hubiesen presenciado como nosotros el trastorno de la sociedad, y *visto todo lo que han hecho*, como dice Condorcet del escritor mas célebre de esta época memorable! Sembraron ellos el desorden para dejar á la generacion que les habia de seguir la desdicha que recoger: y, al modo que unos malos padres que se abandonan á peligrosos placeres sin prever que legan á sus hijos crueles enfermedades, gozaron un momento de una celebridad, que con largas desdichas debiamos nosotros expiar.

Dígolo con una total conviccion de mi espíritu despues de la experiencia de nuestra revolucion, que aun los mas famosos gefes del partido filosófico del último siglo habrian largo tiempo ha dejado las armas, y licenciado sus tropas. Tenemos prueba de esto en confesiones ilustres y arrepentimientos célebres, y, á decir verdad, las correrías, que aun hoy se hacen en la religion y la moral, algo se parecen á aquellos desórdenes, que, en cabo de una larga guerra, cometen bandas sin disciplina, que no son de partido alguno, y todas las potencias las desconocen.

Mas aun cuando no se consideren las verdades fundamentales de la moral, que todavía se combaten de tiempo en tiempo, á saber, la existencia de la causa primera, y la espiritualidad del alma, sino en su aplicacion al hombre social, y en las consecuencias que el cristianismo dedujo de ellas para la felicidad del hombre y la firmeza de la sociedad; cualquiera se puede convencer de la superioridad de los motivos de la moral cristiana á los que con las doctrinas opuestas se intenta poner en su lugar.

Porque la religion nos enseña, que todos fuimos criados por la misma *causa*, perfeccionados por el mismo *medio*, llamados al mismo fin, hechos todos á imágen y semejanza del Ser soberanamente perfecto, y todos dotados de la facultad de conocer y de amar.

Nos da á todos un mismo Dios por *padre*, la misma sociedad por *madre*, á todos los hombres por *hermanos*, y la misma felicidad por nuestra comun *herencia*; y deduce tambien los motivos, que nos deben unir los unos á los otros, y todos al Autor de nuestro ser, de las mas familiares ideas de la vida, y hasta de la sociedad doméstica, de nuestras afecciones mas naturales, y de nuestros hábitos mas constantes, manifestados por el lenguage mas comun. Hace ella pues realmente, y á la letra, de todo el linage humano un estado, una sociedad, una familia, y un pueblo de *hermanos* y de conciudadanos. Ella encierra, dice Bossuet, » las reglas de la justicia, de » la prudencia, de la sociedad, ó, por mejor decir, » de la fraternidad humana." Por donde, ennoblece al hombre mas obscuro, esfuerza al mas débil, ni al mas culpable le despoja del caracter de que le revistió una vez; y, sin hacer del hombre un Dios, como la orgullosa filosofía estoyca, le hace *hijo de Dios*, al mismo tiempo que le hace *hermano* del hombre, pues que del amor del prójimo hace un precepto igual, cuanto á la importancia y la necesidad, al del amor de Dios mismo. De suerte que el hombre jamas pudiera imaginar títulos mas augustos para su dignidad, motivos mas poderosos para sus virtudes, y mas preciosas prendas de sus esperanzas, y lazos mas fuertes para la sociedad.

Pero si en todo el hombre solamente se ve un fragmento desprendido de la masa general de la materia, una composicion fortuita de elementos terrestres, que una fermentacion reune, y que otra fermentacion disuelve, *una masa*, en fin, *organizada* para funciones todas animales; esta frágil combinacion de moléculas orgánicas ¿será de algun valor á mis ojos? ¿estaré ya dispuesto á respetar la infancia, *mucus* aun inconsistente, operacion bosquejada de la naturaleza, y que tal vez nunca la acabará? ¿Y po-

dré honrar la vegez, monton de humores degenerados, de sólidos descompuestos, de fluidos espesos, máquina deteriorada, cuyo frágil conjunto se desprende por todas partes? Este compuesto químico, que llamamos *hombre*, que prontamente se evaporará en gas y resolverá en *fibrina* ó gelatina ¿podré yo considerar como un deber prolongar su duracion, ó como un crímen adelantar algunos instantes su inevitable disolucion? Y cuando todo lo que se enseña de este animal, organizado en su especie como los otros en la suya, no puede presentar otra idea de él que la que se tiene de un mono ó de un perro, ni inspirar hácia él otros sentimientos, ¿se podrá pasar de repente, y sin alguna preparacion ni motivo, á las mas nobles ideas, á los afectos mas tiernos, y á imponer para con el hombre el yugo de los deberes, cuando se le ha libertado hasta de todo sentimiento de respeto? A la verdad, si nosotros no somos mas que *masas organizadas*, únicamente puede haber entre nosotros las relaciones que existen entre porciones de materia, á saber, relaciones de distancia, de figura, de volúmen, de movimiento: habrá las aproximaciones posibles, pero no se puede concebir que haya reunion necesaria ó de sociedad; y, gracia á los progresos de las luces, se sabe hoy que aun las relaciones de estas combinaciones orgánicas, que se llaman *sexos*, no es otro que una afinidad *química*, ó, si se quiere, *una atraccion electiva*, cual se pretende que la hay en los vegetales, y tan indiferente como cualquiera otra á los ojos de un naturalista. Asi pues el analista fiel de la obra de las *Relaciones* dice, siguiendo á su maestro: »No se trata en esta »obra de lo que se llama amor, porque este, cual le »pintan casi todas las piezas de teatro y casi todos los »romances, *no entra en el plan* de la naturaleza, y »es una creacion de sociedad complicada. Pero á me»dida *que la razon se afina*, *y la sociedad se per-*

„*fecciona, el amor se hace mas real y menos fan-*
„*tástico*, y por consiguiente *mas feliz*, y menos
„ teatral."

Y si se cree que son exageradas estas consecuencias, consúltense los archivos de nuestros tribunales criminales, ó mas bien tráyganse á la memoria hechos siempre recientes; y dígase si el hombre llegó jamas á despreciar tanto á su semejante, y á burlarse mas friamente de la vida y de la muerte. Puesto que al mismo tiempo que estas malas doctrinas armaban los cien brazos de la muerte para castigar delitos contra un orden de algunos dias, ó mas bien contra un desorden imaginado por el hombre; estas mismas doctrinas, tan crueles en su indulgencia como en su rigor, abolian la pena de la vida para los crímenes cometidos contra el orden eterno de la sociedad, establecido por el Autor de toda justicia; y en algunas partes, hasta para el crímen de homicidio: uno y otro por un mismo principio, y mucho mas por menosprecio de la víctima, que de compasion por el asesino.

„Y ¿qué es al cabo el homicidio mismo á los
„ojos de un materialista consiguiente? una piedra
„que choca contra otra y la saca de su lugar; un ar-
„busto á quien una encina sufoca con su sombra; ó,
„cuando mas, una organizacion débil á quien otra or-
„ganizacion mas vigorosa destruye las mas veces in-
„voluntariamente, y en un acceso de fiebre, que con-
„viene mas moderar con *calmantes*, que castigar
„con suplicios." Tales opiniones insensiblemente cunden, hasta en los tratados sobre las leyes, y tal vez en las leyes mismas; y un delincuente inspira hoy dia mas *sensibilidad*, que horror el crímen. El infanticidio, que se hace mas frecuente á proporcion de lo que se obscurecen en el espíritu los dogmas del cristianismo, y su moral en el corazon, ha sido muy frecuentemente tratado con una indulgencia cercana á la impunidad; y nosotros vemos que el estupro,

hasta el de la infancia, el mayor de los crímenes contra el hombre y la sociedad doméstica, por ser una profanacion de la inocencia, y juntamente la extrema opresion de la extrema debilidad, castigado solamente con algunos años de prision como el robo da cualquier mueble.

Mas al fin ¿qué garantía da la doctrina de los nuevos moralistas á la sociedad contra las pasiones del hombre? y cuando ya no se reconoce Poder supremo sobre todos los hombres ¿cuál puede ser aun la razon de los deberes de los unos para con los otros, y la regla de sus relaciones entre sí? Oygamos á estos doctores.

» Los filósofos, dice siempre el mismo autor, fun» dan siempre el principio de la moral sobre *la ne» cesidad constante de la felicidad comun* á todos » los individuos. Y hacen ver, que en el curso de la » vida las reglas de conducta para ser feliz, son ab» solutamente las mismas que para ser virtuoso." Bueno..... ¡Conque esta benevolencia universal, esta caridad para con todos los hombres, que aun la mas laxa moral prescribe, ó mas bien que es la moral misma, aplicada á las relaciones de los hombres entre sí: esta disposicion constante á prestarse mútuos auxilios, y á sacrificar los unos por los otros sus gustos, sus inclinaciones, muchas veces sus intereses, y alguna su felicidad y tambien su vida, los hombres hallarán el motivo para todo esto en ir, como comunmente se va, tras de las cosas en que ellos ponen su *felicidad comun*, y de las cuales hacen *necesidades constantes*, en concurrencias de ambicion y de fortuna, y en rivalidades de amor y de talento! ¡Estos objetos que todos codician, y que un corto número, tal vez uno solo, puede alcanzar, serán el lazo de todas las afecciones porque son el objeto de todos los esfuerzos! ¡y estas *masas organizadas* para los placeres, y *sensibles* hasta la violencia, irán tranquilamente sin chocarse, y procurar mutuamente

aventajarse, por el angosto sendero de los honores y los placeres!

Mas para esto es menester reformar antes las ideas comunes manifestadas por una expresion general, que en todas las lenguas hace de concurrente, de rival, de competidor, un sinónimo de enemigo. Es menester reformar la naturaleza; la cual, inspirándonos un deseo igual de felicidad, nos reparte muy desigualmente los medios para alcanzarla, y no acertó á dar sino la envidia en recompensa de la mediocridad. Es menester reformar la sociedad; la cual no estableció leyes y penas, ni ha armado la justicia, ordenado la fuerza, y, en una palabra, organizado toda la máquina de los gobiernos, sino para prevenir y reprimir los desórdenes, que el deseo constante y universal, ó mas bien el furor de felicidad produce en la sociedad, y á fin de que los que, faltos de medios, ó de circunstancias favorables, no pueden; por decirlo asi, mas que acercar los labios de esta agua fugitiva, puedan ver, sin demasiados zelos, á sus concurrentes mas felices apagar del todo su sed.

Por donde los moralistas paganos, persuadidos de que este deseo comun de felicidad, esto es, de placeres, como estos moralistas lo entienden, lejos de ser el principio de la moral es su mas peligroso enemigo, no recomiendan al hombre, para su felicidad, sino el no desear nada:

Nil admirari propè res est una, Numici,
Solaque, quae possit facere et servare beatum.
HORAT.

No tratan pues de dirigir los deseos, sino de sufocarlos; sin poder para moderar el hombre, tratan de debilitarle; y en sus preceptos no se habla sino de igualdad de ánimo, *animus aequus.*[1]

1 Se puede observar, que esta fria apatía, que ellos tenian por la virtud, se descubre en las facciones de los filósofos antiguos que la escultura nos ha conservado.

»Los mismos filósofos han hecho ver, que en el »curso de la vida las reglas de conducta para ser fe- »liz son absolutamente las mismas que para ser vir- »tuoso." Y no deja de citarse á este propósito el decir de Francklín, tan oportuno en la boca de un hombre feliz: »Si los pícaros conociesen las ventajas uni- »das al hábito de la virlud, serian por picardía »hombres de bien."

»Las reglas de conducta para ser feliz son abso- »lutamente las mismas que para ser virtuoso;" y tambien sin duda, por una consecuencia necesaria, »las reglas de conducta para ser virtuoso, son abso- »lutamente las mismas que para ser feliz." Segun lo cual la felicidad y la virtud son absolutamente una misma cosa, y que se alcanza por unos mismos medios. ¿Pero se ha reflexionado sobre los resultados prácticos de esta máxima de conducta? ¿Y no se advierte, que si algunos colocan la felicidad en la virtud, los demas, y sin linage de duda el mayor número, colocarán la virtud en la felicidad? Y no se crea que los hombres solo hallan felicidad en las pasiones, en la apariencia dulces, á las cuales una poesía voluptuosa ha dado exclusivamente el nombre de *felicidad*; la ambicion, la codicia, la venganza, el odio son pasiones tan violentas como aquellas, y harto mas tenaces. Son tambien naturales, y tan físicas, si se quiere: hacen tambien en su acceso de furor, como en sus trasportes el amor, que la sangre hierva y el corazon palpite; y son tambien la felicidad, la terrible felicidad de aquel que las satisface. Ahora bien: esta felicidad ¿será tambien la virtud? Y el que, llevado de sus principios, llegue á esta consecuencia ¿á qué horrible desorden no condena á la sociedad? ¿y qué desierto tan salvage podrá preservar al hombre de la *felicidad* de sus semejantes? Y ¿no hemos visto una aplicacion real, y para siempre memorable, de esta doctrina en el testimonio, que á sí

mismos se daban tantos hombres, famosos en nuestra revolucion por sus excesos, que se habian como identificado el epiteto de *virtuosos* cual adjetivo inseparable de su nombre, y que en el delirio de su civismo por ventura se tenian por mas virtuosos cuanto mas furiosos eran?

La religion sí que puede decir: »que las reglas »de conducta para ser feliz son absolutamente las »mismas que para ser virtuoso," porque ella hace de la virtud el doloroso ejercicio de la vida presente; y de la felicidad, la condicion de la vida futura. La felicidad tambien que promete á la virtud, y las penas sin fin con que amenaza al vicio, pueden, aun en esta vida, hacer la felicidad de los buenos con la esperanza, y turbar con el miedo el placer de los malos. La religion sola ha conocido al hombre: al hombre, que con tanta imprudencia aventura lo venidero por lo presente, y la felicidad por el placer; y á cuya razon, para triunfar de la pasion de un instante, no siempre le bastan el temor y la esperanza de toda una eternidad. Tambien en cierto sentido puede decir la sociedad civil, »que las reglas para ser feliz son »las mismas que para ser virtuoso." Asi lo puede decir á un malvado, á quien una perversa conducta lleva al suplicio, y que muere infamado por las leyes, y deshonrado á los ojos de los hombres. Mas cuando se desechan los dogmas de la religion, y se puede evitar la venganza de la sociedad ¿qué sentido puede tener esta máxima? De otra parte, ¿cuántos crímenes hay de que la sociedad no tiene el conocimiento necesario para castigarlos? ¿Cuántas faltas, que no castiga aun cuando las conozca? Y despues de esto ¿basta para ser virtuoso no haber merecido el último suplicio? . . . .

Es cierto que el amor tierno para con los parientes, la fidelidad con los amigos, la regularidad en cumplir deberes honoríficos y bien pagados, la bene-

ficencia para con la viuda y el huérfano, las obras brillantes y tal vez fastuosas de humanidad, virtudes todas fáciles, de temperamento y de circunstancias, se pueden confundir con la felicidad; pues, lejos de que exijan algun sacrificio de nuestras inclinaciones, nos costaria el rehusarnos á ellas; fuera de que reciben su recompensa en este mundo, sobre todo hoy que se tiene cuidado de publicarlas en las gacetas. Pero las virtudes obscuras y penosas, que no tienen otro testigo que la conciencia, y por juez á Dios; estas virtudes heróicas, que los hombres ignoran, y muchas veces calumnian, que exigen renunciemos á nuestros gustos, ó á nuestras repugnancias, á la vida misma, y tal vez á la muerte, son un deber, *un triste y altivo honor*, si asi se quiere, como dice Corneille; mas no son una felicidad: y es confundir todas las ideas y todos los sentimientos, es quitar á la virtud su mas bello cortejo, y *un no sé qué de acabado*, que, como dice Bossuet, *la desgracia añade á la virtud*, llamar feliz al soldado que, desconocido, espira en el campo de batalla, lejos de su patria y de sus parientes; al magistrado y al ministro del altar, que consumen lentamente su vida en funciones ingratas y cansosas. ¿Y se podria sostener que la *hija de la caridad*, que renuncia todas las ventajas de la juventud y de la fortuna para sepultarse en lugares infectos, consagrada toda su vida al consuelo de las enfermedades mas fastidiosas, y por personas que no conoce, es *mas feliz* que una esposa respetada, rodeada de todos los placeres de la opulencia, en el seno de una familia querida y de una sociedad agradable?

Al contrario, la alianza de la virtud y la desgracia forma el bello ideal en el orden moral: y asi los pueblos ilustrados, todos han presentado en sus representaciones dramáticas las mas grandes virtudes en contraste con grandes infortunios. Idea verdadera y na-

tural, de la cual todas las religiones han hecho un dogma, y particularmente la religion cristiana; la cual toda ella no es sino el *bello ideal* de la moral puesta en accion, y que despues de haber formado la vida como un drama, del largo combate de la virtud contra el vicio, colocó en el desenlace el triunfo de la virtud.

Los que pretenden que las reglas para ser virtuosos son absolutamente las mismas que para ser feliz, estrechados para que expliquen su doctrina, y hagan aplicacion de ella al estado verdadero del hombre y de la sociedad, creen eludir los razonamientos de sus adversarios, sosteniendo que la virtud halla siempre en sí misma su recompensa, y el crímen su castigo; y que el malo es desgraciado por sus remordimientos, como el hombre justo es feliz con la belleza ideal de la virtud. Mas estas son ideas falsas sin aplicacion posible á la sociedad, y cuyo efecto inevitable, por do quiera que cunden, es arruinar todas las máximas sobre que descansan el orden público y la seguridad personal. Ciertamente la virtud tiene sus placeres santos, hasta en el seno de los tormentos: es una madre que pare con dolor, y que aun espirando sonríe hácia aquel que es causa de su muerte. Pero la virtud no es la felicidad; pues si fuese esencialmente feliz en este mundo, no seria virtud, porque no seria un combate, y su precio es como el de la gloria, tanto mayor cuanto mas caro cuesta. ¡Ah! que la virtud, tan imperfecta como es, no es para nosotros, si asi se puede decir, sino un tormento mas; porque no se puede considerar sin lástima aun al hombre mas virtuoso: solo al Ser soberanamente perfecto pertenece ser feliz en la contemplacion de sí mismo. No, la virtud no es la felicidad, solo es su prenda y esperanza; y cuando la eterna verdad nos dice, hablando de la primera de todas las virtudes, de la persecucion por la *justicia*, *dichosos los que padecen*, añade tambien *porque ellos serán consola-*

dos; y asi coloca fuera del hombre el premio de sus sacrificios, como tambien el motivo de sus virtudes, y la regla de sus deberes.

Se pretende que siempre el culpable halla el castigo en sus remordimientos; pero ¿cómo hallar remordimientos en esas almas en cuyo corazon casi nunca se ven sino pesares por lo que no han conseguido? Y si los remordimientos son el fruto de la consideracion de la hermosura de la virtud, y de la deformidad del vicio, ¿adónde se hallará el germen de los remordimientos en aquellos hombres, en quienes la falta de toda educacion, y la grosería de costumbres embrutecieron el espíritu; ó en aquellos, cuyas falsas doctrinas, y una vida colmada de desórdenes corrompieron el corazon? Pues si se apela á la experiencia ¿son frecuentes en el mundo ejemplos de satisfacciones brillantes, como fruto de los remordimientos? ¿Y los malvados, condenados al último suplicio, no acaban casi todos con una insensibilidad estúpida, que hace mas peligroso tal vez el espectáculo de su castigo para las costumbres públicas, que lo seria aun la certidumbre de su impunidad? »Nuestra filosofía, dice J. J. Rousseau, quitándoles á sus »predicadores y á sus discípulos el miedo de la otra »vida, destruye para siempre toda vuelta al arre»pentimiento. ¿No se ve que ya ha mucho tiempo »no se oye hablar de *restituciones*, de reparaciones, »de reconciliaciones á la hora de la muerte; y que »los que mueren, sin arrepentimiento y sin remor»dimientos, *llevan tras sí, sin que su conciencia »se turbe, el bien ageno, la mentira y el fraude, »que tuvieron á su cargo toda su vida*?" Y despues de esto, por mas énfasis con que declame la filosofía acerca de la belleza ideal de la virtud, y acerca de las penas interiores que siguen al crímen ¿qué garantía ofrecen á la sociedad, ora para prevenir acciones materialmente malas, ora para alentar á los ac-

tos reales y exteriores de virtud, recompensas y castigos metafísicos, de los cuales solo el interesado es el juez, y de quien ninguno es testigo?

Pero vosotros, dotados de un tan feliz natural, que os hace ver la dicha como la recompensa de la virtud, y la desgracia como la consecuencia infalible de las acciones viciosas ¿habeis hecho reflexion sobre las consecuencias de esta opinion, ó mas bien de esta ilusion, habiendo visto los sucesos que han causado tan pesadas desgracias y tan inesperadas prosperidades? ¡Cuán malos serian los que fueron tan desgraciados! ¡Cuán virtuosos los que han alcanzado tan felices sucesos! ¿Quereis acusar todas las desgracias, y tomar el cargo de justificar todas las prosperidades? Yo no sé á la verdad si al cabo de salir de una época, en la cual se ha visto ser las mayores desgracias recompensa de las mas grandes virtudes, y fortunas tan prósperas el premio de los mas grandes delitos; no sé, digo, si la doctrina, que pone la recompensa de la virtud en la virtud misma, y la pena suficiente del crímen en los remordimientos, no se acerca demasiado á una burla. Porque se dirá que se conceden generosamente á los desgraciados los honores de la virtud para excusarse de compadecerlos, mientras que se arrostra con valor á los remordimientos que siguen al crímen, reservándose el provecho. Se guarda para sí la moral de Epicuro; y se impone á los otros el estoycismo de Zenon. Cuando uno es feliz es virtuoso, se dirá tal vez á sí mismo. Pero cuando uno es virtuoso, harto feliz es, se aplicará graciosamente á los otros; y he aqui como se gana en estar tan tranquilo con la felicidad de su prógimo, como con la propia virtud.

Arquimedes pedia un punto de apoyo fuera de la tierra para poder levantarla; nuestros nuevos moralistas, mas confiados en sus teorías, se apoyan sobre nuestras pasiones para obrar sobre ellas mismas, y buscan en el hombre motivos de las virtudes del hombre,

asi cual hallan en él el premio de sus sacrificios y la pena de sus delitos. La razon, nos dicen, basta sola para conducirnos á la la virtud; y el interes solo para apartarnos del vicio y para ilustrarnos acerca de nuestra felicidad. Pero ¿qué guias son estas que, lejos de preceder nuestros pasos, nunca vienen sino detras, y siempre llegan muy tarde? Es cierto que la razon habla antes que se satisfaga el deseo; pero no es escuchada sino cuando ya se enfrió la pasion. Conocemos tambien harto el interes que tenemos en practicar la virtud; pero no le sentimos nunca hasta que la virtud está practicada ya, y evitada la falta. Asimismo, el hombre, antes que la pasion haya dado su voz imperiosa, conoce los motivos que deben dirigir su conducta; y los haria presentes á un amigo á quien viese empeñado en la terrible lucha de la pasion contra el deber. Mas ¿por qué estos motivos desaparecen de su espíritu en el momento de hacer uso de ellos? ¿Por qué no se ve entonces sino al través de una nube, ó nada se ve, lo que le habia poco antes parecido, y luego despues le parecerá, tan claro y tan evidente? Pues, la pasion satisfecha, la nube se disipa, vuelve á parecer la evidencia, la razon habla á su espíritu con mas fuerza, y no concibe cómo ha podido desconocerla: luz que desespera, que solo las caidas ilustra; amigo infiel, que desaparece en el momento del peligro, y que tambien las mas veces, seducido por las pasiones, trata de justificar las mismas inclinaciones que no pudo reprimir. Todos los hombres conocen su interes, sea asi; pero el gran interes, el único interes para un hombre apasionado, es satisfacer su pasion. Cualquier otro interes mas lejano se desvanece delante de este; y para recordarlo al espíritu, es necesaria la penosa y tardía leccion de la experiencia. En una palabra, y esta palabra resuelve la cuestion: la *razon* del hombre no es otro que la *pasion domada*: luego la razon por sí sola no basta para domar

la pasion. El interes del hombre es la *virtud practicada*; luego la consideracion de nuestro interes no basta para practicar la virtud. Por donde, la religion que conoce al hombre, y lo que puede contar sobre su razon, no da consejos, intima preceptos; y, en lugar de equilibrar doctamente los motivos y las razones que deben retraernos de ceder á nuestras inclinaciones, nos da por primera máxima de conducta el precepto sencillo y positivo de huir las ocasiones del crímen, bien segura de que con nuestra razon y sus discursos, nuestro interes y sus motivos, la filosofía y sus sentencias, y aun muchas veces á pesar de socorros mas poderosos, sucumbiremos á ellas infaliblemente.

Y esas otras opiniones, que aproximan el hombre al bruto, y no los distinguen entre sí sino por los grados mas ó menos perfectos de organizacion ¿se cree por ventura que se puedan proponer sin consecuencia, y ordinariamente sin peligro? Dependen ellas de varias cuestiones que interesan en gran manera á los hombres, para que dejen con el tiempo de tener gran influjo en la conducta de la vida, y hasta en el estado de la sociedad. Porque ¿no es por una no advertida consecuencia de semejantes doctrinas que algunas naciones han hecho de los brutos sus dioses; que sectas enteras de filósofos se han abstenido de emplear los animales en los usos necesarios de la vida; que ciertos pueblos miran á algunos animales con un supersticioso respeto, y les prodigan atenciones que niegan al hombre; y que nosotros mismos, despues de un siglo, observadores tan atentos, historiadores tan elocuentes de sus *hábitos*, de sus *costumbres*, de sus *pasiones*, de su *inteligencia*; historiadores no solamente de la especie, pero tambien de los individuos (pues ya tenemos la *Biografía de los perros célebres*) [1] hemos llegado á ser unos señores tan sen-

1 Se anunció esta obra en todos los periódicos.

sibles, ó mas bien unos complacientes ridículos para con animales del todo inútiles?

Pero cuando se compara el bruto al hombre, no se está lejos de asemejar el hombre al bruto. Si la razon murmura de esta última consecuencia, á las pasiones le agrada; y es natural á nuestras inclinaciones, porque deja el campo libre á nuestros placeres. De ahi esos sistemas físicos de moral, que no ven el alma del hombre sino en la organizacion de su cuerpo, sus virtudes sino en sus placeres, sus deberes sino en sus necesidades, y en sus pensamientos, aun los mas criminales, solo el ejercicio de sus sentidos. De ahi la preeminencia acordada de los conocimientos físicos, que exclusivamente se llaman *naturales*, sobre las ciencias morales; el increible furor por los placeres públicos y privados; y esa literatura voluptuosa, que comenzó por el arte de *amar*, ó mas bien de gozar, y acabó por el arte de comer y el *almanaque de los glotones*. De ahi en fin, esa política, mas atenta á la propagacion de la especie, que á la perfeccion moral del individuo, y que no ve en los hombres sino máquinas, que se multiplican á medida de las necesidades del consumo.

Es menester decirlo: el gobierno quiere establecer un sistema general de *instruccion* pública, fundado sobre los preceptos de la religion cristiana, y sobre la moral que ella enseña y que sola ella puede sancionar. Pero al lado de estos medios de instruccion se ha elevado tiempo há un sistema combinado de *destruccion*; cuya enseñanza está fundada sobre las máximas de una filosofía, qué hace á Dios de la materia, la religion de la historia natural, y la moral de la fisiologia.

Esta otra *universidad*, si asi se puede llamar, tiene sus doctrinas y sus escuelas, sus maestros y sus discípulos; y aguarda á los jóvenes al salir de sus primeros estudios, para inspirarles entonces los princi-

pios de su moral, y darles sus reglas de conducta. Y no se acuse á los escritores, que procuran preservar á la sociedad del peligro de las falsas doctrinas, de que se encarnizan contra opiniones desacreditadas, é inquietan las cenizas de los muertos. Cuando estas doctrinas diariamente no se reprodujesen ¿los escritores que las han reproducido, no viven, por medio de sus obras, entre nosotros? Un escrito que circula ¿no es un escritor que dogmatiza? ¿Y para cada generacion que comienza, un libro que se reimprime no debe considerarse como un autor que se presenta? En tanto ¿cual será el efecto de esta enseñanza contradictoria, sino el de formar dos sociedades en el mismo Estado, dos pueblos en una misma nacion, debilitar tambien los espíritus por medio de una duda universal, y poner la incertidumbre en todas las naciones y en problema todos los deberes? Y no se imagine que se adelantará en progresos en las ciencias físicas lo que se pierde en certidumbre y estabilidad en los conocimientos morales. La religion cristiana habia poderosamente auxiliado el adelantamiento de las ciencias, de hechos y observaciones, terminando todas las disputas acerca del orígen y el fin del hombre, su naturaleza y sus deberes, acerca tambien del principio del universo y de la sociedad: disputas que tan penosamente ocuparon, y tan ridiculamente dividieron á los filósofos paganos, y que extraviándolos en varios sistemas, los habian alejado del estudio y observacion de la naturaleza. Ahora volvemos á comenzar estas interminables disputas; á poner en cuestion lo que la religion habia decidido; empleamos todas nuestras luces naturales y todos nuestros conocimientos adquiridos en indagar si la naturaleza es causa, ó solo es un efecto; si el principio que piensa en nosotros es, ó no, distinto de la materia y de nuestra organizacion; si las obligaciones que nos unen á los otros hombres son leyes morales, ó relaciones

físicas; si el mismo hombre es alguna cosa mas, ó no es sino un animal un poco mejor organizado que los otros: en fin, si la sociedad es un contrato *voluntario*, ó un estado *necesario*; hacemos de metafísicos sobre la materia, y de físicos sobre la inteligencia, con lo que recaemos en un pyrronismo insensato, que es, cuanto al espíritu, lo que un estado continuo de equilibrio seria cuanto al cuerpo, le quita todo asiento y solidez, y asi se asemeja á la ciencia, como la inquisicion de la *gran obra* se parece á la opulencia.

No son fantasmas estas que se forja el espíritu por el placer de combatirlas. ¿No hemos visto, y para desdicha nuestra, restablecer el crédito de los griegos y de sus mas absurdos legisladores, y las mas extravagantes de sus instituciones políticas? ¿Y en la obra de las *Relaciones* no se han propuesto á la admiracion de un pueblo, que posee los mas bellos tratados de moral, y ha producido en la ciencia del hombre los escritores mas elocuentes y profundos, los sofistas antiguos, mas desacreditados en la ciencia moral, y los mas oscuros en filosofía, aquellos tambien cuyas opiniones son menos conocidas, como Demócrito, Pytagoras, de los cuales no han quedado sino algunas tradiciones, que tanto pertenecen á la fábula como á la historia? ¿Y qué? ¿el hombre hallará la luz, que debe ilustrar su voluntad, y la sociedad la legislacion general, que debe ser el fundamento de las leyes positivas y la regla de las costumbres, en esos eternos sistemas de física y de moral, tan pronto muertos como nacidos, y en esas vanas hypótesis acerca de las cuales dos sabios apenas pueden convenir? ¿Dónde estarian el hombre y la sociedad si tuviesen que aguardar á que los filósofos al fin se acordasen en un sistema uniforme de moral, que, inventado por el hombre, no tendria sobre los espíritus otra autoridad, que la que el hombre puede dar á sus descubrimientos, y que renovado sin cesar por buenos ingenios, seria

siempre ciegamente adoptado por los débiles?

Pero puntualmente el cristiano vino á terminar esta opresion de los espíritus débiles por los fuertes, sometiendo igualmente á los unos que á los otros, al *griego como al bárbaro*, á la autoridad de su enseñanza.

No porque la religion cristiana haya revelado al mundo nuevas verdades. Porque la existencia de la causa primera, y la espiritualidad del hombre; verdades, que se pueden considerar como los polos del mundo moral, y el fundamento de toda disciplina, de leyes y de costumbres, eran conocidas en todo el universo; y este antiguo patrimonio del género humano, recogido por los judíos, y disipado por los paganos, no fue ignorado de los filósofos. Mas los judíos habian hecho de esta creencia un muro de separacion entre ellos y los otros pueblos; los paganos, un vano espectáculo; los filósofos, un secreto; y la religion cristiana, menos exclusiva que el culto mosayco, mas grave que el paganismo, y sobre todo, mas popular y mas social que la filosofía, queria hacer de su doctrina el lazo de todos los hombres, la constitucion misma de la sociedad, y la propiedad pública de todos los pueblos.

Para esto, no tuvo otro que hacer mas que desenvolver, hasta en sus últimas consecuencias, el principio, fundamento de todo orden social, la existencia de Dios, y la espiritualidad del hombre, y hacer al orden humano y particular de la sociedad una explicacion práctica y positiva de las verdades morales del orden universal de los seres: porque el cristianismo es la naturaleza intelectual, aplicada á nuestros deberes; al modo que la agricultura y las otras artes son la naturaleza material, aplicada á nuestras necesidades.

Asi, de la idea intelectual, general y teórica de la causa primera, la religion cristiana dedujo la *rea-*

lidad de su existencia y de su *presencia* en la sociedad, y de la espiritualidad del hombre, dedujo mas expresamente, y una consecuencia natural, su supervivencia inmortal: colocó, si asi se puede decir, á Dios en lo presente, y al hombre en lo futuro: el mundo tuvo un legislador; la sociedad, un poder; y el género humano, un juez.

La ley del amor de los hombres, otra consecuencia de estas mismas verdades, generalizada para grándes motivos, enseñada en sublimes lecciones, y consagrada por los mas grandes ejemplos, introdujo en todo el estado social relaciones nuevas, y bien pronto leyes y costumbres hasta entonces desconocidas; la constitucion natural de la sociedad fue fundada; el mismo estado político del hombre se fijó; y su civilizacion, esto es, su perfeccion moral, manantial de todas las demas, nacida del cristianismo, debió extenderse con él, y solo con él de hoy mas se puede acabar.

Concluiremos con una reflexion.

Una idea vaga, como son todas las ideas falsas, pero que podrá con el tiempo tomar mas ascendiente de lo que se piensa en los destinos de Europa, se puede sospechar que hay en los espíritus, mas bien que descubrirla en los escritos filosóficos.

Los destructores, á saber, los menos exaltados, del cristianismo, le hacen el honor de pensar y de decir, que fue útil á la sociedad en su infancia, para reunir en un mismo cuerpo los bárbaros: los cuales, despues de haber destruido el imperio romano, habrian acabado por destruirse á sí mismos, si una ley de autoridad y de caridad no hubiese acudido á suavizar aquellos ánimos feroces, y á disponerlos á la obediencia á las instituciones civiles, sometiéndolos al yugo de la autoridad religiosa. Pero al mismo tiempo se deja insinuar, que hoy á la sociedad adulta le conviene otra filosofía, una filosofía mas *liberal*

(esta es la voz de alarma) que sea conforme á los progresos de la razon, y de los conocimientos, á la independencia de los espíritus, á la elegancia y blandura de las costumbres, y que esté en armonía con el desarrollo de las ciencias, de las letras y de las artes: y como los espíritus superficiales confunden lo que se acerca con lo que se compara, se quiere, al parecer, establecer alguna relacion entre los destinos de la sociedad pagana, y los de la sociedad cristiana. Pues tal vez se observa, que el paganismo con sus ritos pomposos, sus augures, y sus auspicios, con el aparato político de sus templos, de sus colegios de sacerdotes, de sus numerosos sacrificios, hizo una cuadrilla de ladrones la primera de las sociedades del mundo pagano: sociedad que degeneró á medida de lo que el lazo religioso se fue debilitando, y que al fin pereció cuando la desgracia de los tiempos, los desórdenes del gobierno, los progresos del lujo, y de una filosofía voluptuosa, que tambien es un lujo, y la influencia tambien de otra religion, debilitaron el respeto de costumbre por la religion antigua, y hecho quedar desiertos sus altares. A este modo se piensa, sin decirlo, que la cristiandad debe hacer lugar á otro sistema de sociedad, y por consiguiente de doctrina; hoy que el cristianismo, largo tiempo há despedazado por guerras intestinas, parece que se ha debilitado en Europa. Y no deja de darse apoyo á esta congetura con las quejas hypócritas tomadas de la vicisitud de las cosas humanas, como si la religion fuese una institucion de los hombres, y de la fatalidad de las revoluciones: razonamiento muy consiguiente á la filosofía de aquellos que, no admitiendo, ni inteligencia, ni sabiduría en el gobierno del universo, no pueden reconocer nada reglado, ni estable en la sociedad.

Pero esta filosofía *liberal*, con que se nos amenaza ¿es un descubrimiento de nuestro tiempo? ¿No es ella la filosofía de Epicuro, rejovenecida con un

mal barniz de física, y de fisiología modernas? ¿No estaba esta doctrina, aun en la época del nacimiento del cristianismo, mas extendida en el imperio romano, que lo está aun entre nosotros? ¿Y no fue ella, segun Mr. de Montesquieu, la principal causa de su caida? ¿Filosofía tan licenciosa, que la licencia del paganismo no la pudo sobrellevar, y que corrompió hasta á la corrupcion misma? Esta moral epicurea puntualmente fue la que el cristianismo vino á atacar, asi como los absurdos de la teología pagana; y su divino fundador mas veces habla de la severidad de las máximas de su religion, que de la misteriosa sublimidad de sus dogmas. Sin embargo, esta misma filosofía es la que se querria restablecer sobre las ruinas del cristianismo. Pero ¿cómo ella podrá convenir á una sociedad, formada ha tantos siglos, y despues constantemente educada en la santa austeridad de la moral cristiana? ¿Y cómo, relajados una vez los lazos de esta fuerte disciplina, detener á los hombres en el rápido descenso de las tolerancias?

Porque en todo lo que está sujeto á leyes y reglas el progreso hácia la perfeccion consiste en pasar de la licencia á la severidad, y la degeneracion, al contrario, en volver de la severidad á la licencia. Asi en el arte militar la perfeccion está en la severidad de la disciplina; cuanto á la justicia, en la equidad severa de los juicios; en las letras y en las artes, en la severa observancia de las reglas del gusto; cuanto al hombre mismo, elemento é imagen de la sociedad, en la gravedad y la severidad de costumbres; y cuanto al hombre maduro, la licencia es un oprobio, y la ligereza, una ridiculez. ¿Será pues solamente para la sociedad la perfeccion de las leyes la blandura de estas, y los progresos de la moral su debilidad? Y es digno de observarse, que la licencia de las doctrinas se introduce, ó mas bien se insinúa en la sociedad sin que el hombre lo advierta, y por una secreta relaja-

cion en las acciones y en seguida muy luego en los principios. Pero la severidad, y aun la austeridad, cuando comienzan á presentarse en algunas instituciones, son acogidas con entusiasmo, y con fanatismo tal vez; y las nuevas doctrinas, hasta la de Mahoma, se han propagado mas bien sobrecargando la rigidez de los consejos, que suavizando la severidad de los preceptos: prueba evidente de que la severidad de una regla, sea la que fuere, es una necesidad de nuestra naturaleza, y juntamente un primer movimiento de nuestra razon.

Todos los gobiernos hoy dia quieren ser fuertes, mas para esto se verán obligados á ser severos: resultado necesario del engrandecimiento de los Estados, y del aumento de poblacion; efecto inevitable de los progresos del comercio, de las letras y de las artes, sobre todo de cierta filosofía: en una palabra, de todo lo que pone mas placeres y mas lujo en la vida, mas deseos en los corazones, mas agitacion é inquietud en los ánimos, y que hacen que los hombres se contengan á sí mismos con mas pena, y con mas dificultad se les contenga. La fuerza del poder es tambien consecuencia necesaria de las discordias civiles, como tambien es de ellas remedio: y Mr. de Montesquieu observa con razon, »que las revueltas, en Francia, siempre han afirmado el poder."

Pero si los gobiernos quieren, y aun deben, ser fuertes, los gefes de las naciones deberán ser moderados; mas sin la religion, la cual se interpone entre los Reyes y los pueblos, como una materia oleaginosa, que suaviza el juego de las máquinas complicadas é impide los frotamientos demasiado ásperos, la fuerza del gobierno podria no carecer de peligro para los pueblos, ni la moderacion de los gefes de peligro para ellos mismos. Por donde, cuando la autoridad política es fuerte, la autoridad religiosa no puede ser débil; porque seria para los pueblos una

bien triste compensacion presentarles la debilidad de la religion contra el rigor del gobierno. En efecto, una sociedad, asi padece cuando el gobierno es mas fuerte que la religion, como cuando aquel es mas débil; porque entonces, ó no hay harta moral para sobrellevar el poder civil, ó este no es bastante para apoyar la moral.

Se puede afirmar, que los gobiernos nunca han tenido mas necesidad de ayudarse de toda la fuerza de la religion, que al presente; porque en ninguna otra época del mundo hubo en la sociedad pública, ni tantas luces vagas y falsas, ni tantos hombres que gobernar, y, si asi se puede decir, ni tantos espíritus, ni tantos cuerpos. Nunca las sociedades antiguas, las mas pobladas, tal vez ni aun el imperio romano, han tenido, segun creo, tantos hombres como nuestras grandes monarquías de Europa, en el Estado; porque los esclávos, parte tan numerosa de la poblacion total, gobernados despóticamente por sus señores, pertenecian únicamente á la familia, y no hacian, como *súbditos*, una persona de la sociedad pública, y tambien las mugeres y los hijos, á causa de la constitucion mas fuerte de la familia, eran menos del Estado, que hoy dia lo son, y que ni aun lo son los sirvientes, cuyo servicio reemplazó el de los esclavos. Pero el cristianismo, que ha llamado á todos los hombres *á la libertad de hijos de Dios*, ha vuelto al hombre, hasta al mas débil por edad, sexo ó condicion, su dignidad primera y natural; ha vuelto sus justos derechos á la naturaleza humana; y, sin debilitar la subordinacion legítima de las *personas* de la familia al poder doméstico, ha hecho que pase la familia tambien al Estado con todas sus *personas*; y, conforme al orden, conservando al poder doméstico toda su dignidad, aun á la vista del poder público, sometió la sociedad particular de la familia á la sociedad general del Estado.

Asimismo, la religion cristiana, dando libertad á los cuerpos con la abolicion de la esclavitud y de cuanto traia esta tras sí de crueldad y vileza, y por medio de la proteccion, dispensada á todas las flaquezas de la humanidad, libertó tambien las almas del error y de la ignorancia con los conocimientos morales, que derramó por todas partes, y hasta por las últimas clases de la sociedad. Ella sola evangelizó á los pobres, anunciándoles la *buena nueva* de su libertad civil y religiosa (tal fue la primera prueba que su divino Fundador dió de su mision); y ella inició al niño en las mas sublimes verdades de la moral y la filosofía. No solamente el cristianismo ha sacado á los pueblos del yugo de la esclavitud, pero tambien libró, si así se puede decir, á los gobiernos mismos del yugo de su propio despotismo, »comunmente, »como Montesquieu lo observa, mas pesado á los »gobiernos que á los pueblos mismos." Y al mismo tiempo que prohibió al súbdito ser esclavo, libertó á los soberanos de la triste necesidad de ser tiranos; y los reyes, *instrumentos* hasta entonces *de servidumbre*, como los llama Tácito, han podido ser, y han sido en efecto los medios solos de libertad.

Asi pues, si por una parte la religion cristiana ha multiplicado para los gobiernos los cuydados de la administracion, derramando mas luces, y haciendo miembros del Estado á todos los que lo eran solo de la familia; por otra, ha hecho mas fácil y suave la accion de los gobiernos, inspirando á los hombres principios de obediencia á los que los gobiernan, y principalmente sentimientos de amor y de fidelidad, desconocidos de los antiguos pueblos. El poder se hizo una *paternidad*, el ministerio un *servicio*, el estado de súbdito una dependencia *filial*; y los súbditos se reputaron como hijos menores, servidos en la casa por todo el mundo, y á los cuales se dirigen, asi la vigilancia de los padres, como los cuydados

de los que sirven. Esta mudanza en el estado de las naciones se ha extendido tambien á las relaciones de paz y de buena vecindad entre los pueblos, y hasta al estado de guerra: y este derecho público moderno es, segun Montesquieu, » un beneficio de la religion » cristiana, que la humana naturaleza no podrá har- » to agradecer."

Debemos pues gobernantes y gobernados todo al cristianismo, lo que produce la seguridad de los unos y la justa libertad de los otros. Sobre todo le debemos esta confianza recíproca, y esta indulgencia mútua que hace que los gobiernos puedan, sin peligro cuanto á su existencia, perdonar á los pueblos las faltas de la ignorancia y de la ligereza; y los pueblos, sin riesgo de su libertad, perdonar á los gobiernos los errores inevitables é involuntarios de la administracion; y desde entonces tan fácil fue gobernar por medio de la religion, como dificil ó imposible gobernar sin ella. Vuelvo á decir: todo lo debemos á la religion; fuerza, virtud, razon, luces; y cuando preferimos á ella una filosofía, que por la licencia de sus opiniones y la blandura de sus máximas, incitando los hombres á la rebelion, no puede dejar de forzar á los gobiernos al despotismo, somos insensatos é ingratos, y abandonamos una esposa, que hizo nuestra fortuna, por seguir una cortesana que nos arruina. Y ¿no es cierto que vimos la tyranía mas monstruosa, y la mas vergonzosa esclavitud volver á parecer, al cabo de tantos siglos, en el pueblo mas vigoroso de Europa, el mas ilustrado, y aun el mas libre, al momento en que la religion cristiana fue desterrada del estado público de esta sociedad, ó que no fue permitida sino con las precauciones del odio, y bajo la proteccion del desprecio?

Ni se hable ya de las vicisitudes de las cosas humanas, y de la *necesidad* de las revoluciones, para

hacer que se olvide la inutilidad de las que se quiere hacer, ó los crímenes de las que se han hecho. Porque no hay vicisitudes y revoluciones sino en lo material de la sociedad, asi como no hay mudanzas de figuras y de formas, sino en la materia. La moral de la sociedad ya es inalterable, lo mismo que la moral del hombre. Porque el cristianismo, religion de la inteligencia y de las *realidades*, y religion de la edad viril, es el último estado de la sociedad; asi como el judaismo, religion de la infancia, religion de imágenes y figuras, ha sido el primero. Y si *ningun otro nombre*, sino el de su divino Fundador, *fue dado á los hombres para ser salvos*, ninguna otra doctrina, sino la suya, fue dada á la sociedad para ser buena y vigorosa. Y si el cristianismo pudiese perecer ¿sobreviviria la sociedad? Acabaria sin duda, como estuvimos nosotros próximos á perecer por el exceso de la licencia en un tiempo, y el de la tyranía en otro; y si no se hubiese el progreso de uno y otro exceso atajado, no hay duda que la Francia, hija primogénita de la civilizacion cristiana, se habria reducido en menos de medio siglo á la condicion mas salvage, la mas desdichada y la mas abatida de la existencia humana.

Es cierto que la generacion, que hubiese visto los primeros dolores de esta agonía del cuerpo social, no presenciaria sus últimas convulsiones, porque los dias de las naciones son siglos; pero el intervalo le ocuparia la lucha sangrienta de las ambiciones, y el choque continuo de la fuerza contra la fuerza. Estado terrible, cual fue el del imperio romano hasta sus últimos momentos, y en que hubiera parado el nuestro. Estado donde todo es desdicha para la sociedad, asi la fuerza del gobierno como su debilidad; porque aun el mas bien intencionado gobierno no puede ser vigoroso sin ser violento, ni débil sin ser oprimido.

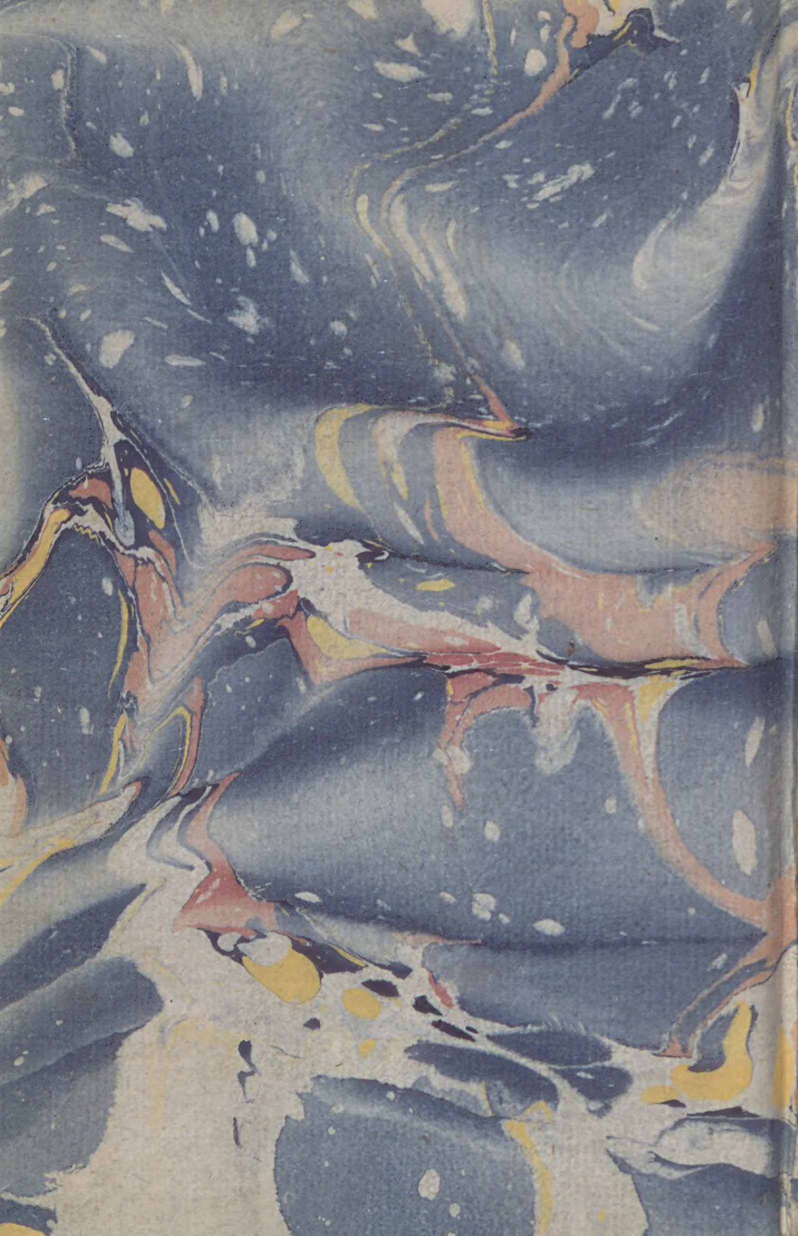
Prodigios de union, de valor y de magnanimidad,

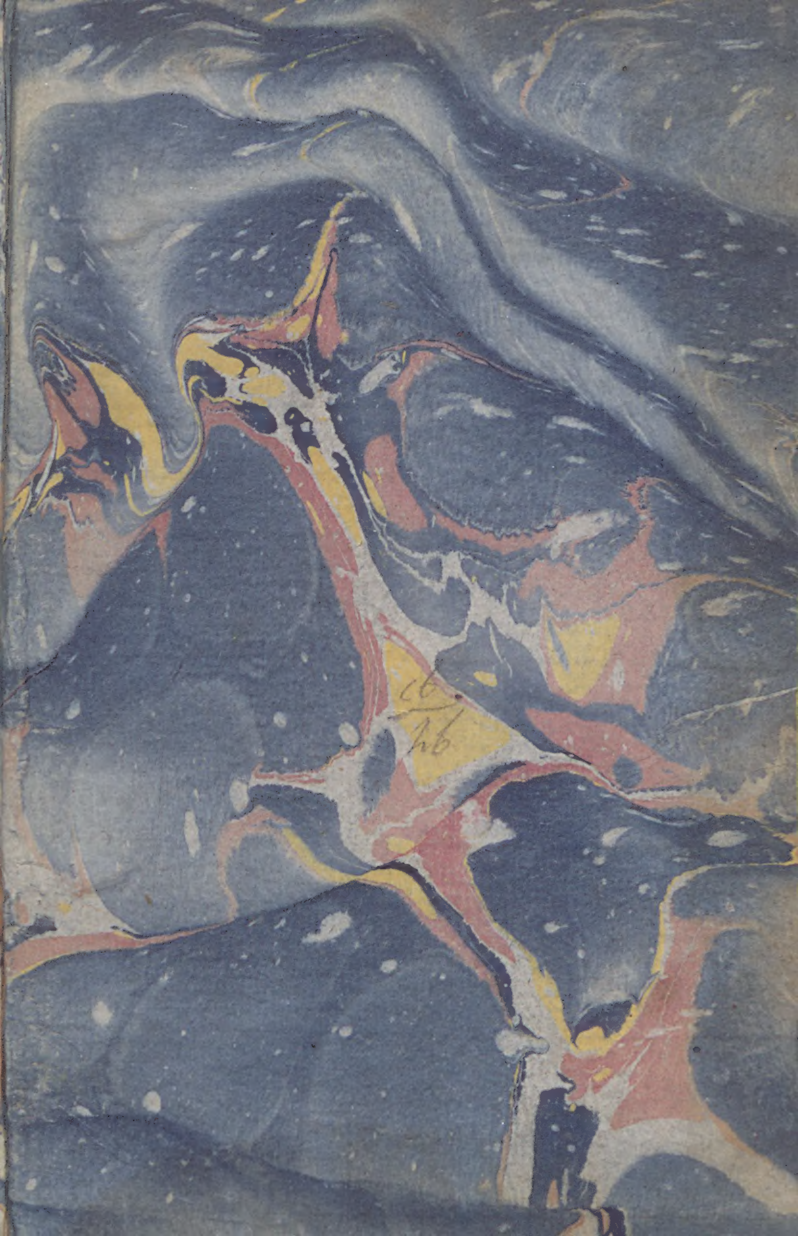
y tambien se puede decir que de demencia y orgullo, salvaron la Francia y la Europa; pero el principio del mal siempre está vivo. Que no los accidentes físicos, ni tampoco los desastres políticos son los que destruyen una sociedad; y hasta su conquista, confundiendo en uno vencedores y vencidos, la puede regenerar. Causas morales solamente pueden disolver una sociedad civilizada, porque solas ellas la pueden formar. Harto se sabe cuánto pueden hacer el ateismo, y el materialismo con la cultura del ingenio, la decencia de las costumbres, y las conveniencias de la vida. ¿Mas qué serán con la ignorancia, la miseria y la grosería? Hasta ahora solo sirvieron á las pasiones dulces y débiles de las gentes del mundo; pero si algun dia llegasen á armar las pasiones codiciosas y feroces del jornalero: si el secreto de estas funestas doctrinas, largo tiempo encerradas en las academias y ciudades opulentas, se divulgase por las campiñas, y ya ni hubiese Dios ni vida futura por las chozas, quedaria roto todo equilibrio entre la fuerza física de la multitud, y la fuerza moral del poder y de sus ministros. El mundo veria desórdenes que no vió en los mas desastrados tiempos, y entre los pueblos mas bárbaros, y desórdenes de que los extravagantes horrores de 1793 nos pueden dar alguna idea. Caerian los hombres en una independencia salvage, esto es, cual la de los animales en los bosques. La propiedad de su vida, de sus bienes, y de los objetos mas legítimos de las afecciones humanas, únicamente serian una posesion precaria y disputada: los vecinos serian enemigos; y las familas, vueltas al estado de guerra privada, de que tanto trabajo les costó salir, rodeadas de peligros, y desnudas de proteccion, reclamarian á la sociedad, entonces sin poder para protegerlas, las armas que, para su comun defensa, habian confiado á la pública autoridad.

Asi, cuando un bagel naufraga en una costa in-

habitada, y toda esperanza de volver se pierde, los hombres de la tripulacion, libres de los deberes de la autoridad y de los lazos de la subordinacion, y vueltos por desgracia á la independencia y al cuydado de su defensa personal, arrebata cada uno, de su derrotado bagel, todo lo que puede servir para prolongar y para defender su miserable existencia.

INDICE.





colorchecker CLASSIC

mm

calibrite